
EL ALBA
SUBTERRÁNEA
SERGIO REQUEJO

EL ALBA SUBTERRÁNEA

SERGIO REQUEJO

Título: El alba subterránea
Autor: Sergio Requejo Sarmiento
Ilustración de portada: Héctor R. Asperilla
Corrección: L. M. Mateo

Para Pato

PRIMERA GRAN EXPLOSIÓN



Grisú

1

Surgió, como surgen las conversaciones entre viejos amigos, guiada por la añoranza de tiempos pasados y varias rondas de vinos.

—Dicen que el futuro tiene tres puertas —expuso Jaime, con su habitual seguridad y contundencia, tras apurar su chato.

Eduardo lo observó con la certeza de que este desarrollaría su teoría sin importarle que alcanzaran ya las doce de la madrugada. Tenía que levantarse temprano para ir a trabajar a la mina, pero no se lo volvería a recordar. Hacía años que no se veían y, de todas formas, le costaría conciliar el sueño, como las demás noches de aquella larga semana.

Había olvidado cuánto echaba de menos aquellas charlas distendidas en las que Jaime hablaba sin parar de las extrañas teorías que leía en los libros o escuchaba en sus viajes. Conversaciones en las que Eduardo se perdía, pero que seguía con interés por la pasión de su oratoria. A pesar de los años, y de la distancia, su viejo amigo no había cambiado lo más mínimo.

—Pero tres puertas en sentido figurado —continuó Jaime mientras alzaba la mano para pedir otra ronda—. No es que vayas a encontrar tres entradas y que debas decidir por cuál pasar y que eso determine tu destino. Eso no es así. No es como en los concursos de la televisión en los que hay un premio al otro lado. Me refiero a que siempre vas a encontrarte tres caminos a la hora de elegir, no más.

Tolín se acercó con la botella de vino y rellenó los chatos a pesar de que Eduardo intentó negarse.

—¿Cómo que solo tres caminos? Uno puede elegir lo que quiera. —Eduardo intentó aportar algo a la charla—. Eso es el libre albedrío.

—No es eso lo que te quiero decir. Nadie se levanta por la mañana pensando en que va a tener que tomar la decisión más importante de su vida, salvo si te vas a casar o has decidido suicidarte, y, aun así, esa decisión ya es consecuencia de otras que has tomado. Pero aun en el caso de que te vayas a casar o a quitarte a vida, al final también decides entre tres opciones. Porque, y simplificando mucho este argumento, tienes tres caminos: dejar que todo siga igual, lanzarte al vacío o prosperar. Es decir, todo puede mejorar, empeorar o seguir igual. Tres caminos tras tres puertas.

Jaime alzó su chato y Eduardo brindó tras intentar asimilar lo que acababa de escuchar.

—En el caso de la boda, ¿cuál sería cuál? Porque solo tienes la opción de casarte o no casarte, ¿no?

—A ver, amigo Eduardo. Siguiendo los cánones establecidos, y sin

entrar en otras materias, creo que las opciones son tres: puedes no casarte y dejar que todo siga igual, casarte, o salir corriendo y huir de esa vida. Ahí están las tres.

—O quitarte la vida antes.

—Pero eso entraría en la última opción, la de la huida. Tras esa decisión tendrías otras tres, y así sucesivamente. Así es como funciona.

—No sé. Cuando voy a al restaurante del Berciano tengo bastantes más opciones a la hora de elegir un vino.

—Bueno, claro. No es eso a lo que me refiero. Tendrás que decidir si bebes vino, si no lo bebes y…

—Y no hay otra opción más. O bebes o no bebes.

—Sí que la hay. La otra era haberte quedado en casa.

Eduardo dio un largo trago y se agarró al mostrador de madera para no perder la vertical. Tras un breve silencio miró a su amigo que, a pesar de las horas y los chatos, seguía igual de acicalado que al comienzo de las rondas.

—Entonces… Está todo escrito, ¿no?

—No. Sería como un árbol cuyas ramas brotan en grupos de tres y crecen a medida que tomamos las decisiones. Sin una elección, el tallo no crece. Se va formando así una planta de cuyo tronco surgen infinitos brotes que nunca alcanzan un final.

—Hasta que te mueres.

—Ese sería el final de unos de los brotes, pero no el de los otros dos.

—Me parece que me he perdido. Lo único que sé es que mañana tengo que levantarme a las siete de la mañana porque a las ocho ya están las sirenas de la mina avisando de que hay que sacar adelante la producción de carbón. Y si no me levanto, me despedirán. Así que tengo dos opciones: o me levanto, o no.

—En realidad, tienes tres: levantarte a tu hora, levantarte tarde o no levantarte, amigo Eduardo.

—Aún no me ha quedado muy claro eso de los tres caminos, pero bueno, si tú lo dices, será así, que para algo has estudiado, digo yo.

—Bueno… No todo van a ser leyes.

—Pues habrá que brindar por las decisiones, amigo Jaime. Aunque muchas veces no haya elección.

—Siempre hay elección.

—Ya me hubiese gustado que me mandasen a León a estudiar y no que me obligaran a meterme en la mina a los dieciséis. Y te digo yo que en ese momento sí que no tenía otra opción. Era sí o sí, y si no… una hostia que me llevaba.

—Claro, hombre. Luego están las circunstancias. No digo que sea fácil y que no haya obstáculos a la hora de decidir. No siempre somos dueños de nuestras decisiones, pero siempre existe una posibilidad de

elegir. Como ya te he dicho, cada decisión nos lleva por un camino que puede dejarnos igual, mejor o peor. Pero nunca sabemos lo que pasará después.

—Ya, porque si no… otro gallo cantaría. Le compraba yo ahora mismo un cupón al Tolín y no madrugaba más. Pero, claro, si lo compro, me toca o no me toca.

—O no lo compras.

—Pues mira, mejor invierto el dinero en otro vino y volvemos a brindar. Pero ya el último, que hay que ir marchando.

—Pues brindemos entonces, que con eso se acierta siempre. Y si es en compañía de amigos, aún mejor.

—Amén, Jaime. Por los viejos amigos y que las decisiones que tomemos en la vida nos lleven siempre por el buen camino.

2

Primera gran explosión, Triviana, 1984

El despertador sonó puntual a las siete de la mañana y Eduardo saltó de la cama como un resorte. No solía renunciar a los cinco minutos de remoloneo antes de meterse en faena y prepararse para ir a la mina, pero no quería arriesgarse a llegar tarde, sobre todo después de la retahíla que le había soltado Jaime la noche anterior. Le había costado dormirse a pesar de haber trasnochado y del cansancio que arrastraba de toda la semana. Aun así, se había desvelado en varias ocasiones y sin motivo aparente.

Afeitó su incipiente barba y se vistió con la ropa que reposaba doblada en la silla, junto a su lado de la cama. Lo hizo con cuidado para no despertar a Rosalía, sin saber que ella observaba cada mañana su ritual, sin quitarle ojo a aquella espalda de la que se había enamorado. Rosalía aceptaba sus besos de papel de lija de antes de dormir, pero no le perdonaba que se marchase a trabajar sin el más suave y dulce beso del día, con el que volvía a dormirse hasta la hora de empezar a batallar con las criaturas. Al besarla, Eduardo volvió a pensar, de forma inconsciente, en lo afortunado que se sentía por tenerla a su lado. Agradecido de que el destino hubiese permitido que dos personas tan diferentes se encontraran en una situación excepcional y que, aun así, fuesen capaces de mostrar la mejor versión de cada una.

Antes de hacerse novios ya se conocían del pueblo, pero nunca habían hablado o coincidido en reuniones de amigos. Ella solía juntarse con Jaime y la pandilla que vivía en los soportales de la plaza y que, cada mañana, caminaban en grupo hasta el colegio. El trayecto de Eduardo para ir a la escuela era bien distinto. Tenía que atravesar los pinares de la Colina Hueca y bajar hasta Triviana por el sendero del risco. Pero pronto había tenido que cambiar aquel recorrido y dirigirse a las plantaciones de manzanos y sarmientos, y dedicarse a recolectar y vendimiar para sacar a la familia adelante. Al morir su padre, cambió el olor dulce de las vides por el brillo opaco de la mina de carbón por imposición de su tío, que por aquel entonces era uno de los vigilantes. Cargo que él mismo heredó tras su muerte.

No le quedó otra opción que, desde la entrada del tajo, observar a aquella pandilla que día tras día se labraba un futuro alternativo a lo que Triviana podía ofrecerles.

Tras finalizar el bachillerato superior, Rosalía se había marchado a León a estudiar magisterio, cosa poco habitual por aquel entonces

para una chica. Era la quinta de seis hermanas y su afición a leer y a estudiar representaba todo un orgullo para ellas, por lo que la apoyaron cuando tuvo la valentía de plantearle a su padre la idea de hacer el examen de acceso y tener la posibilidad de estudiar en la ciudad. Su padre, capataz de la mina de carbón en los años de máximo esplendor de Carbones de la Espiga, no pudo negarse ante la insistencia y el chantaje al que le sometieron sus cinco hijas mayores, que le habían echado en cara que, si no fuese por ellas, no tendría en plantilla a los mejores mineros de la comarca ni los nueve nietos que se habían convertido en su mayor tesoro y riqueza.

Eduardo supo del regreso de Rosalía por Jaime, que aún andaba por León terminando Derecho. Rosalía había vuelto al pueblo al acabar la carrera y empezado las prácticas en la escuela. Se dedicó, en cuerpo y alma, a sacar adelante la biblioteca municipal, su gran pasión y uno de los principales proyectos que se había propuesto a su regreso.

La primera vez que la vio, tras su vuelta, fue durante la crecida del río Espiga, después de una tormenta que inundó las calles más bajas del pueblo. La parte vieja de Triviana se asentaba en un valle doliente por las continuas y numerosas inundaciones, hasta que en 1953 se llevó a cabo la construcción de la gran presa que sirvió de reserva de agua y control de las crecidas durante el invierno. El día de la tormenta, el colegio estaba vacío, pero Rosalía se había quedado cargando hasta la planta alta las donaciones de los libros que acababan de recibir de otras bibliotecas de la provincia. Ya arriba vio, desde la ventana de una de las aulas, cómo se acercaba una devastadora escorrentía que bajaba, arrollando todo lo que encontraba, desde la calle de la Iglesia de San Juan Bautista. Al llegar al muro del colegio generó un reservorio que había comenzado a resquebrajar el cerramiento de ladrillo que delimitaba las escuelas. El agua continuó almacenándose en aquel fondo de saco en el que se había convertido el impenetrable muro y que, incapaz de soportar la presión del agua torrencial, acabó derribado. La vasta manga de agua penetró sin impedimento hasta el interior del edificio e inundó las aulas, destrozando todo a su paso.

Eduardo, tras terminar su turno en la mina y encargarse de atrancar el acceso a las galerías, se dirigía a su casa, situada en lo alto de la Colina Hueca. Caminó bajo la lluvia con un chubasquero de poliéster verde cuya capucha limitaba su visión del sendero. Por algún motivo, el destino quiso que echase un último vistazo hacia el pueblo desde su atalaya y vio entonces a una mujer sentada sobre el tejado de la escuela, que observaba la tormenta empapada hasta los huesos. El colegio parecía un islote en medio del mar y aquella figura se asemejaba a un náufrago que esperaba a ser rescatado. Dio una voz al darse cuenta de que la tormenta arreciaba, pero el incesante

repiqueteo de la lluvia absorbió su clamor y el aviso no tuvo el efecto que pretendía. Aun así, la chica se giró hacia él, pero perdió el equilibrio y resbaló, rodando por el tejado de teja de pizarra hasta caer al agua. Eduardo corrió colina abajo con cuidado de no resbalar y caer por el risco. Se abrió paso entre el barro y los escombros hasta la escuela y encontró a Rosalía agarrada a un pequeño machón del muro que había conseguido permanecer en pie.

La caída le había provocado una lesión en el tobillo y Rosalía era incapaz de apoyar el pie y caminar por sí misma. Eduardo, una vez cesó la lluvia y las aguas volvieron al cauce del río, cargó con ella sobre su espalda, calle arriba, y se enfrentó a la gran corriente que aún bajaba por la cuesta de la iglesia. Entre el alboroto de sus hermanas, que con rapidez le acercaron una silla para meterla dentro, ella le había sonreído y dado las gracias en un susurro que duró lo que se demoró en cerrar el portalón de su casa.

Ahora, dormida sobre la cama, parecía que no hubiera pasado el tiempo: siete años, y tres hijos después, Eduardo dio gracias a aquella tormenta de finales de verano que había castigado al pueblo de Triviana, pero que los había llevado hasta aquel preciso momento.

Preparó el petate que albergaba la fiambrera con un trozo de empanada del día anterior, su cerveza de tercio, un trozo de hogaza para el queso y una pieza de fruta. Ya no quedaban cerezas, por lo que se conformó con la última pera que había en el frutero. No era de su agrado y su indecisión lo hizo pensar en las teorías de su amigo.

—¿Ahora qué, Jaime? O la cojo o no la cojo… No hay más —dijo para sí mismo con una sonrisa.

Eduardo bajó por el sendero que bordeaba la Colina Hueca hasta la casa de Lucio, el guarda de la mina encargado de abrir la cancela que daba acceso al recinto en cuanto sonaba la sirena. Observó las copas de los pinos y le llamó la atención el silencio. Una bandada de pájaros, que abandonaba las cimas, quebró de súbito la extraña quietud del ambiente con sus aleteos y su lejano y decadente graznar. Observó a las aves alejándose en dirección al amanecer y prestó atención de nuevo a la inusual calma que amplificaba las pisadas de sus botas contra las piedras del camino.

Fue el primero en llegar al cancel de acceso y esperó a que Lucio apareciera por la puerta de su casa para abrir el candado. Al final, aquellos cinco minutos que no había aprovechado en la cama los desperdició esperando al guarda. Pensó que, al menos, se había librado de su temor a llegar tarde.

Sonó la sirena y su estridencia pareció aún mayor que otros días ante aquel insólito silencio. Lucio salió de su casa precedido por el chasquido del cerrojo y el chirriar de las bisagras. Abrió el candado y

acompañó a Eduardo hasta la nave de los vestuarios.

—¿Mala noche? —preguntó Lucio tras el primer bostezo de Eduardo.

—Anoche, que me enredé más de la cuenta.

—Cosa mala. Yo dormí fatal. Unas pesadillas me han tenido desvelado —confesó Lucio mientras buscaba la llave de la nave de vestuarios.

Lucio expuso sus malos sueños y le hizo el repaso habitual de sus achaques, pero Eduardo ya tenía la cabeza centrada en las tareas del día y ni tan siquiera disimuló que no lo escuchaba. Lucio era muy buen hombre, pero Eduardo sabía que si le daba palique, estaba perdido.

Los mineros del primer turno fueron apareciendo y accediendo a la nave de los vestuarios para cambiar su ropa de calle por los monos de trabajo. Cada uno contaba con un plato metálico, colgado del techo, del que pendía su ropa de trabajo y que otorgaba un aspecto fantasmagórico al lugar. Mediante una polea, bajaban el plato, se cambiaban de ropa y lo volvían a subir con sus efectos personales, para repetir el ritual a la salida del tajo.

Eduardo entró en la oficina y observó la rutina de los trabajadores desde la ventana del primer piso. Comprobó el nivel de producción del día anterior y organizó las tareas para su cuadrilla. Comprobó el medidor de CO_2 y apuntó los resultados en el registro. El mercurio mostraba una temperatura más alta de lo habitual para la hora y la época del año, por lo que avisó por el *walkie* a Lucio para que comprobara la ventilación.

Una vez vestidos, todos los mineros se dirigieron hasta la lampistería y se equiparon con los cascos dotados con la luz que ayudarían a sus ojos a desenvolverse en las profundidades. Estaban preparados para descender a las entrañas de la tierra y esperaron, escuchando los engranajes que ya ponían en marcha la jaula de descenso al pozo, a que aquel no fuese más que otro día en la mina.

Eduardo salió de la nave de vestuarios y se dirigió a la bocamina de la ladera que daba acceso a una galería agotada. Se adentró en la húmeda cavidad abovedada sostenida por los renovados cuadros metálicos y sorteó las vagonetas, que esperaban a ser remolcadas hasta las profundidades por los raíles inundados de un agua negra que vibraba bajo sus pisadas. Sacó el medidor de CO_2 y volvió a anotar el resultado en el registro. El resultado era normal, pero la temperatura era algo más elevada de lo habitual en aquella galería que se perdía en las entrañas de la tierra.

Lucio apareció resoplando por la entrada de la bocamina.

—¿Has revisado las chimeneas de ventilación? —preguntó Eduardo.

—Ayer revisé las dos. La de la Colina Hueca y la del Pozo de la

Espiga.

—No estaría de más echarles un ojo de nuevo. Los ventiladores están en marcha, pero no noto correr el aire. Habla con mantenimiento y que echen un vistazo.

Lucio asintió servil y salió de la galería con el repiqueteo de su manojo de llaves.

Eduardo lo siguió y se acercó hasta la garita, junto a la casa del guarda, para fumarse su puntual pitillo antes de comenzar la jornada. Disfrutó cada calada sabiendo que pasarían horas hasta que pudiera volver a tirar del vicio. El capataz aún no había llegado, pero debía empezar a organizar la faena para conseguir mejorar la producción del día anterior. Las continuas bajas se hacían notar y tanto la empresa como los sindicatos presionaban. Pisó la colilla, tras una última y larga calada a su Ducados, y se dirigió a la jaula de descenso.

—¿Qué os pasa hoy? ¿Estáis dormidos? —dijo mientras intentaba reunir a los trabajadores de su cuadrilla, que se acercaban parsimoniosos y más aletargados de lo habitual.

—Muy mala noche, jefe —dijo Fermín, el barrenista.

—No sería tan mala, que sigues en pie —comentó Roque.

—O vivo…

Todos rieron.

Eduardo repartió las tareas y las cuadrillas fueron accediendo a la jaula y descendieron.

—¿Dónde están Amador y Gavino? —preguntó Eduardo al pasar revista.

—Amador sigue de baja —intervino Roque—. Anda aún con el ojo hinchado…

—Según el cuadrante, se tenía que incorporar hoy —indicó Eduardo mientras repasaba la planificación de turnos.

Amador era uno de los templeros que se encargaba de postear los arranques a medida que los picadores taladraban el carbón con sus martillos hidráulicos. Uno de los postes que soportaba los tablones, y que evitaban que se hundiera el techo, no estaba bien ajustado a la presión y, al intentar apretarlo, había reventado, lanzando una de sus platinas a la cara de Amador. El templero llevaba más de un mes de baja y Eduardo temía que aquello tuviera más que ver con la reciente muerte de Isaac, su compañero de tajo, que con su ojo hinchado.

—Ya hablaré entonces con la mutua. ¿Y Gavino?

—¡Aquí ando! —dijo el picador, colocándose el casco mientras se acercaba a paso ligero.

—Hoy tienes nuevo compañero.

—¿Nuevo compañero? ¿Y el chaval que vino ayer? El que era de… Joder, ¿de dónde era?

—Estás perdiendo neuronas, Gavino —comentó Roque.

—Como que no he dormido hoy con las putas pesadillas de los cojones.

Eduardo observó extrañado al picador.

—¿Y estás en condiciones de trabajar?

—Claro, joder. Aquí se cobra a destajo. Como para no estar en condiciones.

—El chaval era de Torabelos y no vuelve. Ayer tuvo un pequeño accidente y ha pedido la cuenta —comentó Fermín.

—No jodas. Pero si fue un golpe de nada.

—Le cayó una roca en el dedo gordo y ha perdido la uña.

—Hostia… Por una uña.

—Bueno, y se le rompió el pie por tres partes…

—Ah, bueno, entonces me callo.

—En cualquier caso, hoy tienes nuevo ayudante. Así que enséñale todo lo que necesite porque nos hace falta otro picador con urgencia. ¿Dónde está Silvestre? ¿Silvestre Manso?

Apareció una mano alzada que se acercó hasta la jaula entre los fornidos cuerpos de los mineros. Nadie había reparado en él y lo miraron como a un bicho raro por su aspecto de haber acabado de salir un seminario. El muchacho, perdido en aquel mono y un casco que flotaba sobre sus amplias orejas, se colocó las gafas y miró a Eduardo más asustado y desorientado que un ratón en un cepo.

—Hoy no te separarás de Gavino —le indicó Eduardo—. Serás su ayudante y él te enseñará lo que necesitas del martillo eléctrico, los puntales, el arranque y el limpiado de la rampa, ¿de acuerdo?

El joven asintió sin desprenderse de su cara de espanto.

—¿Otra vez voy a tener que explicarlo todo, jefe? Aquí se cobra por tajo sacado, no por clases particulares —se quejó Gavino.

—A lo mejor prefieres hablar menos y que te mande a la diez, que está en bruto.

Gavino levantó las manos en son de paz y sonrió, forzado por las circunstancias.

La cuadrilla, con la nueva incorporación, bajó hasta el nivel de la explotación para luego descender manualmente por la rampa. Las rozadoras se pusieron en marcha y se escucharon los engranajes de las vagonetas que esperaban al final del pozo para recibir el material, que desprendían los martillos eléctricos y la rozadora, y extraerlo a la superficie.

Gavino se introdujo en su tajo, que no llegaba al metro de alto, y arrastrándose con su martillo eléctrico alcanzó la brillante veta de carbón que relucía bajo la luz de las lámparas.

Silvestre se quedó paralizado en la rampa de descenso, agarrado a las traviesas que hacían las veces de peldaños. Observó el hueco por el que se había introducido el picador. Este le hizo un gesto para que lo

siguiera y, tras mirar a su alrededor, gateó con torpeza sobre las irregularidades de la roca, adentrándose en el hueco incrustado en la piedra y sorteando los puntales que evitaban que el techo de roca se hundiera y los aplastara. Llegó con la cara pálida hasta las botas de Gavino y se secó el sudor de la frente.

—Esto es muy fácil, rapaz —indicó Gavino mientras preparaba el martillo percutor—. ¿Los picadores qué hacemos? Pues picar. Aquí está el carbón, ¿lo ves? —Gavino tocó el fondo del hueco en el que una veta negra y brillante cruzaba diagonalmente la roca—. Picamos y colocamos los trozos en la cinta que lleva el carbón hasta el inicio del tajo. Ahí lo cargamos en la vagoneta, y carretera y manta. Tú hoy te vas a dedicar a sacar todo el carbón que caiga fuera y lo palas en una de las vagonetas.

Gavino dio un silbido acompañado de un gesto que simulaba el ascenso de un cohete.

Silvestre se asomó al angosto hueco en el que las rozadoras mecánicas, con su continuo sonido de cadenas y chasquido de piedra, abrían paso hasta la galería en la que reposaban las vagonetas, dispuestas y preparadas en sus rieles.

—Pensé que se picaba en las galerías grandes —dijo Silvestre.

—Ahí trabajan los barrenistas y los artificieros, que van haciendo los arranques. Perforan la veta grande de carbón con las barrenas, ponen el explosivo y abren por metros. Pero la nuestra es la parte más difícil, porque tenemos que hacer túneles y rascar a los lados de las galerías.

Silvestre escuchó el crujido de uno de los puntales seguido del sonido hueco del rasgar de la roca.

—¿Qué ha sido eso?

—La tierra que se mueve.

La cara del novato se tornó aún más blanca.

—Que es tu primer día, chaval. No pienses. Mira cómo golpeo la roca para sacar más carbón con menos esfuerzo. Que los novatos empezáis a picar y a picar hacia el fondo y así no sale nada en todo el día. Hay que ir raspando el mineral. Así se avanza poco a poco y luego viene el templero a poner las puntadas para que no se nos caiga nada encima.

Gavino arrancó el martillo y el ruido ensordecedor, unido a la vibración de la tierra, los acompañó durante las siguientes horas.

Gregorio, el capataz había convocado una reunión de urgencia a media mañana con los vigilantes de plantilla. La producción diaria iba con retraso y necesitaba un informe de los vigilantes para aclarar los motivos de la bajada en aquel tramo.

—¿Qué cojones está pasando ahí abajo? —espetó Gregorio, nada

más aparecer por la puerta de su despacho, haciendo gala de su característica diplomacia.

—Hemos tenido algunas ausencias —indicó temeroso Laureano, el otro vigilante de la mañana—. En mi cuadrilla han faltado tres.

—Y en la mía, dos. Bueno, tengo una baja y una nueva incorporación —indicó Eduardo mientras se apoyaba en la mesa del capataz cuando este se sentó.

—¿Qué pasa? ¿Que se han puesto de acuerdo o qué? ¿No me estarán montando otra huelga?

—No. La verdad es que han llamado diciendo que no se encontraban bien —apuntó Laureano—. Malestar muscular… Y hace veinte minutos se me ha ido otro picador con fatiga.

—¿Qué coño está pasando entonces?

—Vicente, el del sindicato, ha reportado que hace mucho calor esta mañana en las galerías. Sobre todo en la nueve.

—¿Y la ventilación? ¿La habéis comprobado?

—Sí —contestó Eduardo—. Incluso mandé a Lucio a comprobar la salida de las chimeneas y todo parece en orden.

—¿Y los niveles de metano?

—Correctos. Los medidores no muestran nada raro —indicó con seguridad Eduardo.

—Los notamos más cansados de lo habitual desde primera hora. Y muchos se quejan de que no han dormido bien —dijo el otro vigilante.

—¿Que no han dormido bien?

—Pesadillas, dicen.

—¿Me estás tomando el pelo, Laureano?

Eduardo recordó los comentarios de Lucio y de Gavino y revivió aquella extraña sensación que lo había embargado mientras caminaba colina abajo al dirigirse a la mina. Observó la jaula de madera que colgaba de la ventana del despacho del capataz, recuerdo de tiempos en los que los mineros bajaban al tajo con un canario que los prevenía de los escapes de gas.

Agarró el medidor y volvió a comprobar los niveles en la pantalla: eran exactamente los mismos que por la mañana.

—Voy a bajar a la nueve —dijo Eduardo, con una preocupación que casi bloqueó sus sentidos.

No hacía ni medio año desde que un derrumbe en uno de los tajos les costó la vida a dos de sus hombres y no iba a permitir que aquello se repitiera.

Aunque Eduardo no creía en ese tipo de cosas, no se desprendía de la sensación de que algo ocurriría si no se concentraba en las señales que había recibido desde primera hora de la mañana. Pensó en todas las variables y organizó mentalmente las decisiones que debía tomar para que todo transcurriera sin alteraciones.

—¡Y quiero a todo el mundo picando! ¡Qué no llegamos, Eduardo!

Eduardo salió a cumplir las últimas palabras que el capataz había soltado haciendo único caso a sus intereses a corto plazo. No le respondió. Tenía cosas más importantes de las que preocuparse. En seguida avisó por el *walkie* a los encargados de mantenimiento para que revisaran de nuevo la ventilación y los extractores de gas. Bajó por la jaula hasta el tercer nivel y descendió a pie por la rampa hasta el ocho, sin dejar de observar el medidor de CO_2. A medida que bajaba, el ambiente estaba más cargado y la temperatura aumentaba.

—Jefe, ¿qué cojones pasa hoy con el calor? —espetó Gavino desde su estrecho tajo, mientras hacía una pausa para tomar resuello y beber agua.

—¿Dónde está el nuevo? —preguntó Eduardo al observar que Gavino solo contaba con su ramplero habitual.

—Se lo llevó Máximo, el vigilante de la novena. Dijo que hacían falta picadores abajo.

Eduardo maldijo entre dientes y siguió bajando por la estrecha rampa hasta la galería nueve. El calor era aún más sofocante y el medidor reflejó una leve subida de los niveles de gas, aún dentro de la normalidad.

Caminó a paso ligero entre los rieles anegados y llegó hasta el vigilante de galería, que daba indicaciones al barrenista.

—Máximo, ¿dónde has metido al chaval nuevo? No se puede poner a picar el primer día. Y no puedes llevártelo de mi equipo sin más.

—Pues háblalo con el capataz, que es el que me ha dado orden por *walkie*. Hoy no me han aparecido dos picadores y un ramplero. Y ya me dirás cómo saco yo la producción. Lo he puesto ahí con Ángel, los dos a picar, y a Arturo a cargar en la vagoneta, que es más rápido.

Eduardo resopló y se limpió el sudor de la frente.

—Y este calor, ¿no has avisado a mantenimiento? —preguntó Eduardo.

—Hace una hora. Han estado aquí los del sindicato y han subido en el tren de personal a hablar con el capataz. Pero los niveles están bien. Tiene que pasar algo con el sistema de ventilación y han ido a dar parte.

El repentino sonido del reventón de uno de los puntales hidráulicos en uno de los tajos los puso en alerta. Los dos vigilantes echaron la vista atrás y, desde el túnel, apareció Arturo gateando, con un colgajo de piel en la cara que dejaba a la vista medio cráneo y un oscuro hueco donde antes tenía el ojo derecho. Eduardo y Máximo corrieron en su auxilio mientras avisaban a enfermería por el transmisor.

Arturo cayó desplomado al suelo por el *shock* del golpe recibido y Eduardo le dio la vuelta para lavarle la herida con agua limpia y evitar que se infectara. Allí de rodillas, auxiliando al ramplero,

escucharon que otro de los puntales del mismo tajo reventaba y provocaba un pequeño hundimiento de la roca. Las tablillas que la sostenían empezaban a resquebrajarse por el peso.

Eduardo volvió a revisar el registro del medidor portátil y comprobó que los niveles de metano ascendían lenta pero progresivamente.

—Hay que salir de aquí, ¡ya!

El barrenista y el vigilante de la galería nueve agarraron al ramplero herido, que ya había perdido el conocimiento, y se dirigieron hacia la zona de vagonetas.

Eduardo comprobó el estado de la techumbre del tajo y avisó por el *walkie* para que evacuaran toda la mina de forma inmediata por peligro de desprendimiento y posible presencia de gas grisú.

—¡Salid de ahí! —gritó Eduardo hacia el interior del tajo donde se encontraban Ángel, el picador veterano, y Silvestre, el recién llegado —. ¡Hay que evacuar!

No obtuvo respuesta.

Escuchó el crujir de la roca y un leve desprendimiento resonó en la oscuridad. Su linterna no alcanzaba a iluminar el fondo, por lo que Eduardo se agachó y se introdujo en la rampla. Un polvo negruzco dificultaba aun más las labores de búsqueda.

—¡Ángel! ¡Silvestre! —Eduardo recordó el nombre del novato porque le vino a la mente la imagen de las carreras de fin de año, en las que pensó al nombrarlo durante la asignación de tareas. Parecía que hubiese pasado ya un día completo desde entonces.

Siguió avanzando por el estrecho y angosto túnel. El calor comenzó a ser sofocante y se percibía un intenso olor a gas que lo hizo estremecerse. El techo de roca volvió a crujir y Eduardo se imaginó enterrado vivo, como sus compañeros seis meses atrás. No pensaba en otra cosa: con cada gateo que lo adentraba en la oscuridad, en la que la tierra daba muestras de su tremendo poder, sabía que firmaba una condena de muerte, pero tenía muy claro que no se marcharía sin socorrer a los picadores.

Cada día que un minero bajaba a la mina, sabía que podría ser el último. Y aun así, bajaba por que no le quedaba otro remedio. A parte del jornal, la mina daba algo más que no se podía explicar: la adicción producida quizás por el polvo de sílice o por el sentimiento de formar parte de la grandeza milenaria de ese enclave, por el privilegio de explorar un lugar jamás antes pisado por ningún otro ser humano. Pero el día pasaba y el tajo terminaba. Y al final de la peonada, ascendían por la jaula y salían a la luz. El fin de la jornada laboral no era el final del día, si no, más bien, un nuevo comienzo. Era volver a nacer tras pasear por los infiernos.

Eduardo no tuvo miedo. Tampoco lo sintió cuando había quedado

atrapado en el tajo de la galería siete con sus otros dos compañeros. Amigos que, por unos centímetros, no habían tenido tanta suerte como él y a los que el sucio juego del destino les ganó la mano como una revancha por profanar aquellos restos que reposaban desde hacía millones de años.

El miedo había llegado después. En casa y a salvo. Después de que, tras dos días allí encerrado, entre rocas y los cuerpos de sus compañeros inertes, el equipo de salvamento consiguiera retirar los escombros y permitirle renacer.

Pero no tendría tanta suerte de nuevo. Uno podía ganar la primera vez a la banca, pero si no se retiraba a tiempo, acabaría por perderlo todo.

Avanzó un metro más y vio las rocas esparcidas por el tajo, con varios bastidores reventados junto a los puntales ahora deformes. Una enorme roca se había encajado en medio del tajo y aplastado los cuerpos de los picadores que aún parecían agarrar su martillo. Allí se hallaba sepultado el joven Silvestre, en su primer día de trabajo, al que la mina no le había concedido el beneficio de la duda ni el derecho de una segunda oportunidad.

Eduardo tomó una bocanada de aire y la contuvo para no romper a gritar allí mismo y provocar otro derrumbe. El nudo en su garganta y la presión en su pecho no le permitían respirar, por lo que se dejó caer sobre el piso y se quedó apoyado en la roca mientras se desabrochaba el mono, que parecía presionarle los pulmones.

Escuchó un desprendimiento que procedía del nivel superior y las voces de otros trabajadores que parecían lamentarse en la lejanía y dejaban a Eduardo como testigo de su tragedia por entre los huecos que había dejado la roca, como un intercomunicador de muerte.

De repente, una enorme explosión hizo vibrar la galería y las piedras de su alrededor. Una nube de polvo cayó de entre las rendijas de la roca de pizarra y Eduardo gateó hacia el arranque del tajo. Notó el calor y escuchó el clamor de una ráfaga de aire que se extinguía. Miró hacia el inicio de la rampla, por la que se había metido con la esperanza de recuperar a sus compañeros, y una ola de fuego pasó de largo por la galería número nueve, arrasando todo a su paso. Eduardo se cubrió la cara y se quedó rezagado en el tajo que ahora le servía de refugio ante la inmensa deflagración. Se oyeron varios focos más de explosiones y los gritos agonizantes de los mineros que estaban sobre él. A cientos de metros de aquella última galería, Eduardo no podía intuir las catastróficas consecuencias.

Sintió el calor de la llamarada de fuego, que buscaba el rastro del oxígeno para su combustión letal, y se dirigía hacia las chimeneas de ventilación que comunicaban con el exterior. Supo que, si no acababa sus días quemado, lo haría asfixiado. Estaba rendido y atrapado: a un

lado, la roca de pizarra que había sesgado las vidas de un minero a punto de jubilarse y la de un joven en busca de un futuro; y al otro, el fuego, purgado de todos sus pecados.

La tierra tembló de nuevo y la enorme roca sobre la que apoyaba la espalda crujió con el sonido de mil detonaciones de barrenas. Se llevó las manos a los oídos. Un pitido abrumador le atravesaba la cabeza. La roca crepitó y, al desplazarse como un ser vivo, dejó una hendidura por la que Eduardo percibió una corriente de aire. Respiró el oxígeno puro que procedía de allí y se metió en el hueco. Si aquella abertura había creado un canal de ventilación, la llamarada que aún cruzaba errante la galería principal dejaría que una de sus ramificaciones se introdujera por aquel tajo en busca de más oxígeno que inflamase su ansia de destrucción.

El fuego se filtró en la rampla y se acercó raudo para buscar la grieta. Eduardo, de forma instintiva, se introdujo en ella por completo y dejó la espalda apoyada en la roca para cortar la corriente de aire que el fuego perseguiría en su ansia de abrasarlo todo a su paso. Permaneció quieto y escuchó el crepitar del fuego que quemaba sin piedad los tablones que aún mantenían parte de la estructura del techo. El fuego le arañó el espinazo, que se abrasó al contacto con el mono de trabajo. Apretó los dientes para soportar el dolor de la espalda, que se le derretía, y se mantuvo firme a pesar del olor a chamusquina.

Dio un alarido de dolor y abrió los ojos para distraerse y observar aquel nuevo entorno. Escudriñó el lugar buscando una alternativa a morir cocinado en aquella piedra.

La linterna no alcanzaba a iluminar la enormidad de aquella cueva. Varios cantos cayeron al vacío al contacto con sus pies y al mirar sus botas vio que se sostenía sobre un enorme trozo de cristal de cuarzo que le devolvía el reflejo de la luz de la lámpara.

La temperatura de su espalda disminuyó tras un enorme estruendo y sintió una leve succión en la piel. Se retiró de la abertura, seguro de que el tajo había colapsado por completo, lo que habría hecho desaparecer el túnel de fuego.

Se retiró con lentitud. Los legajos de piel quemada, pegada a los restos de fibra y roca, se desprendían de su espalda. A pesar del palpitante dolor, sintió una necesidad imperiosa de fumar, lo que le resultó paradójico y absurdo, pero tan real y necesario como el respirar.

Con cuidado, caminó sobre los enormes cristales de cuarzo. Entendió que se encontraba dentro de una inmensa geoda: una cavidad dentro de la roca tapizada de cristales y de las que tenía unas cuantas en su colección particular, pero nunca llegó a imaginar que se encontraría una tan grande como para meterse dentro. Pensó en su

hija Bárbara y en lo mucho que habría disfrutado de aquella visión única. Se lamentó porque nunca podría llegar a verla. Aquellas formaciones se generaban dentro de burbujas de aire en la roca durante su formación y eran completamente estancas, pero la corriente de aire sobre su espalda en carne viva lo hizo intuir que la explosión había cascado aquella inmensa roca hueca y creado otra abertura que, con toda probabilidad, comunicaría con otra galería o con una gruta subterránea. Fantaseó con la remota idea de salir de allí con vida.

Con cuidado de no tropezar con los enormes cristales de cuarzo, que mostraban intactos sus afilados vértices, atravesó la geoda y se permitió disfrutar del exclusivo espectáculo que la Madre Tierra le regalaba. De alguna manera, se sintió agradecido.

Hasta ese momento, su instinto lo había empujado a actuar, por alguna razón, de manera acertada. Decidió seguir aquel impulso en el que siempre había confiado, fruto de sus años de experiencia bajo aquella misma tierra que ahora lo guardaba. Aquella que, por más que se empeñara en lo contrario, también era su casa. Sabía que no debía mostrarle miedo, solo respeto. Siguió las señales que el subconsciente le enviaba en forma de guía y tomó la decisión de seguir adelante.

3

Gracias a las ayudas recibidas a la industria del carbón en un intento más de salvar un sector en decadencia, Carbones de la Espiga había realizado una inversión sin precedentes que incluía el reacondicionamiento de la ventilación natural de las chimeneas de La Espiga y de Colina Hueca y la instalación de un sistema de ventilación mecánico y de extracción de gases que había mejorado, de forma considerable, la calidad en el trabajo, repercutiendo en el rendimiento de los trabajadores y en la producción diaria. Esto había dado pie a la contratación de un equipo de mantenimiento encargado de la revisión diaria de los equipos.

Lucio seguía siendo de la vieja escuela y, aunque el técnico de mantenimiento le había asegurado que los ventiladores y extractores se encontraban funcionando con total normalidad, sintió cierta desconfianza ante aquel aumento de la temperatura en las galerías y el malestar de algunos trabajadores desde días atrás.

Primero comprobó la chimenea que había junto al castillete del Pozo de la Espiga. Era la más moderna y se encargaba de ventilar las galerías más profundas, en paralelo al pozo donde se situaba la jaula de descenso. La segunda de las chimeneas, en alto, sobre Colina Hueca, había sido la primera de la explotación y se colocó en aquel enclave aprovechando una salida de ventilación natural que brotaba de la primera galería abierta en ladera, ya abandonada.

Lucio, desde la entrada a la bocamina, observó la chimenea cilíndrica, de ladrillo visto, que coronaba el cerro. Ascendió por el sendero que rodeaba la elevación (el mismo que todos los días usaba Eduardo para llegar hasta su casa) y, mientras caminaba, con la dificultad que había ido acumulando en la panza y los años de guardia, crecía su inquietud al recordar la cara que había puesto el vigilante jefe al pedirle que comprobara el sistema de ventilación. Conocía a Eduardo desde que eran niños y sabía cuándo su semblante serio mostraba auténtica preocupación. Esa sensación de congoja se unía a la falta de sueño tras una noche extraña, llena de ruidos subterráneos más frecuentes de lo habitual, y unas pesadillas que, por más que intentaba, no era capaz de recordar. Solo le venían imágenes de una gran oscuridad en el momento de despertar, y el recuerdo de una presión en el pecho que lo ahogaba.

Colina Hueca debía su nombre a la multitud de grietas, cuevas y grutas que albergaba. Una colina en la que se dejaron de hacer prospecciones por los continuos riesgos de desprendimiento y de acumulaciones de gases en su interior. La veta de carbón no era muy

grande y la dirección había decidido seguir con la explotación subterránea, que resultaba más rentable.

Llegó hasta la base de la chimenea en lo alto de Colina Hueca, que emergía gloriosa con sus más de diez metros de altura. De su basamento rectangular de hormigón partía una estructura cilíndrica que iba estrechando su circunferencia hasta su culminación. En la base contaba con una pequeña puerta metálica que servía para comprobar su correcto funcionamiento y que permitía realizar las labores de mantenimiento. Solo Lucio contaba con la llave y, tras varios intentos de encajarla en la herrumbrosa cerradura, consiguió abrir la portezuela, que emitió un estridente chirrido de óxido y tiempo. Un pequeño mirador protegido con una malla metálica salvaba la caída a un pozo negro del que no se podía distinguir el fin, ni tan siquiera con su potente linterna.

Viró la cabeza hacia el cuello superior de la chimenea y contempló el pequeño círculo que le mostraba el cielo, sin ningún tipo de obstáculo que impidiera la correcta ventilación. Lucio buscó en los bolsillos de su cazadora corporativa y sacó un pañuelo de papel medio usado. Lo extendió y recortó una tira. Una viga metálica atravesaba la base de la chimenea a modo de riostra y Lucio anudó en ella la tira de papel. Esperó unos momentos, pero el jirón no hizo ningún movimiento que manifestara que el aire circulase desde el interior hacia afuera. Si la chimenea hubiera funcionado de forma correcta, la tira debería ascender, al igual que el aire caliente procedente del interior de la mina y de las galerías, buscando una salida. Pero no se movía.

De repente, el jirón de papel se inclinó con fuerza hacia el interior. Lucio notó la corriente de aire que se dirigía en aquella dirección y un sonido parecido a una fuerte inhalación que procedía de las profundidades de aquel hueco. La tira fue succionada y desapareció en la oscuridad de la gruta. Todo quedó en calma unos segundos en los que Lucio, agarrado a la baranda, intentó asimilar lo sucedido. Unos eternos segundos que precedieron a una explosión.

La tierra tembló y los cascotes cayeron en el interior del hueco. La chimenea crujió y el polvo del cemento de las juntas de los ladrillos inundó el oscuro espacio. Una segunda explosión provocó el derrumbe de los ladrillos que remataban la cumbre circular y Lucio tuvo que colocarse bajo el dintel de la puerta. Observó cómo los cascotes caían y se perdían en el vacío. En lo más profundo de aquel inmenso hueco subterráneo vislumbró una luminaria y tuvo consciencia plena de la enorme profundidad de aquella chimenea natural y de las devastadoras consecuencias de la deflagración.

Salió de la construcción por temor a que se derrumbara, aún consternado por lo que acababa de ver y sentir. La tensión arterial le

bajó de golpe e, instintivamente, se apoyó junto al risco en un saliente de pizarra desde el que podía contemplar la entrada a la vieja galería. Observó el conjunto de la mina de carbón, incluidas las naves, el castillete de descenso y su propia casa, desde la que controlaba el acceso. Impregnado en sudor, se quedó expectante, temeroso de que la explosión hubiese podido afectar a sus compañeros.

Vio que el capataz, los administrativos y varios operarios salían de la nave de oficinas y se dirigían hacía el castillete de la jaula de descenso. Uno de los vigilantes corrió hasta la garita de entrada e hizo sonar la sirena. El aullido impregnó el valle a una hora impropia y que solo auguraba la peor de las nuevas.

Lucio recuperó el aliento y descendió por el sendero que rodeaba el risco de Colina Hueca, sin dejar de observar a los mineros que salían apiñados del castillete del Pozo de San Juan y corrían hacia el exterior del recinto, raudos y guiados por el impulso de supervivencia. Y sintió la gran explosión bajo sus pies. Las dos anteriores parecían haber sido un aviso, pero la tercera hizo temblar toda la colina, como si la resquebrajara. Desde el risco, y hacia el recinto de la mina, cayeron enormes cascotes de piedra pizarra. La explosión reverberó en todo el Valle de la Espiga, anulando incluso el intenso aullido de las sirenas. Los mineros corrieron despavoridos y una enorme columna de fuego brotó del interior del pozo hasta alcanzar la altura del castillete donde se encontraba la jaula.

Lucio se quedó petrificado, observando aquel grotesco espectáculo de cuerpos envueltos en llamas que trataban de escapar de su destino. No daba crédito. Se echó las manos a la cabeza, testigo involuntario del espanto.

Un nuevo sonido llamó su atención, un quebrar que viajaba rebotando entre los montes del valle y que lo llevó en su búsqueda hasta la majestuosa presa del pantano del río Espiga. La colosal construcción que protegía al pueblo de Triviana de las catastróficas subidas de aquel río salvaje ahora presentaba una enorme grieta que rasgaba de arriba abajo la pulida y firme superficie curva de hormigón, de la que manaban toneladas de agua que ansiaban recuperar su cauce natural.

4

Rosalía no tardó en despertarse tras la marcha de Eduardo. Se quedó tumbada sobre la cama, con los ojos abiertos, y le pareció todo un logro haber conseguido dormir tres horas seguidas después de la última toma del bebé. Le llamaron la atención el silencio y la calma que se advertía al otro lado de la ventana entreabierta.

Alargó el brazo hasta la mesilla de noche donde reposaba su libro de cabecera, intentando no hacer ruido, para probar a leer un par de páginas seguidas sin que el sueño la venciera. Un leve sollozo de Eduardo, demandando su atención, hizo que el viaje de su mano hacia otros mundos virase hasta la cuna donde reposaba aquel bebé que la observaba ya despierto y que se entretenía chupando uno de sus pies descalzos. El pequeño parecía haber respetado el duermevela de su madre, pero comenzaba a mostrar la intranquilidad que delataba un incipiente e incontrolable apetito.

Le dio de mamar mientras observaba el mecer de los pinares a través de la ventana. Sintió la brisa fresca que, de forma puntual y poco discreta, atravesaba aquella casa situada en lo alto de Colina Hueca. Se extrañó de que el habitual trinar de los pájaros no hubiese roto ya el silencio, que le resultó pesado e insólito. Al cambiar de pecho, agarró el libro que aguardaba sobre la mesilla. Lo abrió con habilidad y, con la mano libre, apartó la cuartilla doblada con el oso panda Chu-lin que le había dibujado Bárbara. Antes de terminar la primera página, escuchó trastear en la habitación de al lado y, a los pocos segundos, comenzó el llanto.

—¿Qué ha pasado? Bárbara, ¿qué le pasa a tu hermana?

Por la puerta había aparecido su hija mayor, de cinco años, con la cara enfurruñada y unas tizas en las manos, que habían embadurnado su pijama.

—Es que, cuando me he despertado, Clara estaba escribiendo en mi pizarra con las tizas nuevas y las está rompiendo —dijo la niña con gesto dramático.

Tras ella, Clara, de dos años, lloraba desconsolada e intentaba arrancar de las manos de su hermana mayor las tizas de colores.

—¿Seguro que las estaba rompiendo, Bárbara? Déjaselas un rato, anda.

—Pero es que yo soy la profesora y ella escribe y me borra los números.

—Pues hazle un número y le enseñas a que lo haga igual, pero deja que juegue también.

—Pero ella no sabe y solo hace garabatos.

—Cariño, ¿por qué no ves un poco los *dibus* en la tele y le dejas los colores un rato a Clara? ¿Te parece? O jugáis a la Oca, que os gusta a las dos.

Bárbara se quedó satisfecha con aquella concesión inesperada y corrió hacia el salón tirando las tizas al suelo, lo que provocó un llanto aún mayor en su hermana.

Rosalía fantaseó con que solo faltaba una semana para que empezaran las clases. Aunque tuviese que quedarse con Clara y Eduardo en casa, no tendría que lidiar con la tercera en discordia, que parecía no llevar muy bien la idea de haber sido, nuevamente, destronada.

Bárbara se cansó muy pronto de la televisión y, después de desayunar su tazón de Smacks de Kellogg's, prefirió volver al dormitorio compartido para controlar con lo que jugaba su hermana.

Rosalía colocó al bebé en el parque, que tenía instalado en el pasillo, para no perderlo de vista mientras hacía las camas y ordenaba los cuartos. Observó a las niñas, que se volvían a pelear, y calculó, de forma inconsciente, que aún le quedaban dos meses para retomar su trabajo en la escuela. Después de varios años rotando por la provincia, había conseguido plaza fija en el colegio público de Triviana y empezaba a echar de menos la rutina de las clases. Llevaban en aquella casa seis años, desde que Eduardo la había reformado, y todo había resultado tan fugaz que parecía haber perdido la conciencia del tiempo y de ella misma. No recordaba un solo momento de calma desde que habían regresado del viaje de novios y descubriera que estaba embarazada.

La vivienda aún tenía mucho trabajo por delante para acomodarla a la idea que ambos compartían de hogar, pero aquella había sido la casa de la familia de Eduardo y era inviable el esfuerzo económico de comprar otra en el pueblo, más cerca de la vida urbana y de sus hermanas.

Aprovechó que reinaba un poco de paz entre las niñas y que el bebé se había dormido para salir al porche y continuar leyendo *La casa de los espíritus*, la última novela que había llegado a la biblioteca y que su compañera Chari le había llevado de estraperlo antes de ponerla en el catálogo. Dio el último sorbo al café con leche y se reclinó sobre la silla, dejando caer los párpados sin remedio.

Bárbara colocó el tablero de la Oca en el suelo del cuarto de juegos. De una caja de cartón sacó las fichas de colores y los dados. Se quedó con la ficha amarilla y agarró con disimulo el único dado rojo con puntos blancos rescatado del Cluedo.

Clara observó la jugada de su hermana e intentó arrebatarle el dado.

—No, Clara. Este es mío porque es más grande. Coge tú el blanco.

Clara dio un manotazo a la caja de cartón y las fichas rodaron por el cuarto de juegos. Agarró a su hermana mayor por el puño y le clavó las uñas con todas sus fuerzas.

—¡Clara! ¡Estás castigada! —gritó Bárbara tras dar un alarido de dolor.

La pequeña berreó, más por el susto que por haber perdido la opción de quedarse con el dado rojo, lo que provocó que el bebé se despertara alertado y comenzara a llorar.

—¿Ves lo que has hecho? —reprochó Bárbara a su hermana—. Ahora estáis los dos castigados sin recreo.

Salió al pasillo y arrastró el parque hasta el cuarto de juegos.

Clara, envuelta en lágrimas, comenzó a recoger las fichas de colores del suelo y no tuvo tiempo de reaccionar cuando su hermana la dejó encerrada en el cuarto junto a su hermano.

La despertó la vibración bajo sus pies y, aún con los ojos cerrados, la primera imagen que le pasó por la cabeza fue la de su marido cubierto de hulla y sus blancos ojos observándola desde el fondo del pozo de la mina de carbón. No supo si era parte de su último sueño o un aviso del subconsciente, pero abrió los ojos cuando el llanto de sus hijas se hizo audible. Se encontró de frente con la visión de la chimenea de ventilación de la mina que se desplomaba levantando una inmensa polvareda que alcanzó la altura de la copa de los pinos.

La tarima de madera sobre la que se hallaba su hamaca tembló tras lo que parecía una nueva explosión. Aún aletargada, se puso en pie y prestó atención. Agarró la manilla de la puerta trasera del porche, que daba acceso a la cocina, pero esta no respondió a sus tirones.

La casa crepitaba. La pérgola de madera que cubría el porche crujió y, sin avisar, uno de los travesaños se desprendió por completo y la golpeó en la cabeza. Rosalía cayó a plomo sobre la tarima resquebrajada.

Bárbara se quedó quieta al notar la vibración. Prestó atención a los ruidos extraños que provenían del suelo y las paredes. En la habitación de al lado continuaban los llantos de sus hermanos, amplificados por las nuevas circunstancias.

Llamó a su madre, desconsolada, mientras permanecía inmóvil y observaba el polvo que manaba de las grietas del techo. De repente, escuchó un crujido seco y contundente que precedió a un enorme trueno que hizo vibrar de nuevo la casa. Bárbara se levantó y se asomó a su dormitorio. La pared del final del pasillo había desaparecido por completo. Trepó por los restos de ladrillo que se habían amontonado junto a su habitación y se dirigió al cuarto de juegos. Intentó abrir la puerta, pero esta no cedía. Los cascotes imposibilitaban su apertura. Empujó con todas sus fuerzas mientras

giraba el picaporte, pero el marco superior había cedido por completo.

—¡Mamá! ¡Mamá! —gritó Bárbara, asustada.

No obtuvo respuesta.

Escuchó el llanto de Clara al otro lado y miró a su alrededor buscando una solución. Intentó hacerse la fuerte para no llorar, pero no pudo evitarlo. Su padre siempre le decía que ella era tan valiente como Santa Bárbara, porque nunca la asustaba el estruendo de los barrenos de la mina. Pero aquello era diferente. Una pared de su casa había desaparecido y una enorme grieta atravesaba el pasillo y se perdía bajo la puerta del cuarto de juegos. Se aferró a una manivela que no respondía.

Bárbara apretó las piernas. Los nervios le estaban dando ganas de ir al baño. Debía tomar una decisión, debía buscar a su madre o echar abajo aquella puerta como fuera. No sabía qué hacer. Todo le parecía demasiado complicado en aquel momento y se vio sobrepasada.

—¡Mamá! —gritó desconsolada mientras escuchaba el crepitar de los muebles dentro de aquel cuarto estanco.

Se dio la vuelta y pensó que podría salir por la ventana de su dormitorio y rodear el porche hasta la ventana del cuarto de juegos. Clara seguía llorando y el temblor de sus piernas iba en aumento. Miró hacia la ventana de su habitación y vio un pájaro apoyado en el alféizar. Lo observó unos instantes y el pájaro alzó el vuelo en dirección a los pinos. Bárbara se encaramó al pretil y saltó al otro lado. Corrió descalza por el patio trasero, rodeó la esquina y al llegar porche vio a su madre, tumbada en el suelo, inconsciente. Se agachó junto a ella y le giró la cara, pero no respondió a sus llantos y súplicas. Se levantó envuelta en lágrimas, bordeó el porche y trepó por los cascotes que la separaban de la ventana del cuarto de juegos. Alcanzó el hueco de la ventana y se asomó. El suelo había desaparecido por completo.

Y con él, el llanto de sus hermanos.

5

Prestó atención al silencio, como como si buscara una voz que lo guiara hacia una respuesta. No hubo voz, pero sí que pudo afinar lo suficiente el oído para percibir una leve corriente de aire dentro de aquella geoda. Caminó con cuidado sobre los majestuosos cristales de cuarzo blanco y centró sus sentidos en no tropezar y golpearse la cabeza con alguna de las afiladas lanzas que lo amenazaban y señalaban como el intruso que era. Eduardo se sintió pequeño y vulnerable, más que en su día a día bajo la ferocidad de la mina. El intenso dolor estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento en varias ocasiones. A cada paso, la piel quemada de su espalda se tensaba y parecía desgarrarse, fundida ya con la fibra de su mono de trabajo.

El silbido de la corriente de aire se hizo más perceptible y, tras completar su periplo, encontró una abertura en el extremo opuesto de la roca. Tres grandes piezas de cuarzo, que debían de pesar una tonelada cada una, reposaban fracturadas a sus pies. La grieta silbaba furiosa, arrastrando con ella restos de olor a gas y ascuas. Respiró y liberó su emoción contenida, lo que relajó su rictus de dolor y angustia. Se había imaginado que moría tan solo unos minutos antes, abrasado por el fuego del gas grisú que ya debía haber calcinado a muchos de sus compañeros. Se había encontrado cara a cara con la muerte en otras ocasiones y el sentimiento de derrota se había agotado hacía mucho tiempo. Una leve esperanza, en la forma de aquella grieta por la que escapar, fue suficiente para activar de nuevo el modo supervivencia oculto en nuestro más primitivo cerebro animal y del que solo somos conscientes en los momentos en los que nuestro instinto lucha contra la razón.

Eduardo se introdujo en la grieta con dificultad, aún más consciente de la gravedad de la quemadura de su espalda al rozarla contra la piedra. Apretó los dientes y cerró los ojos. Tras un último impulso, que volvió a desgarrar su piel, salió de la geoda. Nadie antes había estado dentro de ella y sabía que la Madre Tierra no llevaba nada bien lo de las profanaciones. Se sintió privilegiado por haber podido disfrutar de aquella maravilla y lamentó, de nuevo, no poder compartirlo con Rosalía y sus hijos.

Se golpeó la cabeza con un saliente de pizarra, lo que provocó un leve parpadeo de la luz de su casco. Temió haber arruinado la lámpara, pero el foco se estabilizó y pudo hacer un barrido de su nuevo entorno. Se encontraba en una pequeña gruta, húmeda y angosta. Sintió la opresión y empezó a respirar con dificultad. Se

agarró con las manos a la piedra que delimitaba el espacio y que abarcaba completamente su envergadura. Respiró hondo y volvió a convencerse de que cada minuto que pasaba vivo era un regalo extra que la tierra le concedía. Un paseo final en la montaña rusa de la vida, con fuegos de artificio y lugares de ensueño. Si no hallaba la salida, volvería a la geoda y se tumbaría sobre los cristales para morir observando aquel portento mientras se fumaba su último cigarrillo. Aunque el vicio lo hiciera volar por los aires.

Avanzó, decidido. La pequeña gruta se estrechaba cada vez más a medida que profundizaba en su descenso. Llegó un punto en el que no le quedó más remedio que tumbarse y reptar por el angosto hueco entre las rocas. Meditó sobre si era buena idea adentrarse, pero, tras examinar la zona y valorar sus opciones, decidió introducirse y seguir confiando en su instinto. Colocó los brazos por encima de la cabeza y tiró de su cuerpo, ayudándose con los dedos que se aferraban con las yemas a las resquebrajaduras y hendiduras de las lascas de pizarra. Avanzó, a rastras, varios centímetros con cada pequeño impulso, hasta quedar atorado por completo. Las rocas presionaban su pecho y rasgaban su espalda. Sintió la humedad de la sangre empapando su mono de trabajo. No podía respirar. El estrecho hueco solo le permitía dar pequeñas bocanadas, que era lo que toleraba su capacidad torácica.

Tragó saliva y expulsó todo el aire de los pulmones para disminuir su volumen y darse un último impulso con las botas de puntera de acero. Se arrastró como un gusano en una castaña. La piel volvió a desgarrarse y a punto estuvo de perder por fin el conocimiento, pero sintió una brisa en la coronilla y observó que la grieta se ensanchaba a la altura de su cabeza. Solo necesitaba un impulso más para salir del atasco que laceraba su cuerpo. Haciendo palanca con los brazos, consiguió sacar la cabeza de la grieta y respirar con cierta normalidad. Al hacer el esfuerzo para sacar la espalda, golpeó el casco contra un saliente y este se le cayó de la cabeza. El casco rodó por la roca hacia una gran oscuridad con un eco que delataba la inmensidad de aquel espacio. Eduardo logró salir de la hendidura y permaneció inmóvil. Trató de recuperar la respiración y no centrarse en el dolor. Intentó estimar la dimensión del espacio que se abría ante él, pero la oscuridad dificultaba su análisis. No veía nada. Solo el haz de luz de la linterna de su casco se distinguía en la profundidad de la gruta. El ambiente era húmedo, pero el aire no estaba viciado. Prestó atención al silencio y percibió el constante goteo de las aguas subterráneas y el rumor de una corriente en la zona más baja de aquel abismo.

Descendió sentado sobre la roca y agarrado a los salientes. Tanteó el terreno con sus botas y comprobó los resaltes más firmes. Avanzó en su descenso, teniendo como única referencia la luz de su linterna,

que se perdía en la oscuridad. Deseó que no se le terminara la autonomía para no quedarse a oscuras allí, ahora que se aferraba de nuevo a la esperanza. En ese momento, un mal tropiezo significaría la muerte o, mucho peor, quedarse inmovilizado y esperar un final agónico.

Empezó a arrepentirse de haberse movido de la grieta que daba acceso al tajo desde la geoda. Si los del equipo de salvamento conseguían bajar a la galería, comprobarían que se había producido un desprendimiento en el tajo y al retirar los escombros darían con la grieta por la que se había colado. Tal vez tardaran varios días, pero, al final, lo encontrarían. Ya no había vuelta atrás.

Pensó, de nuevo, en Rosalía, en las niñas y el recién nacido que llevaba su nombre. Fantaseó con la idea de llevarle a Bárbara algún mineral raro que encontrara por el camino para incorporarlo a su colección. Se lamentó por no haber guardado uno de los cristales de la geoda para exponerlo en su vitrina como un trofeo. De repente, pensó en sus compañeros y lo invadió el sentimiento de culpa y de responsabilidad al pensar que podría salir de aquel enclave que lo hacía descender hacia una oscuridad cada vez mas intensa. Él no era de esperar ni de rendirse, pero se encontraba exhausto. Un minero sabía que su destino en la mina solo lo conocía la mina, por lo que era absurdo preocuparse. Que cada día se volvía a nacer con la sirena que anunciaba el final del turno, y que cada día se moría un poco al volver al tajo que te cristalizaba los pulmones. Pero ningún minero recordaba lo malo al salir a la luz: ni los accidentes, ni los compañeros perdidos por el camino, ni las muertes injustas… Todo eso quedaba bajo tierra y, brindando con una buena sidra, se trataba de olvidar el incierto destino que la mina pudiese tener preparado. No suponía vivir sin miedo, solo aceptar las condiciones que un minero firmaba al entregarle su alma a la tierra.

Eduardo consiguió alcanzar su casco y se lo colocó con cierta torpeza, producida por el temblor de sus brazos. Miró a su alrededor y el haz de luz le mostró una enorme gruta en la que las gotas de agua que caían de las estalactitas brillaban como estrellas fugaces. Continuó descendiendo durante varios minutos hasta llegar a un terreno firme por el que corrían libres las aguas subterráneas. Visualizó las escenas que había imaginado de niño al leer los capítulos de *Viaje al centro de la Tierra*, de Julio Verne, en los que Axel se perdía y seguía las aguas subterráneas en busca de una salida. Recordó el día que Rosalía llevó aquel libro al colegio para leerlo en el recreo, y cómo esa misma tarde él lo sacó de la biblioteca sin que nadie lo viera. Pensó que, de esa manera, tendría algo de lo que hablar con ella. Deseaba volver a verla para contarle lo que había descubierto en su particular aventura. No encontraría un océano con criaturas prehistóricas, pero contaría su

historia a las niñas y la colmaría de lugares asombrosos y seres fantásticos.

Aquel pensamiento lo dejó abatido y se dejó caer de rodillas en el suelo de roca. Fue consciente de que cada vez se adentraba más y más en el corazón de la tierra, que se alejaba de la posibilidad de volver a ver la luz y a su familia. Arrepentido de sus decisiones, se echó las manos a la cara y lloró.

Pensó en la conversación que había mantenido la noche anterior con su amigo Jaime y echó de menos su sabiduría.

«¿Qué otra opción tenía, Jaime? ¿Cuál era la alternativa?».

Bebió del agua que manaba de las rocas y ahogó su pesar tratando de activar de nuevo su instinto de supervivencia. Si se trataba de tomar decisiones, debía aceptarlas sin arrepentimiento. Se puso en pie y recordó los consejos del profesor Lindenbrock en la novela de Verne. Continuó su descenso siguiendo el agua subterránea y llegó a lo que parecía un valle. Ya no distinguía las estalactitas de los techos y percibió unos intensos destellos que reflejaban el haz de su linterna. La piedra metamórfica se fue tornando en pequeños cristales de roca adheridos a estas, y que aumentaban de tamaño a medida que avanzaba. Eduardo dedujo que se hallaba en el interior de otra geoda, pero de dimensiones descomunales. Sin duda, nada visto, explorado o descubierto antes por ningún ser humano. Los cristales de cuarzo pasaron de tener el tamaño de sus pies a alcanzar su misma altura. Caminó entre ellos como en un laberinto de sílice de brillo vítreo, incoloro y puro.

Entre los cristales se abría una balsa originada por la desembocadura del agua subterránea que lo acompañaba en su andadura. La planicie de agua, sin profundidad, generaba destellos que revelaban la majestuosidad del enclave, gracias al reflejo de su linterna. La luz refractada se multiplicaba por cientos de haces, propiciando una luz ambiental que le permitió disfrutar y maravillarse de aquella bóveda infinita de cristales luminosos.

Siguió por la vereda de agua y, en el centro de la inmensa caverna, encontró la formación vítrea más impresionante: un cuarzo de tres puntas del tamaño de una ermita.

Obnubilado, Eduardo se acercó al conjunto. Fue consciente de que contemplaba la que podría ser la mayor maravilla natural de la Tierra: una formación milenaria que parecía haber aguardado a ser descubierta desde que el planeta había dejado de ser una roca incandescente. Tocó el frío cristal de una de sus pulidas caras y sintió el poder de su composición mineral. Aún embriagado por la majestuosidad de las aristas, se sentó a contemplar el triple cristal que presidía el centro de aquella bóveda oscura, que se asemejaba a un cielo estrellado. Una geoda infinita de cristales de cuarzo de un

tamaño imposible, que lo hizo dudar de si se trataba de una fantasía generada por su agotada mente y la inhalación de gases. No pudo separar su mano del cristal. La energía que le transmitía lo hizo sentir un mero conductor de su poder. Amaba las rocas y los minerales, pero nunca había reparado en las historias sobre el efecto que estas podían ejercer en las personas. Para Eduardo no era más que superchería. Siempre había pensado que su poder nada tenía que ver con su composición. Pero aquel gigantesco cristal de cuarzo le transmitía una energía que escapaba a la razón.

Acercó la cara y el interior se iluminó como una lámpara. Eduardo pensó en el milagro que era que una maravilla semejante se generara a partir de un proceso físico de enlace de moléculas y átomos, capaces de formar una red perfectamente estructurada que parecía seguir un libro de instrucciones.

Cuando era tan solo un adolescente, había ofrecido su vida a la mina, a la tierra. Su acuerdo podía haber durado solo un día, como en el caso de Silvestre, el recién incorporado. O podría durar hasta que la silicosis se lo llevara. Pero, en ese instante, Eduardo supo que podía irse sin rencores.

Agarró una pequeña pieza de cristal desprendida junto a su bota y la miró con la vista empañada. Se la imaginó en la vitrina de su colección como un trofeo de su derrota frente a aquel ente subterráneo.

Estaba cansado y dolorido. La espalda y los profundos rasguños de la piel empezaban a escocerle y la tensión se le desplomó hasta el punto de casi desfallecer. Se dejó caer sobre el agua y cerró los ojos, dejándose arrastrar a un profundo sueño.

Cuando abrió los ojos no fue consciente del tiempo transcurrido. Se sentía aturdido y percibió el olor a gas que habría dejado de notar por la costumbre. Sacó el medidor de CO_2 que guardaba en el cinturón y comprobó que los niveles se habían disparado. Descartó la peregrina idea de fumarse el último cigarro que guardaba en el bolsillo interior de su chaleco.

Tumbado aún sobre la fresca agua subterránea, miró hacia el imponente cristal para verificar su existencia. Le pareció ver una figura, de espaldas a él, que tocaba la superficie del cuarzo. Era un hombre de su misma envergadura, que contemplaba la formación tan obnubilado como él mismo había hecho antes de su lapso. Eduardo abrió los ojos por completo y observó perplejo a aquel hombre que comenzaba a rodear la formación cristalina.

—¡Eh! —gritó con la voz rota.

Se incorporó, extrañado y confundido, y se agarró a uno de los cristales que lo rodeaban para no caer debido al mareo por el cambio

de posición.

La figura humana seguía alejándose, delatado por el haz de luz de un casco similar al suyo. Debía tratarse de alguien del equipo de salvamento, o uno de sus compañeros, que habría conseguido escapar de la explosión por alguna otra grieta en la roca.

—¡Eh! ¡Aquí! —volvió a gritar.

Eduardo agitó los brazos en un intento de llamar su atención. Pero la figura fluctuante siguió avanzando entre los cristales sin hacerle caso. El mareo había desaparecido, pero notó la boca seca y el gusto a gas pegado a su garganta. Se agachó para dar un sorbo de agua y vio a sus pies un cuerpo tumbado boca abajo sobre el arroyo. Eduardo dio un paso atrás, impresionado, y se agarró a una de las formaciones para no caer. Se quedó tan quieto como las rocas de yeso que lo rodeaban y, aún estupefacto, se acercó con mucha prudencia al cuerpo inerte.

—Compañero, ¿estás bien? —preguntó mientras se agachaba para ver más de cerca a aquel minero ataviado con su mismo uniforme y cuyo casco emitía una luz a ras del suelo que hacía brillar el agua a su paso.

El cuerpo presentaba una quemadura en la espalda que le había carbonizado el mono de trabajo. Una quemadura que debía ser exactamente igual a la suya. Eduardo se agachó para verle la cara. Intentó girarlo con mucho cuidado, pero su mano atravesó la figura como si del mismo aire se tratase.

Atemorizado, dio un paso y cayó al suelo, sin dejar de observar la imagen del cuerpo que fluctuaba según la intensidad de la luz de su linterna. Se quedó apoyado en uno de los cristales para no perder el equilibrio y, tras recuperar el aliento, comprobó que el rostro de aquel minero inerte era el suyo.

Miró desconcertado la expresión ausente de los ojos sin vida que yacían frente a él, como en un espejo. Pensó de forma inmediata que el gas que había respirado durante horas le hacía delirar y que había perdido la cabeza.

De repente, escuchó un desprendimiento al otro lado del gran cuarzo de tres puntas y observó a alguien que se encaramaba a los cristales de la roca intentando escalar la gran bóveda de aquella gruta. Eduardo se puso de pie y observó la escena, intentando encontrar una explicación lógica. La figura que empezaba su ascenso por la pared de la gruta se triplicó y una de las versiones fluctuantes cayó al vacío mientras otra se agarraba a un cristal saliente que aguantaba su peso.

Eduardo se acercó con prudencia al cuerpo que había caído y parecía haberse roto el cuello contra la roca. Comprobó aterrado que también se trataba de él mismo.

Mucho había escuchado de viejas historias de alpinistas o espeleólogos que, en momentos en los que la naturaleza había puesto

a prueba su valentía, se habían encontrado con figuras que los habían ayudado en un último y desesperado acto de supervivencia. «El tercer hombre», lo llamaban. Un guía que te indicaba cómo hallar el camino a la salvación. Pero aquello no se parecía a ninguna de esas historias de superación que siempre concluían con una explicación médica. Aquellas imágenes se multiplicaban ante sus ojos, siendo él mismo testigo de sus determinaciones y sus consecuencias.

—El futuro tiene tres puertas —susurró Eduardo, rememorando de nuevo a su amigo Jaime, sin saber si su subconsciente intoxicado había mezclado los conocimientos de supervivencia con la conversación metafísica con su amigo en la barra del bar. Fuera como fuese, decidió encaramarse a los cristales por los que ascendían sus sosias y aprender de sus decisiones.

Comenzó a subir por la pared de roca y cristal, no sin antes echar un último vistazo a la gruta y al cuerpo sin vida que reposaba a los pies del gigantesco cuarzo de tres puntas, con la cabeza hundida en las aguas que se filtraban en un constante gorgoteo hacia las profundidades.

Muchos cayeron al vacío y muchos otros quedaron varados, presos del miedo ante la inmensa altura. Pero él siguió a la versión de sí mismo que lograba salir victorioso en su ascenso, guiado por sus mejores decisiones. Aún no sabía si era real pero, drogado o cuerdo, Eduardo consiguió, poco a poco, llegar a lo más alto de la gruta y alcanzar un hueco en la roca del que provenía una lejana y tenue luz natural. Observó a su alrededor y comprobó el inmenso vacío que quedaba bajo sus pies y supo que jamás lo hubiera conseguido sin esa ayuda. Nunca había creído en aquellas historias de montañeros, pero ahora la estaba viviendo y, para él, era tan real como el intenso dolor de su cuerpo.

Echó un último vistazo antes de entrar en el hueco por donde la silueta a la que seguía había accedido un minuto antes y observó en la cima de la cúpula un punto de luz del que parecían caer cascotes de piedra. Eduardo se encaramó a la roca y con un impulso se introdujo en el hueco de piedra firme que culminaba su escalada.

Descansó sobre la roca pulida y miró al frente para comprobar que no había sido un ensueño. La figura avanzaba hacia la luz por el pasillo de piedra, que ya parecía fruto de la mano del hombre. Se puso de pie y caminó, observando las piedras megalíticas que conformaban el conjunto dolménico. Avanzó hasta lo que debía ser la entrada, enmarcada por dos grandes rocas que sostenían un dintel de varias toneladas de peso. Atravesó el hueco central y, aún bajo tierra, vio a su guía desplomado en el suelo. Era el final de su camino, pero no el de Eduardo. Escuchó entonces un llanto. Ascendió por una escalinata irregular de piedra hasta un amasijo de roca y ladrillo en el que

encontró a su hija Bárbara, llorando con su hermano en brazos, y la pequeña cuna de madera destrozada bajo los escombros.

Turba

6

Bárbara observó la urna metálica situada a sus pies mientras la presionaba con las pantorrillas para minimizar el movimiento de la camioneta. Sintió el frío del metal adherido a sus tobillos y el dolor intenso por la presión continua en el hueso. Lo que quedaba de su padre se hallaba contenido en aquella vasija que no era capaz de portar entre sus manos o envuelta en su regazo. La muerte de su padre había significado menos de lo que esperaba y no estaba dispuesta a sentirse culpable.

No tenía claro lo que haría con ella. Su padre no había dejado especificado nada en su última voluntad, pero desde el incidente de la inundación de la presa, tras la explosión de 1984, las ordenanzas municipales no permitían enterrar a los muertos en el nuevo pueblo de Triviana. Los cuerpos debían ser incinerados, sin excepción, en el que se había convertido en el crematorio de más actividad de toda la comarca de la Espiga.

Durante el trayecto desde el tanatorio hasta la vieja casa de Colina Hueca, Bárbara contempló las huellas del paso del tiempo de un enclave que tenía grabado en la memoria sin ser consciente. Una fotografía fijada en su mente y que examinó en un intento de reconocer cada una de las diferencias. Todo había cambiado mucho durante sus años de ausencia, pero los recuerdos emergieron como representados por un navegador vía satélite.

Observó el viejo cartel oxidado que informaba del acceso a la antigua mina de carbón y recordó que pronto llegarían a un triple desvío: el camino que subía a la casa de la colina, el acceso al pueblo nuevo de Triviana y el sendero que llevaba hasta el merendero del pantano.

Bárbara observó a Nicolás, centrado en la conducción y tan ausente como el resto del día. Sabía que era su forma de dejarla tranquila en su supuesto duelo, pero esperaba que aquella forma de mostrarle respeto no ocultara una excusa para no enfrentarse a las conversaciones que tenían pendientes. Bárbara no había querido disimular en ningún momento, delante de su marido o de sus hijos, su ausencia de duelo. Hacía mucho tiempo que Eduardo la había sacado de su vida y la urna que ahora le destrozaba los tobillos podría haber sido la de cualquier desconocido.

Era una mañana de junio bochornosa y Bárbara se descubrió observando los surcos de sudor que oscurecían el cuello y el pecho de la camisa de lino verde de su marido. Su hijo Jonás, el pequeño de once años, narraba, con todo lujo de detalles, su intención de

convertirse en veterinario de insectos cuando fuese mayor. Entonces se percató de que llevaba un rato perdida en los recuerdos.

Bárbara volvió la vista al asiento trasero y miró a Jonás, que intentaba mantener firme el terrario de hormigas que apretaba entre sus brazos y que oscilaba por el irregular firme de la carretera secundaria. A su lado, Eloy, su hijo mayor, observaba ausente el nuevo entorno.

—Mamá, dice Eloy que no puedo estudiar para ser veterinario de insectos.

—¿Y por qué no? —preguntó Bárbara para integrarse en la charla.

—Pues claro que no, menuda estupidez —espetó Eloy, que a sus diecisiete años y a punto de terminar segundo de Bachillerato, aún no había decidido por qué estudios universitarios decantarse—. ¿Qué futuro puede tener eso?

—Pues claro que sí —aclaró Jonás con burla—. Puedo estudiar para veterinario y especializarme en entomología. Mucha gente tiene insectos como mascotas. El hermano mayor de Aitana tiene una *theraphosa blondi* que le regalaron en su comunión y una *phasmatodea* que se encontró en el campo de sus abuelos.

—Pues los únicos insectos que verás en tu clínica van a ser las garrapatas y las pulgas de los perros callejeros que meen en la puerta. Y, ¿de verdad debes tener aquí delante ese nido de hormigas? En el siguiente bache acabaremos todos llenos de picaduras.

—Las hormigas de fuego negras no atacan a humanos, a no ser que las molesten, claro. Que en tu caso sería algo normal. Pero, tranquilo, que su veneno es similar al de una avispa y no vas a morirte por eso…

—Mamá, puedes devolverme mi móvil un rato —dijo Eloy, ignorando a Jonás.

—No. Ya sabes cuáles son las normas.

—Solo es para escuchar música. No voy a conectarme. Por favor, es para dejar de escuchar un rato al pesado de Jonás.

—Estamos llegando, Eloy —aclaró Nicolás con apatía.

—Sabes que es absurdo traer hormigas al campo, ¿verdad? Sobre todo cuando volvemos mañana a casa —indicó Eloy con acritud.

—Las voy a dejar en mi cuarto nuevo para que los de la mudanza no las dejen escapar.

—Eloy, te vendría bien tener las ideas tan claras como Jonás —indicó Bárbara—. Se te acaba el tiempo para decidir qué vas a estudiar. No es por presionar, pero el corte de Matemáticas no está muy alto este año.

—No pienso estudiar Matemáticas.

—Pues no sabes el futuro que tienen ahora los analistas de datos con el tema del *big data*. Pobre de la empresa que hoy día no tenga a un matemático en plantilla. Y me preocupa que los algoritmos se

encuentren en manos de los mismos hombres blancos heterosexuales de siempre. Son algoritmos que no tienen nada que ver con el mundo actual y las matemáticas pueden conseguir un mundo más justo.

—Primero, y para tu información, yo también soy un hombre blanco heterosexual; y segundo, no me gustan las matemáticas. A nadie le gustan, salvo a ti.

—Ya estamos con lo mismo. Esa es una idea implementada por los *youtubers* y *tiktokers* que han vuelto al populismo del rechazo a las matemáticas por ganar seguidores. Y ya me dirás que sería de ellos sin las matemáticas.

Eloy puso los ojos en blanco y desvió la vista al paisaje.

Bárbara volvió la mirada al frente, dándose cuenta de que había conseguido que su mente se relajara y dejara de pensar en la casa a la que se dirigían de forma irremediable.

—¿Estas bien? —preguntó Nicolás al observar que Bárbara se desabrochaba los botones superiores de su blusa estampada.

Ella asintió mientras se refrescaba con una botella de agua. Empezaba a angustiarle no saber qué hacer con la urna. No sabía si le apetecía guardarla en la casa o sí debía esparcir los restos en algún lugar que tuviera significado para su padre. Cómo iba a saberlo. Aquel hombre que había muerto sin hacerla partícipe de su larga enfermedad era un auténtico desconocido para ella.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Se palpó el bolsillo del pantalón vaquero en un acto reflejo. Hacía tiempo que no llevaba su viejo dado rojo, pero no había conseguido desprenderse de aquel gesto.

Una leve ansiedad la embargó ante su falta de decisión. No tenía por qué tomarla ahora, pero los mecanismos de su mente comenzaron a trazar su bien conocido plan obsesivo. Se concentró y visualizó la maleta que portaba en el maletero. Dentro había guardado su neceser y, en el bolsillo trasero, había metido la bolsita de terciopelo negro en la que guardaba el dado rojo, una taba y una moneda de tres peniques.

Bárbara respiró profundamente y se concentró en su rictus para que su mirada no mostrara ningún resquicio de inseguridad ante los demás, tal y como llevaba practicando toda su vida.

Nicolás no había encontrado un taller en el pueblo para recargar el aire acondicionado y llevaban las ventanillas abiertas. Parecía que nadie en Nueva Triviana estaba aún preparado para aquel anticipado, e inusualmente caluroso, inicio de verano. Una mosca entró en la camioneta por la ventana del copiloto y Bárbara observó atenta su trayectoria. Vio una oportunidad en el acontecimiento y comenzó a trazar su plan de decisión. No tenía nada a mano para dejar a su designio el destino de su indecisión, por lo que una mosca, o cualquier

elemento ajeno que hubiera quebrado el equilibro de ese instante, podría servirle para determinar qué hacer con los restos.

«Si la mosca se posa en alguno de nosotros, llevaré la urna hasta la casa. Aunque no la expondré como un trofeo o como si estuviese en un altar. Pero si se posa en cualquier otra parte del coche, entonces esparciré las cenizas en el pantano», pensó.

No la perdió de vista durante su errático vuelo entre los cuatro ocupantes. La mosca pululaba de un lado a otro entre sus cabezas y Bárbara intentó no parecer demasiado pendiente de su impredecible trayectoria. El insecto se acercó a la cara de Jonás que, sin levantar la vista de su terrario, hizo un aspaviento que la ahuyentó. Bárbara no quiso girarse y que supieran que se encontraba inquieta, por lo que bajó el parabrisas y la buscó a través del espejo. Pero en ese transcurso de apenas unos segundos, la perdió de vista. La buscó moviendo el espejo a un lado y a otro, pero no la veía por ninguna parte. Se preguntó si habría salido por las ventanillas traseras y se sintió estúpida por no haber contemplado esa posibilidad.

—Bárbara, ¿te pasa algo? —preguntó Nicolás mientras observaba extrañado su comportamiento.

—Nada. Ha entrado una mosca… creo. —Intentó aprovechar la circunstancia para buscar colaboración—. ¿La habéis visto?

—¿Una mosca? —preguntó Nicolás aún más extrañado.

Ambos se miraron buscando una respuesta que duró lo que Nicolás tardó en volver la vista a la carretera.

—Sí, aquí hay una, mamá —indicó Jonás.

—¿Dónde? —Bárbara se giró intentando simular su pudor, pero se dio cuenta del dramatismo de su gesto y su reacción.

Jonás señaló con el dedo hacia el cabecero del asiento del copiloto. Bárbara centró la vista en la dirección del dedo y la encontró posada en la parte superior de su asiento, a varios centímetros de su hombro, frotando sus patas, ajena a la expectación que había creado.

Los músculos de Bárbara se relajaron y empezó a respirar de nuevo con normalidad. La decisión estaba tomada. Se volvió a girar hacia la carretera y observó que se aproximaba la salida que daba acceso al pantano.

—Nico, ¡métete por ese camino!

—¿Por el camino? —respondió alertado Nicolás por el sobresalto que le había producido la repentina demanda.

—¡Sí! El que lleva al pantano. ¡Gira ya!

Nicolás dio un volantazo y entró al acceso en el último momento sin avisar con el intermitente al resto de vehículos, que le hicieron saber, con el sonido de su claxon, lo temerario de su acción. Adaptó la velocidad lo más rápido que pudo, pero le fue imposible evitar que los baches del camino provocasen que los cuerpos oscilaran con cierta

violencia y se batiesen contra la estructura.

Bárbara apretó las piernas intentando controlar la sujeción de la urna, pero ante la imposibilidad de garantizar su estabilidad, se soltó de la agarradera para tomarla con las dos manos y apretarla contra su vientre.

Jonás agarró el terrario intentando minimizar el impacto de los baches que habían provocado que la granja de cristal se golpeara contra la puerta.

Nicolás consiguió reducir la velocidad y todos pudieron relajar sus articulaciones. Continuó adentrándose por el camino del pantano, mirando a Bárbara de reojo y esperando alguna otra sorpresiva indicación.

Ella observaba a su alrededor, a la espera de tomar la siguiente decisión o dejando que su memoria la guiase hacia su destino. Había recorrido miles de veces aquel camino de niña, incluso en la adolescencia, pero la escasa espesura de las zarzas y la ausencia de vegetación salvaje la tenían desorientada. Atisbó entonces la vieja valla de troncos de madera que guiaba hasta los merenderos, semioculta entre las zarzas de aspecto seco y apagado. El conjunto tenía esa apariencia muerta, y casi enfermiza, que procura la aridez de una primavera sin lluvias. Si no fuese por el sonido de las cigarras y los gritos lejanos de los escasos bañistas que rompían la calma con los estruendos de sus chapuzones en las pozas, aquel podría pasar por el lugar menos apetecible al que uno podría querer mudarse.

Frente al camino hacia el merendero, Bárbara descubrió la senda que ascendía entre los pinos hasta el risco desde el que se solían lanzar al agua los bañistas más temerarios, ocultos de las atribuladas miradas de los mayores.

—¡Para, Nico! ¡Para aquí!

Nicolás dio un frenazo que volvió a pillar por sorpresa al resto de los tripulantes.

Bárbara se desabrochó el cinturón, abrió la puerta y salió de la camioneta con la urna contra su torso. Se dirigió decidida hacia el sendero y ascendió agarrándose a las rocas salientes para no resbalar con la gravilla suelta.

Nicolás se colocó las gafas y la observó sin saber muy bien cómo reaccionar, suponiendo que aquel comportamiento era una respuesta normal al duelo.

—¿Papá, que hacemos aquí parados? ¿A dónde va mamá? — pregunto Eloy.

—No lo sé…

Nicolás salió de la *pickup* y animó con los brazos a sus hijos para que lo siguieran. Supuso lo que Bárbara estaba dispuesta a hacer con la urna y entendía que sus hijos debían estar presentes.

—¡Venga! ¡Vamos! No os quedéis ahí parados como pasmarotes.

Los tres ascendieron por el sendero y consiguieron alcanzar a Bárbara, a la que le costaba no resbalar con sus sandalias planas. Continuaron el camino en fila, procesionando en silencio tras ella, entre los pinos y las rocas que parapetaban el ascenso; observando la inmensidad del pantano y la espesura de los pinares que lo rodeaban.

A medida que subían, les resultó más visible el viejo castillete del antiguo pozo de la mina, que emergía en el centro del embalse, asomándose curioso a la superficie, con las marcas de los diferentes niveles que el agua había dibujado con el tiempo sobre su paramento; guardián de los secretos que habían quedado sumergidos a sus pies junto al viejo pueblo que descansaba oculto bajo las aguas.

Bárbara llegó hasta el borde del risco y se quedó inmóvil. Observó el entorno, cuya imagen le provocó un estremecimiento que no esperaba. Nico y los niños se situaron tras ella, en silencio, otorgándole un momento de intimidad.

Coronando la orilla opuesta emergía el nuevo pueblo de Triviana, al que Bárbara observaba con una extraña mezcla de intimidación y añoranza. Había cambiado y crecido considerablemente desde su última visita. Mantenía su aura impostora de localidad inventada y construida sin historia y sin pasado. Un municipio improvisado del que, después de tantos años, aún emanaba su falta de alma.

A sus pies descansaban ocultos los restos del pueblo original, del que apenas recordaba nada. Lo único visible, además de la torre del castillete del Pozo de la Espiga y una de las chimeneas de ventilación de la vieja mina, era la estructura del tejado de la casa del guarda que custodiaba la entrada de la antigua mina de carbón. Ya no quedaba nada de sus tejas de pizarra, pero el esqueleto se asomaba en la falda del risco. Se hallaba a los pies de Colina Hueca, sobre la que se alzaba todavía la casa de su familia, que ella ahora había heredado y a la que debía regresar sin remedio y muy a su pesar. Una casa de la que nunca quiso ocuparse con su padre en vida y de la que debía hacerse cargo tras su muerte. Le enfureció que su padre se hubiera salido con la suya.

Bárbara miró la urna y se dio cuenta de que el esfuerzo de apretarla contra ella había debilitado sus brazos. Desenroscó la tapa de aluminio y al ir a arrojar las cenizas sobre las aguas calmas del pantano se dio cuenta de que unos bañistas, y otra familia que descansaba en el merendero, la miraban. Las miradas la dejaron paralizada, sumida en un pudor inesperado.

Recolocó la tapa, enroscándola con delicadeza, mientras Nico y sus hijos la observaban en un respetuoso silencio.

El pudor fue en aumento por la expectación creada a su alrededor y de la que no había sido consciente hasta ese mismo instante. Intentó

contener la furia que crecía en su interior. Decidió que no iría en aumento y buscó una referencia para dar el siguiente paso. Necesitaba un elemento en el que basar su elección, pero todo permanecía estático a su alrededor, como en una postal. No había moscas, ni pájaros, ni variable alguna a la que dejar el peso de la determinación.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Escuchó un chapoteo y vio un pez que se sumergía en las aguas, junto a uno de los arbustos que afloraban por el tejado de la casa del guarda. Bárbara cerró los ojos y, tras una fuerte exhalación, lanzó la urna al pantano.

Esta impactó contra el agua entre los muros de la casa hundida. Se fue sumergiendo desde la estructura del tejado. Continuó su descenso hasta las aguas cada vez más turbias y verdosas de la planta alta. La luz resultaba más tenue. La urna se coló por el hueco de la escalera y alcanzó la planta baja. Levantó parte del limo con su suave impacto contra la superficie en calma del fondo del pantano. Se quedó medio enterrada junto a una puerta corroída que mantenía aún el pigmento verdusco que ya formaba parte de su composición junto con la herrumbre.

Nicolás tocó el hombro de Bárbara y ella se giró con entereza, intentando transmitir seguridad y confianza.

—Ahí estará bien —dijo con forzado convencimiento—. A vuestro abuelo le encantaba este sitio de la colina. El pantano, su pueblo… y la mina. Justo ahí estaba la entrada a la antigua mina de carbón donde trabajó durante muchos años. —Señaló hacia el agua revuelta —. Sí. Ahí estará bien.

—¿Hay un pueblo hundido? —preguntó Jonás, asombrado.

Bárbara asintió, aún con la mirada perdida.

—¿Qué pasó, mamá?

—Hubo una explosión en la mina y la presa, que protegía el valle de las inundaciones, se rompió.

—Eso fue hace mucho tiempo —interrumpió Nicolás.

—Sí —continuó Bárbara tras mirar a Nicolás con reprobación—. La presión del agua embalsada hizo que las grietas fuesen aumentando. Tuvieron que demolerla entera y dejar que el río Espiga inundara todo el valle y el pueblo. No se pudo evitar.

—¿Y le pasó algo a la gente? —preguntó Eloy, mostrando interés.

—En la explosión murieron muchos mineros. Pero por suerte se pudo evacuar a la gente del pueblo.

—¿Y tú dónde estabas, mamá?

Bárbara miró hacia lo alto de la colina y visualizó la casa entre los pinares.

—Es hora de irse, chicos —anunció Nico, dando una palmada que captó de inmediato la atención de sus hijos—. Va a llegar el tío Román

y tenemos que organizar todas las cajas que tenemos por medio.

Bárbara miró con complicidad a Nicolás. Siempre usaba aquella palmada cuando necesitaba dar por finalizada una conversación cuyos derroteros no podía controlar. Una señal implícita que los había salvado muchas veces de meter la pata y revelar más de lo que se debía antes de tiempo.

Nico descendió por el sendero y sus hijos fueron tras sus pasos.

—Podemos seguir por esta vereda y subir hasta la casa. Por aquí se llega antes —anunció Bárbara.

Los chicos se detuvieron de repente y observaron a su madre extrañados.

—Hemos dejado la camioneta en mitad del camino —indicó Nicolás.

—Ve tú en la camioneta. Nosotros subiremos por el sendero del risco. —Bárbara hizo señas a los chicos para que la siguieran—. ¡Nos vemos arriba!

Los chavales miraron a su padre con resignación y siguieron a su madre, que ya se había puesto en marcha.

Los tres ascendieron por la vereda que bordeaba el risco del pantano en su cara sur. La vegetación se hizo más densa y los pinos los protegieron de los rayos del sol de mediodía.

Bárbara se detuvo un instante para tomar aire y quitarse el sudor que, desde la frente, descendía a sus ojos. Oteó la orilla opuesta del pantano y se quedó pensativa.

Eloy se sentó en una de las rocas de pizarra que sobresalían como escamas de la colina. Continuaba molesto por la mudanza y el cambio radical al que debía enfrentarse sin opción a réplica. Entendía que aquel no era día para montar otro drama, pero la frustración había emponzoñado su actitud desde que se enteró de que el banco les había embargado el piso de Madrid.

—Eloy, en ese hospital naciste tú. —Bárbara señalaba con el dedo hacia el borde opuesto del pantano mientras, con la otra mano, se tocaba la barriga, por debajo de la blusa, de forma instintiva.

Eloy se acercó al borde del risco y se colocó al otro lado del tronco de pino que lo separaba de su madre.

—Ahora está reformado, tras el incendio, pero naciste ahí. Pensé que lo habían tirado…

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Eloy al comprobar cómo la voz de su madre se quebraba.

Jonás dejó escapar el grillo que correteaba entre sus manos cuando escuchó el hipido de su madre.

—¿Estás llorando, mamá?

Los chicos se acercaron y tocaron su hombro.

—Estoy bien. Bueno, no estoy bien y sé que vosotros tampoco.

Ninguno de los tres quiere estar aquí. Ya hemos discutido mucho sobre esto y llevamos una semana muy dura de asimilación. Pero las cosas son como son. A mí no me gusta este sitio. Lo odio. Odio la casa del abuelo y nunca pensé que acabaría aquí de nuevo, pero las cosas no son siempre como uno quiere y no queda otra más que adaptarse. Mírame, por favor, Eloy —dijo llamando la atención de su hijo, que había desviado la mirada—. Aguantaremos aquí hasta que consigamos dinero y entonces decidiremos a dónde ir. ¿De acuerdo?

—Yo quiero volver a nuestro piso —dijo Jonás con firmeza.

—Volveremos el lunes para que terminéis las clases, los exámenes y para acabar con la mudanza. Pero tenemos que dejar el piso, no nos queda otra. Igual algún día volvemos, pero, de momento, esta será nuestra nueva casa.

Bárbara señaló con el dedo hacia lo alto de la colina.

—Cuando vendamos la casa del abuelo, ¿podremos comprar otra vez el piso?

—Claro. Lo más pronto posible. Pero de momento no podemos. Ya no es nuestro, cielo. Papá lleva aquí una semana preparando la casa y tenemos todo el verano para adaptarnos antes de ir al cole nuevo. Sé que echáis de menos a vuestros amigos, el barrio… Pero esto es temporal, chicos. Vamos a tomarlo como unas vacaciones. ¿De acuerdo? Vamos.

Siguieron su ascenso hasta que la silueta de la casa se hizo visible tras la última arboleda.

—¿Qué es este agujero, mamá? —preguntó Jonas, agachado junto a un orificio circular de unos quince centímetros de diámetro.

—Parece que es de una de las perforaciones que se hacían para ver la consistencia de la roca y los minerales que hay en ella. Por aquí hay muchos de estos del tiempo de la mina. Hay que tener cuidado.

—Y ¿es muy profundo?

—No lo sé, pero será mejor que lo tapemos para no tropezar.

Bárbara agarró una lasca de pizarra y la colocó sobre el orificio. Alzó la vista y vio la camioneta aparcada en el lateral de la casa. Observó a su marido, que los esperaba en el porche trasero.

Nicolás llevaba una semana preparando la vivienda y controlando la mudanza, mientras ella se había quedado con los chicos hasta la finalización del curso. Debía también dejar arreglados los papeles con los abogados de su padre y los de la liquidación de la gestoría de Nicolás, en Madrid, tras declararla en concurso de acreedores.

No sabía si serían capaces de vender la casa que acababa de heredar o si se quedarían mucho tiempo allí, pero cada vez que Nicolás le hablaba de la obra que había comenzado para abrir una nueva gestoría en Triviana sentía náuseas y la necesidad de escapar. Nicolás tenía en propiedad un local que le había cedido su padre,

Jaime Orcaray, antiguo amigo de su padre, y en ese momento era su única salida profesional. Su hermano pequeño, Román, arquitecto, lo estaba ayudando con el proyecto de obra para conseguir la licencia y abrir lo antes posible. Se sintió mal por hacer creer a sus hijos que la nueva situación era temporal, sobre todo ante la duda que les surgía al ver a su padre trabajando para abrir su negocio en aquel pueblo perdido entre caminos que ya no iban a ninguna parte.

Nicolás siempre había tenido más sangre fría para tomar decisiones. Miró a su marido y se sintió cobarde. La decisión más importante, la que quería haber tomado hacía tiempo, tendría que retrasarse otra vez porque ninguna mosca en el mundo podría hacerla tomar esa determinación en esos momentos tan delicados. Era el momento de permanecer unidos, pero, una vez vendieran la casa, sabía que debía replanteárselo todo con firmeza. Aunque pensó que, al final, si una no tomaba sus propias decisiones acababa sin sentir nada como suyo y podía resultar más fácil huir sin culpa ni penitencia.

7

—¡Mamá! ¡Aquí hay un mirlo muerto! —gritó Jonás, acuclillado, desde la cancela trasera que daba acceso a la finca.

El pequeño pájaro negro descansaba con las alas extendidas y el cuello girado hacia la puerta de hierro, con el buche y el vientre abultados de una forma demasiado antinatural incluso para el nulo estado de descomposición en el que se encontraba.

—No lo toques —indicó Bárbara tajante a medida que se acercaba a su hijo.

A ella le pareció que el pájaro agonizaba. Lo observó en silencio, reparando en lo antinatural de su posición y aquella extraña hinchazón.

—¿Podemos enterrarlo? —Jonás curioseaba entre su plumaje con una hoja de pino seca.

Bárbara asintió mientras comprobaba que la cancela de hierro se encontraba cerrada. Agarró el candado y miró hacia el porche trasero de la casa, pero no vio a Nicolás.

Rodearon la valla que delimitaba la finca donde se encontraba la vieja casa de la colina, tan aislada y protegida como siempre: ajena al paso del tiempo y envuelta en un nimbo capaz de causar a los visitantes tanto un estado de inquietud como una extraña veneración generada por la curiosidad. Aún continuaba con la impronta hostil que su padre se había encargado de crear, decidido a ahuyentar a los intrusos, curiosos y no bienvenidos. Villa Hulla, como la conocían los del pueblo por el tono oscuro de la piedra y el tejado de pizarra, se asemejaba a un enorme trozo de carbón colocado en lo alto del cerro, que contrastaba con el verde esponjado de los pinos.

Bárbara observó la casa a través de la verja y no le pareció gran cosa. Nunca se lo había parecido, pero el tiempo le había otorgado aquella pátina negra a la piedra y a la madera del porche que la rodeaba dándole un aspecto menos hospitalario. Villa Hulla no era más que otra de las tantas casas rurales autoconstruidas en los tiempos sin licencias y de las que había cientos en la comarca de la Espiga. Lo más destacado era la majestuosa ubicación desde la que se divisaba todo el viejo pueblo antes de la primera gran explosión. Ahora contaba con una visión privilegiada del pantano y del nuevo pueblo, erigido en el faldón de la colina opuesta. Pero la casa en sí no era más que una modesta construcción de una sola planta, con dos crujías en forma de ele y con una cubierta de pizarra a dos aguas que sobrevolaba sobre los muros de piedra. El voladizo creaba un porche a su alrededor, sostenido por una estructura de vigas y pilares de leño

que se asentaban en un basamento de granito y lamas de madera. Los huecos de las puertas y ventanas se hallaban rematados con dinteles, también de madera, que daban un aspecto rústico a la edificación, aunque el conjunto se mostraba descuidado por su falta de mantenimiento. Las zarzas y hierbajos crecían a su antojo entre las juntas de las lascas de piedra que componían el camino de acceso desde la cancela, confiriéndole un aspecto salvaje e inhóspito.

Eduardo siempre había tenido la intención de doblar una de las crujías y construir una planta en alto donde ubicar los dormitorios, pero, tras la explosión, su empeño se centró en conservarla tal y como estaba y hacer que perdurara en el tiempo. Reparó poco a poco los desperfectos provocados por los continuos movimientos de la colina y el inevitable deterioro causado por el paso de las estaciones. Bárbara recordó que no le gustaba que su padre le hablara de que las casas estaban vivas y que se movían para asentarse en el lugar que ocupaban, por el desplazamiento subterráneo de las rocas. Era uno de los pocos recuerdos que conservaba de sus obligadas y esporádicas visitas en las fechas más señaladas del año. Ahora, con la perspectiva del tiempo, esa reflexión le parecía una de las cosas más cuerdas que recordaba que hubiera dicho nunca aquel hombre perdido en su propio mundo.

Bárbara se detuvo en el porche, demorando al máximo el momento de entrar, ante el olor a humedad que emanaba de la puerta abierta y que se mezclaba con el aroma de los pinos y lo que parecía mineral quemado. Ninguno de aquellos olores le evocó el más mínimo recuerdo. Se limitó a observar cómo Nicolás obligaba a los chicos a cargar las cajas desde la camioneta hasta el rellano, para luego organizarlas y repartirlas en las diferentes estancias.

El recibidor se llenó de cajas de cartón, maletas, mochilas, bolsos y bolsas de plástico, muestra de lo que habían conseguido acuñar tras superar todas las crisis que les habían sobrevenido en los últimos años. La crisis económica había dañado de muerte la gestoría de Nicolás, en la que Bárbara se había dedicado a llevar las cuentas e intentar salvar las malas inversiones y decisiones de su marido. La peor crisis no se hizo esperar, alentada por la falta de esperanza en el futuro y despertó al aletargado monstruo que había conseguido permanecer oculto mientras el dinero se movía a espuertas. Cuando hubo que ajustar números y presupuestos, el monstruo de la ruina les dio la cara.

Permaneció estática en el recibidor y observó sus pertenencias. Buscó las ganas de organizar de nuevo su vida desde cero, pero no las encontró. Prefirió que su mente volara por entre los muros y evocar, lo antes posible, un pasado que se le suponía traumático, aunque pensara que ya no podía afectarle. No pudo evitar que sus ojos tomasen conciencia propia del espacio y se hiciesen una idea de cómo

aquel lugar, que no visitaba desde la adolescencia, podría haber cambiado. Pero nada había cambiado, salvo la percepción de la dimensión del espacio. Elaboró un esquema instantáneo del enclave, ayudada por el olor químico del papel pintado y el recubrimiento de las vigas de madera. Había llegado predispuesta a que cualquier recuerdo le resultara hostil, y así mantuvo su percepción incluso desde el umbral de la puerta, pero no hubo asomo de trauma.

—Esto no es cosa de un día —dijo Nicolás, tras depositar una caja llena de menaje de cocina, al tiempo que se quitaba las gafas y se secaba el sudor de la frente con el antebrazo. Su camisa de lino verde se mostraba oscurecida por el sudor.

—Ya lo sé.

Bárbara tomo aire y torció el gesto para volver a contemplar lo que no era más que el vestigio del naufragio de su vida anterior. Se agachó y agarró dos macutos llenos de toallas y ropa de cama y se adentró por el pasillo, hacia los dormitorios.

—Cuidado por dónde pisas, hay algunas losetas levantadas —advirtió Nicolás mientras se quitaba la camisa—. Habrá que cambiarlas y hacer algunos arreglos. He hecho una lista con las cosas que deberíamos reparar para que no tengamos problemas más adelante. La casa está muy descuidada.

—No sé si merece la pena hacer ningún arreglo, Nico —contestó Bárbara, girándose y dejando caer a plomo los dos macutos sobre la solería—. Ya sabes que quiero venderla cuanto antes.

—Pues precisamente por eso. Nos va a resultar mucho más difícil en estas condiciones y puede que la venta se retrase hasta que regularicemos el tema de la herencia. El tiempo que nos quedemos aquí, tendremos que vivir en una casa mínimamente habitable, ¿no crees? Mi hermano nos ayudará, no te preocupes.

Nicolás se secó el cuerpo con la camisa hecha un gurruño. Observó a Bárbara y esperaba haber transmitido algo de calma con sus palabras.

Ella volvió a agarrar los macutos y caminó pasillo adentro afianzando su idea de que, para ella, esa casa nunca sería un lugar habitable.

Villa Hulla había sido construida por su padre cuando ascendió a vigilante jefe de la mina. Heredó el angosto terreno entre los pinares cuando murió su tío. Sabela, su hermana mayor, había vendido los terrenos colindantes a la mina al considerarlo un terreno en el que no se podía labrar y en el que construir algo se antojaba complejo por la orografía de la parcela. Eduardo comenzó a construir la que sería su casa en 1978, un año antes de casarse con Rosalía y de que Bárbara naciera. La había levantado con sus propias manos, cargando los materiales en una vieja carretilla desde el polvero que abastecía a las

minas. Subía a diario piedras, ladrillos y tejas de pizarra negra de la cantera de Jálivas, y las amontonaba para dedicarse a la obra en sus días de descanso. La casa se terminó de construir justo al nacer su hermana Clara, en 1982. Ahora, aquella humilde casa se había convertido en la única edificación que se conservaba del viejo pueblo de Triviana tras la catástrofe de 1984 y, por tanto, en la más antigua del lugar que no se encontraba cubierta por las aguas del pantano del río Espiga.

Bárbara abrió con dificultad las hojas de las puertas de cristal esmerilado que daban acceso al pasillo distribuidor de los dormitorios. A la izquierda se encontraba una pequeña estancia en la que su padre solía refugiarse con su vieja música, sus minerales y sus botellas de vino.

Se fijo en varias cajas de cartón amontonadas en una esquina y que mostraban un aspecto deteriorado y enmohecido. Se acercó a ellas y las inspeccionó con cierta curiosidad. Algunas se hallaban repletas de rocas y minerales envueltos en papel de periódico. Recordó las vitrinas, ahora vacías, en las que su padre albergaba una inmensa colección de minerales. Desenvolvió los fardos y se sorprendió del poco conocimiento que tenía de aquel mundo que fascinaba tanto a su padre. Bárbara se había alejado de todo lo que le recordaba a Eduardo, por lo que la devoción por los minerales no fue menos. Su tía Sabela, con quien se había criado, había intentado que estudiara Química y Geología para que, en el momento en el que reabriera la mina, pudiera hacer carrera. Pero Bárbara nunca mostró el mínimo interés por la materia, ni consintió nunca darle una oportunidad a aquel mundo subterráneo.

Volvió a embalar los minerales y los depositó en sus cajas. Pensó que quizás la vieja carbonera, anexa al porche trasero, y donde iban siempre a parar las cosas inservibles, sería un buen lugar para guardarlas y que no estorbaran.

En otra entrevió el viejo tocadiscos de su padre, lo que le produjo un gran estremecimiento. Su aparición volvió a trasladarla a su infancia. La música empezó a sonar en su cabeza, de forma espontánea. Temas de Aute, Frank Sinatra, Nat King Cole y Leonard Cohen parecieron llenar la sala. Reprodujo en su cabeza la versión de *En el Pozo Maria Luisa*, himno de los mineros, y recordó el miedo que le producían los coros y la letra. Bárbara espantó el recuerdo y cerró de golpe la caja de cartón. Se negó a dejarse llevar por ningún tipo de nostalgia o recuerdos adulterados. La música dejó de sonar en su cabeza.

—¡Tío Román!

La voz de Jonás la devolvió a la realidad. Al mirar por la ventana del despacho vio a su cuñado, y la imagen de él con Jonás

encaramado a su espalda le provocó una sonrisa.

—¿Cómo estás, ballenato? —contestó él, al otro lado del cristal, mientras zarandeaba a su sobrino.

—Ha llegado Román —dijo Nicolás desde el umbral de la puerta del despacho, cargado con una caja de la que sobresalían lámparas y flexos envueltos en cables.

Bárbara asintió y disfrazó su sonrisa mientras Nicolás depositaba la caja en el suelo.

—Oye, Nico, ¿estas cajas ya estaban así cuando llegaste la semana pasada?

—Me lo encontré todo tal cual. Bueno, cubierto con sábanas.

—¿Crees que mi padre se ha dedicado a organizarlo? Él ya estaba muy mal, ¿no?

—Es posible que haya sido la mujer que lo cuidaba. La que nos avisó.

Bárbara recordó entonces la llamada.

—Es verdad. ¿Cómo se llamaba?

—Cecilia. Se pasó por aquí el primer día y me entregó su llave. No te extrañe que se presente en cualquier momento. Ya se habrá enterado de que habéis llegado.

—¿Y por qué se iba a enterar?

Nico le echó una mirada de incredulidad y Bárbara recordó el episodio de los bañistas y el merendero. La gente de Triviana no podía haber cambiado tanto con los años y la noticia habría surcado ya todo el perímetro del pantano.

—¿Y tú qué? ¿Venías metido también en una de las cajas? —dijo Nico para llamar la atención de su hermano al salir a su encuentro.

Román alzó la vista y miró a Bárbara, sin saber si debía sonreír o mantenerse serio para mostrarle sus condolencias. Se acercó a ella con decisión y se fundieron en un fuerte abrazo.

Aquel gesto le resultó reconfortante después de tanto tiempo sin verse.

—¿Cómo estás, Bárbara? Siento mucho…

—Estoy bien.

Bárbara se deshizo del abrazo y tocó la cara de su cuñado con una sonrisa que se esforzó en construir.

—Román, te estás quedando en los huesos —comentó ella para quitarle hierro a la situación.

—Eso es la mala vida —apuntó Nicolás mientras revisaba el maletero de la camioneta.

—¿Y dónde te quedas? —preguntó Bárbara.

—En un hostal del pueblo nuevo, justo al otro lado del pantano. El único, no había otra opción.

—¿Por qué no te quedas aquí? Encima de que tu hermano te tiene

explotado…

—Que conste que ya se lo dije y no quiso.

—No, os lo agradezco. Pero no me fui de mi casa con veinte años para volver a convivir ahora con este imbécil.

—Mi plan funcionó a la perfección para que te largaras —contestó con rapidez Nicolás.

—¿Y cómo lleváis lo del cambio? —preguntó Román, volviendo a centrarse en Bárbara—. ¿Os quedáis ya por aquí?

—Estamos haciéndonos a la idea. Aún nos quedan cosas por cerrar en Madrid, pero al final de la semana que viene, cuando acaben las clases y los exámenes, volveremos para asentarnos. Vamos a tomar algo, anda.

Bárbara se agarró del brazo de Román y caminaron hacia la entrada.

Nicolás se puso una camiseta vieja que encontró en una de las cajas mientras buscaba un abridor. El menaje permanecía empaquetado y, tras rebuscar durante varios minutos, utilizó la encimera de piedra para abrir los botellines de cerveza.

—¿Cómo va la reforma de la nueva gestoría? —preguntó Bárbara sin dejar de observar, a través de la ventana de la cocina, a Jonás, que deambulaba colina arriba con una cajita de zapatos en la mano.

—Bien. Si todo sigue como hasta ahora, la obra estará finalizada a mediados del mes que viene. Quedaría solo el tema del papeleo para la apertura.

Román permaneció en silencio, observando a Bárbara, que no había reaccionado a su respuesta y se mostraba distraída y ausente.

La mañana se había tornado aún más calurosa en cuanto la brisa cesó su oficio, por lo que decidieron sentarse a la sombra que proyectaba el porche trasero.

—¡Brindemos por los nuevos comienzos! —manifestó Nicolás con una euforia impropia de él.

—Y por vuestro nuevo hogar. —Román levantó su cerveza al aire.

—¿Dónde anda Jonás? —preguntó Bárbara tras forzar su brindis—. Voy a ver qué está haciendo.

Bárbara se levantó y se perdió entre los pinos por el sendero de la colina. Respiró profundamente mientras tomaba distancia de aquella celebración que la estaba ahogando. Pensó en cómo lo hacía la gente que era capaz de reinventarse, que eran capaces de sacar fuerzas para empezar de nuevo y asumir los cambios. Ella no era capaz ni de tomar la decisión de cambiar de marca de desodorante. Podía incluso desplazarse a varios kilómetros hasta encontrar un supermercado en el que vendieran su marca de siempre. Se ahogaba pensando en las cajas que le quedaban por abrir, en organizar la ropa, en buscar de nuevo un equilibrio dentro de aquel caos. Le faltaba el aire y se detuvo.

Observó la casa desde la perspectiva que le ofrecía la culminación de la loma y se sintió igual que aquella colina: hueca. Disimuló su angustia escondiendo un vacío que había intentado tapar durante años y que tarde o temprano afloraría. No tenía fuerzas para jugar a ese juego de buena esposa reparadora y se sorprendía dando lecciones de fortaleza a sus hijos, cuando ni ella misma se lo creía. Pero esa era la función que se le suponía. Ver la casa donde empezó a forjarse su personalidad indecisa enmascarada de fortaleza y tener que aceptarla en su vida, como tantas otras decisiones no tomadas o delegadas, le arrancó un ataque de risa nerviosa. Le pareció enrevesado cómo el destino la había llevado a la casilla de salida y sintió que no habría tirada de dados que la hiciese ganar. Su padre la había apartado, hacía muchos años, de su vida y de la casa que ahora la reclamaba.

Volvió la vista hacia el castillete del Pozo de la Espiga que, hundido en mitad del pantano, le devolvía los reflejos dorados de su superficie en calma. Visualizó la urna con los restos de su padre en el cenagoso fondo que guardaba imperturbable los secretos de un pueblo que no había tenido más remedio que reinventarse y dejar atrás su pasado. Bárbara decidió hacer lo mismo y dejarse llevar hacia su nuevo destino, aunque fuese guiada únicamente por el azar.

8

Con la excusa de mostrarle el estado del derruido pozo de ventilación de la antigua mina, Nicolás forzó un momento de a solas con su hermano Román. Apoyaron las cervezas sobre la base de ladrillo, cubierta por una rejilla de hierro oxidada y cerrada con un candado. Ambos miraron hacia el interior del pozo y contemplaron la oscuridad que absorbía toda la luz de aquella soleada mañana de mediados de junio. Román soltó un alarido y esta le devolvió un eco que ahuyentó a las aves que reposaban sobre los pinos. La voz, en la profundidad del hueco, se fue desvaneciendo con la distancia, a una profundidad que parecía no tener fin.

—¿Este pozo pertenece la finca? —preguntó Román.

—No, está fuera de la linde. Pertenece a los terrenos de la mina.

Román dio un sorbo a su cerveza y observó los alrededores, meditabundo.

—¿Aún suben al fantoche? ¿Te acuerdas de todas las veces que acompañamos hasta aquí arriba para quemarlo? ¿Lo siguen haciendo?

—Me imagino…

—La gente de este pueblo sigue muy zumbada.

—Son tradiciones.

—Ya. Pero las explosiones y accidentes lo han convertido en una cuna de fanáticos y supersticiosos.

Ambos rememoraron la tradición de la noche de San Juan, en la que un grupo de chavales portaban a un muñeco de trapo al que los niños del pueblo debían prender fuego durante el recorrido desde el pantano hasta esa chimenea. Una tradición que volvía locos a los críos y que los mayores observaban y aplaudían durante todo el trayecto. Los chavales lanzaban al fantoche bolas de fuego que preparaban durante la semana con tela de gasa y sal envuelta con hilo, y que luego impregnaban de alcohol de quemar. Era el único día en el que se les permitía jugar con fuego y muchos tenían las marcas de alguna de esas bolas, cuya trayectoria había errado el objetivo. Otros preferían cargar antorchas caseras, incluso arcos y flechas que preparaban con la misma técnica de las bolas inflamables. El muñeco de tela se empapaba en queroseno para facilitar la labor de purificación y quema.

El cabezudo, que simbolizaba la oscuridad y los temores de la constante amenaza subterránea, se representaba con tres cabezas de animal: la de un perro, una serpiente y un caballo. Todo para bendecir la cosecha, purificar el ambiente y proteger las casas. Para los niños no era más que un juego que anunciaba la llegada del verano; sin

embargo, para los más mayores, que habían sufrido las desgracias de la mina en los últimos cuarenta años, significaba la purificación de la colina y la prevención de futuras desgracias.

Una vez prendido el fantoche, los mayores abrían los tres candados que custodiaban el hueco de ventilación. Entonces, los asistentes se asomaban a contemplar su caída. El muñeco descendía envuelto en llamas y, si había suerte, se podía atisbar alguna pequeña explosión en lo más profundo. Allí abajo se acumulaba parte del gas grisú que el movimiento de las placas dejaba escapar. Aquella no era más que una forma de tener controlada su acumulación letal.

—Creo que aún tengo alguna marca en el hombro —dijo Román tras recordar el pasaje.

—Eran otros tiempos —apuntó Nicolás—. Ahora sería impensable dejar que los críos hicieran algo así.

—Debíamos ser incluso más pequeños que Jonás —masculló Román.

Nicolás carraspeó y dio un buche a su cerveza.

—Hablando de otra cosa, Román. ¿Cuándo crees que podremos empezar con las reformas de la casa? ¿Has visto los planos que te pasé?

—¿Estáis seguros de que os queréis meter en semejante jaleo? Tenéis un buen curro por delante…

—Ya, pero escucha… Quiero hacerlo poco a poco. Y me gustaría que si lo hablamos delante de Bárbara, lo minimices al máximo. Desde que empezamos con esto de la mudanza está muy negativa. No quiere saber nada de la casa y ahora mismo es lo único que nos queda.

Román asintió, a sabiendas de que ese no era el germen de la historia. Bárbara había hablado con él de los problemas financieros por los que atravesaban y se había desahogado cuando su marido ya no la escuchaba. Ambos habían retomado así la amistad y la vieja confianza que guardaban de los tiempos del instituto y que había quedado en pausa durante muchos años.

Román estaba al tanto de que la situación se debía a la mala gestión de su hermano, que había puesto en peligro el negocio y todo lo que poseían por una mala inversión. Entendía que quisiera empezar de nuevo y aprovechar lo que su suegro les había brindado tras su muerte, pero su hermano no era de los que se parase a pensar en lo que los demás querían o necesitaban. Esa tozudez, que podía llegar a ser buena para los negocios, siempre había puesto en riesgo sus relaciones personales.

—Nico, creo que ahora mismo debemos centrarnos en terminar la reforma del local si quieres abrir lo antes posible. Luego me puedo traer a una cuadrilla para que dé un repaso al porche y a la solería que esté suelta. Se pueden sellar grietas y pintar para cuando llegue el

agua. Darle un lavado de cara y ya está.

—Pero mi idea es aprovechar para hacer un garaje y ampliar el trastero, que se cae a pedazos.

—Pero para eso necesitas pedir una licencia de obra menor. Hacer un pequeño proyecto y entregarlo en el Ayuntamiento. Y siendo la casa que es… Sinceramente, no creo que te den los permisos.

—Pero si no tiene ni cuarenta años —contestó Nicolás con una risotada nerviosa.

—Ya, pero no es una casa normal. Es la única que queda en pie del pueblo viejo.

—Pues hacemos la obra por nuestra cuenta. ¿Quién se va a enterar?

—¿Y quién no va a hacerlo? En la cuadrilla todos son del pueblo, y como se entere el arquitecto municipal le va a faltar tiempo para venir y quitárosla.

Nicolás dio un sorbo, ahogando su frustración.

—Yo me limitaría a esas pequeñas reformas de mantenimiento. Es suficiente para que viváis bien. La casa es grande y no creo que sea el mejor momento para Bárbara…

—La reforma nos vendría bien, Román. —dijo Nicolás tras terminarse la cerveza y desviar la mirada hacia la casa—. Vivir aquí sería bueno para que de verdad sea un nuevo comienzo. Pero tendríamos que darle un nuevo aire a todo, no sé. Ella está empeñada en venderla, pero, tal y como están las cosas, creo que tardaremos mucho en irnos de aquí.

Román volvió a asentir en silencio.

—Veré qué se puede hacer o hasta dónde podemos llegar.

Nicolás sonrió y abrazó a su hermano.

—Por cierto, Nico, los planos que me pasaste… Los estuve ojeando, pero deben estar mal.

—¿Mal? ¿Por qué?

—No me cuadran algunas dimensiones. Tendría que hacer una medición para comprobarlo.

—Bueno, tú eres el que ha estudiado, hermanito. ¿Tienes listo lo de la licencia del local para llevarla al Ayuntamiento?

—Sí, mañana la llevaré y aprovecharé para hablar con el arquitecto municipal de este tema.

—Oye, que esto pienso pagártelo. Esto y todo lo que te debo, Ro.

Román asintió cordialmente.

—De momento, invítame a otra cerveza.

Nicolás entró en la cocina y Román aprovechó para acercarse a Bárbara, que apartaba la maleza seca del huerto junto a la carbonera.

—Parece que está cuidado, ¿no?

—Sí, alguien se ha estado encargado de él —comentó Bárbara.

—¿Tu padre?

—¿Mi padre interesado por algo que no haya cristalizado bajo tierra? Lo dudo mucho.

—Hay plantados tomates, pimientos… Hay también berenjena y cebolla —dijo Jonás, señalando cada una de las matas.

—Pues tenéis de todo para sobrevivir aquí —comentó Román.

—A mí no me gusta nada de esto.

—Pues es lo que comíamos nosotros siempre con tu edad —dijo Nicolás, acercándose con la bebida.

—Oye, ¿y vuestro padre? ¿Por dónde anda ahora? —preguntó Bárbara, sacudiéndose la tierra de las manos.

Nicolás y Román se miraron sin saber muy bien qué decir.

—Yo no sé nada de él —indicó Román.

—Creo que está de viaje, por Islandia —apuntó Nicolás—. Al menos estaba allí la última vez que hablé con él para decirle lo de Eduardo.

—¿Y no te ha llamado? —preguntó Román a Bárbara—. Eran muy amigos hace tiempo, ¿no?

—Bueno, Eduardo había perdido contacto con él, como con todo el mundo —respondió Nicolás.

Bárbara miró con cierta desaprobación a su marido. Ella había formulado la pregunta con toda la intención. Es verdad que Jaime y su padre se habían distanciado, al igual que ella, pero le resultaba extraño que no la hubiese llamado al conocer la noticia.

—Bueno, voy a aprovechar para tomar unas medidas en la casa antes de irme —dijo Román después de dar un trago.

—¿Te quedas a cenar? —preguntó Nicolás.

—Hoy ya he quedado. Otro día.

Román forzó una sonrisa a medida que descendía hasta la casa.

Bárbara no pudo evitar sentir cierta decepción. La presencia de Román le transmitía tranquilidad y la calma de una compañía que la reconfortaba en esos momentos.

—¿Medidas? ¿Para qué? —preguntó analizando la frase de su cuñado.

—Nada… Para actualizar los planos de la casa. Encontré unos planos viejos en el despacho de tu padre y siempre viene bien tenerlos al día para saber por dónde van las tuberías, la cimentación y demás. Ya sabes, por si pasa algo.

—Ya. ¿Y habéis hablado de dinero?

—Claro, le pagaré el trabajo del local y lo que haga falta.

—Sabes que no te lo va a aceptar.

—Pues mejor para nosotros.

Nicolás se sacudió las manos y fue hacia la casa.

Bárbara se secó el sudor de la frente e intentó refrescarse agitando su blusa. Oteó hacia el brillo deslumbrante de los rayos de sol sobre la

superficie del pantano y volvió la vista hacia la casa. No le apetecía organizarla y buscó una señal que la hiciera decidirse. En ese momento, el temporizador del riego por goteo del huerto se puso en marcha.

—Jonás, ¿te apetece que vayamos a bañarnos al pantano?

Su hijo pequeño se entusiasmó con la idea.

—¿Dónde está tu hermano? Busca tu bañador y dile que nos vamos al pantano. Sin opción a réplica.

Bárbara y los chicos bajaron por la vereda que comunicaba la casa con el pueblo nuevo. Habían demorado su salida porque los hermanos habían insistido en bajar al pantano en coche, algo a lo que Bárbara se negó en rotundo. La vereda no era su camino favorito porque le recordaba al recorrido del fantoche y al fuego, y a las visitas obligadas a su padre cuando era cría. Su tía jamás la dejó participar en aquel rito, y le contaba que su padre siempre intentaba cortarle el paso a la comitiva. Pero la vereda no atravesaba su finca y acabó por desistir en sus intentos.

Jonás se quitó los zapatos de deporte y se metió poco a poco en el agua.

—¡Está caliente y el suelo está pringoso!

Bárbara observó absorta la luz que se colaba entre el castillete metálico del pozo de la vieja mina. La balsa de agua estaba en calma. Ya no quedaba ningún bañista y una inesperada brisa le resultó reconfortante.

Eloy permanecía en silencio, sentado junto a ella en uno de los bancos del merendero, envuelto en su sudadera y comprobando con disimulo el móvil que escondía en sus amplios bolsillos frontales.

Giró la vista de nuevo hacia el embalse y se detuvo en el reflejo junto al tejado de la casa del guarda. Volvió a dudar de su decisión y se sintió algo avergonzada por haber lanzado la urna. A los ojos de su familia habría resultado algo impetuoso y, en cierta medida, irrespetuoso.

Miró a su hijo y buscó comprensión en su mirada ausente. Pensó que tampoco era el mejor día para él. Deseó que nunca tomase una decisión así en un caso similar ni que se alejase de ella de la misma forma en la que ella había hecho con su padre. Esperó que las repetidas decisiones de no salir corriendo los unieran para siempre. Sabía que los caminos se podían torcer en cualquier momento y que una mala decisión podía mandarlo todo a la mierda. Y entonces daría igual el pasado, daría igual el sacrificio y daría igual el bagaje acumulado.

—¡Mamá! —gritó Jonás desde el agua; parecía disfrutar del baño—. ¡Báñate! ¡Está muy buena!

Bárbara observó a su hijo, aún con la mirada perdida, y se tocó el vientre, apreciando bajo la camiseta los pliegues de las cicatrices de su piel quemada.

Las risas de verano parecían amortiguadas por los chapuzones y el ambiental sonido de las chicharras. Hacía calor, pero no lo suficiente como para que a Eloy le apeteciera bañarse todavía en aquellas aguas revueltas y oscuras que escondían en sus profundidades una historia que le resultaba inquietante. Aprovechó que su madre se había metido en el agua para dar una vuelta por la orilla del pantano y tomar un poco de distancia.

Llegó a un recodo en el que había un grupo de jóvenes bañándose. Vio salir del agua a una chica, que corría y huía de otros dos chavales que pretendían agarrarla para zambullirla. Ella los había salpicado a traición mientras ellos emprendían su lento peregrinaje hacia la hondura del pantano. La persiguieron entre risas y gritos, hasta que uno de los chicos consiguió agarrarla por la espalda y llevarla hacia la zona más profunda. La sumergió bajo sus muslos, en un juego en el que él jadeaba con exageración. Pasaron varios segundos hasta que la chica emergió dando voces y lanzando con furia agua a sus captores. Su expresión ya no era tan burlona y, quitándose el pelo de la cara, se acercó hasta la orilla con decisión.

Eloy no pudo dejar de mirarla mientras se acercaba al merendero con su bikini blanco y sus muslos tatuados. Con una piel tan blanca y llena de pecas que hubiesen sido motivo de mofa continua para los chicos de su instituto. Pero aquella joven de pelo rojizo se mostraba sin pudor y con una seguridad que hubiese acabado cualquier intento de burla. En un primer momento, le había parecido un poco vulgar al observar su comportamiento con los otros chavales, y por ese bañador que transparentaba su exuberante figura, pero se sintió atraído por su seguridad y la forma en la que salía del agua: desinhibida y por encima de juicios o veredictos. Incluidos los suyos.

Ella llegó junto a la mesa del merendero en la que descansaba otra chica, que reposaba tumbada boca arriba sobre una toalla, mostrando su enorme barriga de embarazada. La joven del bikini blanco comenzó a secarse y él dejó de observarla cuando ambos cruzaron las miradas.

Le parecía patético haber cumplido diecisiete y seguir siendo virgen. En el instituto era demasiado amigo de las chicas y ninguna se había interesado por él, a pesar de que él se mostraba abierto a cualquiera que le empezara a hacer un poco de caso. Lo más cerca que había estado de tener sexo había sido en Portugal, cuando Bárbara se había empeñado en llevarlo a que conociera a una rama de su verdadera familia. Sus abuelos ya no vivían, pero, al parecer, su madre biológica tenía una hermana en un pueblo cercano a Oporto y

Bárbara quiso que retomara contacto con ellos, aunque solo fuese por dar testimonio de su existencia.

La chica en cuestión debía ser su prima segunda y, aunque tenía un par de años más que él, debió resultarle tan exótico que no dejó de observarlo. También era verano, pero finales, y habían almorzado al sol. Sus tíos tenían una pequeña alberca en la que se bañaban sus primos, pero ella no se bañaba por algún motivo.

Todos intentaban hacerse entender en un ambiente que a Eloy le resultaba tan incómodo como absurdo. No sabía nada de aquella gente, ni tenía la intención de averiguarlo tras quince años sin noticias de ellos. Su madre no dejaba de hablar de él en español, mostrando la supremacía propia ante los portugueses, a los que presuponía que debían entendernos. Habló de sus altas capacidades y en lo centrado que estaba siempre en los estudios, obviando que el último año había suspendido casi todas las asignaturas de cuarto de la ESO por una repentina dejadez y falta de interés. No era más que la «presión del genio», tal y como había concluido el psicólogo del centro tras varias reuniones con él, trasladando a sus padres la falta de motivación por no contar con nuevos estímulos. Pero Eloy había encontrado un estímulo rápido y muy gratificante en los videojuegos de cualquier plataforma; ya fuese en la consola, la *tablet*, el móvil. Un estímulo que cada vez era más difícil de reemplazar con el del aprendizaje. Había comenzado a rechazar el sinsentido de tener que aprender por obligación, porque nunca lo había comprendido así y ahora le provocaba náuseas. Había huido en sentido contrario y todos percibieron que el abismo en el que se encontraba era cada vez más profundo.

«El futuro no es de los listos, sino de los perseverantes», le había indicado el psicólogo del centro. Una frase que habría leído en algún manual de autoayuda sin interesarse en profundizar en su caso o en los antecedentes y las causas que le habían llevado a aquel punto de difícil retorno. Racionalizar el acceso a los aparatos electrónicos se consideraba un primer paso, pero no había conseguido paliar su adicción, por lo que hubo que recurrir a la prohibición de acceso a cualquier dispositivo o conexión a internet. La más absoluta sequía hasta que finalizara el curso y aprobase el examen de acceso a la universidad.

Eloy puso todo el empeño que le permitió su voluntad, pero la dopamina que el juego hacía segregar a su cerebro no había atenuado su grado de adicción. No había esfuerzo que compensara su malestar. Nunca antes había tenido que estudiar para un examen; nunca antes había tenido que esforzarse en aprender. No sabía estudiar y no sabía aprender, por lo que su cerebro no asimilaba otra máxima más que la de que necesitaba la dosis de dopamina necesaria para acabar el día.

La chica portuguesa y él se habían besado a escondidas. Eloy se atrevió a tocarle los pechos, sorprendiéndose de que ella lo guiara en sus caricias. Ella le había metido la mano en el bañador con una habilidad que lo sorprendió al notar la primera caricia. Era la primera vez que alguien, que no fuera él mismo, lo tocaba. La chica lo hizo con suavidad, pero con firmeza, por lo que, llegado el momento no pudo controlarse. Se sintió avergonzado y sucio.

Nunca más volvió a saber de su prima segunda, pero volvió a sentir la misma vergüenza al mirar a la chica de piel alba, que secaba su pelo y recuperaba la sonrisa al ver pelear a sus dos amigos en el agua.

La chica lo miró mientras abría su macuto, pero Eloy evitó el contacto y cubrió su erección con disimulo.

9

Escucharon a un perro ladrar en su ascenso por el camino de Colina Hueca. Atravesaron la cancela de la finca intrigados y se extrañaron al comprobar que los ladridos parecían proceder de algún lugar cercano a la casa.

—¡Mamá! ¡Hay un perro en la puerta! —gritó Jonás, entusiasmando.

El niño corrió sin temor hacia el animal, seguido por su hermano.

El cachorro arañaba desesperado la puerta y rascaba el umbral de piedra intentando entrar.

—¡Jonás, no te acerques! No sabemos de quién es.

El perro dirigió la mirada hacia el niño y comenzó a gemir y mover el rabo, dando vueltas alrededor de él.

—No parece peligroso —indicó Eloy con una sonrisa, mientras lo acariciaba.

El animal se tumbó boca arriba y gimió ante la atención y las caricias prestadas por los hermanos.

—Es un boyero de Berna —apuntó Jonás— mezclado con algún tipo de chucho. Pero son muy mansos. ¿Tendrá hambre? ¿Le podemos dar algo de comer, mamá?

—Pero este perro tendrá dueño —aclaró Bárbara contundente, mirando muy seria a Jonás y sin saber de qué otra forma reaccionar.

Un silbido procedente de la cancela de la finca los alertó y todos dirigieron hacia allí su mirada cuando el perro corrió raudo hasta la mujer que aguardaba al otro lado. La señora alzó la mano a modo de saludo y abrió la cancela para permitir que el animal saliera.

Bárbara le devolvió el saludo y se acercó a ella al comprobar que la mujer permanecía junto a la entrada. Al aproximarse, se dio cuenta de que era más joven de lo que la primera impresión la había hecho creer. Su ropa oscura y su pelo largo, recogido y descuidado, la habían confundido desde su posición.

—Perdone al animal —se excusó la mujer de cara lavada, ojos oscuros y piel blanca—. Siempre que pasamos por aquí le gusta entrar a hacer una visita. No sé por dónde se mete, la verdad. Debe haber algún hueco en la linde.

—No pasa nada. Parece manso.

—Lo es —contestó mientras agarraba al juguetón perro por el collar.

Ambas se miraron un momento y esperaron a que la otra reaccionara.

—Soy Cecilia —se presentó la desconocida con cierta modestia—.

Es usted Bárbara, ¿verdad?
Bárbara frunció el ceño.
—Yo cuidaba de su padre.
Bárbara se quedó unos instantes fuera de juego.
—Oh, Cecilia. Perdona. No nos habíamos visto antes.
—Es verdad, solo hemos hablado por teléfono.
Bárbara recordó la última conversación que habían compartido y en la que ella le había dado parte de la muerte de su padre.
—Gracias por avisarnos —dijo Bárbara con rictus severo.
El perro se soltó de las manos de su dueña y corrió bordeando la verja, bajo la mirada atenta de los chicos, que desde el porche aún seguían pendientes de él.
La mujer dio otro silbido que ensordeció a Bárbara.
—¡Zarzo! ¡Ven acá! Seguro que va a buscar otra vez el hueco para meterse.
—No pasa nada. —La curiosidad de Bárbara por aquella extraña crecía por momentos—. ¿Quieres pasar?
—No, no quiero molestar. Estarán hasta arriba con la mudanza y con la limpieza. Esta casa tiene mucho trabajo.
—Sí que lo tiene. —Bárbara dio un suspiro inconsciente tras echar un vistazo a la vivienda—. Gracias por haber cuidado de él todo este tiempo —continuó, tras un instante de ausencia.
—No tiene que darlas.
—¿Te debemos algo o…?
—No, no. Eso ya está arreglado. No se preocupe.
Bárbara se quedó pensativa mientras ambas observaban a los chicos, que jugaban de nuevo con el perro. El silencio se había vuelto incómodo y observar el juego les hacía menos molesta la espera. El animal corrió colina arriba y Jonás fue tras él, mientras Eloy desistía y entraba en la casa.
Bárbara se volvió hacia Cecilia sin mirarla de forma directa.
—Te preguntarás por qué no hemos venido antes a recoger los restos y por qué no he estado pendiente de mi padre durante su…
—No, por Dios. Por favor, a mí no tiene que darme explicaciones. Faltaría más —contestó Cecilia, evitando la mirada.
Bárbara sonrío forzada. Podía intuir que aquella mujer sabía más de lo que intentaba disfrazar. Si había cuidado a su padre durante varios meses, era una pregunta obvia el por qué no había tenido ningún tipo de contacto con su familia a lo largo de tantos años y durante su enfermedad. El mutismo la hizo sentir culpable y, de alguna forma, juzgada.
Cecilia dio otro silbido, pero el perro había desaparecido de su vista.
El silencio volvió a tornarse incómodo y Bárbara ideó alguna

estrategia para excusarse.

—Que haya pasado por aquí no es casual —dijo Cecilia tras titubear.

A Bárbara le sorprendió la frase. Sabía por Nicolás que aquella mujer había estado rondando la casa a diario. Permaneció en silencio, intrigada acerca de lo que pudiera comentarle, pero sus pensamientos volvieron a ir más allá y se puso a la defensiva de manera involuntaria.

—Me gustaría que se le hiciera una misa a su padre. Fue todo muy repentino y mucha gente no pudo despedirse de él. Y, bueno, hasta que no han llegado ustedes pues… Como en este pueblo ya no entierran a sus muertos desde lo de la inundación…

Bárbara espiró, aliviada.

—Me parece bien. Creo que a mi padre le hubiese gustado.

—Gracias. Hablaré con el párroco y los avisaré del día.

—¿Lo encontraste tú? —preguntó Bárbara directa y contundente.

Cecilia asintió y tragó saliva, emocionada.

—Siento lo del perro, me da un apuro tremendo.

—Entra y vamos a buscarlo.

—La estoy entreteniendo más de la cuenta. Con la de cosas que tendrá que hacer —comentó Cecilia mientras ambas ascendían por la colina.

—No sé ni por dónde empezar. Espero que mi marido se encargue de organizarlo todo y no tener que darme el lote cuando vuelva la semana que viene con los niños.

—Si necesita ayuda… —comentó Cecilia con prudencia—. Conozco bien la casa y…

—De momento no, gracias. —Bárbara se sorprendió por su inmediata reacción y la decisión espontánea. Lo último que le hacía falta era tener a esa mujer merodeando por la casa.

Entendió entonces que aquel debía ser el verdadero motivo de su visita. Aunque limpiar y organizar la casa se le hacía un mundo, no podían permitirse contratar a nadie. Y, desde luego, no a alguien que había tenido ese vínculo con su padre hasta la muerte. La situación le recordaría sin cesar que no fue ella quien lo había atendido en sus últimos días, sino una total desconocida. Bárbara pensó que no podía añadir ese recuerdo diario a su carga de conciencia.

Jonás persiguió al cachorro hasta la cima de la colina. Zarzo había conseguido salir de la finca por un hueco entre la alambrada y la roca, creado por sus anteriores intentos por entrar. El sol comenzaba a ocultarse tras la loma al otro lado del pantano y la falta de luz le dificultaba encontrar al animal. El candado de la puerta trasera estaba abierto. Jonás abrió el cancel y, al alzar la vista, observó a lo lejos a

alguien que parecía manipular una roca del terreno. En un principio le pareció Eloy. Aquel extraño llevaba una sudadera con una capucha que cubría su cabeza, similar a las que llevaba su hermano. Al acercarse un poco más, comprobó que se trataba de alguien más enclenque y atisbó un enorme flequillo que le cubría parte del rostro. El cachorro apareció de entre los pinos y empujó con el hocico al extraño, intentando llamar su atención, hasta que este le acarició la cabeza.

El visitante continuó manipulando la enorme roca asentada en el terreno, pero esta se resistía. Cuando, al fin, consiguió desplazarla, surgió del interior de un hueco el pico de un enorme pájaro. El ave parecía intentar salir de forma desesperada. El extraño arrastró más la roca y dejó al descubierto un enorme hueco en el terreno. El pájaro consiguió sacar una de sus alas, que no dejaba de agitar, provocando una nube de polvo que envolvió al encapuchado. Tras un último empujón a la roca, el ave consiguió liberarse por completo, dando un ensordecedor graznido. Batió sus enormes alas, que chocaron contra la piedra antes de alzar el vuelo y surcar el cielo en dirección al pantano.

—*Ciconia ciconia* —mascullló Jonás, pasmado mientras observaba cómo desaparecía entre los pinares de la orilla opuesta.

Zarzo dio un ladrido que captó su atención. Al dirigir su mirada al perro, comprobó que el extraño lo observaba, inmóvil.

Jonás se quedó paralizado.

La figura se dio la vuelta y descendió por el sendero del risco. Desapareció, precedido del cachorro, que lo siguió, impasible ante lo que acababa de presenciar.

Jonás recuperó la movilidad de su cuerpo, aferrado al cancel, y se dio la vuelta para cerrar y protegerse tras la alambrada.

Bárbara observó a Cecilia mientras se alejaba. Los ladridos, procedentes de la parte baja de la vereda, habían alertado a la mujer que, al asomarse al camino, había visto al cachorro entre los arbustos. Se había excusado de nuevo por la intromisión y despedido, cordial y contenida. En el camino de descenso se detuvo a hablar con alguien, aunque no pudo distinguir nada más por la falta de luz.

Bárbara llegó a la cocina y se acercó a Nicolás, que lavaba con dedicación los tomates en el fregadero.

—Ha estado aquí esa mujer.

Nicolás la miró después cerrar el grifo y secarse las gafas.

—¿Qué mujer?

—Cecilia. La mujer que cuidaba de mi padre.

—Me había parecido escuchar los ladridos del perro. ¿Y qué te ha dicho?

—Quiere hacerle una misa a mi padre. Pero supongo que quería

conocerme y presentarse.

—¿Una misa? ¿No le hicieron ya una por el funeral?

—Supongo. No lo sé. Le he dicho que sí para que nos dejen tranquilos. Entiendo que a mi padre le hubiese gustado.

—¿Estás bien?

Bárbara asintió, tras darse cuenta de que se había quedado con la mirada perdida.

—También se ha ofrecido para ayudar con la casa.

—¿Cómo? ¿Y qué le has dicho? Le habrás dicho que no, ¿verdad? No podemos pagar a nadie.

—Ya lo sé. Es lo que le he dicho.

—Ahora mismo, entre todos nos arreglamos. Y no me apetece que una desconocida ande por aquí.

Bárbara asintió, aunque sin estar convencida de que aquella mujer fuese una desconocida en esa casa.

Cenaron en la cocina y cada uno se dirigió a su dormitorio para terminar de vestir las camas y ordenar sus cosas.

Bárbara se negó a quedarse con el dormitorio de su padre, a pesar de ser el más grande y más tranquilo. Decidió cedérselo a Nicolás y llegaron al acuerdo de que si las cosas mejoraban, si conseguían volver a encauzar una rutina en la que se sintieran seguros y con la capacidad y energías suficientes como para recuperar la confianza, entonces, y solo entonces, la idea de volver a dormir juntos, como símbolo de lo que aún los unía, sería una posibilidad.

Esa primera noche, Bárbara compartió cama con Jonás, en el que años atrás fuese su dormitorio. Sabía que las noches bajo aquel techo darían la bienvenida, de forma inevitable, a los pocos recuerdos que escondía con amargura y dolor: al día en que su padre y ella se encontraron entre los escombros y él subió la mirada hacia la superficie, llamando al pequeño que ella misma portaba entre sus brazos, sin vida. Eduardo había decidido obviar la realidad que ella tuvo que afrontar sola, en la que la que la culpa y la aflicción cayeron como una losa sobre sus hombros.

Prestó atención al silencio de la noche y reconoció cada uno de los sonidos del pantano. A lo lejos, el graznido y el repicar de las cigüeñas, el roce de las hojas de pino contra las ramas; los grillos y las lechuzas mezclados con los crujidos de la madera estructural, las corrientes subterráneas de Colina Hueca y el movimiento de las rocas. Los mantenía catalogados en su mente, pero le alivió no escuchar nada más.

Ni rastro de las voces.

10

Nicolás observó cómo se mecían las mullidas copas de los pinos que, superpuestas sobre el horizonte, permitían colarse a los primeros rayos de sol. El fino ramaje, unido a la neblina matutina, les daba un aspecto desdibujado, no siendo más que un efecto provocado por el polvo en suspensión y la suciedad de sus gafas. Frotó los cristales con una gamuza, pero no consiguió matizar el efecto etéreo de su visión. Se atusó la barba incipiente y cerró los ojos para que el frescor matutino inundara sus pulmones.

Una vez vestido y provisto de su maletín, se dispuso a salir de la casa con discreción, pero el borboteo de la cafetera y el penetrante olor tostado lo obligaron a detenerse por cortesía.

Bárbara le instó a que se llevase a Eloy a la obra para que se entretuviese con algo y pasaran un día juntos antes de que ella y los niños volviesen a la ciudad para rematar la última semana de clases.

Él escudó su desinterés en la prisa, no sin sentir remordimientos durante el camino al pueblo. En el último año no había dedicado mucho tiempo a su hijo, aunque no menos que a cualquier otro miembro de la familia. Con Eloy tenía la excusa del distanciamiento provocado por los reproches debido a su falta de interés en los estudios y los malos resultados. Pero había algo en el comportamiento del chico que le recordaba demasiado al suyo. Sin ser su hijo biológico, había heredado esos rasgos obsesivos que se le mostraban como en un espejo.

El desapego se había hecho inmenso y crecía de manera exponencial. La convivencia entre ambos se había limitado a compartir un espacio sin palabras y ni un simple gesto de complicidad. Aquella última semana, solo en la casa, le había servido para aclarar su mente y tomar un poco de distancia de los problemas y reproches de los últimos meses. Un respiro que ahora echaba de menos.

La vieja Villa Hulla parecía haberle dado el impulso y la fuerza necesarias para no sentirse un fracasado. Pensó que el lugar debía convertirse en el adhesivo necesario para fraguar de nuevo a la familia. Pensar en reforzar la casa, que admiraba desde pequeño, le había supuesto un gran chute de adrenalina, al que no estaba acostumbrado desde los tiempos previos a la rehabilitación de su galopante ludopatía.

Nicolás recordó, parado ante el semáforo que daba acceso a la avenida principal del pueblo nuevo, la noche en la que llamó a su padre para comunicarle la muerte de su viejo amigo Eduardo. Jaime

había permanecido en silencio unos instantes para, después, y sin mostrar ningún tipo de emoción, interesarse en quién se quedaría con la casa. Sabía que su admiración por la villa procedía del interés de su progenitor por aquel lugar.

Observó el acceso al pueblo y recordó las advertencias de su padre sobre sus gentes. Unos vecinos que nunca perdonaron a Jaime Orcaray ser la cara amarga de la desgracia, en la que las pólizas de seguros no llegaron a cubrir el daño personal y material de los demandantes. Su padre había luchado por intentar ser justo con los habitantes de un pueblo desaparecido bajo las aguas y cuyas responsabilidades se habían depositado sobre una larga lista de errores humanos que no dejaba a nadie exento en la cadena de mando.

Con mucho esfuerzo y burocracia, se había conseguido que los terrenos rurales colindantes se urbanizasen y, gracias a las ayudas del gobierno y fondos europeos, resultado de innumerables huelgas y manifestaciones, se pudo levantar con esfuerzo el que era ahora el nuevo pueblo de Triviana. Aun así, las cientos de familias afectadas se habían mostrado muy desagradecidas con la gestión de Jaime, en quien habían confiado ciegamente y quien parecía haber sacado una gran provecho con la venta de sus tierras para la recalificación. Su padre se había visto obligado a colocarse una coraza y huir de un pueblo que le daba la espalda.

Nicolás conocía la cara oscura de aquel doloroso proceso de expropiaciones y cláusulas abusivas, pero su familia nunca pudo desprenderse de la sospecha de que su padre se había enriquecido gracias a la desgracia ajena. Jaime acabó siendo dueño de la mayoría de las edificaciones de Nueva Triviana, pero, aun así, siempre le obsesionó la casa de lo alto de la colina: la única que había resistido a la brutal deflagración surgida bajo sus cimientos y en la que había aparecido sano y salvo su amigo Eduardo.

El semáforo se puso en verde y aparcó la camioneta junto al supermercado de ultramarinos, que aún no había abierto sus puertas. Caminó por la Avenida de los Mineros hasta el local donde se llevaban a cabo las obras de acondicionamiento de la nueva gestoría. Dos operarios montaban los andamiajes en la fachada para poder acceder a la azotea e instalar las máquinas de aire acondicionado. El retumbar del martillo hidráulico rompía la calma de la céntrica calle, mientras perforaba los huecos en el forjado para acomodar los tubos de instalación. Observó los demás locales comerciales colindantes, resguardados por los soportales de piedra, que daban una gran sensación de amplitud a la calle. Los edificios mantenían su aspecto pulcro de antaño, pero la avenida seguía pareciendo tan muerta y falsa como siempre. Incluso los escasos transeúntes, que ya empezaban a hacer sus compras matutinas, parecían vagar de un lado a otro con

la misma artificialidad que la ordenación del pueblo.

Nicolás entró en su local y vio a Román hablando por el móvil mientras revisaba unos planos sobre la improvisada mesa que habían preparado con una vieja puerta y dos caballetes de madera. Saludó al escayolista, que montaba las guías de aluminio para el falso techo, y al pintor, que remataba los testeros ya secos. Caminó hacia su hermano por la alfombra formada por una ristra de sacos de yeso vacíos y colocó su maletín sobre un archivador sin estrenar.

—Bueno, papá. Tengo que dejarte, que acaba de llegar Nico. Ya lo hablamos más tranquilos, ¿vale? De acuerdo. Adiós.

Román cortó la comunicación y se centró en los planos desplegados ante él.

—¿Era papá? ¿Negocios?

—Algo así.

—¿Por dónde anda? No me ha devuelto las llamadas.

—Pues creo que estaba en la casa de Jálivas. Acaba de volver de Islandia, pero creo que tiene otro viaje previsto en breve con ese grupo de conspiranoicos con los que anda.

—Bueno, así se le hace más amena la jubilación. ¿Son para la licencia de apertura? —Nicolás señaló los planos sobre el tablón.

—No. El proyecto de licencia ya está encuadernado y preparado. Estos son los planos de Villa Hulla.

Nicolás se colocó junto a su hermano para observarlos.

—He intentado cuadrar las medidas que tomé ayer con los planos antiguos que me diste. Las incorporé a los planos digitalizados, que ya tenía montados, y resulta que yo tenía razón.

—¿A qué te refieres?

—Lo que hay construido hoy día no coincide con los planos. No es que haya una gran diferencia, pero hay una variación en un espacio en concreto.

Román señaló una zona de la casa que Nicolás identificó como el pasillo de distribución de los dormitorios. Lo dedujo por el mobiliario que su hermano había tenido a bien de colocar para interpretar las estancias y los espacios. Pensó en lo mucho que le hubiese gustado estudiar una carrera técnica y ser capaz de hacer ese tipo de planos.

—Según mis medidas, hay un espacio cegado entre estos dos dormitorios. Ayer comprobé que no tiene acceso ni por el pasillo ni por las habitaciones colindantes. Ni por el porche trasero.

—Ahí está el dormitorio que era de mi suegro y el otro es donde duerme ahora Jonás. Deben ser los armarios empotrados.

—No, no es eso. También los tuve en cuenta.

Nicolás se acercó al plano e intentó entender algo que, para un profano en la materia, resultaba confuso.

Román hizo un círculo con su portaminas alrededor del lugar representado como una habitación más.

—Aquí hay un espacio ciego al que no se puede acceder.

—¿No te habrás confundido midiendo?

Román miró a su hermano con la paciencia que los años de convivencia otorgan y que ya lo habían habituado a su singular manera de menospreciar el trabajo de los demás sin ser consciente.

—Lo he medido dos veces, Nico. Llévate los planos si quieres y lo compruebas.

—No digo que no esté bien medido, pero…

—Igual es un hueco inservible, pero ahí está. Pregúntale a Bárbara.

Nicolás se quedó con la mirada perdida asimilando la información y sin quedar convencido.

—Me voy al Ayuntamiento a llevar el proyecto para la licencia. A ver si en dos semanas máximo tienes la apertura lista —dijo Román, devolviendo a su hermano a la realidad—. Como ves, la obra está casi finiquitada.

—Pregunta lo de las reformas de la casa para lo del garaje y la ampliación del trastero. A ver si necesitamos algún permiso o proyecto. Pero no digas nada de lo del hueco.

Román asintió mientras guardaba el proyecto en su bandolera. Se puso su chaqueta de cuero y salió del local, alzando la mano a modo de despedida. Por sus venas corrían las ganas de terminar ya con la obra y de volver a perderse una temporada. Se sentía en la obligación de ayudar a su hermano a salir de aquel bache que casi se los había llevado a todos por delante, pero no podía hacerse responsable más tiempo del necesario. La paciencia con su hermano siempre tenía un límite, aunque en la mayor parte de los casos el límite había sido Bárbara. Quería a su hermano, adoraba a sus sobrinos, pero había vuelto a encontrar una olvidada satisfacción al estar junto a ella, por lo que intuía que era el momento de huir.

Mientras esperaba paciente a que abrieran la ventanilla de la Concejalía de Urbanismo, Román detuvo la mirada en el cartel anunciador de las fiestas de la cosecha que tendrían lugar al final de esa misma semana. Los festejos siempre daban la bienvenida al verano y a una época de bonanza en el pueblo, con un considerable aumento de las visitas. No era un turismo de dinero, pero los visitantes siempre acababan por hacer acopio de bebidas o comida en los supermercados locales, o repostaban en el único surtidor de gasolina que se mantenía activo. El cartel parecía el mismo que recordaba de cuando era adolescente: el dibujo del fantoche ardiendo y colgado de un árbol, con un fondo de estrellas y orbes luminosos, rodeado de las siluetas de unos niños que se daban la mano y lo rodeaban sonrientes.

El arrastrar del ventanuco corredero lo alertó y se acercó raudo a la

funcionaria, que ya había vuelto a acomodarse en su silla, ajena a su presencia.

—Buenos días —dijo Román, exagerando su sonrisa. Nunca antes había sido bien recibido por aquella funcionaria y esa no iba a ser una excepción. Seguía notando ese halo de falta de hospitalidad que desprendían los habitantes de Triviana hacia los forasteros y, en concreto, hacia su familia. Él se había criado allí, pero sabía que nunca sería considerado uno de ellos—. Venía a entregar un proyecto para una licencia de apertura —concluyó.

La reacción de la mujer fue similar a si le hubiesen dado los resultados de una biopsia. Buscó en uno de los archivadores con mucha calma y, sin más explicaciones, colocó un formulario en el mostrador.

Román estaba habituado a ese procedimiento y se dedicó a rellenar el impreso sin dejar de mostrar su más encantadora sonrisa, hasta que consiguió el sello del registro de entrada del proyecto con su pertinente resguardo. Hizo una pausa dramática y se quedó pensativo frente a la funcionaria, que parecía sentirse cada vez más incómoda.

—¿Podría hablar con don Félix Álvarez?

Ella lo miró de reojo, incapaz de articular una respuesta.

La puerta del fondo de la oficina se abrió de repente y por ella apareció el arquitecto municipal. Era un señor de pelo cano y arrugas muy marcadas que atravesaban su cara generando grandes contrastes de oscuridad debido a las manchas de su piel y los prominentes huesos de su cráneo. Era elegante e iba bien vestido, aunque con tres décadas de retraso. Al llegar hasta la mujer, observó a Román, estático y observándolos con paciencia. El hombre devolvió la sonrisa y miró a la funcionaria sin entender muy bien lo que sucedía.

—¿Necesita usted algo? —preguntó con gran calma y seguridad.

—Sí, precisamente quería tener una reunión con usted.

—Usted es…

—Román Orcaray.

—Ah, sí, Orcaray —contestó caviloso el arquitecto—. ¿Cómo va la obra de la nueva gestoría?

—Bien. De hecho, acabo de dar entrada al proyecto para la licencia de apertura.

—Bien, ¿y en qué más le puedo…?

—Quería hablar con usted, si fuera posible, sobre Villa Hulla. La llaman así, ¿verdad?

Al arquitecto se le congeló la sonrisa mientras la funcionaria, sin girar la cabeza, miró a Román con un sutil movimiento de sus globos oculares.

—De acuerdo —dijo el arquitecto tras un contundente silencio—. Pasemos a mi despacho. Si le parece.

Román asintió y volvió a dedicarle una sonrisa a la mujer.

El despacho del arquitecto era angosto y oscuro, repleto de estanterías metálicas cargadas de archivadores A-Z que habían adquirido un color pardo y de los que parecía provenir el intenso olor a humedad.

El arquitecto se colocó tras su mesa y comprobó que en la silla de las visitas se amontonaban otra pila de archivadores. Levantó el teléfono y aguardó, mirando a Román con una forzada sonrisa.

—¿Puedes venir un momento, Amparo? —dijo de forma seca y tajante para, a continuación, colgar el auricular sin despedirse—. Y, ¿cómo está su familia? ¿Ya se han instalado?

—Están en ello.

Por la puerta apareció Amparo y, tras un diligente gesto del arquitecto, despejó la silla y, sin mediar palabra, se llevó con ella los archivadores.

—Siéntese, por favor.

Román acercó la vieja y destartalada silla con ruedas hasta el frontal de la mesa y ambos se sentaron a la vez.

—Villa Hulla, ¿eh? Una gran casa en la que va a vivir su familia. La única que queda del pueblo original.

—Así es.

—Tienen una enorme suerte y fortuna por poder vivir allí. Pues, dígame, ¿en qué le puedo ayudar?

—Es cierto que es una gran casa, pero parece que no ha tenido un buen mantenimiento y necesita de alguna que otra reforma: levantar baldosas, cambiar parte de la instalación de saneamiento, fontanería… En definitiva, adaptarla a las necesidades actuales. Mi hermano incluso se plantea sí se podría hacer una pequeña ampliación del trastero anexo para un garaje.

El arquitecto empezó a incomodarse en la silla y su sonrisa desapareció por completo.

—Me temo que no va a ser posible —dijo serio y tajante.

—Sería manteniendo la imagen de la casa y sin tocar la estructura…

—¿No me ha escuchado?

—¿Perdone?

—Acabo de decirle que es la única casa que queda del pueblo original. La única que no permanece hundida. Esa casa está catalogada por Patrimonio como bien cultural, y queda muy claro en las ordenanzas municipales, que, como buen profesional, se debería haber leído antes de esta reunión.

Román se quedó sin palabras tras la regañina.

—No pueden llevar a cabo ningún tipo de modificación. Ni reformas, ni ampliaciones, ni garajes… Deben dejar la casa como está.

—Entiendo que se podría si es una reforma menor para garantizar la habitabilidad. Enviando, por supuesto, un proyecto a Patrimonio para su revisión…

—¿No ha escuchado lo que le acabo de decir? No van a conseguir ningún permiso de Patrimonio. Y yo, por mi parte, tampoco lo voy a permitir.

Román percibió la amenaza y se incorporó hacia el arquitecto.

—Pero…

—Dígale a su hermano que se deje de jugar a las casitas y que respete esa villa dejándola tal y como está ahora —anunció una voz desde el umbral de la puerta del despacho.

Román se giró y vio a una mujer de unos sesenta años, pelo cano ahuecado y envuelta en un fular, que lo miraba amenazante. La reconoció por los desvencijados carteles electorales para la alcaldía del pueblo que aún aguantaban en las marquesinas de la avenida principal.

—El señor Félix Álvarez se lo ha dejado bien claro —prosiguió la alcaldesa—. Si tocan algo de esa casa, no dudaremos en ponerlo en conocimiento de Patrimonio y se la quitarán en menos que canta un gallo. ¿Que le quiere dar una manita de pintura? Perfecto. Pero el coche que lo deje debajo de un pino. Usted, mejor que nadie, debería hacérselo entender.

El arquitecto municipal abrió uno de los archivadores metálicos y sacó unos papeles grapados que puso sobre la mesa y los desplazó hacia Román

—Son las ordenanzas municipales. En el anexo tienen las que se refieren de forma específica a las edificaciones protegidas. Léaselas y, si le queda alguna duda, venga a consultarme. Además, aparecen las disposiciones sobre las construcciones sobre Colina Hueca.

—¿Qué disposiciones?

—Que no se pueden hacer ningún tipo de excavaciones en el terreno de la colina. Y la parcela de su familia está en esa colina. ¿Me ha entendido ahora, señor Orcaray? ¿O le hago un croquis?

—No hace falta, gracias.

—Me alegro. ¿Alguna otra consulta en la que le podamos ayudar?

—No. Gracias por su tiempo. A ambos —contestó Román, intentando esconder su indignación.

—Estaremos muy pendientes, señor Orcaray —amenazó la alcaldesa cuando Román pasó junto a ella—. Eduardo Alfaro puso mucho empeño en que esa casa se protegiera. Ese viejo loco la defendió con su vida y consiguió salirse con la suya, negándonos la posibilidad de que el resto del pueblo la disfrutáramos, convirtiéndola en el museo que nuestra historia, y nuestra desgracia, se merece.

Román salió del despacho y caminó hacia la salida del consistorio

intentando guardar la compostura. No era el momento de sacar su cólera y que perjudicara a su hermano y a la licencia de apertura del nuevo negocio. Se montó en su Nissan 370Z, aún tembloroso, y golpeó el volante con los puños para descargar su frustración. Percibió que los viandantes lo observaban silenciosos y desprendiendo esa animosidad condescendiente que los caracterizaba. La necesidad de huir de allí se hacía cada vez más necesaria para su salud mental. Desde que había iniciado la obra del local todos parecían mirarlo de aquella misma manera beligerante. Nunca le había afectado lo que los demás pensaran de él, pero la hostilidad ya era exasperante y olía a la ponzoña de los detritos del pantano. El mismo hedor que debían haber desprendido los muertos que emergieron de sus tumbas cuando la gran bolsa de agua inundó el camposanto e hizo flotar sus restos ante la mirada asustada de unos niños que ansiaban la llegada del verano para bañarse el río. Un río desbordado y que arrasó hasta con sus muertos. Esa imagen nunca se la sacaría de la cabeza.

11

Lucio permaneció en la entrada al mercado de abastos, junto al vendedor de cupones al que había vuelto a comprar su número habitual, mientras su esposa hacía la compra del día. Era la primera vez que salía de casa tras su enclaustramiento voluntario por la muerte de su nieta Alba. Su mujer ya no soportaba su continuo deambular por el pasillo y lo había obligado a acompañarla. Tenía que empezar a hacer vida normal antes de que la pena y la culpa se lo acabaran llevando.

Se encendió un purito y cerró los ojos al dar la primera calada. Quería centrar todos sus sentidos en aquel momento porque así conseguía que su mente se quedara en blanco y se olvidara por una milésima de segundo de Alba. Al exhalar el humo volvía a sentir una enorme culpa por no mantener su recuerdo a cada momento.

—Lucio, te veo más gordo. Eso es bueno —le dijo el cartero al pasar con su carro.

El hombre sonrió por cortesía, y porque ese era su rol. Se tocó la enorme barriga que apretaba su camisa de cuadros y dio otra calada al Reig, olvidándose varios segundos más de su nieta.

Alba había aparecido sin vida a orillas del pantano. El embalse la había devuelto, por fin, tras varios días de búsqueda. La niña de siete años lo había acompañado a hacer la ronda por Colina Hueca y revisar el pozo de ventilación. Él se encargaba de comprobar que las rejas estuviesen cerradas y las grutas bien selladas para evitar accidentes.

La segunda explosión de la mina en el 2002 había zanjado, de forma definitiva, toda la actividad explotadora. La empresa prejubiló a quienes superaban los cincuenta años y Lucio, el viejo guarda, no iba a ser menos. El hombre se ofreció para trabajos de mantenimiento, o para revisar los sistemas de ventilación de forma periódica y evitar la acumulación de gases. Tras mucho rogar, llegó a un acuerdo con el Ayuntamiento y le ofrecieron un trabajo a media jornada para mantenerlo ocupado. Todos sabían que no había superado el trauma del 1984, y aún menos cuando el veredicto determinó que él había sido uno de los responsables directos de la tragedia en el Pozo de la Espiga.

Los paseos por la colina le servían de distracción y lo ayudaban a bajar la barriga. Las dos grandes explosiones abrieron nuevas grietas en la colina que él mismo se encargaba de localizar y cerrar por mandato de la alcaldesa. Todas menos las que quedaban dentro de la finca de Eduardo Alfaro, su antiguo compañero y, en otros tiempos, amigo. Aquel al que todos dieron por muerto y apareció de la nada sin

dar explicación alguna y con la cabeza perdida. Nunca más volvió a mencionar la mina o lo que había sucedido allí abajo.

Pero la mina seguía tomándose sus víctimas. Nada parecía saciar su sed.

Ocurrió un fin de semana en el que la pequeña Alba se quedó a dormir con ellos y se empeñó en acompañar a su abuelo a hacer la ronda. Lucio revisaba la colina a diario, incluidos los festivos y los días de guardar. El trayecto era tan seguro como atarse los cordones de los zapatos. Pero hay veces, y él lo sabía bien, en que lo improbable se antepone a lo que uno tiene previsto.

«¿A quién podría ocurrírsele llevar a una niña pequeña por esos caminos?

Pues al guarda. A quién si no. Desde la primera explosión se quedó medio tocado de la cabeza. Ya sabéis…».

Miró a su alrededor, pero no había nadie cerca. Dio otra calada y Alba volvió a desaparecer de su cabeza. Pero su recuerdo ya había dejado un reguero de lágrimas que antes solo permitía escapar en la intimidad de su casa.

Se impacientó. Miró su reloj de cuerda y carraspeó para deshacerse el nudo de la garganta. Comenzó a dar vueltas alrededor del edificio del mercado mientras esperaba a que su mujer terminase. Se encendió otro purito y dio una calada que alargó lo más que le permitieron sus pulmones. Al abrir los ojos, observó el local de la acera de enfrente, envuelto en andamios y del que procedía un molesto retumbar que alteraba la calma de la vía. Unos operarios atornillaban un enorme rótulo sobre el escaparate acristalado en el que se podía leer «GESTORÍA ORCARAY».

Ver aquel apellido le pellizcó en las entrañas.

Cruzó la calle sin mirar a los lados y se acercó al escaparate. El sol daba de lleno y el reflejo no lo dejó apreciar lo que había dentro. Caminó hasta la entrada y le abrió la puerta al yesero, que se acercaba porteando varias placas de escayola que cargaba desde su camioneta. Lucio entró en el local tras él y vio a Nicolás, que hablaba por teléfono dentro de un cubículo acristalado y vacío. Lo observó un rato sin que nadie se extrañase por su presencia.

Nicolás finalizó la llamada y apuntó algo en la agenda. Salió del despacho y reparó en Lucio. Miró a su alrededor para comprobar si podía relacionarlo con la cuadrilla, pero nadie parecía atenderle. Aquel hombre lo miraba de una manera que le resultó poco natural.

—¿Quería usted algo?

Lucio reaccionó.

De repente, ambos se vieron alertados por el golpeteo de unos nudillos contra el cristal de la entrada. Una señora, con cierto rictus de enojo, ordenaba a Lucio, mediante un gesto, que saliera de allí.

El anciano miró de nuevo a Nicolás y le ofreció una sonrisa forzada y cortés, aunque colmada de un pánico que había paralizado la expresión de su rostro. Salió del local y agarró las bolsas de la compra que aguardaban en la entrada.

Lucio caminó avenida arriba, hacia el resguardo de su casa. Necesitaba volver a aspirar el humo del purito. El recuerdo de Alba lo acompañó durante todo el trayecto.

12

Se había levantado con la intención de comenzar a organizar la casa antes de volver a Madrid, pero a media mañana solo había conseguido mover un par de cajas y deambular de una habitación a otra sin el menor empeño en resultar productiva. Bárbara se sentó en el porche trasero en busca de un poco de aire. Todo le resultaba irreal y ajeno desde la recogida de los restos de su padre.

Fantaseó con la idea de volver a su piso de Madrid y no tener que regresar. Con que podrían solventar sus deudas y que serían capaces de recuperar sus vidas. Había llegado a sentirse cómoda con su trabajo en la gestoría de Nicolás, entre borradores de la declaración de la renta, ibis y pólizas de seguros. No era lo que tenía en mente cuando se licenció en Matemáticas, pero le permitía moverse entre números. Se sintió patética por su conformismo. Nunca había tenido una vocación clara, pero había conseguido rellenar el vacío adaptándose a las necesidades. Su verdadera pasión siempre habían sido la estadística y el análisis de datos. Con su preparación, y con el auge de la demanda de profesionales de ese sector en todas las empresas, no tendría problema para encontrar trabajo a pesar de su inexperiencia. Era consciente de sus limitaciones y la atadura que le suponía su falta de confianza, pero era cuestión de proponérselo.

Puso a los chicos manos a la obra para que organizasen el contenido de sus cajas y colocasen la ropa en los armarios empotrados. Cada uno contaba con un cuarto propio y eso había servido como aliciente para convencerlos de la obligatoriedad de aquel cambio.

Sacó fuerzas y se puso de nuevo en pie. Se dirigió al antiguo despacho de su padre dispuesta a despejar el suelo de las cajas de minerales y aceptar el imperativo de convertir aquel lugar en un hogar habitable. Miró por la ventana y observó la carbonera envuelta entre las ramas de los zarzales, donde su padre solía guardar el carbón y la leña para el invierno.

Aún le extrañaba que su padre hubiese manifestado su voluntad ante notario indicando que su hija mayor debía gestionar la casa como una empresa, con su mantenimiento especial, su organización, normas e infinidad de reglas que abarcaban; no solo la casa en sí, sino toda la finca sobre Colina Hueca. Voluntad que llegaba en el peor momento de su vida y que tenía que acatar sin remedio. Si esa casa era como una empresa, Bárbara la consideraba en quiebra y debía deshacerse de ella cuanto antes.

Pero las cláusulas de la herencia eran muy específicas: la vivienda

no podía venderse ni dividirse bajo ningún concepto. Un anexo kilométrico en el testamento pormenorizaba todas y cada una de las consecuencias si se producía alguna de las situaciones en él descritas, con cláusulas sobre los diferentes escenarios en los que la casa podría ser requerida para el interés general del pueblo, tomando como referencia las ordenanzas municipales y el anexo específico sobre la finca y la colina. Lo que quedaba claro en el documento era que Bárbara sería la dueña de la casa y la responsable de su explotación, mantenimiento y protección, con un manual de funcionamiento que debía tener preparado y estudiado para su cumplimiento.

Bárbara pensó que buscaría la forma, o resquicio legal, para venderla y huir de allí. Aunque tuviese que pagar la multa de su renuncia. No le importaba nada.

Cargó con una de las cajas llena de minerales y salió de la casa en dirección a la puerta de la vieja carbonera. Se agachó para colocarla a sus pies y le dio un pequeño tirón en las lumbares que se fue intensificando a medida que se erguía.

—Venga ya… —susurró, apoyando el brazo sobre la puerta y con una mueca de dolor.

Observó el candado atorado en las aldabas de la cerradura. Tiró sin éxito, mientras resolvía que a la puerta de madera le hacía falta una mano de pintura. Aquel pensamiento la enfureció aún más, porque sintió que la palabrería de Nicolás empezaba a hacer efecto en su subconsciente. Ya conocía los trucos de embaucador de su marido y no cedería ante ellos. Dio una patada a la puerta, lo que agudizó su dolor pero desvió sus pensamientos. Aprovechó la coyuntura para llamar a su hijo mayor con un grito gutural que resonó en toda la colina, pero no obtuvo respuesta. Se estiró sobre la puerta y lanzó un quejido cuando volvió el pinzamiento lumbar.

Eloy apareció por la ventana de su cuarto y al ver la mueca de dolor de su madre corrió en su auxilio.

—Vas a tener que ayudarme con las cajas —le indicó Bárbara cuando la ayudó a incorporarse.

—A ver, ¿en qué quedamos? ¿Estudio o te ayudo con la mudanza? —preguntó Eloy, sacándole una sonrisa a su madre.

—De momento, vas a traer todas las cajas con pedruscos hasta aquí. Y mientras tanto, yo iré a buscar la llave.

—De eso nada, tienes que tumbarte y tomarte algo, mamá.

Cuando Eloy terminó de cargar con las cajas y volvió a su cuarto para seguir estudiando, Bárbara aprovechó para levantarse y echar un vistazo por los cajones de la casa. Buscó detrás de cada puerta, bajo cada maceta y ladrillo. Encontró llaves colgadas de alcayatas, en cajas de herramientas, en botes de pintura…, pero ninguna que abriera aquella puerta.

Se quedó de pie, rígida como una tabla y sudando, apoyada en la pared junto a la carbonera con tanta fuerza que parecía sujetarla.

—Eres una cabezota. —Eloy apareció tras ella.

—¿No tienes curiosidad? —Bárbara desvió así la atención mientras mantenía el manojo de llaves en la mano

—¿De qué? —Su hijo intentó manejarse el flequillo, que se había quedado pegado a su frente sudorosa.

—De saber lo que hay en las cajas, o aquí dentro. De dar una vuelta por el pueblo o de ir al pantano. Por saber de mi padre.

Eloy elevó los hombros y desvió la mirada, arrugando la nariz.

Bárbara dudo si aquella pregunta no iba dirigida a sí misma.

Sonó un claxon.

De la camioneta salió Nicolás dando un portazo. Román hizo lo propio por el lado del copiloto, pero con más calma. Ambos entraron en la casa con lo que parecía una acalorada discusión.

—Te juro que es que no lo entiendo —manifestó Nicolás, enardecido—. No me pienso quedar de brazos cruzados. ¡Es que no se trata de tirar la maldita casa! Al final no tenías que haber dicho nada.

—Nico, fuiste tú quien…

—¡Ya lo sé! Ya lo sé —respondió tratando de calmarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Bárbara al entrar en la cocina, intrigada por el tono de la conversación.

Ambos la observaron y se miraron sin decir nada.

—¿Me podéis decir qué ocurre? —preguntó mientras se sentaba en una silla para aliviar su molestia.

—Nada. Que no podéis hacer reformas en la casa —contestó Román.

—Es que no pensábamos hacerlas —indicó Bárbara sin darle más importancia.

—No se trata de eso —Nicolás hizo un esfuerzo para contenerse y no golpear la encimera—. No entiendo por qué son tan restrictivos con una simple reforma. Es una casa de cuarenta años. ¡No se trata del jodido Escorial!

—Porque está protegida. Tiene valor histórico y así está catalogada —replicó Román, intentando poner algo de cordura.

—¡Venga ya! —Nicolás miraba a sus hijos, que escuchaban atentos desde el umbral de la puerta—. Y atención a esto, chicos, que no se os ocurra hacer un agujero en la tierra, que os pueden meter en la cárcel.

—Nicolás, tranquilízate, por favor. Yo no lo veo tan grave ni para ponerse así. —Bárbara aprovechó lo favorable que le resultaba la legislación.

—A ver. —Nicolás se sentía juzgado e intentó no perder el control —. No es por lo grave. Es una cuestión de propiedad. ¿Vamos a dejar

que la casa se caiga? ¿No podremos hacer nunca una reforma? ¿Mañana se cae el techo y no podemos repararlo? Todo el mundo lo hace. ¡Y sin permisos! —Se volvió hacia su hermano—. ¿Acaso somos nosotros más tontos que nadie?

—Yo no me arriesgaría —declaró Román.

—Pintaremos un poco y le daremos un lavado de cara. Eso es lo que hace todo el mundo. No necesita más.

—Nadie se tiene que enterar, Bárbara —insistió Nicolás.

—Podrían multaros, o incluso podríais perder la casa si se ponen duros. Os aseguro que es lo que intenta esta gente y no les temblará la mano para quitárosla en cuanto tengan la mínima oportunidad. Vosotros no habéis estado en esa reunión y no habéis visto sus caras mientras me amenazaban.

Nicolás se llevó las manos a la cabeza y deambuló por la cocina con la mirada perdida.

—Nadie va a hacer ninguna obra, ¿entendido? —indicó Bárbara, contundente.

—¡Vale! De acuerdo. Dejaremos las obras, pero… ¿y lo otro? —Nicolás se acercó a Román.

—¿Qué es lo otro? —preguntó Bárbara con expectación y cierto temor.

Román entró en el pasillo, planos en mano, y tocó con los nudillos el paramento donde se suponía que estaba el hueco cegado entre los dormitorios. La pared se hallaba cubierta de un papel ocre, agrietado y levantado por las juntas, que confería un aspecto vetusto y sucio al distribuidor.

—Según las mediciones, y comparándolas con los planos antiguos de la casa —Román dio un poco de intriga a su discurso, alentado por la cara de su hermano—, justo detrás de esta pared hay una estancia a la que no se accede por ninguna otra parte. Es un hueco oculto entre estas dos habitaciones.

Bárbara se acercó a la pared e intentó recordar la distribución de cuando era niña, pero no observó nada diferente a lo que su memoria le devolvía.

—Deben ser los armarios empotrados de los dos dormitorios —dijo ella

—No, es bastante más ancho —apuntó Nicolás, sin dejar de contemplar la pared.

Román entró en una de las habitaciones, abrió el armario y, desde el umbral, extendió el brazo.

—Veis. Desde aquí puedo tocar el fondo. Y en la otra es igual.

Bárbara sintió una ansiedad creciente en el cuerpo. El dolor lumbar volvió a darle un latigazo y se apoyó en la puerta del baño para

respirar.

—Bárbara —Nicolás se acercó a ella—, ¿tú no recuerdas que hubiese algo ahí detrás?

—No —respondió segura—. Ahí no hay nada.

Román sacó la cinta métrica que llevaba enganchada al cinturón y midió el ancho de la pared del distribuidor. La tocó de nuevo en varios puntos y levantó un poco el papel pintado.

—No parece que haya una entrada sellada —indicó Román.

—Algo tiene que haber. —Nicolás pasó la mano sobre el paramento —. Todo está forrado con papel, ¿verdad? Podríamos levantarlo.

—¿Cómo que podríamos levantarlo? —preguntó Bárbara tras salir de un letargo alimentado por los analgésicos.

—Está envejecido y sucio. Además, está despegado por varios sitios. Podemos quitarlo y poner otro nuevo. No es una obra, es cambiar el papel.

—No vamos a arrancarlo, Nico.

—Así vemos si hay alguna entrada —dijo Eloy, animado por el descubrimiento.

—¿Y si hay un tesoro? —exclamó Jonás.

—¿Os ha entrado una locura exploradora colectiva? Ahí detrás no hay nada. Vais a arrancar el papel para nada, porque no hay nada detrás. Román, explícaselo. Pon un poco de cordura, por favor.

Roman evitó el contacto visual con ella.

—Las medidas no mienten, Bárbara. Tiene que haber algo.

—Pondremos papel nuevo en toda la casa, o pintaremos. Lo que tú quieras—dijo Nicolás en un tono más conciliador.

—¿Lo que yo quiera? ¿En serio?

Sus hijos comenzaron a tirar de varios jirones de papel que empezaban a despegarse por las juntas.

—Se quita muy fácil —indicó Eloy mientras arrancaba un tira casi completa.

Detrás del papel apareció un enyesado arenoso, mezclado con un pegamento reseco. Jonás hizo lo propio por la otra esquina.

Bárbara observó sobrecogida a sus hijos y, consciente de que tenía la batalla perdida, salió del distribuidor sin decir una sola palabra más. Necesitaba evadirse y dejar de escuchar los jirones de papel roto que se desprendían de aquella pared que, sin duda, ocultaba un pasado que su padre se había empeñado en ocultar y que ella no estaba dispuesta a descubrir. No lo recordaba, pero se guiaba por su intuición y tenía la certeza de que no estaba dispuesta a que la culpa volviese a ser seña de su identidad.

Reposó sobre el viejo sillón orejero de su padre y observó el despacho, ya sin cajas de por medio. Detuvo la mirada en la que reposaba en un rincón tras la puerta. Sacó el viejo tocadiscos y lo

colocó en el aparador. Desenrolló el cable y buscó dónde enchufarlo a la corriente. El botón de encendido reaccionó al segundo intento y el piloto rojo se mantuvo encendido. Bárbara abrió la carcasa y pasó la mano sobre el plato. Levantó la aguja y comprobó que parecía operativa. Buscó en el fondo de la caja y sacó los viejos discos de su padre. Los apiló en el suelo y los revisó. El sonido de los jirones de papel continuaba desgarrándole el córtex cerebral. Se quedó pensando, dubitativa. Se palpó el bolsillo delantero del vaquero. Allí no había nada. Visualizó la bolsita negra de terciopelo. «¿Dónde está el neceser?», pensó mientras observaba las bombillas de la lámpara de araña metálica. Miró de nuevo la pila de discos y caminó hasta el interruptor situado al lado de la puerta y lo presionó.

—Una, dos, tres cuatro.

Bárbara contó las bombillas que no estaban fundidas y volvió a la pila de los vinilos.

«Un, dos, tres, cuatro…».

Agarró un LP con una fotografía de dos manos abiertas y colocó el vinilo bajo la aguja. La voz de Víctor Jara inundó la estancia tras la melodía de una flauta dulce y los acordes de una guitarra. Bárbara se tumbó en el sillón de cuero desgastado y miró las bombillas. Se alegró de que dos estuvieran fundidas y no tener que escuchar al pesado de Sinatra o a la inquietante Coral Popular de Jabalón.

A través de la ventana, observó a Jonás, que portaba una carretilla llena de jirones de papel. Cerró lo ojos y se dejó llevar por la penetrante voz y la hipnótica melodía. Se detuvo en el placentero pensamiento de que al día siguiente estaría lejos de allí. Volvería a su casa de la ciudad para cerrar una semana llena de gestiones burocráticas, de estudio, de exámenes; de preparación del verano, de despedidas de amigos y vecinos; de llevar la cara alta y ocultar desazón, resentimiento y frustración. Una semana de aceptación de los cambios; de dejar atrás miedos y odios y de comenzar a tolerar las futuras decisiones. De abrazar un nuevo comienzo, aunque este acabase con ella.

A Jonás le pareció distinguir a alguien detrás de la cancela, observando, y que, al verlo acercarse, se alejó vereda abajo oculto por una sudadera con capucha. El visitante se giró antes de perderse entre los pinares y Jonás le vio la cara: un rostro que parecía deformado bajo los agujeros de sol que se colaban entre los pinos. Se quedó paralizado y soltó la carretilla, dejando caer su contenido sobre la gravilla. Corrió hasta la casa y cerró un portazo.

—¿Ya lo has tirado todo al contenedor? —preguntó Eloy incrédulo mientras, subido a una silla, arrancaba los trozos que quedaban adheridos a la moldura decorativa de escayola que unía el techo con

la pared.

Jonás asintió, intentando ocultar su nerviosismo con el gesto inconsciente de tirarse de la piel del codo.

Por su parte, Nicolás inspeccionó cada milímetro de la pared desnuda. Pasó su palma sobre la superficie enyesada para poder sentir cualquier pequeña perturbación que le diera una pista de lo que debería ser un hueco cegado. Arrancar el papel había resultado relativamente sencillo, pero rascar el paramento sería mucho más complicado de ejecutar y de explicar a Bárbara.

Román miró a su hermano con escepticismo mientras palmeaba para desprenderse de los pequeños trozos de papel pintado adheridos a sus manos, mezclados con el polvo del cemento.

Ambos compartieron una mirada cómplice que anunciaba, de forma inevitable y decepcionante, el fin de la exploración.

13

No sabía qué hora era, pero había visto pasar cada minuto de la madrugada. Comprobó su reloj y se levantó de la cama intentando no hacer ruido. Aún tenía la costumbre de ser sigiloso para no despertar a Bárbara, aunque hiciera meses que no compartían cama. Caminó descalzo sobre las baldosas que parecían haber recogido todo el frío de la noche. No le importó la gelidez bajo su piel. Llegó hasta el desnudo distribuidor, cuya mezcla de olores a adhesivo seco y humedad parecía haberse intensificado tras despegar el papel pintado de las paredes. Se acercó al frontal del pasillo y tocó la pared enyesada, que ahora mostraba un aspecto envejecido y abandonado por las numerosas resquebrajaduras de su paramento. Nicolás había revisado el interior de los armarios de las habitaciones de sus hijos sin encontrar ni una junta, ni un resquicio, que le sirviera de indicio para suponer que allí, alguna vez, hubo una entrada o un hueco que permitiera el acceso a ese espacio perdido. Ahora, de madrugada, seguía sin quitarse ese pensamiento de la cabeza, e incluso se planteó si no le estaba dando demasiada importancia a aquella anomalía.

—¿Qué es lo que quieres encontrar? —le había preguntado Bárbara antes de irse a dormir, desde el umbral de la puerta del dormitorio al que no se atrevía a pasar por temor a que él interpretase que existía un atisbo de reconciliación, o un momento de debilidad que los llevara a entregarse al otro como en los buenos tiempos.

En la soledad del pasillo, a oscuras, ya no tenía que engañar a nadie. Había encontrado la calma de contar con un refugio para su familia, pero a la vez estaba emocionado por vivir en la casa que desde niño lo había fascinado. Disfrutó de un nuevo insomnio que le mantenía la mente ocupada, visualizando las posibles mejoras de la casa, y lo prefirió a aquel otro que lo ahogaba por las deudas, que le llenaba las horas de sueño de números rojos y liquidaciones; prestamistas que esquivar y terapias a las que acudir. A las deudas se las llevó de su mente el dinero de la venta de sus bienes, pero lo que escondía esa casa, de la que tanto había escuchado hablar a su padre, solo se lo quitaría de la mente encontrar una puerta en la pared desnuda y descascarillada, matando así su desmedida curiosidad, que lo hacía regresar a su infancia.

Se giró para volver a la cama. Las puertas del resto de las habitaciones se hallaban abiertas para dejar pasar la corriente fresca de la noche. Miró hacia la cama de Bárbara y pensó si no era mejor darse por vencido para que su tozudez no acabase con lo suyo para siempre. Ahora dependían el uno de la otra, pero no siempre sería así,

y ese día, estaba seguro, todo acabaría.

En su trayecto por el distribuidor, tropezó con una de las baldosas sueltas del pasillo. Se llevó el puño a la boca mientras levantaba el pie para, con la otra mano, apretar en el foco de dolor para paliar su efecto y no gritar. Guardó equilibrio unos instantes, como si fuese una garza, y fue recuperando la posición bípeda a medida que desaparecía la palpitación en el dedo. Observó el piso y movió la baldosa suelta con los dedos del otro pie. Esta bailó, igual que la que tenía al lado, emitiendo un sonido hueco que detuvo para no despertar a nadie.

Nicolás se agachó y examinó de cerca la baldosa que formaba parte de un conjunto geométrico. Tiró de ella con los dedos y se sorprendió de lo fácil que le resultó levantarla. Observó el hueco y con el dedo índice movió la pieza adyacente. Esta también se desprendió con facilidad del firme, cuyo cemento presentaba un aspecto arenoso y poco compacto. El resto de las piezas aledañas salieron con la misma facilidad. Nicolás las colocó una encima de otra con cuidado. Abrió un hueco lo suficientemente amplio como para que su mano pudiese frotar el firme que había quedado al descubierto. Bajo el cemento pulverizado, distinguió una vieja estructura de madera sobre la que se apoyaba la solería y que parecía continuar bajo el tabique desnudo de la estancia que Román había descubierto. Un mínimo golpe de nudillos sobre la viga le devolvió un sonido hueco y el rumor de la arena cayendo entre las juntas.

Nicolás escudriñó de rodillas el tabique y colocó de nuevo todas las piezas. Caminó con sigilo hasta su cama e intentó dormir, pero no lo consiguió. Fue consciente de que despertaba en él una nueva obsesión.

Nicolás no visitó la obra de la gestoría durante la semana en la que el resto de la familia se hallaba en la capital. Había delegado en Román para que dirigiera los últimos retoques antes de la visita del perito municipal, encargado de dar el visto bueno y firmar la licencia de apertura.

Apenas bajaba al pueblo y se centró en la casa. El primer día se raspó la superficie rugosa de las paredes desnudas y las reparó con masilla blanca. Se convenció de que, cuando volviera su familia, aquel pasillo reformado y recién pintado ayudaría a calmar los ánimos, y se ganaría de nuevo la confianza de Bárbara. La expectativa de ser capaz de arreglar todo lo que había destrozado en el pasado y que había puesto en riesgo la estabilidad de su familia, tanto económica como emocional, le ofrecía el equilibrio que necesitaba en ese momento. Pero aquel espacio cegado lo perturbaba y le quitaba el sueño, y dentro de él la lucha interna crecía y se decantaba hacia un lado diferente cada vez.

En su última visita a la obra, un día después de quedarse solo en la

casa, Nicolás se aprovisionó con herramientas y los tablones sobrantes de los encofrados, así como de un gran trozo de fieltro gris que utilizaría como manta para cubrir y proteger el suelo en el proceso de decapado, reparación y posterior pintado de las paredes del pasillo. Siempre se había considerado mañoso, pero el tiempo (y cierto poder adquisitivo) lo había vuelto cómodo. Tras varios días, la negación lo llevó al autoengaño y ocultó bajo la manta de fieltro gris su verdadero propósito. Nicolás no pudo evitar, por más que lo intentó, dejarse llevar por aquel impulso que conocía tan bien y que se había apoderado sin remedio de su voluntad y sus noches en vela.

Durante las madrugadas, comenzó a levantar, una a una, las piezas de la solería adosadas al tabique. Las desprendió de la argamasa seca con la paciencia del Santo Job. Al final de la jornada las recolocaba y las cubría con el cobertor salpicado de pintura blanca, que ocultaba su ultraje ante la amenaza de visitas inesperadas. Una vez las piezas estuvieron desprendidas del mortero, Nicolás comprobó que bajo ellas se distinguía una losa de hormigón en los extremos, flanqueada por unas vigas de madera que se perdían bajo la pared del fondo del pasillo. Por la forma y colocación de las vigas, dedujo que se camuflaba un espacio inferior: un sótano o una bodega que, en determinado momento, decidió sellarse.

«En esa casa se oculta algo. Algo que Eduardo descubrió y que lo llevó a perder la cabeza. Que le hizo ver cosas que nadie más veía y a las que protegió con su vida. Una realidad a la que nadie tenía acceso. Ni siquiera su hija».

Nicolás recordó las palabras que su padre solía compartir con los miembros de su grupo de aficionados a la investigación y el ocultismo, y que le evocaban a aquel tiempo en el que, tras la muerte de su madre, nada parecía complacerlo.

Muchas historias se habían contado siempre sobre Villa Hulla y de cómo Eduardo Alfaro había logrado huir de su presunto trágico destino. Nicolás las había escuchado durante su niñez de voz de la gente del pueblo. Su padre dilucidaba sobre la importancia del enclave sobre el que se situaban la mina de carbón y Colina Hueca. Recordaba las horas que Jaime dedicaba a leer mapas en los que situaba los supuestos lugares de poder de la geografía del país. Los unía con un tiralíneas y buscaba guías que dieran sentido a su ubicación y que dejaran de manifiesto que esos lugares formaban parte de un todo.

Triviana se encontraba en el centro de varias de esas guías, llamadas por los expertos «Líneas Ley», y que se habían estudiado desde tiempos inmemoriales. Las Líneas Ley no eran más que la unión cartográfica de los considerados lugares de poder: estructuras arquitectónicas de la antigüedad o lugares de culto que, desde tiempos remotos, habían mostrado algún tipo de excepcionalidad. El hecho de

que aquel enclave, en el que se situaba su pueblo, fuese cruzado por tres de esas líneas había dado pábulo a todo tipo de teorías que intentaban dar explicación a las tragedias acontecidas en las últimas décadas.

Él nunca se había atrevido a preguntarle a Bárbara sobre las historias, y cada vez que sacaba algún tema que pudiera llevarlo a descubrir algo de lo que allí había ocurrido tras la primera gran explosión, ella le dedicaba su cara de escepticismo y las amnésicas frases que usaba para no hablar del pasado. A fin de cuentas, no había vuelto a convivir con su padre tras la tragedia.

Llevado por una voluntad incontrolable, agarró el cincel e hizo palanca en una de las vigas, que se elevó haciendo crujir la estructura interna y que dejó al descubierto una gran oscuridad, solo nublada por los restos del polvo de mortero que se colaba por las hendiduras de las vetas de la madera astillada. Agarró la linterna de su teléfono móvil e intentó vislumbrar la naturaleza de la nueva estancia por el hueco abierto en el solado. Una vez el polvo en suspensión se asentó lo suficiente, Nicolás no pudo apreciar más que una estancia oscura, cegada en sus cuatro costados y que desprendía olor a humedad y roca fresca mezclados con una química que no supo identificar. Continuó haciendo palanca y la viga de madera, que conectaba el pasillo con la nueva estancia, cedió varios centímetros hasta que levantó parte del tabique desnudo. La viga continuaba bajo el cerramiento y a Nicolás no le quedó duda de que el muro se había levantado a posteriori y sobre la solería existente.

Cincel y martillo en mano, picó el tabique, con la misma paciencia que había mostrado los últimos días, para abrir un hueco lo bastante grande como para introducirse sin dificultad. Sus pensamientos no dejaban de volar, apartándolo de la realidad. Sabía que lo que no había conseguido separar la mala gestión de su empresa y las deudas de juego, lo podría conseguir aquel hueco. Pero el impulso era superior a su voluntad. Escuchó al niño de su interior y al que no le producía ansiedad el no tener nada y empezar de cero. Escuchó al chaval que admiraba las historias de su padre y del que se sentía distante porque se creía un fracasado. Nicolás ansiaba volver a sentirse vivo, viajar y tener derecho al olvido por sus faltas y delitos. Admiraba esa capacidad de su padre de no sentirse culpable ante nada ni nadie y para haberse labrado un nombre sin ataduras ni remordimiento.

Picó con más fuerza, hasta que el sudor empapó sus ojos y empaño sus gafas; hasta que los músculos de sus hombros y brazos hicieron consciente a aquel crío de su verdadera edad. Le pareció escuchar los ladridos de un perro a lo lejos y paró unos segundos, que aprovechó para secar el sudor de su frente. El silencio volvió y él continuó. En

uno de esos golpes certeros, el cincel quedó varado en el ladrillo y algo se desprendió al otro lado. Giró el escoplo para ensanchar el orificio y, al sacarlo de su encalladura, una leve brisa fresca alivió su calor y lo embriagó de expectativas. Ya había caído la noche, pero la jornada no había hecho más que empezar.

Lignito

14

—Esta calle parece de mentira —comentó Jonás.

Caminaba junto a su madre bajo los soportales de la calle principal, una avenida dedicada a los mineros fallecidos en la explosión de grisú de 1984 y que culminaba en una glorieta con una escultura monolítica en forma de prisma de tres caras. La escultura de acero corten era una réplica de un hito de piedra que databa del siglo XIII y que, ubicado en el acceso al viejo pueblo, señalizaba los tres caminos que confluían en Triviana. Aquella baliza, ahora hundida bajo las aguas del pantano, era a su vez copia de su antecesora romana, que había servido a los mercaderes y comerciantes para conocer las distancias a los poblados colindantes. Lo que quedaba del hito romano se había trasladado al museo etnográfico de Jálivas, tras ser custodiado por el párroco, pero el prisma medieval nunca se consiguió rescatar del fondo del pantano tras la inundación. La réplica de la glorieta era una versión modernizada y pretendía situar al nuevo pueblo en el mapa. Ya no quedaba rastro de los tres caminos originales, ni de las rutas comerciales que habían hecho prosperar a Triviana. Ahora, el nuevo municipio, no era más que fondo de saco condenado a desaparecer.

Bárbara y los chicos habían regresado esa misma mañana, temprano, con los últimos enseres que quedaban de su vida anterior. Los habían dejado almacenados en el recibidor. Poco a poco, encontrarían su espacio (como ellos mismos) en aquella casa que ahora los acogía, ya sin remedio ni vuelta atrás.

Había aprovechado los últimos días en la ciudad para ultimar las bajas de la fibra, la luz y el agua; preparar los impresos para solicitar el traslado de colegio de Jonás y, sobre todo, para reunirse con los abogados y buscar un resquicio legal que revocara la voluntad de su padre y poder, en un futuro próximo, vender la casa y comenzar una nueva vida lejos de aquel pueblo.

Aún le llamaba la atención la imagen impostada que ofrecía el nuevo pueblo con sus calles rectas y los edificios construidos con los mismos materiales, mismo estilo y ornamentos. Le seguían produciendo la misma grima que cuando iba de visita con su tía. Se habían cumplido casi cuarenta años desde que el pueblo se comenzara a reconstruir, pero no había conseguido desarrollar su propia alma, quizá aún sumergida bajo la desgracia.

—El pueblo viejo era más bonito. Este lo tuvieron que hacer muy rápido.

Bárbara se excusó sin dar más explicaciones de la nefasta gestión. Se perdió en el vago recuerdo que conservaba de la antigua calle que

subía desde el colegio hasta la plaza de la iglesia en la que se situaba el quiosco de Angustias, donde cada domingo sus padres le compraban chucherías y recortables.

—¿Y no podían arreglar la presa? Vosotros tuvisteis suerte, porque vivíais arriba, en la colina, ¿no?

El pecho de Bárbara se estremeció ante el recuerdo del pánico colectivo de un pueblo que no tenía un lugar al que huir. Su mente volvió a aquel día resguardado en su memoria: el traumático recuerdo de la vibración bajo sus pies y el rugir que provenía de las entrañas de la tierra.

—Sí —contestó Bárbara en estado letárgico—, pero no pudimos seguir viviendo allí porque la explosión provocó muchos daños y el abuelo tuvo que arreglar la casa.

—¿Ah, sí? ¿Y a dónde fuisteis mientras tanto?

—Yo me fui con mi tía Sabela, la hermana del abuelo, que vivía en un pueblo cerca de aquí. Algún día iremos de visita.

—¿Nos vamos a casa ya? —Jonás la devolvió al presente.

—Me quedan por comprar algunas verduras para hacer hoy una menestra.

—Si no vas, tampoco pasa nada.

—Ya, ya. Anda, ve a buscar a Eloy y luego nos vamos.

Bárbara observó cómo Jonás cruzaba calle arriba, hacia la gestoría, que aún mantenía el andamiaje en la fachada. El niño entró en el local y Bárbara se fijó en un hombre que se había detenido frente al escaparate y que, desde el soportal, miraba el interior con curiosidad. Sostenía uno de esos puritos que también solía fumar su padre y cuyo olor le resultaba nauseabundo. No entendía cómo después de estar todo el día en la mina le quedaban ganas de seguir respirando el humo de aquel tabaco.

El hombre se giró y la miró. Parecía murmurar algo, aunque se encontraba solo. Bárbara lo reconoció. Había cambiado mucho, pero habían coincidido alguna que otra vez, a pesar de que su padre y él habían dejado de hablarse muchos años atrás.

Bárbara rompió la tensión y entró en el mercado de abastos. El sonido de sus pasos pareció reverberar en aquella nave amplia, alrededor de la cual se ordenaban los diferentes locales comerciales. Los comerciantes y clientes la observaron silenciosos a su paso. Ella sonrió y saludó con un leve movimiento de cabeza. El cortés saludo pareció ser la señal para que todos volviesen a centrarse en sus compras o murmuraciones. A Bárbara nunca la había incomodado sentirse observada. Estaba acostumbrada a ello desde adolescente. Había aprendido a vivir siendo juzgada y a crearse un caparazón que proyectase seguridad y escondiese su frustración. Hacía tiempo que no sentía esa impresión, y se dio cuenta de que, de alguna forma,

disfrutaba con ella. Sobre todo cuando, incluso algunas de las que habían sido sus amigas en el instituto, le volvían la cara a su paso. La vida le había puesto ya los suficientes escollos como para que le importase el desdén de unas personas que siempre habían mostrado una gran indolencia hacia su familia.

Llegó a la frutería y se situó al lado de una mujer menuda vestida de negro. Al principio no la reconoció, pero luego le pareció que se trataba de la que había cuidado a su padre, aunque no estaba segura. Saludó sonriente a la frutera, que ignoró su presencia y siguió atendiendo a un hombre, en el otro extremo, que elegía cuidadosamente un melón.

La mujer se giró hacia ella y sonrió al reconocerla.

—Hola. ¡Buenos días! —la saludó la cuidadora con ánimo.

Bárbara asintió afable, pero le mostró una sonrisa que pretendía hacerla entender que no le apetecía conversar. Aun así, la otra parecía interesada en entablar conversación, como aquel día en la cancela de la finca.

—Señora Bárbara —dijo con una cortesía demasiado impostada.

—Por favor, no me llames señora…

—Lo siento, Bárbara. —El exceso de confianza le resultó incluso más incómodo—. ¿Qué tal en la casa? —Bárbara volvió a asentir y a sonreír sin responder—. Precisamente hoy he estado hablando de usted… bueno, de ti —continuó la cuidadora avergonzada por su torpeza.

—¿Ah, sí? —preguntó Bárbara con cierta curiosidad.

—Sí. Suelo ayudar a la señora Victoria en su casa, una vez por semana y, bueno, me preguntó si ya se habían instalado ustedes. Se interesó mucho por saber si necesitaban algo…

—¿Quién es la señora Victoria?

—Es la alcaldesa —aclaró con cierto asombro—. Me contó que le había dado clases a usted de pequeña, en el colegio.

—¿La maestra Victoria es ahora la alcaldesa?

Bárbara se sorprendió ante la noticia. Aquella mujer le había dado clases en segundo de EGB y solía llevarse a los alumnos a su casa los fines de semana. Recordó haber jugado en su patio y que les preparaba la merienda. Le vinieron a la memoria las aulas prefabricadas que sustituyeron al antiguo Colegio Público San Juan Bautista. Unas aulas de chapa en las que se helaban de frío en invierno y se asaban de calor a partir de mayo. Intentó recordar la cara de la señora Victoria, que ya le parecía mayor en el año 1985, aunque supuso que sería una cuestión de perspectiva y, haciendo cálculos, llegó a la conclusión de que aquella supuesta mujer mayor, que la atormentaba con la ortografía, tendría por entonces la misma edad que ella en la actualidad.

—¿Y se acordaba de mí? —preguntó Bárbara, intentando descubrir de qué podrían haber estado hablando las dos mujeres.

—Perfectamente. Me dijo que no eras muy buena con la ortografía.

—Sí, me hizo odiar la lengua. Espero que no sea el único recuerdo mío que tiene.

—Ahora está muy liada con la apertura de un nuevo museo o centro en el que van a poner la historia de la mina de carbón, con fotos y demás, pero me dijo que le gustaría que fueses a visitarla un día. Que incluso están buscando a gente para trabajar en el centro…

—Ya tengo trabajo. Bueno, aún no, hasta que no abra la gestoría de mi marido, pero voy a trabajar con él.

La frutera no pudo evitar levantar la vista del peso y mirarla con cierta displicencia.

Una nueva clienta se acercó al puesto y se colocó junto al hombre del melón, que tras palpar durante minutos se había decidido por un ejemplar. En seguida la frutera se dirigió a la recién llegada para atenderla.

—¡Perdone! —irrumpió Bárbara a vueltas con su sonrisa—. Disculpe. Nosotras estábamos delante. Bueno, en realidad ella estaba delante —apuntó señalando a Cecilia.

—No importa —dijo ella con cierta prudencia y sonrojo.

—Claro que importa, tú estabas aquí esperando y esa señora ha llegado después que nosotras. No sé, quizá no nos haya visto.

—Sabes, en realidad tengo que irme —dijo Cecilia nerviosa y mirando su minúsculo reloj de muñeca—. Tengo que limpiar en otra casa y no me da tiempo a llegar. Luego volveré a por la compra. Con Dios.

Cecilia salió como si pretendiera pasar desapercibida entre los puestos y la austeridad de su aspecto no fuese suficiente.

Bárbara observó su marcha con cierta preocupación y culpabilidad por haberla colocado en el centro de aquella incómoda situación. A ella le daba igual la gente del pueblo, pero era evidente que a Cecilia sí que le importaba lo que pudieran pensar. Y si algo sabía Bárbara de esa gente era de su falta de tacto y consideración con todo lo que pudiera amenazar sus valores. Un pueblo sin historia no rinde cuentas con el pasado. Es como un huérfano sin la presión ni el control de unos padres autoritarios, como un ateo sin la supuesta culpa que le debe atar a la obediencia, tan peligroso como un perro callejero hambriento.

15

Pensar que los días de verano supondrían elegir entre quedarse en la casa de la colina sin internet o acompañar a su madre al mercado y encargarse de su hermano, le dieron ganas de hacer añicos el escaparate del local con uno de los tubos del andamiaje. Eloy nunca había necesitado de más gente para entretenerse, pero no estaba acostumbrado a aburrirse (no sabía qué era eso) hasta que sus padres se dieron cuenta (tarde) de que estaba desarrollando una patología en la que se despreciaba todo lo que tuviera aspecto de realidad. No había tenido pareja en el instituto y sus mejores amigos eran virtuales. Se hallaba embebido en esa realidad normalizada que no le permitía abstraerse para tomar conciencia.

No soportaba cuando su madre lo animaba a salir con otros compañeros del instituto, o lo instaba a entablar conversación con gente de su edad que no conocía de nada. Como si fuese tan normal acercarse a alguien y conversar de forma espontánea sin que a uno no lo considerasen un bicho raro.

El psiquiatra había logrado calmar a sus padres informándolos de que no había desarrollado ninguna psicopatía. Se trataba tan solo una leve sociopatía que podría revertirse con un mayor contacto con la realidad. Por eso sus padres nunca vieron como prioridad instalar la fibra en la nueva casa y se habían encargado de que su teléfono solo sirviese para hacer y recibir llamadas, restringiendo por completo el acceso a datos móviles.

Eloy deambuló por el pueblo, intentando encontrar algún espacio con wifi libre donde poder matar el día. Salvo el pantano, Eloy no había encontrado ningún otro lugar de esparcimiento para gente de su edad, y ya el primer día juró que nunca metería sus pies en unas aguas en las que habían flotado los muertos del pueblo viejo.

Durante la última semana que había pasado con su madre en Madrid, intentó tomar conciencia de que no le quedaba más remedio que darle una oportunidad a aquel sitio. Era su último verano antes de entrar en la Universidad y decidió que su vida arrancaría en octubre. Aún no se había decidido por una carrera, pero sería alguna que lo alejara de allí unos años o, con suerte, para siempre. Ya había perdido la batalla de pasar el verano por su cuenta, viajando por Europa. Sabía que no era el momento, a pesar de intentar convencer a sus padres de que trabajaría para mantenerse. Pero nunca se tomaron en serio su propuesta, y aún menos tras diagnosticarse su trastorno.

Guiado por una leve señal de wifi libre que el móvil captó en su paseo, Eloy llegó al final de la avenida principal, tras la que, y sin

ningún tipo de transición, comenzaba un polígono industrial con pequeñas naves de bloques de hormigón rematadas con chapa en forma de sierra y de aspecto vetusto y descuidado, muy discordante de la pulcritud de la calle aledaña. Las naves escoltaban una calle desierta y con una leve pendiente que bajaba hasta el merendero del pantano. La mayor parte de los negocios que antaño pudieron prosperar allí parecían al borde de la quiebra.

El terminal captó una potente señal de wifi al acceder a una de las perpendiculares del polígono. La calle no estaba asfaltada y acababa en un camino que se perdía entre la arboleda salvaje y envuelta en zarzas. Una puerta de alambrada no permitía el paso tras la última nave, bloqueada por un tractor de labranza y dos motos abandonadas en lo que algún día fue una reguera.

Eloy escuchó un murmullo en la última nave del camino. El rótulo, que aún coronaba la fachada, daba a entender que se trataba de un negocio de fabricación y venta de sofás, pero intuyó por su abandono que ya se hallaba cerrado. Se apoyó junto a la esquina e intentó navegar con la poca señal que le daba su posición. Escuchó algo de jaleo en el interior del local y prestó atención. Imaginó que se trataba de un grupo de chavales jugando a la videoconsola. Reconoció el Overwatch y su cerebro segregó las endorfinas suficientes para colocarlo el resto del día.

Oyó un crujir de ramas proveniente de la alambrada y, al alzar la cabeza, vio a alguien de espaldas, que parecía mear contra un árbol. Le pareció que medía cerca de dos metros, con una espalda ancha y una camiseta sin mangas que dejaba al descubierto su tupida y velluda superficie, que contrastaba con la ausencia de pelo de la cabeza.

El tipo se giró hacia él y, al percatarse de su presencia, le dirigió el chorro de su meada. Eloy no pudo evitar observar su miembro deforme para luego comprobar, por la expresión de su cara, que no tenía muchas luces. El tipo dijo algo que Eloy no fue capaz de entender y cuando terminó de orinar caminó hacia él, amenazante.

—¡Chambón!

Una voz, que procedía de la puerta lateral de la nave, alertó al tipo y lo hizo detenerse para atender la llamada.

—Te toca —dijo un muchacho que apareció en el umbral y que, sosteniendo un pitillo, alzó los brazos y se agarró al marco metálico de la puerta para estirar la espalda.

El tipo grande se acercó a la puerta mientras se abrochaba la cremallera. Entró con torpeza en la nave en cuanto el muchacho del cigarrillo le permitió pasar. Eloy y él cruzaron las miradas durante los segundos que duró la calada.

Eloy descendió hasta el merendero guiado por una extraña sensación de temor e incomodidad que intuyó como una señal de su

subconsciente. No dejó de mirar hacia atrás en su descenso y comprobó que, tras finalizar su pitillo, el chico de pelo rubio teñido y brazos anchos volvía a meterse en la nave con el grandullón de la polla torcida.

El pantano estaba tranquilo. Solo las risas de un grupo, sentado a una de las mesas, rompían la calma del entorno. Se acercó a la orilla cruzando el sendero que atravesaba desde la zona de aparcamientos hasta una pequeña caseta que en algún otro tiempo fue un bar y que, a pesar de tener cerrada la persiana, aún conservaba un viejo expositor de helados despintado. Caminó por la orilla, en dirección al pueblo, tras comprobar la hora en el reloj e intuir que su madre habría terminado ya con las compras. Pensó que sería mejor subir andando por el sendero del risco y darle un toque al llegar a casa.

Al pasar junto a la mesa ocupada del merendero, echó un vistazo disimulado al grupo de jóvenes, que debían rondar su edad. Manipulaban una especie de túnica y un cabezudo que tenía tres rostros y al que restauraban los desconchados con pintura. Eloy se dio cuenta, ruborizado, que allí estaba la chica del bikini blanco, que cosía una túnica de saco.

Al reparar en su presencia, la chica lo miró sonriente mientras intentaba alcanzar un desvencijado costurero.

—¿Quieres ayudarnos? —preguntó la chica de pelo rojizo.

Eloy había intentado evitarlos, pero no tuvo más remedio que detenerse y disimular señalándose a sí mismo para asegurarse de que se referían a él.

—Sí tú —respondió ella—. Yo no veo a nadie más.

Junto a ella se sentaba la chica embarazada y otro chico de pelo decolorado que le rieron el comentario.

Ella le hizo una señal para que se acercara y Eloy caminó hasta la mesa, obedeciendo sus órdenes.

Se saludaron con leves movimientos de cabeza.

—Te decía que si quieres echarnos una mano con esto.

—¿Y qué hacéis? —preguntó Eloy tras sentir un hormigueo en los brazos, que calmó frotándose las manos de manera involuntaria.

—Estamos preparando el fantoche para la fiesta del domingo. ¿Te apuntas?

Eloy se sentó junto a la chica que conjuntaba el negro de su pelo con el resto de su vestimenta, las medias de rejilla y el pintalabios.

—Tú eres el que vive ahora en la casa de la colina, ¿no?

Eloy asintió y retiró la vista de su inquisitiva mirada.

—Soy Olena —se presentó ella—, y estos son Fayna y Salomón.

—Yo soy Eloy.

—Podrías acompañar a los boleadores —dijo Salomón con entusiasmo.

—¿Los boleadores? Y ¿en qué consiste la fiesta?

—Pues llevamos este fantoche hasta la chimenea de lo alto de la colina —explicó Olena mientras le mostraba lo que llevaba cosido de la túnica— y los niños del pueblo le tiran bolas de fuego y lo tienen que quemar antes de llegar arriba.

Eloy intentó asimilar lo que acababa de escuchar.

—No nos mires con esa cara. Es la tradición —dijo Fayna con cierto remilgo.

—No, es que… parece un poco peligroso para los niños.

—Es para purificarnos —aclaró Olena—. Le ofrecemos el fantoche ardiendo a la mina para que no vuelva a haber desgracias.

—¿Te refieres a las explosiones?

—Sí. Todos perdimos a algún familiar en la explosión —indicó Salomón.

—Bueno, todos no —aclaró Fayna mirando a Eloy.

Eloy se sintió incómodo mientras los tres clavaban sus miradas en él, por lo que desvió su atención al cabezudo al que, con mucha dedicación, Salomón retocaba los ojos de uno de los tres rostros.

—¿Por qué tiene tres caras?

—Representa a Hécate, la diosa de los cruces de caminos —explicó Olena—. Triviana era una villa romana y confluían varias rutas comerciales. Dicen que había una estatua de la diosa a la entrada, representada con tres cabezas de animal: un perro, un caballo y una serpiente, y con tres objetos en las manos: una antorcha, una llave y una serpiente. Una diosa triple.

Eloy desvió la mirada de los ojos de Olena y observó de nuevo la cabeza, intentando identificar sin éxito a los tres animales en aquella estructura deforme de papel maché.

—Aún le queda mucho trabajo —aclaró Salomón.

—¿Y qué representan cada una de esas cosas?

—Pues no sé. Hécate es la diosa de la oscuridad y de la purificación. Representarán… el cielo, la tierra y el inferno. O el nacimiento, la madurez y la muerte…

—Olena, te lo estás inventando, ¿no? —expresó Fayna tras dar una palmada a su amiga en el brazo desnudo.

—¡Qué no, gilipollas! Que lo dijeron en clase cuando leímos el libro del historiador del pueblo. Total, que Chambón sube por la colina cargando el fantoche, que no es más que esta cabeza y una túnica colgando y rellena de paja, no te creas. Y nada, echamos así la noche y luego hacemos hogueras y comemos churrasco y bollos preñados.

—Y nos curamos las quemaduras, que alguna que otra cae —observó Salomón.

—Es en la noche de San Juan, ¿no? —preguntó Eloy, no sin quitarse de la cabeza que el Chambón al que se referían era el tipo que

había estado a punto de mearle encima.

—Bueno, nosotros no llamamos así a la fiesta. Para nosotros es Alban Heruin —corrigió Olena.

A Eloy le asombró que le hablaran de aquella tradición con tanto convencimiento y sin el más mínimo pudor. Entendió que resultaba lógico que, en un pueblo pequeño con esa historia trágica, se tirase de un folklore que parecía mezclar varias creencias para así ahuyentar a los malos augurios. No era descabellado que se mantuviesen esos ritos ancestrales que habían visto, con toda probabilidad, adulterado su origen y significado inicial. Pero tampoco podía atribuirlo a la falta de apertura de mente de aquellos chicos de pueblo, que no debían tener otra cosa en la que entretener sus tardes. En la ciudad ocurría lo mismo con fiestas tan adulteradas como Halloween o Semana Santa, que se habían llevado al límite del fanatismo y el populismo.

—Pero una cosa —dijo Fayna con cierta indignación—, este año le impregnamos la túnica de gasolina para que sea mas fácil que prenda.

—Sí, porque… ¿Te acuerdas el año pasado, que no hubo manera? —apuntó Salomón afanado en su pintura.

—Ya, a saber la mierda que le echaron Bruno y estos, que debía estar caducada —contestó Olena con arrogancia—. Ya me encargo yo de la gasolina este año. Tranquilos.

—Y si los niños no consiguen prenderlo, ¿qué pasa?

—Pues para eso están los boleadores que los acompañan en la subida y que les hacen de ayudita al llegar a la chimenea —dijo Olena.

—Pero ¿no es peligroso lanzarlo por la chimenea de la mina? Me refiero… Por si hay otra explosión.

—Como te decía, esto se hace para tener contenta a la mina. Así la controlamos y evitamos males mayores —aclaró una Olena no tan amigable.

—También cuando muere alguien… —comentó Salomón.

Un repentino chistar frenó en seco su comentario, acompañado de las miradas inquisitivas de desaprobación de sus compañeras.

Eloy observó que por la calle del polígono descendía el supuesto Chambón, acompañado del chico rubio y otros tres muchachos.

—Tengo que irme ya —dijo a la vez que se levantaba de la mesa.

—Entonces qué, ¿contamos contigo? —preguntó Olena tras comprobar el destino de su mirada.

—La verdad es que no sé si podré… Nos vemos.

Eloy caminó por la orilla del pantano rumbo a la colina, sin parar de mirar a aquella chica que no cesaba de observarlo con una media sonrisa. El Chambón y el resto se acercaron a la mesa del merendero y el chico rubio besó en los labios a Olena.

16

Todos arrimaron el hombro para hacer lo más llevadero posible el tedioso proceso de la mudanza. Bárbara era consciente de su falta de afán e intentó que no se notase delante de los chicos. Había delegado en Nicolás el entusiasmo, pero a su regreso de Madrid lo había encontrado más taciturno y poco comunicativo. Conocía a la perfección sus ciclos, y el silencio y el hermetismo nunca traían nada bueno. Nicolás no mostraba un término medio y aquel estado impasible siempre era antesala de un nuevo brote obsesivo.

Al llevar las cajas de ropa de los chicos a sus respectivos dormitorios, Bárbara observó el viejo taquillón de su padre, que ahora cubría la pared del recién pintado pasillo distribuidor. Detenida frente al viejo mueble donde su padre guardaba el tabaco, notó una leve corriente de aire a la altura de los tobillos. Se le erizó el vello de todo el cuerpo, y no solo por el fresco hálito que contrastaba con la cálida humedad que llegaba del exterior. De repente, sintió que alguien más estaba presente en el pasillo.

Comieron en silencio y, tras recoger la cocina, cada uno se dispersó en busca de un lugar en el que evadirse y entretener las horas de aquella tediosa tarde de final de primavera. Los chicos se habían encerrado en sus dormitorios, ya equipados con los pertrechos que los definían. Bárbara y Nicolás se quedaron solos en la mesa. Solo habló ella, que lo puso al día de las gestiones en la capital, lo que le provocó que saltaran todas las alertas. No hubo respuesta cuando le preguntó a Nicolás por lo que había hecho durante la semana. Solo frases cortas que justificaban el arreglo del pasillo. Nada nuevo sobre el local, Román o su obsesión con las reformas. Tras el café, decidieron que habilitarían el sofá cama en el viejo despacho y que ella se instalaría allí de forma temporal.

Bárbara se tumbó sobre el sofá para enfrentarse a la modorra vespertina, aún con el regusto del café en los labios. Colocó la cabeza sobre un cojín y observó las vitrinas vacías. Una pequeña llave, que colgaba de la cerradura de uno de los expositores, le recordó que no había encontrado la que abría la puerta de la carbonera y que las cajas de minerales seguían aguardando a la intemperie. Pensó que lo más rápido sería llamar a un cerrajero y aprovechar para revisar todas las puertas de la casa.

Escuchó a Nicolás trastear en el dormitorio de al lado. Andaba organizando los documentos de la antigua gestoría y la cartera de clientes. Los viejos archivadores chirriaban cada vez que se abrían para albergar una nueva carpeta, por lo que dejarse llevar por una

siesta reparadora le resultó imposible. Bárbara no quiso decir nada, no le apetecía el esfuerzo. Le vendría bien no dormir siesta para caer rendida la primera noche oficial en su nuevo hogar. El trastear de papeles cesó y Nicolás pasó por delante de la puerta del despacho sin reparar en ella. Quizá la abstracción de su marido se debiera a los nervios por la inminente apertura de la gestoría. Quizás había sacado conclusiones demasiado a la ligera y le estaba resultando difícil tirar de su antigua cartera de clientes. Supuso que al principio no tendrían ni para un sueldo y que irían tirando de los pocos ahorros que les quedaban. Después del comentario de Cecilia, lo de buscar otro trabajo mientras arrancaba el negocio no le pareció tan mala idea.

Dedicarse de nuevo a llevar los papeles de la gestoría no se le antojaba nada alentador y echó de menos tener la ilusión por emprender algo nuevo y diferente, pero parecía no haber otra alternativa. Había perdido el arrojo de veinte años atrás, cuando su mente era un hervidero de números y aún tenía la ilusión de dedicarse a seguir estudiando después de la tesis y acabar dando clases en la facultad de Matemáticas, o trabajando de funcionaria en el Instituto de Estadística o en el CNI. Los números siempre le daban la paz que necesitaba ante la llegada de un inminente caos.

Recordó con nostalgia los años de instituto, que ahora acababa de terminar su hijo Eloy, y en los que había conocido a Román, su mejor amigo por aquel entonces. Se habían hecho inseparables desde el momento en que compartieron su misma devoción por los números y la música. Coincidían en asignaturas y en el conservatorio y, tras las clases de solfeo, quedaban para estudiar y compartir teoremas y desarrollarlos. Siempre estaban juntos y no salían con otras personas, lo que pareció dejar claro para el resto del mundo que acabarían juntos, pero ninguno de los dos dio nunca ese paso.

Ambos tenían claro que estudiarían la carrera de Matemáticas en la Universidad de Jálivas y se prepararon juntos la selectividad. No necesitaban una gran nota de corte para acceder a la matriculación, pero el día antes del examen su tía Sabela la llamó tras otra de las crisis de su padre. No tenía previsto estudiar, porque nunca lo hacía los días antes de los exámenes, pero su mente no tuvo el descanso que necesitaba. Román permaneció junto a ella en todo momento, entreteniéndola con sus historias sobre cálculos de estructuras arquitectónicas imposibles.

El examen les fue bien, a pesar de los inconvenientes, y Bárbara consiguió la nota necesaria para pedir plaza en la facultad de Matemáticas. Recordó entonces la tarde en la que había quedado con Román en su casa para celebrar las notas. Escucharon To the Faithful Departed, de The Cramberries, mientras jugaban con las cartas Magic. Él había bordado el examen y había conseguido subir su nota media

de COU. Ya al final de la tarde, Román le confesó que, tras mucho meditarlo, había cambiado de planes con respecto a la carrera que elegiría. La nota le daba para entrar en Arquitectura o en alguna ingeniería, y su padre lo había animado a estudiar algo con más futuro y donde hacer más dinero. Jaime le había puesto de ejemplo a su hermano mayor, que estaba terminando la carrera de Derecho y al que ya le habían propuesto entrar como pasante en el bufete más prestigioso de Jálivas. Quería que Román siguiera los pasos de su hermano y, según su padre, las matemáticas no daban para emprender nada. A Bárbara se le había caído el mundo encima. Se había dado cuenta de su enorme dependencia.

Pensaron que nada cambiaría tras aquella decisión, pero lo cierto es que lo transformó todo y la distancia se hizo un mundo entre ambos, hasta el punto en que Nicolás llegó a ser lo único que los unía.

Nunca se lo echaron en cara, ni lo habían hablado desde entonces. Bárbara recordó con tristeza aquel amor por Román y esa amistad que parecía indestructible. Distanciarse de un amigo no era algo que uno se plantease, pero en ocasiones resultaba algo orgánico y crecía de forma inevitable y natural hasta que dejaba de ser doloroso.

—Mamá, ¿jugamos? He encontrado esto en una caja.

Bárbara volvió la vista hacia la puerta del despacho y la imagen de sus recuerdos se fundió con la realidad que enmarcaba el umbral donde se hallaba Jonás.

Su hijo agitó los cubiletes y entró en la estancia con un tablero de parchís. Lo colocó sobre el escritorio y arrimó una pesada silla de madera, que rechinó contra las baldosas.

Bárbara se incorporó con la certeza de que ya había perdido la batalla contra la siesta y se arrimó a la mesa con una curiosa apetencia por jugar y distraer la mente.

—¿Qué color eliges, mamá?

—Tú primero.

—Yo el rojo, que es mi favorito. ¿Y tú? Coge un cubilete y dos dados.

Bárbara dudó y cerró los ojos. Pensó que movería la cabeza y escogería el primer color que se encontrara al abrir los ojos.

«En serio, Bárbara. ¿No puedes ni tomar esta decisión? Toma una maldita decisión».

Jonás observó a su madre sin que nada de aquel ritual lo sorprendiera.

Bárbara abrió los ojos y miró hacia la ventana abierta que le mostraba los pinares y el cielo azul. Tenía que elegir ahora entre aquellos dos, pero reaccionó y se decantó por el descarte.

—Para mí… el amarillo —dijo con impostada seguridad—. Sabes cómo se juega a esto, ¿verdad?

—Todo el mundo sabe jugar, mamá. Y te voy a ganar.

—Ya lo veremos.

Eloy apareció por la puerta y los observó extrañado y con cierto aire de incredulidad.

—Me gustaría tener un yo del futuro que me ayudase a ganar siempre —anunció Jonás mientras colocaba las pequeñas fichas sobre el tablero.

—Si tu yo del futuro te dijese qué decisiones tomar, estoy segura de que tomarías otras por lo cabezota que eres.

—El yo del futuro tendría que pasar más tiempo aquí que en el futuro para ayudarte. Como Doraemon —apuntó Eloy.

—¡Juega con nosotros, anda! —dijo Bárbara con ánimo.

Su hijo mayor negó con la cabeza y se apoyó en el bastidor con los brazos cruzados.

—¡Yo tiro primero! —anunció Jonás.

—No, hay que tirar los dados y sale el que saque más puntuación —indicó Bárbara, tomándose muy en serio el juego.

Jonás aceptó las reglas y tiró los dados.

—Un cuatro y un tres… ¡Siete!

Bárbara agitó su cubilete con teatralidad y dejó caer los dados en el tablero. Le pareció observar un comportamiento algo errático en el tiro, como si hubiese lanzado más de dos dados. Cuando estos frenaron su movimiento, se acercó para sumar los puntos.

—Pues he sacado… un cinco y un cuatro. ¡Nueve! ¡Salgo yo!

—No, mamá. —Jonás sonrió y se tomó el anuncio como una broma —. Un cinco y un uno… son seis. Gano yo.

Bárbara se aproximó a los dados. Temió que la vista empezara a jugarle ya una mala pasada, pero al volver a comprobar el resultado vio claramente el cinco y el cuatro.

—Es un cuatro, Jonás. No me hagas trampas.

—No. Es un uno. —El niño apuntó al dado.

Bárbara podía ver con claridad que se trataba de un cuatro.

—Es un uno, mamá —indicó Eloy desde la puerta—. Lo puedo ver desde aquí.

Bárbara volvió a mirar el dado, confundida, y acercó su dedo. La yema lo atravesó y alcanzó un nuevo hexaedro que emergió tras él con un solo punto en su faz.

Notó cómo le bajaba la tensión a pesar del café que se acababa de tomar. Disimuló mostrando una sonrisa burlona y volvió a lanzarlos. Comprobó que la anomalía se repetía: sobre el tablero aparecían más de dos dados en cada tirada. Observó los pequeños dados de color blanco y puntos negros que sostenía en la palma de su mano. Los chicos le habían asegurado que no le tomaban el pelo, pero el resultado que ella observaba en sus lanzamientos nada tenía que ver

con el que sus hijos le indicaban.

Se excusó alegando que no se encontraba muy bien, y se tumbó en el sofá mientras los chicos jugaban una partida. Su mente analítica intentaba darle una explicación lógica que se alejaba de cualquiera de los teoremas que conocía y de la mismísima probabilidad.

Cuando terminaron la partida y se quedó sola, Bárbara se acercó al tablero y volvió a lanzar los dados sobre la mesa del despacho, con la desventura de que uno de ellos sobrepasó la superficie y cayó al suelo, rodó hasta el pasillo y detuvo su errático trayecto bajo el taquillón del distribuidor.

17

Observó el habitáculo en el que restos de zunchos de madera, viejos anaqueles y muebles desarmados se amontonaban en una de las esquinas. Un espacio oscuro y frío que ofrecía un retrato del pasado, cubierto de una pátina aceitunada y reluciente que acompañaba a la humedad y el fuerte olor a cerrado y piedra mojada.

Bárbara sufrió una parálisis y pensó que se le había olvidado respirar. Sintió una gran presión en el pecho cuando dirigió la vista hacia el suelo del enclave y vio el gran hueco. Por la oquedad descendía un angosto tramo de escalera labrada en las lascas de piedra y que se perdía en la oscuridad.

Bárbara salió del hueco y trató de respirar.

Nicolás apareció en el distribuidor, alertado por el sonido del arrastrar del mueble sobre las baldosas sueltas del piso, y se quedó inmóvil al ver a Bárbara sentada en el suelo, junto al hueco.

Ella lo observó, como quien espera el resultado de una biopsia, pero Nicolás no dijo nada. Le devolvió una expresión de desconcierto, mezclada con cierta dosis de liberación.

Guardaron silencio. Cualquier excusa haría saltar una chispa incontrolable. Bárbara no podía aumentar su hartazgo. Observó entonces el dado que se había perdido bajo el mueble del corredor y tocó su bolsillo de forma inconsciente. Visualizó el dado rojo de puntos blancos que guardaba en su bolsa de terciopelo negro, escondida en el compartimento trasero de su neceser.

«Uno, dos: me voy de una vez.

Tres, cuatro: vuelvo a colocar el mueble y como si nada.

Cinco, seis…».

Agarró el dado y observó el resultado.

«Cinco: saco ficha».

Bárbara se adentró de nuevo en el hueco y percibió cierto olor a podredumbre que le había pasado desapercibido. Tuvo la certeza de que la memoria olfativa era la más eficiente de todas, porque aquel hedor sulfúrico la transportó, a la velocidad de la luz, a la misma estancia casi cuarenta años antes: el fatídico día de la primera gran explosión de la mina y en el que su vida cambió para siempre. Pero la memoria es caprichosa y, como un destello en la retina, un fragmento del recuerdo se diluyó por completo, dejándole una impronta de desazón.

—Bárbara sé que lo hablamos, pero…

Nicolás había preparado varias excusas por si llegaba el momento, pero ninguna le pareció lo suficientemente adulta para justificarse,

consciente de que se había dejado llevar por algo superior a él mismo y que no había podido controlar. Su emoción por el descubrimiento era tan grande que en ningún momento había sentido remordimiento ni arrepentimiento. No le importaba lo que ella pudiera decirle y lo único que ansiaba era bajar y enseñarle lo que se ocultaba bajo la roca hueca que servía de cimiento a la casa.

Ella volvió a mirar impasible a Nicolás. Por mucho que se esforzara en explicárselo, él jamás comprendería que estaba recreando el instante más terrible de su vida y que la culpa la destrozaba. El bombardeo de sentimientos y recuerdos que taladraban su mente le impedían pensar con claridad y se quedó bloqueada. No tenía ni idea de lo que hacer y la inseguridad volvió a apoderarse de ella. Respiró y fingió recuperar la compostura, como siempre hacía, e intentar ocultar esa debilidad que la asustaba y la hacía vulnerable.

«Cinco, seis… Toma una maldita decisión, Bárbara».

Contuvo las lágrimas y aceptó que era el momento de enfrentarse a aquella situación.

—Quiero que bajes conmigo y lo veas —dijo Nicolás, de rodillas frente a ella.

Bárbara no supo cómo decirle que ya había estado allí abajo. En el fondo, sabía que no había otra manera de superarlo y acabar con una culpa que no le correspondía: la explosión de la mina; que el suelo se abriera allí donde había encerrado a sus hermanos tras jugar a ser mayor; que su padre prefiriera vivir solo en esa casa, en una supuesta realidad en la que no había sitio para ella… Nada era culpa suya.

Eduardo había aparecido como un renacido por ese mismo hueco cuando Bárbara intentaba rescatar de entre los escombros los restos sin vida de sus hermanos. Pero su padre había pasado de largo al verla cargar con su hermano, guiado por lo otra realidad a la que ella era ajena. Bárbara siguió a su padre y fue testigo de actos y conversaciones que ignoraban la tragedia. Incluso lo escuchó decir su nombre al aire y sonreír a otra versión de ella misma.

Supo entonces que ya no formaba parte de su realidad. De la única familia que, en un abrir y cerrar de ojos, le quedaba. El desapego, el sentimiento de culpa y las decisiones tomadas acabaron con la niña que era y empezó a envidiar ese otro mundo en el que su padre parecía vivir feliz y ajeno a la desgracia, y a ella misma.

—Tu padre necesita estar solo un tiempo para aceptar lo que ha pasado —le decía su tía Sabela, como si ella no necesitara a su padre en aquel momento tan duro.

Había perdido a su madre, y a sus hermanos. Había perdido más que ese hombre cuya mente se había refugiado en una fantasía. Lo había perdido todo, y ojalá su mente hubiera recreado esa otra realidad en la que habría podido seguir siendo una niña, sin espacio

para la culpa y la autodestrucción.

Ese hombre, marcado por su tragedia familiar y por haber estado a punto de morir en la mina, aprendió a convivir con las otras realidades que parecían manar de aquel hueco. Seleccionaba las alternativas que menos sufrimiento le provocaban y se alejaba de las que le llevaban a los destinos equivocados. Su padre llegó a controlar, manejar e incluso simular todo un espectro de variables necesarias para que no acabasen encerrándolo, perder la casa y, por tanto, las otras realidades en las que seguía interactuando con Rosalía y las niñas. Un trauma diagnosticado por los médicos del momento que no vieron más que un intento de superación del duelo.

Bárbara tomó la linterna que Nicolás agarraba con su puño tembloroso y se introdujo en el hueco. Descendió por las escaleras cinceladas en la roca sin mostrar un atisbo de duda; sin que nadie notase que, de nuevo, se había jugado al azar su decisión.

—Eloy, ¿tú crees en los fantasmas? —preguntó Jonás—. ¿Crees que los muertos pueden aparecerse?

Su hermano mayor soltó una risotada mientras continuaban pelando las patatas para la cena.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Tú has visto alguno? —Jonás se quedó pensativo hasta que asintió, temeroso—. Sí, claro. ¿Y dónde lo has visto? ¿En la casa?

—No. Fuera. Por la parcela.

—No te flipes, chaval.

—No era como un fantasma… Lo vi entre los pinos y lo vi desenterrar a una cigüeña y hacerla volar.

—Jonás, ¿pero tú te estás escuchando? Y luego dicen que a mí se me va la olla.

El pequeño continuó con la tarea, meditabundo y con la vergüenza de haber compartido su temor con Eloy. No le asustaban los muertos ni los fantasmas. Al contrario que otros niños de su edad, él ya contaba con varios fallecidos a sus espaldas. Sus padres murieron en un accidente de coche una mañana tras dejarlo en el colegio. Desde entonces, había imaginado a su yo del futuro que regresaba a ese día para convencerlo de que mintiese a sus padres y que se quedaran en casa cuidando de su fiebre. Desde que vivía con Bárbara, Jonás había compartido con ella aquel yo del futuro que lo ayudaba a superar los días raros, sin saber que a ella la entristecía pensar que ese pensamiento, de ser posible, lo haría desaparecer de su vida para siempre.

De repente, ambos escucharon un rascar que procedía de la puerta principal de la casa. Prestaron atención, no sin cierto temor, hasta que oyeron un leve gimoteo precedido de un ladrido.

—¡Es Zarzo! —gritó Jonás, que soltó el cuchillo y la patata a medio pelar en el fregadero y se dirigió emocionado a la puerta.

La abrió, pero el perro había desaparecido. Salió a toda prisa al porche y, tras un barrido completo, observó que corría colina arriba. No dudo un segundo en salir tras el animal.

El distribuidor estaba vacío. Eloy se acercó a las habitaciones buscando a su madre, pero no había ni rastro de sus padres. Vio entonces el hueco en la pared. No recibió respuesta al llamarlos, no más que un eco sordo de su propia voz. Encendió la linterna del móvil y comenzó su descenso. Tras avanzar un tramo de unos veinte escalones, se encontró con un rellano y un nuevo tramo que cambiaba de dirección. Volvió la vista hacia el techo y observó el enorme hueco que se elevaba hasta el tejado de la casa y la leve luz natural que provenía de una pequeña chimenea de ventilación entre las bovedillas.

En su descenso, Eloy se agarró a las paredes de roca que delimitaban la pendiente. La roca mostraba la misma composición metamórfica que el resto de la colina, pero presentaba pequeños cristales de mineral que reflejaban la luz de su linterna, dándole un aspecto casi mágico al espacio. Llegó al final del segundo tramo de escalera y observó una cueva abovedada que se adentraba en la oscuridad. Sintió el frescor de la humedad del ambiente y una brisa viciada. Al final de la caverna vislumbró un haz de luz.

—¡Papá! ¡Mamá!

Caminó hacia ellos, absorto por la fisonomía de la gruta. Su madre se encontraba inmóvil frente al pasadizo, que se perdía en la oscuridad, mientras su padre tocaba la superficie de la piedra, embebido por la visión.

—¿Qué es esto? —preguntó Eloy recuperando el aliento y sin disimular su asombro.

—¿Qué haces aquí? —reprochó Nicolás—. Vuelve a subir, no vaya a querer bajar Jonás también.

—Está fuera, con el perro de la mujer esa. ¿Qué es este sitio?

—No lo sabemos —contestó Nicolás.

Bárbara, en trance, tocó la fría y oscura roca y su mano se tiznó de negro.

Eloy dirigió la luz del móvil hacia el final de la gruta, que culminaba en una estructura de cuatro grandes piedras sobre las que apoyaba un enorme menhir incrustado en la roca.

—Joder, qué pasada —masculló mientras se adentraba hacia la estructura megalítica.

—Es más grande que el de Menga —dijo Nicolás sin disimular su emoción.

—Pero ¿el abuelo sabía que esto estaba aquí? ¿Por qué estaba cerrado?

Eloy se acercó al portal enmarcado por las colosales piedras y se dispuso a entrar.

—¡Quieto! —gritó Bárbara—. No sabemos qué hay ahí dentro. Deberíamos salir ya y cerrarlo. Tenemos que dejarlo como estaba.

—Pero no podemos ocultarlo —apuntó Eloy—. Un descubrimiento así…

—Hay que cerrarlo.

—Deja que me asesore —continuó Nicolás—. Hablaré con mi padre. Él conoce gente y nos dirá lo que podemos hacer para no arriesgarnos a que nos quiten la casa. De momento, no lo comentaremos con nadie más. ¿Entendido?

—¿Vas a parar alguna vez? —contestó Bárbara.

—Bárbara…

—En serio. ¿Va a terminar esto alguna vez? ¿Eso de que se te meta algo en la cabeza, que intentemos que entres en razón, que tú ignores sistemáticamente lo que te decimos y sigas adelante sin hacernos el más mínimo caso? No tengo ganas de discutir más, porque no me merece la pena. No tengo ganas de tomar más decisiones sobre esta casa, ni sobre nosotros. Por favor, dímelo. ¿Va a parar esta dinámica alguna vez? Si te digo ahora que subamos, que tapes esa pared y que sigamos con nuestra vida… ¿Lo harías?

—Pero no podemos ignorar esto, no…

—¡Contéstame! ¿Lo harías? ¿Sin más preguntas? Solo porque yo te lo pido.

—Bárbara, escúchame…

Ella tragó saliva y observó a Eloy, que seguía obnubilado con el enclave. Caminó hacia él y le acarició el pelo. Ante la portada de piedra revivió la visión de su padre apareciendo desde la oscuridad de aquel mismo pasillo. Visualizó, de forma vívida, su deambular, cómo ignoró su presencia y desapareció ascendiendo por los escombros hasta la casa.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Eloy al ver las lágrimas en sus mejillas.

Bárbara asintió y, tras volver la vista hacia el dolmen, cruzó la portada para adentrarse, decidida.

Eloy observó extrañado a su madre y se puso en marcha tras ella.

Los tres caminaron por la estructura megalítica, que se volvía cada vez más angosta a medida que se adentraban. El pasillo se estrechó y las piedras del techo se hallaban, cada vez, más cerca de sus cabezas. Pero a medida que avanzaban notaron que podían respirar mejor, acostumbrados ya al hedor de la mezcla de humedad y gases. Una brisa que se hizo más notable al alcanzar la coronación del dolmen: un espacio semicircular y abierto que desembocaba a una inmensa caverna. El enorme vacío los sobrecogió y los dejó paralizados en el

centro de aquel hemiciclo custodiado por las majestuosas piedras de tonelaje imposible.

Eloy intentó iluminar la negrura sin ser capaz de atisbar el fin del haz de la linterna. Se acercó un poco más y Bárbara agarró su brazo por instinto, aún atónita.

Bárbara sintió vértigo. No podía, ni quería, moverse de su posición, anclada a la roca que la sostenía.

—Apagad un momento las linternas —indicó Nicolás en un susurro que deshizo el nudo de su garganta.

Llevados por la necesidad de que los guiaran, Bárbara y Eloy le hicieron caso y se quedaron en la más absoluta oscuridad.

—No os mováis —ordenó Nicolás en otro susurro que parecía no querer alterar el peso del silencio que los inundaba.

Cuando los ojos se hicieron a la oscuridad, apreciaron una fuente de luz tenue que parecía provenir de la cúspide de aquella colina hueca y que los hizo conscientes de la vastedad de aquel espacio extraordinario.

—Es el hueco de la chimenea de ventilación.

La rotura de la roca sobre la que se hallaban resonó.

—Quietos —masculló Nicolás, volviendo a encender la linterna.

Había agarrado a Bárbara de la mano cuando se oyó un nuevo chasquido. Intentó alcanzar a su hijo antes de que la lasca se desprendiera y Eloy cayera al vacío.

Bárbara dio un grito y avanzó hacia la oscuridad en un intento de agarrarlo, pero Nicolás la sujetó. Gritó su nombre con desaliento y su voz resonó en la oscuridad infinita. El eco del lamento tardó casi un minuto en desaparecer, mezclándose con el aleteo de los pájaros que revoloteaban hacia la cúspide de la cúpula natural. Bárbara recuperó la movilidad cuando los sentidos despertaron tras el shock. Nicolás seguía agarrándola. Necesitaba que la soltara.

—¡Eloy! —gritó con desgarro.

—Escucha —susurró Nicolás.

Bárbara prestó atención: un leve lamento y un quejido se mezclaban con la corriente de aire.

Nicolás se acercó con cuidado al borde de la roca y enfocó con la linterna.

Tumbado boca arriba, y agarrando su pierna ensangrentada, encontró a Eloy.

—¡Está ahí!

Bárbara se acercó, aferrada a la roca.

—¿Eloy? ¡Tranquilo! —gritó entre sollozos.

—Estoy bien… creo que me he hecho daño en la pierna —anunció la débil voz de su hijo.

—¡Voy a bajar! —Nicolás buscó alguna hendidura donde apoyar

manos y pies para iniciar el descenso.

Bárbara se tumbó sobre la roca y estiró la mano. Varios metros la separaban aún de su hijo.

Nicolás comenzó el descenso y, agarrado a la roca base, holló hasta encontrar un saliente firme donde apoyarse. Resbaló en su primer intento y estuvo a punto de caer, pero consiguió estabilizarse, aunque sus gafas no sufrieron la misma suerte. Descendió lento, afianzando cada paso, mientras Bárbara le iluminaba el camino.

Eloy había caído sobre una pequeña plataforma de roca que sobresalía justo bajo la abertura, lo que permitió a Nicolás tener el espacio suficiente para atenderlo.

—¿Estás bien? Déjame que te mire la pierna.

—Papá, déjalo, no vas a ver nada sin tus gafas.

Nicolás agarró a Eloy, que se incorporó con su ayuda. El chico dio un alarido de dolor al intentar apoyar la pierna dañada. Estudió la situación y trazó un plan para subirlo. Observó el vacío que tenían a sus espaldas y un escalofrío lo hizo consciente, por primera vez, de lo dramático de la situación.

—Vamos a hacer una cosa. Apóyate en la roca y yo te subiré con mis hombros, ¿de acuerdo? Mamá te ayudará desde arriba. Usa las manos y la pierna buena para sujetarte. Yo me encargaré de impulsarte desde aquí.

Eloy asintió mientras empezaba a tiritar de frío. La brisa proveniente de lo más profundo del vacío traía con ella la intensidad de los olores sulfúricos de la tierra.

Algo parecido al resquebrajar de una roca sonó en lo alto de la cúspide y el eco de unos cascotes reverberó en su caída hacia la oscuridad.

Bárbara extendió todo lo que pudo sus brazos; mientras, creyó oír un susurro en el pasillo de piedra.

18

Persiguió el rumor de los ladridos del pequeño Zarzo, que se perdían entre los salientes de roca. Por más que se acercaba, parecían resonar siempre a la misma distancia, como si sus movimientos estuvieran sincronizados y la separación fuese constante. Buscó alrededor del gran pozo de ventilación que culminaba la colina, entre los arbustos espinados que crecían salvajes junto a los leños. Silbó tras las rocas, cuyas puntas se desnudaban en su brotar del interior mismo de la tierra. Se entretuvo lanzando al pantano las cortezas más grandes desprendidas de los troncos secos e intentando alcanzar la hundida casa del guarda, que aún parecía proteger el acceso a las entrañas de la tranquila villa. Se imaginó a los peces viviendo en las casas hundidas: entraban por las ventanas sin cristal y dormían escondidos entre cajones sembrados de algas.

Jonás se sentó en una piedra a contemplar el atardecer a través de la torre del pozo de la mina y, tras otear su alrededor y prestar atención sin éxito, pensó en volver a casa para echar un vistazo a su terrario y jugar a la Switch, a pesar de que sin el modo online le resultaba ya muy aburrida. Echó de menos las partidas con sus amigos de 5.º B y las representaciones de batallas en el patio del recreo. Le hubiese gustado tener un perro, o una tortuga grande a la que llevar al pantano. Se acordó de sus pies sobre el lodo al entrar a bañarse y, de pronto, sintió repelús. Pensó que el verano se le haría muy largo si su hermano seguía a lo suyo y sin hacerle caso. Él debía pagar que su hermano tuviese prohibido el acceso a internet y no le pareció justo.

Volvió a escuchar ladridos y se puso en guardia para aguzar los sentidos y adivinar de dónde procedían. Le pareció ver a Zarzo junto al pozo y se dirigió hacia él para no perderlo de vista. Corrió por el sendero que bordeaba el risco y decidió no rodear la enorme roca que lo remataba, por lo que subió sin pensar a uno de sus salientes para acortar camino. Escaló la roca que le sacaba dos cabezas y corrió entre los resaltes de pizarra, con cuidado de no tropezar y caer sobre alguno de los filos en punta. Vio a Zarzo desde lo alto de la roca y saltó sobre una plancha de pizarra que reposaba junto al sendero.

No le dio tiempo a reaccionar cuando la piedra se fisuró por el centro y resquebrajó su débil estructura atómica. Jonás cayó al oscuro hueco que abrieron las esquirlas, las mismas que se clavaron en su abdomen y lo dejaron suspendido sin poder moverse, atrapado con los brazos en alto; cedía poco a poco hacia el vacío por su propio peso. Movió los brazos e intentó agarrarse a alguno de los resaltes de roca aledaña, pero solo consiguió rozarlos con los dedos. Sintió el dolor de

la piel, que cedía y se rasgaba con las esquirlas de roca, que a la vez lo protegían de la caída, pero con el coste de su propia carne. Lloró y gritó, asustado y angustiado, al verse vencido por la gravedad.

—¡Zarzo! —gritó desesperado y al borde de las lágrimas.

Su cabeza ya casi había desaparecido por la rasante cuando dos manos lo agarraron por los brazos y tiraron de él con delicadeza para no provocarle más rasguños.

Jonás lloró de la emoción al saberse salvado.

—Tranquilo —dijo una voz envuelta en una especie de silbido que acompañaba a su ardua respiración.

Jonás se ayudó de los pies para salir del hueco y se sentó en una piedra. Se aferró al gran saliente desde el que había saltado como a un salvavidas. Miró al chico del flequillo con la sudadera verde de capucha y se quedó paralizado.

Zarzo se acercó y el muchacho lo frenó para que no cayera al hueco.

—¿Puedes sujetarlo? —preguntó el misterioso chico con la cara llena de cicatrices y quemaduras que intentaba esconder con la capucha y el pelo que cubría su frente.

Jonás asintió aún con el susto metido en el cuerpo. Se secó las lágrimas con los antebrazos llenos de polvo de roca y alargó las manos para agarrar al perro. Zarzo le lamió la cara y le suscitó una sonrisa que hizo brotar de nuevo sus lágrimas.

El chico sonrió y se acercó a la gran roca. Buscó entre los riscos y encontró un trozo de pizarra que, a ojo, comparó con el hueco. La arrastró por la gravilla, a duras penas, hacia el boquete, hasta que lo cubrió por completo. Se sentó sobre la misma roca con total tranquilidad y respiró profundamente, con aquel silbido característico.

A Jonás le pareció que, por muy grande que fuese la bocanada, el extraño no conseguía saciar sus necesidades de oxígeno. Zarzo ladraba a su dueño y el chico alzó la mano y dejó que el perro le lamiera los dedos y calmara su congoja. Miró a Jonás con ojos apagados y sonrió.

—¿Te duele? —preguntó el muchacho.

El niño se palpó la barriga y levantó su camiseta. Varias magulladuras y arañazos, envueltos en polvo y empapados en leves hebras de sangre, cubrían su abdomen y los costados. Jonás tocó las heridas y comprobó que no eran profundas y que el dolor había pasado. Volvió a mirar al chico de la capucha y negó con la cabeza.

El muchacho sonrió y, tras levantarse con dificultad, descendió por el sendero del risco hacia el pantano. Zarzo siguió sus pasos, perdiéndose entre los arbustos.

Jonás escuchó cómo los ladridos se perdían e intentó levantarse. Le dolían las costillas, pero pudo ponerse de pie sin mucha dificultad. Miró la roca que ahora cubría el hueco y se frotó su nariz húmeda con

el puño.

Caminó hacia casa, cabizbajo y sin perder de vista el suelo que pisaba. Al llegar al huerto vio a su padre con su hermano en brazos. Salían del porche hacia la camioneta aparcada al otro lado del camino de gravilla. Su madre abrió la puerta del copiloto y su padre depositó allí a Eloy con cuidado, para luego arrancar y salir a toda velocidad vereda abajo. Jonás observó de incógnito el sobrecogimiento de su madre, atenta a la marcha de la camioneta entre la nube de polvo que había levantado.

—¿Qué le ha pasado a Eloy?

Al percatarse de su presencia, Bárbara se acercó y lo abrazó contra ella, lo que provocó un quejido del niño.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó ella, extrañada ante el lamento. Se agachó y observó el polvo de la ropa y su cara—. ¿Qué te has hecho? ¿Y estas heridas? ¿Qué te ha pasado, Jonás?

—No me duele. Me he caído jugando.

—¡Cuántas veces te he dicho que no andes por ahí solo! ¡Y menos cuando oscurece!

Bárbara respiró y contuvo la tensión acumulada para no dejarse llevar por el enojo.

—¿Eloy está bien?

—Sí, tranquilo. Vamos dentro. Date una ducha y vemos esas heridas, ¿vale?

El agua oxigenada sobre la piel le escocía, pero Jonás no expresó ningún tipo de congoja. Su madre se mostró ausente mientras le aplicaba el algodón impregnado sobre los rasguños.

Ante la insistencia de su hijo, Bárbara tuvo que contarle algo sobre el motivo de que hubiesen llevado a Eloy al hospital. Alteró la realidad de los hechos para quitarles importancia y le narró que su hermano se había caído bajando por la escalera de piedra que había aparecido tras la pared del distribuidor y que debía haberse torcido el tobillo.

—Entonces, ¿había un lugar secreto donde decía el tío Román?

Bárbara asintió y le advirtió que tenía prohibido acercarse. Que en cuanto llegase su padre cubrirían el hueco de forma provisional, pero que lo cerrarían al día siguiente. No intuía que su hijo, de propia voluntad, se alejaría de cualquier cavidad durante mucho tiempo.

Jonás escuchó atento el relato y las advertencias de su madre y quiso contarle su caída. El miedo que había pasado allí solo en el hueco y que, por primera vez en su vida, había creído que iba a morir y que las manos que lo habían agarrado eran las suyas. Pero no encontró, durante la cura, ni el consuelo ni la atención necesarios en los ojos ausentes de su madre. Decidió guardárselo y evitar así también algún posible castigo, en pos de la necesidad de abrazarla y

llorar.

—Te quiero, mamá —dijo con un hilo de voz casi inapreciable.

Bárbara reaccionó a sus palabras y lo miró a los ojos con una sonrisa emocionada que le hizo llorar.

—Yo también te quiero, mi ballenato.

Ambos se abrazaron y Jonás contuvo lo más que pudo el dolor de sus costillas. No quería que aquel abrazo acabase nunca.

19

Llegaron a la puerta de urgencias y una enfermera preparó una silla de ruedas. Le tomaron los datos y los instaron a aguardar su turno. Tras un rápido reconocimiento, pasaron a Eloy a la sala de espera de radiología para comprobar el estado de los huesos y el motivo del abultamiento de la pantorrilla. Le suministraron una dosis de analgésicos y antinflamatorios y le elevaron el soporte de la silla de ruedas para que mantuviese la pierna en alto. El dolor fue remitiendo y Eloy relajó el rictus y se mostró más receptivo a cualquier indicación.

—En este hospital naciste tú —dijo Nicolás, observando la sala de espera de urgencias.

—Ya me lo habéis dicho —respondió él de mala gana.

—Bueno, ha cambiado mucho desde entonces.

—Mamá me contó que se había quemado.

—Sí, bueno… Una parte sí. —Nicolás se levantó de la silla dando una palmada—. Bien, voy a por algo de comer y de beber. ¿Te apetece? Creo que hay una máquina fuera.

Nicolás salió y Eloy aprovechó para levantar el jirón de tela del pantalón vaquero y observar la protuberancia. Resopló agobiado, pensando en el verano que le quedaba por delante.

—Va a hacer diecisiete años —comentó un anciano sentado en la ristra de asientos contigua—. El mes que viene, sin ir más lejos, hará ya diecisiete años de la segunda explosión de la mina. Y sí, se quemó casi por completo.

Eloy observó al anciano, enchufado a un gotero.

—Yo nací el día que se quemó —indicó Eloy.

—Pues tuviste suerte, chaval, porque otros no lo contaron —dijo el anciano mientras abría su pastillero y seleccionaba con el dedo una cápsula de color rojo que se llevó a la boca y se tragó a palo seco—. Pero no sois del pueblo, ¿verdad?

—Acabamos de llegar.

—Se os nota. No sé si te lo habrán contado, pero aquello fue un desastre total. Y todo por culpa de los incompetentes que gestionaban la mina. Yo perdí a una prima que trabajaba aquí de auxiliar en Neonatos. Ya en la explosión de 1984 había perdido a un buen amigo del colegio que trabajaba de carretillero sacando el carbón. Todo el mundo, de una manera o de otra, ha perdido a alguien por culpa de esa maldita mina que debían haber cerrado hace mucho.

—¿Vive usted en Triviana?

—No. Yo soy de Torabelos, un pueblo de aquí al lado. Vengo aquí

porque es el hospital comarcal y no me queda más remedio, porque si no… No quiero nada con este maldito pueblo. Sin ánimo de ofender, chaval. Pero no quiero acercarme mientras viva… y menos de muerto. Aún tengo mis dudas de si me moriré sin ser testigo de otro desastre. Debajo de ese pueblo hay algo, y hasta que no salga no va a parar de llevarse a gente por delante.

Eloy sintió un escalofrío tras aquellas palabras que lo transportaron al maldito hueco que casi había acabado con él.

—¿Qué hay debajo del pueblo?

El anciano lo miró con media sonrisa dibujada en el rostro.

—Mejor no saberlo. Y no te toques la pierna, que lo que se toca se infecta.

Nicolás apareció con dos paquetes de patatas fritas y dos botellas de agua justo en el momento en que el enfermero los avisaba de que ya estaba todo preparado para hacer las radiografías. Sonrió al anciano y empujó a Eloy hasta la sala de rayos.

El médico advirtió a Eloy de que se agarrase fuerte a la silla y que mordiera el palo depresor antes de recolocarle la tibia y reducir el desplazamiento de la fractura. La maniobra manual era necesaria para recolocar los huesos antes de emplazar la férula y así reducir el abultamiento de la doble fractura de tibia y peroné. Eloy aguantó el dolor que le produjo el tirón seco, pero se le saltaron las lágrimas de frustración cuando el médico le indicó que debería llevar la escayola durante seis semanas como mínimo y hacerse una revisión semanal para comprobar la evolución de la soldadura. El doctor intentó minimizar la gravedad al confesarle que había tenido suerte de que no hubiese hecho falta una intervención quirúrgica para corregir la alarmante desviación que presentaba en el primer reconocimiento, pero ya nada podía consolarlo.

—Hemos tenido suerte, Eloy —fue lo único que dijo Nicolás en el trayecto de vuelta a la casa.

Eloy no respondió, influido por la combinación de emociones, la frustración y los analgésicos.

Nicolás se convenció de que habían tenido mucha suerte y que había sido su responsabilidad.

Su pensamiento volvió al hueco. Nunca hubiera podido imaginar lo que habían encontrado allí, incapaz de concebir que existiera aquel enorme vacío bajo los cimientos de la casa, precedido por un yacimiento arqueológico dolménico y que, sin duda, había sido ubicado allí de forma estratégica y por algún motivo. Su suegro lo sabía y por alguna razón había decidido sellarlo para siempre. Haber estado a punto de perder a Eloy lo hizo replantearse su manera de afrontar las decisiones. Le iba a resultar difícil olvidarse de aquel lugar y no seguir investigándolo o explotándolo, pero sabía que hacerlo

supondría el fin de su matrimonio y de su familia. Se lo había prometido a Bárbara de forma tácita, pero le costaría mucho controlarse y necesitaría ayuda. Aquellos arrebatos compulsivos lo dominaban y lo hacían perder el control total de su voluntad. Ya podían ser apuestas deportivas o inversiones de alto riesgo; una obsesión repentina por el pádel o por el coleccionismo de monedas romanas. Nunca sabía qué sería lo siguiente. Sabía cómo funcionaba: un elemento externo se le presentaba de repente y lo conectaba con una parte que había definido su ser en el pasado y que le servía para reafirmarse en su personalidad.

Pensó en su padre. Ahora sabía por qué su padre había vivido fascinado por la casa. Pero Jaime no tenía ni idea de la verdad y necesitaba compartirlo con él cuanto antes. La adrenalina que había sentido allí abajo iba a ser difícil de diluir con el antídoto de la unidad familiar, pero el silencio era un precio demasiado alto y el mecanismo de desintoxicación, demasiado lento.

Esa misma noche, tras otra discusión con Bárbara y cuando todos dormían, se adentró en el hueco, llamado de nuevo por los misterios que encerraba. Observó la inmensidad y un escalofrío lo recorrió ante la ausencia de acontecimientos. No percibió nada. No sintió nada.

Salió de allí y colocó varios tablones de madera sobre la pared. Movió el taquillón sin hacer ruido y volvió a la cama.

Bárbara escuchó a Nicolás manipulando el mueble del pasillo, incapaz de dormir. No pudo desprenderse de la angustia que le había supuesto la caída de su hijo en aquel hueco y del malsano pensamiento de que podría haber pasado algo mucho peor por culpa de su imprudencia. Ni aún centrándose en la enorme suerte que habían tenido era capaz de quitarse esa ansiedad, como si, de alguna forma, hubiese perdido a su hijo allí abajo y supiera que no iba a volver a verlo.

En el silencio de la madrugada, escuchó que alguien lloraba. El lamento parecía cercano, pero iba y venía, como el sonido remoto de un tren, cuyo rumor se mece según la dirección y la intensidad del viento. Se levantó del sofá cama y se dirigió al pasillo. Allí descansaban los tablones que no aislaban del todo la brisa, que se colaba curiosa por entre las juntas. Prestó atención y se dirigió a la habitación de Eloy, pero el lamento no procedía de su cama. Volvió sobre sus pasos y se acercó a Jonás, que se encontraba profundamente dormido. Creyó entonces que, al notar su presencia, uno de sus dos hijos había cesado su lloro y se había hecho el dormido. Pero el lamento volvió, procedente ahora del pasillo; parecía el de una niña pequeña.

Bárbara se acercó aún más a los tablones y, entre las juntas, la brisa


traía el irrefrenable lamento desde aquel espacio subterráneo.

20

La angustia no cesó esa la noche y la aflicción la acompañó durante toda la mañana. El estrés del incidente de Eloy y los recuerdos que habían aflorado al adentrarse en el hueco habían sido el detonante, pero Bárbara sentía algo más. No entendía el dolor que se había apoderado de ella, y semejante a la congoja ante la pérdida de un ser querido. No lograba controlar una aflicción que, dedujo, era consecuencia de la tensión de la última semana; o que igual provenía de meses atrás. O años. O tal vez siempre.

Observó a sus hijos mientras los tres desayunaban en silencio. Ninguno había pronunciado una sola palabra acerca de lo sucedido la tarde anterior y entendió que cada uno se guardaba sus motivos para no decir nada. Se sentó junto a ellos y se tomó su café con naturalidad. Respetó la quietud impuesta, pero con la mirada dirigida hacia el pasillo.

Eloy puso una leve mueca de dolor y emitió un quejido.

—¿Te duele? ¿Te has tomado la pastilla?

Eloy gruñó y asintió. Bajó la mano hasta la pierna e intentó meter el dedo entre la escayola y la piel.

—¿Qué pasa? —Bárbara intentó no sonar alarmada.

—Me pica, joder. —Eloy se rascó con la cucharilla con la que había removido el Cola-Cao.

Bárbara se levantó, abrió el congelador del frigorífico y sacó un paquete de ensaladilla que envolvió en un paño. Se sentó frente a Eloy, alzó su pierna sobre otra silla y le colocó el paquete de congelados sobre la escayola.

Eloy lo apartó de un manotazo y volvió a poner la pierna en el suelo. Se levantó ayudado por las muletas que mantenía apoyadas en su silla y, sin decir una palabra más, salió de la cocina en dirección a su cuarto.

Bárbara miró a Jonás, que se mantenía cabizbajo y no había tocado su tostada.

—Se le pasará —dijo Bárbara con confianza. Jonás removió la leche y contrajo los hombros sin mirar a su madre—. Y tú, ¿estás bien? Hoy intentad que se caiga solo uno, ¿vale?

El niño la miró sin entender el comentario.

Bárbara sonrió y se sintió ridícula. Jonás siempre había sido muy literal para todo. Volvió a su café y prestó atención tras escuchar un leve trinar.

—¿Oyes eso?

—¿El qué?

—Un pájaro.

Bárbara miró hacia la puerta que daba acceso al porche trasero y comprobó que estaba cerrada. También la ventana sobre el fregadero. El trinar se hizo más intenso y repetitivo.

—¿No lo oyes?

Jonás prestó atención y negó con la cabeza.

Bárbara se levantó guiada por el gorjeo y llegó al pasillo. Escuchó el estrepitoso cantar, acompañado de un aleteo que golpeaba el tablón que recubría el hueco de la pared tras el mueble. Se colocó de rodillas junto a este y prestó atención.

—¿Hay un pájaro ahí dentro? —preguntó Jonás tras seguirla.

Bárbara lo miró y le indicó que guardara silencio.

—¿Lo oyes?

Jonás negó con la cabeza de nuevo.

—Mamá, ¡tienes que sacarlo!

Bárbara empujó el pesado mueble con todas sus fuerzas y este fue cediendo espacio. Cuando pudo apartar uno de los tablones que cubrían el hueco, asomó la cabeza e intentó localizar el origen del insistente trino, pero el foco del sonido parecía haber cambiado.

—No lo veo —dijo Jonás tras asomar también la cabeza.

Una leve brisa, procedente de la escalera de roca, inundó la estancia y Bárbara escuchó cómo algo revoloteaba sobre ellos. Prestó atención, pero no vio nada. El aleteo se alejaba por el distribuidor y volvía hacia ellos en un constante movimiento circular. En una de esas batidas, Bárbara vio que Eloy la observaba desde la puerta de su habitación.

—¿Qué hacéis?

—Mamá ha escuchado a un pájaro ahí dentro. ¡Tenemos que sacarlo!

—Yo no oigo nada.

Bárbara comprobó que el trinar y el rumor del revoloteo se alejaban hacia la cocina y parecían desaparecer colina arriba. Se quedó inmóvil y sin querer dar cuenta de su experiencia. Después del episodio de los dados no quería preocupar a sus hijos.

—¿Dónde está, mamá? —preguntó Jonás, preocupado.

—Cariño, se habrá vuelto a ir por donde vino —dijo Bárbara tras volver en sí y ver que Jonás intentaba localizar al ave—. Seguro que hay otra salida por algún sitio.

—¿Otra salida? ¿Qué hay ahí dentro?

Bárbara y Eloy se miraron en silencio.

—Anda, vamos a poner el mueble otra vez en su sitio.

Bárbara colocó el tablón en el hueco y empujó el mueble hasta su posición inicial.

—Ya encontrará la manera, tranquilo.

El café estaba frío, pero Bárbara se lo terminó sentada en el porche trasero, observando a Jonás y su búsqueda diaria de hormigas. Le había prohibido alejarse, pero tampoco podía impedirle que jugara por la parcela. No quería parecer obsesiva, pero, de alguna manera, sabía que había algo más que Jonás no le había contado sobre sus arañazos. Las heridas eran demasiado profundas y numerosas como para habérselas hecho con una simple caída.

Bárbara miró hacia la carbonera y observó las cajas que todavía aguardaban junto a la puerta y recordó que aún no había llamado a un cerrajero. Había perdido a Jonás de vista y ascendió por el sendero en su busca. Tras otear el entorno, lo encontró de rodillas frente a una enorme piedra de pizarra. Se acercó con curiosidad y comprobó el enorme hueco que se abría ante él.

—Jonás, ¿qué haces? ¡Ten cuidado!

—Estoy esperando a que salga el pájaro. El otro día salió uno de aquí. Yo vi como lo sacaba…

Jonás se quedó en silencio al darse cuenta de la revelación.

—¿Quién?

Miró a su madre y no pudo evitar desviar los ojos hacia lo alto de la colina, donde el chico de la capucha los observaba atento, escondido tras un pino.

Bárbara dirigió también la vista hacia el mismo lugar y lo vio.

—¿Quién es?

—¿Tú también lo ves?

Bárbara se extrañó por el comentario y se puso de pie. Clavó la mirada en aquel extraño y, tras un instante en el que ambos examinaron al otro, caminó hacia él.

El chico de la capucha se dio la vuelta y se apresuró sendero abajo; las manos en los bolsillos de la sudadera y grandes zancadas.

Bárbara aceleró el paso, controlando la orografía del terreno para no caer. Pensó que el chico debía tener la edad de Eloy, pero por su forma de andar y su fisonomía parecía alguien mayor y enfermo.

—¡Espera!

El muchacho corrió, pero tuvo que detenerse para tomar aire y respirar.

Bárbara aprovechó para darse más prisa. Resbaló con la arenilla de las rocas y se agarró a un tronco para no caer.

—¡Solo quiero hablar contigo!

El chico arrancó a correr, pero las piernas le fallaron en ese primer impulso y cayó al suelo al tropezar con una roca saliente.

Bárbara llegó hasta él y se agachó para comprobar su estado. El chico se agarraba la pierna y respiraba con dificultad, a la vez que escondía su rostro girando el cuello contra la gravilla del terreno.

Bárbara vio las marcas de quemaduras de su cuello y parte del rostro. Unas cicatrices que ella reconocía muy bien.

—Tranquilo… ¿Dónde te has hecho daño?

La respiración entrecortada y forzada del chico empezó a preocuparla. Cada vez era más intensa y profunda, y las exhalaciones silbantes parecían alertar de que se asfixiaba.

—Mira hacia arriba. —Bárbara le giró la cabeza—. No pasa nada. No te preocupes. Tranquilo. Respira hondo.

Le apartó la capucha de la cabeza y echó hacia atrás el flequillo, como si aquella acción ayudara a que les llegase más oxígeno a los pulmones.

El chico clavó sus ojos en los de ella y la expresión de pánico se tornó en calma.

Bárbara examinó con detalle su aspecto. Su cara mostraba marcas de quemadura en la región derecha, y su pelo, largo y descuidado, ocultaba zonas de alopecia y cicatrices en el cráneo.

—Eso es, tranquilo…

Lo miró a los ojos e intentó calmarlo. Bárbara estaba acostumbrada y sabía que su sonrisa era la mejor de sus armas. Supo, por aquellos ojos llenos de pequeños derrames, que tras esa mirada se ocultaba mucho dolor y sintió una conexión inmediata y una gran empatía por el muchacho.

—Deja que te vea la herida.

Él dejó de apretar su escuálida pierna y ella le levantó el amplio pantalón vaquero hasta la rodilla. Se encontró más cicatrices y se esforzó en no sentir aún más lástima.

—Solo es un rasguño. No es nada.

Escuchó los ladridos de un perro que se acercaba. El cachorro se dirigió a la cara del muchacho y lamió sus lágrimas.

—¡Hijo!

Bárbara vio que Cecilia subía corriendo por el sendero, alertada al ver el cuerpo del chico tendido en el suelo.

—¡Nacho! ¿Estas bien?

La madre se puso de rodillas junto a él y acercó su cara a la de su hijo sin dejar de examinarlo y palparle, de forma compulsiva, todo el cuerpo.

—Ha sido una caída sin importancia. —Bárbara se había separado de ellos y los observaba intrigada—. No tiene más que un rasguño. Lo vi con mi hijo y él salió corriendo… No sabía quién era.

Cecilia se centró en la herida y comprobó la magnitud de los daños.

—Esta bien, vámonos a casa, Nacho —concluyó sin prestarle atención a Bárbara.

—Mamá, ¿está bien? —preguntó Jonás, que se había acercado y atendía al cachorro, que no dejaba de juguetear con él.

—Cecilia, si quieres, os puedo acercar al hospital.

—No. Al hospital no. Yo misma le haré la cura —respondió tras apaciguar su tono y forzando una sonrisa para disimular su nerviosismo.

—Tengo un botiquín en la casa. Entrad y la limpiamos aquí mismo.

Cecilia, ya calmada, miró a Bárbara y accedió mientras ayudaba a su hijo a ponerse en pie.

Eloy escuchó unas voces desconocidas tras la puerta cerrada del salón y se acercó, a duras penas, con sus muletas. Miró a través del cristal esmerilado, pero no pudo más que intuir las figuras, deformadas por la rugosidad del cristal. La puerta se abrió de repente y Eloy se encontró de frente a Nacho, lo que le hizo soltar un aullido debido a la sorpresa y el desconcierto por el aspecto de su cara.

Ambos se observaron unos segundos llevados por la curiosidad y la extrañeza, pero Eloy giró el rostro con incomodidad.

Jonás acompañó a Nacho al exterior de la casa y comenzaron a jugar con Zarzo como si nada, bajo la mirada todavía extrañada de Eloy.

Cecilia recogió los algodones de la cura e introdujo los enseres en el botiquín. Colocó cada uno de los medicamentos y materiales en el lugar correcto dentro del armario con una naturalidad que llamó la atención de Bárbara.

—Siento lo que ha pasado, Cecilia… No pretendía asustarlo.

—No se preocupe. Seguro que ustedes se habrán asustado más que él. Le tengo dicho que no merodee por la casa, pero no le entra en la cabeza. A veces viene a por el cachorro cuando se escapa, ya sabe…

—Claro. No me molesta que anden por aquí, lo único es que… no sabía quién era.

Cecilia cerró la puerta del romi y evitó mirar a Bárbara. Se colocó de nuevo la gomilla del pelo y se quedó pensativa.

—Antes pasaban mucho tiempo por la finca mientras yo cuidaba a su padre. Pero al final acabamos instalándonos aquí, ya sabe. Eduardo nos lo pidió…

—Lo sé. No hay problema.

—Nacho es buen chico.

Bárbara asintió. No le hacía falta la aclaración ya que lo había visto en sus ojos. No había podido evitar conectar con el chico por las marcas de las quemaduras. Marcas que, en aquel pueblo, suponían un vínculo invisible con una tragedia silenciada. No quiso preguntar por el origen. No le pareció prudente.

Cecilia se acercó a la ventana y observó a los chicos jugando con el cachorro.

—Parece que hacen buenas migas —dijo casi emocionada.

—A mis hijos les vendrá bien tener a alguien de su edad por aquí. Y ya con el perro…

—Nacho tampoco tiene muchos amigos. Ya se habrá dado cuenta de por qué.

Ambas se miraron con una complicidad que se rompió cuando Cecilia consultó su reloj con cierta preocupación.

—Tenemos que irnos. Tengo que trabajar en casa de la señora Victoria. Por cierto, mañana, a las diez de la mañana, está programada la misa por su padre. Por si quiere estar allí.

—Allí estaré —afirmó Bárbara con una clara convicción. Le debía eso a su padre después de no haberlo acompañado en su cremación—. Gracias por avisarme, Cecilia.

—Veo que están de reformas. —Cecilia echó un vistazo hacia el pasillo.

Bárbara notó el rubor que ascendía hasta sus mejillas.

—Bueno, solo es una mano de pintura.

—Por fin alguien ha quitado ese horrible papel de la pared.

—Sí. Desde luego…

—Está muy bien que hagan que la casa vuelva a ser un hogar. A su padre le habría gustado.

Cecilia se detuvo a observar los muebles del salón aún cubiertos con las sábanas que ella misma había colocado tras la muerte de Eduardo.

—Me hubiese encantado contratarte para que nos echases una mano, pero la cosa no está bien en este momento.

—Lo sé. No se preocupe. Si me he quedado así, con la mirada perdida, es porque me trae muchos recuerdos. Soy muy indiscreta, perdone.

—Por cierto —a Bárbara la invadió un pensamiento repentino—, no sabrás dónde está la llave de la carbonera… Me he vuelto loca buscándola y no hay modo.

—¿No está en el manojo de llaves que le entregué a su marido?

Bárbara se dio cuenta de que la mujer tenía razón. No había caído en que Nicolás se había quedado con el manojo original y encargado de hacerle las copias de las llaves principales.

—Tienes razón. En cuanto vuelva se la pediré. Quiero guardar allí algunas cajas.

Cecilia se acercó hasta la puerta de salida y recogió su rebeca del perchero.

—Otra cosa —los pensamientos y las preguntas no dejaban de bombardear la cabeza de Bárbara ahora que tenía a Cecilia delante—, ¿mi padre organizó las cajas? Quiero decir… Nunca fue muy cuidadoso con esas cosas y no sé si estaba en condiciones de hacerlo.

Cecilia, ya con la mano en el picaporte, se quedó quieta y

dubitativa unos instantes, antes de mirarla

—Sí. Lo hizo él. —Sonrió incómoda y abrió la puerta.

No era la respuesta que Bárbara esperaba y era la que menos la podía convencer.

Observó como Cecilia y su hijo, seguidos del cachorro, se alejaban por la vereda que bajaba hacia el pueblo. Volvió a escuchar el trinar que provenía del pasillo. Se levantó y se dirigió al distribuidor, decidida. Escuchó voces procedentes de las demás habitaciones, pero comprobó que sus dos hijos aún estaban fuera.

—¿Hola?

No había nadie, sin embargo, sintió que una presencia se cruzaba con ella y desaparecía en dirección a la cocina.

21

Nicolás se había acercado hasta el almacén de construcción del pueblo para comprar unos ladrillos y cemento para enfoscar la pared. Había realizado algunas chapuzas en el pasado, pero pensó que le vendría bien la ayuda de Román. No quería molestarlo más con sus historias (sobre todo porque tendría que darle muchas explicaciones con respecto al hueco), pero no podía arriesgarse a dejar entrar en la casa a ningún albañil y que diera parte de lo que habían encontrado.

No estaba convencido de que clausurar aquel lugar para siempre fuese la opción más acertada y sensata, pero de momento no tenía otra si no quería echarlo todo por la borda. Un descubrimiento de ese calibre debería ser estudiado, pero solo se le ocurría una persona que le pudiese aclarar algo sobre el asunto, y era su propio padre.

A veces, fantaseaba con la reacción que podrían tener los miembros del grupo de investigación y sabía que sería un pasaporte directo para ser uno de ellos. Sabía, por lo que le contaba Jaime, que en sus viajes alrededor del mundo habían visitado casi todos los lugares de poder catalogados y que se alejaban de las rutas más turísticas. Aquellos a los que solo los más entendidos tenían acceso. Sabía que lo que ocultaba la Colina Hueca podía superarlos con creces y les haría explotar la cabeza. Eliminó esa posibilidad de su mente y se esforzó en centrarse en su cometido. No podía fiarse de nadie.

Hizo una parada en la tienda de pintura y, obligado por su conciencia, decidió pasarse por la obra. Pensó que lo más sensato sería hablar con Román y que lo ayudara con el sellado. No le quedaría más remedio que contárselo, pero su hermano era la única persona en la que podía confiar. Ajustarían las cuentas y sería lo último que le pediría para que volviese a su vida.

Al llegar a la gestoría, comprobó que los andamios aún estaban montados y se quedó extrañado. Se suponía que las máquinas de aire ya estaban colocadas en la azotea y que, una vez pintada la fachada, debían retirarlos. Aparcó en la acera y buscó a Román. Dentro estaba todo preparado: los escayolistas habían terminado de montar el techo registrable y las lámparas led, las paredes estaban pintadas y la serigrafía en el escaparate; el mobiliario, ubicado en su lugar y con el plástico protector. Nicolás sintió alivio al comprobar que las interminables tres semanas de reformas habían llegado a su fin. Necesitaba trabajar y que su cabeza volviera a estar ocupada.

El encargado de obra no había visto a Román en toda la mañana y Nicolás aprovechó para pedirle consejo de cómo preparar una buena

mezcla de cemento. Decidió organizar la mesa de su despacho y hacer tiempo mientras su hermano regresaba. Se agobió al pensar en la cantidad de archivadores que aún tenía en casa con expedientes de clientes que no respondían a sus llamadas y en el tiempo que lo llevaría ponerse al día.

Miró el reloj y se sentó en la silla de oficina cubierta de plástico. El encargado le informó que la cuadrilla salía a desayunar y que se quedaba solo. Nicolás marcó el número de Román, pero el teléfono se hallaba apagado o fuera de cobertura.

La entrada se abrió y se volteó decidido, pensando que se trataba de su hermano, pero allí vio al hombre que lo había visitado hacía unos días y que había salido huyendo tras su mujer. Tenía la misma expresión perdida, pero más amenazante.

—Muy buenas. ¿Quería usted algo? —preguntó Nicolás con calma.

—No me recuerda usted, ¿verdad? —Lucio jugueteaba con su gorra y avanzaba hacia Nicolás con prudencia, pero con cierta hostilidad.

—Claro que lo recuerdo. Estuvo usted aquí el otro día. Y lo he visto en varias ocasiones pasar por delante del escaparate y mirar al interior. ¿Está usted interesado en contratar un seguro?

—No. No me recuerda. —Lucio soltó una risotada que le hizo toser.

—Perdone, no sé entonces a qué se refiere. ¿Lo conozco de antes?

—No lo culpo. He cambiado mucho en casi veinte años. Debí presentarme como es debido el otro día, disculpe. Soy Lucio Sierra. Yo era el guarda de la mina de carbón de Triviana, cuando el incidente…

Nicolás se puso de pie y se colocó delante de la mesa de recepción.

—Disculpe, pero de la explosión hace ya cuarenta años. Yo era un niño…

—Ya, ya… Me refería al segundo incidente. Hice el seguro de mi casa con su padre. Una parcela con un pequeño huerto al otro lado del pantano. Usted vino a verla entonces y la peritó.

—Lo siento, pero entonces estaba de prácticas e hice muchos peritajes. Todos los vecinos del pueblo habían contratado un seguro para sus propiedades después de la primera explosión.

—Sí… Yo fui uno de ellos. Y aquella parcela también la perdí. Pero esta vez por el incendio del hospital. Y usted… Usted consiguió demostrar que el incendio se debió a la explosión y que, por tanto, también se trataba de una consecuencia de una causa natural. Lo perdí todo… Otra vez. Ya había perdido mi casa de la mina y también perdí la finca de la familia de mi mujer. Lo único que me quedaba para dejarle a mis hijos.

Nicolás cambió el semblante cuando comprobó el cariz que adquiría la conversación.

—Voy a tener que pedirle que se marche…

—En la primera explosión no hubo indemnizaciones porque

demostraron que no hubo negligencia por parte de la empresa. En el juicio, los abogados, entre los que se encontraba su padre, me culparon a mí de no haber comprobado la ventilación y de ser responsable directo. También a los de mantenimiento por no acatar órdenes directas de la directiva. Órdenes que nunca recibieron. No solo perdí lo material, también perdí mi dignidad por unas putas perras que se ahorró la empresa, asesorada por ustedes.

—Como usted bien dice, fue la empresa la que…

—Y en la segunda la empresa ya estaba cerrada. La explosión fue una causa natural. Una condensación de gas grisú que la empresa debería haber controlado después de casi veinte años cerrada. Y todo por no contratar a alguien que se encargara de ello.

—La empresa quebró en el 84 tras la primera explosión. —Nicolás alzó la voz—. No hubo responsables civiles y su seguro no contenía ninguna cláusula que especificara que la aseguradora se tuviera que hacer cargo de los daños por una causa natural, señor Sierra.

—Ya va usted recordando…

—No, no recuerdo su caso, pero es un epígrafe estándar en este tipo de seguros.

—Lo perdí todo —dijo Lucio, afectado—. Como muchos otros del pueblo.

—Lo siento, señor Sierra. Entiendo lo que me dice, pero de eso hace mucho tiempo y se consiguieron ayudas para reubicarlos a todos en el pueblo nuevo.

Lucio observó el local mientras intentaba calmarse.

—Ya. Y de lo que sacó buen provecho Jaime Orcaray. ¿Y ahora vuelve usted aquí a montar una gestoría? ¿Nos está tomando el pelo? Soy el último que queda de los que trabajaban en la mina. Y cuando yo falte… Volverá a pasar. Usted y su familia ahora tienen una responsabilidad con este pueblo, así que… sea responsable.

Lucio salió del local y Nicolás relajó la tensión acumulada en su cuello. Estaba acostumbrado a lidiar con clientes como aquel en el pasado, pero había olvidado lo duro que se hacía armarse con la coraza de templanza que requería, en ocasiones, su trabajo.

Román apareció en el local media hora más tarde. Por su aspecto, y sus gafas de sol puestas, Nicolás dedujo que su hermano no se había acostado temprano la noche anterior.

—¿Hoy no se madruga? —dijo para romper el hielo y ejercer de hermano mayor y de jefe a la vez.

—Yo ya he terminado por aquí, Nico. ¿Dónde has estado tú estos días?

—Necesito que me ayudes con una última cosa.

—Nico, tengo que preparar las maletas para dejar libre el hostal.

—¿Cuándo te vas?

—Quería salir mañana. Iba a pasarme más tarde para despedirme de Bárbara y los chicos.

—Es una última cosa, de verdad. Y te dejo tranquilo. Hacemos lo siguiente. Vente, lo vemos en un momento y te quedas a comer. A los chicos les encantaría. Hemos pasado muy poco tiempo juntos y así charlamos tranquilos antes de que te marches.

—No puedo. Tengo que preparar el pasaporte y los papeles para el viaje…

—Román. Es que tengo que enseñarte algo —dijo Nicolás con cierta desesperación.

22

Nacho tomó una de las piedras de la orilla y la lanzó con efecto sobre la superficie ondulante del pantano. El sonido sordo de la piedra contra el agua alertó al cachorro, que dejó de juguetear con Jonás. Zarzo volvió raudo junto a su amo y esperó un nuevo lanzamiento.

Jonás se acercó para observar la perfeccionada técnica. Su primera impresión sobre el chico había cambiado por completo. Se sentía ridículo por haberlo temido al verlo rondar por la finca y creerle un fantasma. Viéndolo lanzar, percibió una cercanía que atribuyó a la dramática experiencia que habían vivido días antes y por la que aún no le había dado las gracias.

Nacho le enseñó con paciencia a lanzar con efecto y practicaron en silencio. Todos los tiros iban dirigidos a la torre metálica del pozo y competían por ver quién conseguía más saltos sobre la superficie y, en caso de empate, ganaba quien se acercaba más a la estructura hundida. Darle a la torre era otro de los bonus que, aún resultando imposible de alcanzar, se habían marcado como objetivo final en la improvisada competición.

Nacho se sentó sobre el tocón donde había dejado la mochila y le lanzó un palo a Zarzo, que no había agotado toda su energía.

Jonás siguió perfeccionando su lanzamiento hasta que el sol se colocó tras la torre y apenas vislumbraba los saltos que conseguía.

—¿Sabes bucear? —preguntó Nacho.

—¡Claro!

Jonás sabía nadar desde los cinco años gracias a las clases de natación que se impartían en los campamentos de verano para los chicos de la hospedería. Pero desde que vivía con su nueva familia en la ciudad no había tenido oportunidad de practicar. A la hora de elegir actividad se había decantado por el rugby, pero desde siempre le había encantado bucear, aunque no sabía si atreverse a hacerlo en aquellas aguas.

—¿Y tú?

—Yo no puedo —contestó Nacho, mirando el pantano con cierto desaliento.

—¿Y nadar?

—Bueno, nadar sí. Un poco. Pero poco tiempo y sin meter la cabeza.

—¿No puedes respirar?

Nacho miró a Jonás sorprendido por la pregunta.

—Sí puedo, si no, no estaría vivo. Pero no puedo como tú o como los demás. Si respirara bien, me encantaría meterme en el agua y

bucear.

—Pero en el pantano no se puede bucear, ¿no? No se verá nada con el agua tan turbia.

—Me da igual no ver nada.

—Yo te enseño, no te preocupes. Estaría guay ver el pueblo hundido, las casas…

—Si hace buen día, algo se puede ver. ¿No te daría miedo?

Jonás negó con rotundidad.

—Podría encontrar algún tesoro…

—Ya no hay nada de valor ahí abajo. Mucha gente ha venido a hacer inmersiones para intentar encontrar algo. Había grupos organizados todos los veranos, pero nunca encontraban nada. Buceaban entre las casas… Con la iluminación del sol del mediodía y con unas buenas gafas, dicen que se ve bastante bien el pueblo. Los submarinistas llegaban incluso hasta la mina, entraban por la casa del guarda y se sumergían hasta el pozo. Siempre con un profesor de buceo, claro. —Nacho paró unos segundos para tomar aire—. Las excursiones las hacían con bombas de oxígeno, pero otros solo usaban snorkels.

—¿Y ya no vienen?

—Ya no las hacen. Se ponían ahí en la caseta que hay junto al merendero y preparaban las excursiones. Creo que lo prohibió el Ayuntamiento. Tenían miedo de que pasara algo. Sobre todo, después de lo de la niña.

—¿Qué niña?

—Una niña que desapareció y apareció ahogada en el pantano días después. Hay que tener cuidado en la colina, ya te has dado cuenta. Hay que conocerla bien…

Jonás se quedó serio y volvió a lanzar otro canto al agua. Trató de alcanzar el castillete y se quedó pensativo.

—¿Y han bajado a la mina?

—Muchos venían para ver si se podía bucear hasta el interior, pero la entrada quedó sellada por la explosión. Aunque… decían que había otra entrada, pero demasiado complicada para convertirla en un atractivo turístico. Eso me contó Eduardo.

Jonás lo miró extrañado.

—¿Eduardo?

—Sí. Tu abuelo.

—Ah. Bueno, en realidad no era mi abuelo.

A Jonás le sorprendió lo que Nacho le contaba con esa confianza y naturalidad. No le había dado la sensación de que fuese una persona habladora después de ver cómo se comportaba con su madre. De nuevo pensó en lo mucho que había cambiado su percepción de él. Su manera de hablarle, de contarle cosas, e incluso de nombrar a su

abuelo (cosa que no hacía nadie de su familia) le resultó alentador. Apenas sabía nada de aquel hombre o del pasado de su familia adoptiva. Era un vínculo que de vez en cuando echaba de menos.

—¿Tú vivías con mi abuelo?

Nacho se quedó en silencio. Recuperó la respiración normal después de la charla y asintió con cierto abatimiento.

—Mi madre cuidaba de él todo el día y… bueno, sí. Vivíamos con él.

—¿Y dónde vives ahora?

—En el pueblo. En la casa de mi madre.

Ambos observaron cómo el sol se ocultaba bajo la colina al otro lado del pantano y los dejaba en penumbra.

—Tengo que irme. Y tu deberías subir por el camino, no por el sendero del risco, ¿de acuerdo?

—Ya, ya. ¿Y por qué hay tantos agujeros?

Nacho miró hacia la colina.

—Porque está hueca. Debajo hay un gran hueco, que dicen que llega hasta la mina. La colina es como un pulmón y hace que la tierra respire y que no haya más explosiones ahí abajo. Pero eso ya te lo contaré otro día.

Jonás se quedó sin palabras, aquella frase había logrado asustarlo.

Nacho caminó en dirección al pueblo por la orilla del pantano.

Jonás decidió hacerle caso y salió por el sendero de la valla de troncos de madera, para luego bordear la colina y subir por el camino que ascendía hasta la cancela principal de la finca. No dejó de darle vueltas a lo que le había contado Nacho y quiso saber más sobre esas historias y su desconocido abuelo.

23

Lanzó su móvil a la cama, cansado de mirar la pantalla. Su madre, aún anclada en la era analógica, le había aconsejado que llamase a sus amigos para saber de ellos y que les explicara el motivo de su ausencia social. Eloy había evitado mirarla, porque el desprecio que sintió en ese momento le pareció excesivo.

—Por favor, mamá, ¿quién llama hoy día por teléfono?

Su vida social estaba acabada y, aunque fuese consciente de su falta de moderación en el pasado, el castigo le parecía excesivo y mucho más perjudicial a la larga. En Madrid habían pactado usar los datos móviles media hora al día para integrarse en los grupos, poner al día su Instagram, ver porno o, al menos, darle like a los TikTok de sus amigos para que supieran que seguía vivo. Pero ya pocos se interesaban por él, ni siquiera los digitales, y tras aquella media hora sentía una desazón aún mayor, por lo que había vuelto a las conexiones clandestinas.

Sus padres no tardaron en darse cuenta, advertidos por la orientadora, ya que todas y cada una de las conexiones de su plan quedaban registradas en el área de cliente. Descubrieron que Eloy llamaba a la compañía telefónica haciéndose pasar por el titular para quitar las restricciones de la línea, por lo que su padre puso una denuncia y la compañía aplicó una alerta cuando saltara la ficha de cliente para que solo se lo atendiese tras solicitar una palabra clave que solo conocía Nicolás. Eloy se sintió como un delincuente la primera vez que la operadora le pidió la clave y, por muchos argumentos que le ofreció a la trabajadora, nunca más le permitieron eliminar las restricciones. Su vida social había muerto, por mucho que la orientadora sostuviera que tras la recuperación tendría tiempo suficiente para rehacerla.

Se puso de pie con un quejido mudo. Agarró la muleta y la lanzó hacia el pasillo, mirando con furia el mueble que cubría el hueco. En un verano que se adivinaba largo y tedioso, barajó como única opción de ocio mezclarse con la pandilla de paletos obsesionados con viejas deidades y rituales paganos. Había pocas opciones más y, aunque Olena comenzaba a convertirse en una obsesión, tuvo muy claro que no debía meterse en ese terreno si no quería que su novio y su escudero de más de cien kilos acabaran rompiéndole los huesos que le quedaban de una pieza.

Se tragó el orgullo y recogió la muleta. Se sentó en el porche trasero para contemplar el atardecer, como un anciano en cuidados paliativos, y se dio pena. Estaba cansado de ir a remolque de sus

padres, harto de no saber qué estudiar al año siguiente (aunque con toda probabilidad tendría que repetir el examen en septiembre y quién sabía si esperar un año para acceder a la universidad) y harto de no tener la capacidad de decidir sobre su propia vida. Entendió que era lógico que los flipados del pueblo se pusieran hasta arriba de drogas y alcohol, porque no debía haber otra manera de pasar la vida allí.

Como si los hubiera invocado, Eloy vio a Olena y al resto de la pandilla ascendiendo por el sendero del risco. Se incorporó y caminó colina arriba por la linde, motivado por una forzosa curiosidad y haciendo caso omiso a las recomendaciones de reposo absoluto.

Bruno y el chico del pelo oxigenado lanzaban piedras a Chambón, que cargaba en su espalda con una especie de trono de madera. La pandilla llegó hasta la chimenea de ventilación y señalaron varios lugares. Eloy intuyó que estaban organizando el recorrido para la noche de San Juan.

Chambón no tardo en percatarse de su presencia y avisó a sus compañeros con un movimiento de cabeza. Eloy decidió que era absurdo esconderse tras los pinos y siguió hacia ellos como si nada. Olena le dedicó una sonrisa que lo invitaba a acercarse.

Bebieron cerveza alrededor de la chimenea. Olena le preguntó por su pierna y no tuvo más remedio que mentir. Se creía lo bastante listo como para no bajar la guardia por mucho que ella le gustase. Si saliera a la luz lo que habían hallado bajo la casa de su abuelo, podría poner en peligro lo único que les quedaba después de los desfalcos. No le gustaban ni el lugar ni la casa ni el pueblo, pero era consciente de que, al menos, tenían un hogar donde quedarse. Se descubrió a sí mismo mirando a Olena obnubilado y demasiado sonriente. Al percatarse, decidió echar mano de la cautela. Bruno lo había estado observando mientras preparaban las bolas de algodón que impregnaban en queroseno y colocaban en un oxidado bote de pintura vacío.

De repente, Chambón alertó a su amigo de que había escuchado algo entre los pinos y Bruno preparó el tirachinas y el mechero. Guardaron silencio y oyeron movimiento entre las esparragueras secas. Eloy observó las viejas marcas de quemaduras en los brazos de Olena, mientras ellos se distraían con la caza.

Escucharon un ladrido entre los arbustos y se giró alarmado. Debía tratarse de Zarzo, y aquel tío lo estaba apuntando con una bola de fuego.

Bruno pidió silencio ante las risas del resto y todos obedecieron.

A Eloy se le aceleró el pulso y concentró sus sentidos en encontrar la situación del cachorro. Deseó que Zarzo encontrara un conejo y desapareciera tras él vereda abajo.

—Oye, ¿por qué no me invitáis a una partida de Overwatch y

damos unos cuántos tiros, ¿eh? —dijo Eloy rompiendo el tenso silencio—. Este pueblo es un puto aburrimiento.

Bruno relajó sus brazos y dirigió el tirachinas hacia él.

Todos lo observaron y Chambón se empezó a reír.

—Anda, vámonos ya —propuso Olena, ayudando a levantarse a Fayna.

Pasaron el resto de la tarde en la nave. El paseo lo había agotado y necesitaba una nueva dosis de analgésicos para calmar el dolor de su pierna. La partida le había dado un chute que lo había hecho olvidarse de la dolencia y de la pesadumbre del día durante un rato, pero la dopamina no obraba milagros.

Ya había oscurecido cuando salió. Para paliar el dolor, le había dado alguna calada a uno de los canutos que había preparado Bruno, pero ahora la palpitación le llegaba hasta la ingle. Se mareó y vomitó las cervezas junto al camino de la reguera. Se apoyó en el asiento del tractor abandonado y respiró el aire fresco que provenía del pantano. No quería llamar a su madre y que lo viese así, por lo que decidió esperar a que se le pasase el dolor antes de caminar rumbo a casa. Se tumbó sobre el destartalado asiento y se quedó dormido.

Cuando despertó, no supo qué hora era, pero la noche se había cerrado por completo. Solo se escuchaba a los grillos. Trató de incorporarse, pero el dolor regresó en forma de intensa punzada que le recorrió el cuerpo. Se agarró al chasis del tractor y se incorporó dando un alarido.

Se armó de paciencia y caminó por la orilla del pantano. La luz de la luna se reflejaba en las calmas aguas y el silencio se quebró únicamente por la estridulación de los grillos.

Escuchó algo entre los chopos del merendero. Parecía un gemido. Continuó por la orilla hasta que vio una silueta iluminada por la luna llena. Se colocó tras un tronco y observó la escena.

Reconoció la melena de Olena. Estaba desnuda y se contoneaba sobre una figura tumbada sobre la grama. Su movimiento rítmico y sus gemidos no dejaron lugar a dudas. La chica alzó sus brazos y se recogió la melena mientras exponía su pálida piel bajo la luna. Entre sus piernas se encontraba el fantoche, con su triple cabeza de animal y su túnica de saco.

El fantoche dio un alarido y Olena aceleró el ritmo de su vaivén, hasta que se arqueó hacia atrás y dio un grito que resonó por todo el valle.

24

Había crecido mendigando retales de su infancia. Su tía Sabela parecía haber desarrollado una excepcional destreza en evasivas y maniobras de distracción, que hicieron del silencio el refugio de su prudencia. Aquella mujer, sobrepasada por la carga y la responsabilidad, decidió delegar la educación de esa niña apocada a las hermanas del Colegio de las Esclavas de Dios, donde Bárbara acabó por aceptar la culpa y los incontestables designios del Señor. Sabela había tomado la decisión tras el incidente con los paramédicos durante una visita a Eduardo, que se negaron a volver tras las amenazas de muerte de su hermano. Su tía sabía que el ermitaño estaba perdiendo la cabeza y que la soledad no lo había ayudado como esperaban. Necesitaba ayuda psiquiátrica urgente y, tras consultarlo con Jaime, decidieron concertar la visita con un profesional. Nadie había conseguido entrar en la casa desde el accidente. Quien lo intentaba salía de allí con la promesa de llevarse varios balines de escopeta bajo la piel. Tan solo había permitido que entrase su hija en contadas ocasiones y, cada vez, encontró a su padre perdido en sus pensamientos y ausente del mundo real. Ella lo había intentado convencer de que necesitaba ayuda, pero cualquier conversación que tratase el tema de abandonar la casa le despertaba una incontrolable violencia.

Bárbara se limitaba a observar cómo su padre interactuaba con disimulo con otra realidad que parecía haber creado en aquella casa. Su padre la nombraba, pero sin dirigirse a ella. Era testigo de conversaciones con su hermana Clara, e incluso se dirigía al pequeño Eduardo y a Rosalía. Todo con una mirada perdida y un movimiento ocular que parecía querer abarcar diferentes situaciones al mismo tiempo. Pero bajo esa pátina de falta de cordura, Bárbara apreciaba cierto atisbo de felicidad y calma. Visitar a su padre se volvió un acto de observación y de aceptación de que ella no era más que una parte de la realidad que su padre manejaba dentro de su cabeza.

Se quedó inmóvil frente al hueco y prestó atención para comprobar si volvían las presencias o el trinar de los pájaros. No quería dejarse manipular por lo que fuese que hiciese con ella aquel lugar. Eran viejos conocidos. En el silencio de la noche y postrada delante del enclave, cerró lo ojos y agudizó sus sentidos. La angustia propia de un duelo fantasma había inundado su ánimo y supo entonces que llegaría la brisa. La corriente que siempre traía, desde el interior de la tierra, un murmullo que recorría la superficie cavernosa y cristalizada de aquel vacío y cuyo clamor se percibía tan nítido como la música al

contacto de la aguja con los surcos de un vinilo. Un enorme gramófono natural cuya melodía no era la realidad, sino la representación misma de sus decisiones.

Movió el taquillón sin hacer ruido y desplazó los tablones hacia un lado. Emprendió el descenso y la brisa cobró fuerza. Los murmullos aumentaron su intensidad. Las sombras se cruzaron con ella en los escalones labrados en la roca. Caminó por la gruta abovedada y se detuvo frente a la portada de roca que se alzaba grotesca a la luz de la linterna.

Le pareció reconocer su voz y la de Nicolás. Las ráfagas eran irregulares, por lo que el sonido también iba y venía de forma anómala, inconexo y pervertido por las modulaciones de la misma piedra.

De repente, observó una sombra que se aproximaba desde el otro lado del dolmen. Una imagen borrosa acompañada de una ráfaga de aire que traía consigo un llanto. Cruzó frente a ella, ajena a su presencia, y la pequeña sombra alzó los brazos intentando alcanzar algún lugar al que asirse. Atravesó su cuerpo, reptó por la escalera de roca y desapareció en la oscuridad del ascenso hacia la casa.

Bárbara intentó mantener la calma, pero estaba sobrecogida por la visión que acababa de presenciar. Entonces, y sin esperarlo, se vio a sí misma subiendo tras la sombra, pero su cuerpo estaba inmóvil, o ella así lo creyó. Se giró hacia la oscuridad del dolmen y una nueva proyección de sí misma se dirigió hacia el vacío. Dejó de pensar presa del bloqueo. Permaneció agazapada en la esquina de la fría cueva sin hacer nada, y esperó a que la brisa cesara. Cuando consiguió calmar su ansiedad decidió volver a casa.

Miró a su alrededor y caminó por el pasillo. Examinó el espacio con los sentidos aguzados. Volvió el llanto, que la condujo hasta el rellano. Abrió la puerta y salió al porche. Se encontró con la oscuridad de la noche y, tras una corriente de aire fresco, vio a una niña corriendo, tan real como la misma cancela por la que salía hacia el camino.

La niña, de pelo albino, ojos oscuros y piel tiznada, giró la vista una última vez antes de bajar hacia el pueblo envuelta en sollozos y escalofríos; sin parecer percatarse de presencia alguna. Desapareció tal como había llegado, diluida entre el claroscuro de la luna llena.

Bárbara apagó la linterna. Su haz de luz había atravesado aquella imagen que le había parecido sólida y evanescente al mismo tiempo. Intentó encontrarle la lógica, pero no encontró una explicación. La brisa y los sollozos cesaron. También su angustia, que la guio hasta la habitación de su hijo Eloy que, como si del despertar de un sueño se tratara, le devolvió la extraña certeza de que no lo había perdido en el hueco por el que había caído. Se alegró y lloró al darse cuenta de que se hallaba en su cama y que a la mañana siguiente seguiría con su

rutinario malhumor.

Esa noche soñó con el gran agujero que se escondía bajo la casa. Eloy había vuelto a caerse y ella era la única que podía oír su voz en las oscuras profundidades de la gruta. Nadie más escuchaba sus lamentos y, a pesar de que todos lo habían dado por perdido, Bárbara conseguía bajar por las abruptas paredes, guiada por la brisa que mecía su nombre, hacia una luz incandescente que abrasaba sus ojos. La voz lejana de su hijo se solapaba con la suya, hasta convertirse en otra voz que no reconocía. La luz cegadora descendía hasta un cristal de roca al que se aferraba para no caer. Román alargaba el brazo, desde el hueco que había descubierto, y la cargaba hasta él sin esfuerzo.

Al despertar, sintió el mismo alivio que en el sueño, pero se asomó al dormitorio de Eloy para comprobar que se hallaba a salvo. El sentimiento de angustia por su pérdida aún no había desaparecido.

25

La ordenación del nuevo pueblo de Triviana era simple: todas las calles de la zona residencial, con bloques de pisos de tres alturas y soportales, parecían la misma; sin una identidad histórica y sin los elementos ornamentales propios de los diferentes movimientos artísticos. Sin vacíos urbanos o los lugares pintorescos que caracterizaban a cualquier pueblo del mundo. En los últimos cuarenta años, desde que se había colocado la primera piedra de la Casa Consistorial, apenas había cambiado su imagen y no se habían llevado a cabo obras de nueva construcción. Triviana se hallaba varada en el tiempo y parecía regocijarse en el pasado.

Mientras buscaba la iglesia, Bárbara recordó que nunca se había reconstruido la vieja iglesia románica de San Juan Bautista, sepultada bajo el fango al estar situada en la zona más baja del valle y donde el río Racimo alcanzaba mayor caudal. Las ayudas se habían centrado en construir la zona residencial y el polígono industrial, base para el óptimo desarrollo del nuevo pueblo. Se destinó también una partida a levantar una modesta capilla dedicada al santo y a los mineros fallecidos. Los vecinos no tardaron en quejarse del diseño de su lugar de culto.

Encontró la austera capilla que coronaba una pequeña y sobria plaza de cemento, que en nada discordaba con la frialdad del resto de la urbe. La fachada de la iglesia se componía de un paramento blanco y austero, en el que unas llagas hundidas en el hormigón formaban una estilizada cruz. Su mástil central culminaba en una pequeña espadaña que sobresalía de aquel deslavazado prisma rectangular, carente de cualquier tipo de ornamento.

Pocas veces había acudido a la iglesia durante el tiempo en que vivió en la casa de su tía, o incluso tras su regreso del colegio de las Esclavas, pero el tenue recuerdo que le quedaba no se correspondía con la realidad. La recordaba más grande e imponente, pero no destacaba entre las edificaciones colindantes. Desprendía la misma falta de alma que emanaban el resto de los bloques.

Atravesó el pórtico rectangular, cuyas hojas de madera invitaban a entrar y anunciaban los horarios de visita a al templo. Otros carteles notificaban el calendario de las próximas misas, esquelas y los ruegos a los fieles para que se abstuvieran de dar limosna a los mendigos de la puerta, instando a dar su donativo al párroco para la provisión de alimento y ropa a los más necesitados. Bárbara volteó la vista hacia la entrada. No recordaba haber visto nunca antes a un mendigo por aquel lugar.

El interior era igual de austero que la fachada: paredes encaladas, suelo de terrazo color crema y un altar de hormigón visto, con una enorme cruz de madera iluminada desde su parte posterior, lo que le otorgaba cierta apariencia de ingravidez. La luz natural provenía de las claraboyas ubicadas en la cubierta de madera a dos aguas. La capilla se hallaba en absoluto silencio y sus pasos retumbaron con la excelente acústica del santuario. Una pareja de mujeres, sentadas en primera fila, se giró hacia ella. La observaron, atentas, en su deambular hacia la bancada de la primera fila. Bárbara reconoció la figura de Cecilia, sentada en la esquina opuesta a las señoras, y se sentó junto a ella llevada por la inercia de la incomodidad.

Cecilia le sonrió. Llevaba una camisa negra y una falda que le daban un aspecto más avejentado del habitual. Pensó que sus vaqueros y su blusa desentonarían mucho más junto a ella, pero no le importó. Nunca se había detenido en aspectos protocolarios en cuanto a vestimenta se trataba y entendía que la ropa no debería ser una extensión ortopédica de su padecer.

Se escucharon pasos que irrumpían en el templo y Bárbara no pudo evitar girarse, como habían hecho las dos señoras a su llegada. Vio entrar al guarda de la antigua mina y observó que se acercaba a una hornacina labrada en la pared y en la que se ubicaba un pequeño altar con flores y velas. El hombre se quedó un instante delante de la hornacina, con los ojos cerrados, para después santiguarse y besar una fotografía que había sacado del bolsillo. Lucio miró a su alrededor con pudor, se guardó la fotografía de nuevo y se sentó de forma discreta en un banco de la última fila.

Antes de volver la vista al frente, Bárbara reparó en que una mujer la observaba desde la puerta. Le costó ubicarla en su memoria. Tras alguna arruga y un pelo íntegramente blanco reconoció a Victoria, su maestra de primaria y actual alcaldesa. Penso que, si un alcalde era el alma del pueblo, era lógico que este se hallara en estado catatónico.

Resultó ser una misa convencional, con la salvedad de que el párroco había rezado por el alma de su padre. En cualquier caso, le pareció un gesto honorable y que humanizaba, de alguna manera, a aquella comunidad. Bárbara había mirado de reojo a Cecilia en la parte final, ya que la había notado nerviosa. Pero en cuanto el párroco nombró a su padre, la mujer pareció relajarse, emocionada. Le supuso un conflicto interno que mostrase más aflicción que ella.

Esperó a que Cecilia diera las gracias al párroco y, para hacer tiempo, se acercó al pequeño altar de la esquina. Entre velas encendidas reposaba un ramo de flores silvestres.

Ambas salieron cuando ya no quedaba nadie. En la portada las aguardaba Victoria Manso con la misma pose erguida y solemne que había mantenido durante la ceremonia.

Cecilia ofició la presentación con la prudencia que la caracterizaba.

—Bárbara, la señora Victoria —dijo con una sonrisa mientras la invitaba a acercarse—. Ella es Bárbara Alfaro, la hija de Eduardo.

La alcaldesa se hizo la sorprendida y le dio dos besos.

—Sí, ya nos conocemos —respondió Bárbara sin mucha efusividad.

—¿De verdad te acuerdas de mí?

—Está usted igual. No ha pasado el tiempo —mintió Bárbara.

—Tú no estás igual, pero los ojos… son los mismos.

—Me ha dicho Cecilia que es usted ahora la alcaldesa.

—¿Qué te parece? ¡En las cosas que me meten a mi edad! En otro lugar jamás hubieran consentido que una vieja llegase a alcaldesa, pero aquí en Triviana… Aquí cuidamos de nuestros mayores y de la tradición. Y nos sentimos orgullosos. Por las circunstancias que nos preceden, hemos aprendido el valor de lo antiguo y sabemos lo importante que es protegerlo, cuidarlo y asegurarnos de que no sea dañado, deshonrado o mancillado…

—¿Ya no da usted clases? —preguntó Bárbara cambiando el discurso.

—No, hace unos años que me retiré de la enseñanza. —«Por suerte para los alumnos», pensó Bárbara—. Llegué a ser directora del centro —prosiguió Victoria—, pero empecé a dedicarme a tiempo completo al pueblo cuando falleció mi marido.

—Lo siento.

—Hace mucho de eso. Ahora me dedico en cuerpo y alma a cuidar de este pueblo y la gente. A los de siempre… y a los nuevos.

Victoria miró a Cecilia y forzó una sonrisa, mientras le tocaba la cara, como un mesías que propagase su impostada bondad.

«Sin duda, sigue tratando a todo el mundo como a niños pequeños a su cargo», pensó Bárbara, lo que le produjo un escalofrío que le erizó el vello del cuerpo. Recordaba aquella condescendencia a la hora de hablar, esa superioridad moral en el trato con los demás y la pasividad agresiva que se percibía en sus muestras de cercanía. Bárbara tuvo que forzar la sonrisa durante todo el encuentro, a pesar de que la mente la bombardeaba con imágenes de su paso por el colegio y, en particular, de la clase de la maestra Victoria. Recordó la ocasión en la que la sacó a la pizarra y le apretó la cara contra la multiplicación que había fallado, dejándole marcado con tiza el resultado en su frente. «Así no se te olvidará», la humilló delante de la clase.

—Bárbara, ¿por qué no te pasas un día por mi oficina y hablamos tranquilamente? Te podría enseñar el proyecto para el nuevo centro de interpretación sobre la mina que queremos inaugurar y, no sé, podríamos comprobar si hay un puesto para ti, ahora que has vuelto a instalarte con nosotros.

—Se lo agradezco, pero empezaré a trabajar con mi marido en

cuanto abramos la gestoría.

—Ah, sí, la gestoría. Me interesaré por ver cómo va la aprobación de la licencia de apertura. Estamos encantados de que tú y tu familia forméis parte de nuestra comunidad. Villa Hulla es uno de nuestros referentes patrimoniales y nos gustaría que, ahora que tú vas a ocuparte de ella, lo sea de la mejor de las maneras. Cecilia podría echarte una mano. Es muy buena organizadora y muy trabajadora…

—Lo sé. Pero, de momento, estamos bien.

—Bien.

La sonrisa forzada e imperturbable de la señora Victoria comenzó a flaquear y le otorgó una apariencia postiza e inquietante.

El encuentro de miradas se rompió con el sonido de las bisagras de los portones de la capilla. El párroco se disponía a cerrar el templo mientras observaba a la recién llegada.

Bárbara había reconocido al hombre que también había oficiado la ceremonia por su tía Sabela, dieciocho años antes. No había olvidado su cara, a pesar de que los años lo habían hinchado y el tiroides parecía haberle expulsado los ojos de la cara. También se había encargado de darles la comunión en el colegio de monjas. Sus sermones le habían causado pesadillas, sobre todo los que hacían referencia al camposanto del viejo pueblo y el día en el que habían tenido que rescatar a los muertos de la corriente tras la inundación.

«En ese pueblo ya no se entierra a los muertos. Vosotras tampoco seréis enterradas y arderéis bajo el purificador fuego de vuestros pecados. El fuego nos libra del mal camino y de confundirnos en esta vida, otorgándonos la promesa de la vida eterna».

—Ha sido un placer volver a verla —se despidió Bárbara al regresar a la realidad con el contundente cerrojo del portón.

—Ven a verme —repitió la alcaldesa, volviendo a sus prácticas de control.

Bárbara comenzó a caminar por la plaza y Cecilia la acompañó con la excusa de que también iba en dirección al mercado.

—¿Cómo está tu hijo? —preguntó Bárbara para romper el silencio. —Cecilia asintió con una sonrisa—. ¿Cómo se hizo las quemaduras?

La pregunta tomó por sorpresa a Cecilia, que entrelazó los dedos, como había hecho durante toda la misa. Su sonrisa se esfumó y se le desencajó la cara.

—Perdona. No quería importunarte. Estas cosas no se preguntan así.

—No importa. Solo que… es doloroso.

Bárbara sintió sus propias cicatrices por encima de la blusa, al tocar su vientre de forma instintiva.

—¿Fue en el incendio del hospital, ¿verdad? También estabais allí ese día.

Cecilia asintió, volviendo a caminar tras la incómoda pausa. Bárbara no quiso ahondar en el tema, pero le surgían más dudas y preguntas que tarde o temprano le gustaría aclarar. Ambas habían compartido la misma tragedia diecisiete años antes y ahora se volvían a encontrar en una carambola que no le parecía para nada casual.

Antes de reanudar la marcha, Bárbara se detuvo en un cartel grapado a un poste de teléfono. La fotografía no estaba completa, pero al ver el pelo albino y los ojos oscuros no le cupo duda de quién era la niña cuya desaparición se anunciaba. Bárbara se quedó blanca.

—¿Quién es esa niña? —preguntó a Cecilia casi sin resuello.

—Es la nieta de Lucio, el antiguo guarda de la mina.

Bárbara visualizó el altar con las flores y al hombre que besaba la pequeña fotografía. Todo empezó a darle vueltas.

—¿Qué ocurre, Bárbara? —preguntó Cecilia preocupada.

Estaba a punto de desplomarse. El sol las había escoltado durante el paseo y el calor, unido a aquella revelación, había supuesto una mezcla nociva.

Los parroquianos de un bar aledaño las observaron impasibles.

—¿Está bien, señora? —preguntó Lucio mientras la sujetaba por el brazo.

Bárbara lo miró y sus ojos volvieron al cartel.

—Estoy bien, gracias.

Lucio no les quitó la vista de encima mientras se alejaban por los soportales.

26

Román llegó con el equipaje en el maletero y malas noticias. Salió del coche con dos sobres en la mano y tocó la puerta con los nudillos y expresión fatalista.

—¿Qué significa que la van a catalogar como bien patrimonial del pueblo? ¿En qué nos afecta eso? —preguntó Nicolás cuando su hermano le entregó una de las cartas que portaba.

—Significa que quieren que forme parte del patrimonio histórico y cultural del pueblo original y han presentado un proyecto para convertirla en una casa museo o centro de interpretación. ¿Qué cómo os afecta? Pues os pueden expropiar la casa si creen que vivir en ella supone algún riesgo.

La cara de Nicolás se convirtió en un amasijo de capilares hinchados.

—¿Qué coño dices?

—Según la propuesta presentada, quieren hacer un estudio para revisar si la casa es habitable sin entrañar riesgos tanto para la edificación como para sus habitantes. Se acaban de aprobar unas nuevas ordenanzas específicas en un pleno de urgencia, al parecer para determinar si se está haciendo buen uso de la casa o si los actuales dueños suponen un peligro para su conservación.

—¿Quién te ha dado esta carta?

—La ha dejado un notificador en el local, junto con esta otra.

Román alzó la mano con la segunda misiva y Nicolás la miró con una perplejidad que le atrofió el rictus.

—¿Y esto qué es?

—Pues… que no te conceden la licencia de apertura del local.

Nicolás se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer en el sofá del salón.

—¡Qué hijos de puta!

—Sabías que te pondrían todas las pegas del mundo. No van a olvidar nuestro apellido tan fácilmente, ¿qué te creías?

—¿Y qué querías que hiciera? No tenemos otro sitio a dónde ir, joder. Me da igual la gente de este pueblo y si no contratan mis servicios. La comarca es muy grande y tampoco necesitamos una cartera muy grande para ir tirando. ¡Pero necesito abrir ya! ¿Se puede arreglar?

—Claro. Te buscarán siempre las cosquillas, pero llegará un punto en el que no les queden argumentos.

—¡Joder! ¿No puedes hablar con alguien? ¿Con ese arquitecto municipal?

—Él firma la carta, y hará la revisión.

—¿Una revisión? ¿Cuándo?

—No sé. Pero déjalos que la revisen. La casa está bien y no habéis hecho nada.

Nicolás se quitó las gafas para secar el sudor que corría por su nariz y miró muy serio a su hermano.

—Tengo que enseñarte algo.

27

—No lo ha visto nadie más —aseguró Nicolás mientras ofrecía una cerveza fría a Román, que aún intentaba asimilar lo que había visto bajo tierra.

—Tienes que cerrarlo antes de que vengan, si no quieres ofrecerles la casa en bandeja.

Nicolás lo había llevado hasta el borde mismo del abismo, tras el angosto monumento megalítico que había dejado fascinado a su hermano. Román no había articulado palabra hasta salir del enclave.

—No nos pueden volver a quitar nuestro hogar. Bárbara y los niños no me lo perdonarían nunca, Román.

Román no recordaba la última vez que había visto a su hermano tan abatido sin estar bajo los efectos de algún estupefaciente.

—¿Bárbara lo ha visto?

Nicolás asintió y simuló marearse tras el gesto.

—Me pidió que lo cerrara. Tienes que ayudarme. Tengo aquí mismo los materiales, pero… No sé qué hacer. No sé si llamar a papá y que me asesore.

—No sé si es buena idea…

—Papá puede tener mano con alguien de Diputación o de la Junta, para que hablen con la alcaldesa o el arquitecto y frenar esta mierda. ¡Es que no sé qué hacer, joder!

—Cálmate, Nico.

—¿No puedes quedarte unos días más? Hasta que esto se calme. Tu sabes del tema y puedes defenderte con cuestiones técnicas que yo no entiendo.

—No puedo quedarme.

—Por favor, necesito tu ayuda con esto.

—No puedo, Nico. Tengo que irme o perderé esta oportunidad. Ya sabes cómo está el trabajo por aquí y no puedo desaprovecharla. Papá se ha tragado su orgullo y he conseguido que hable con ese estudio de arquitectura en Estocolmo. Aún tengo que llegar a Jálivas en coche y prepararlo todo para coger el avión mañana a primera hora. Te asesoraré en lo que pueda, pero no puedo quedarme.

Nicolás dio una risotada y lo miró decepcionado.

—No me mires así. No es justo, Nico.

—No te estoy mirando de ninguna manera.

—No es justo después de todo.

—Sabes que te lo pagaré.

—No quiero que me lo pagues, joder. No es por el dinero.

—Está bien, lárgate. Vete de nuevo. A Bárbara le va a encantar.

—Ni se te ocurra ir por ahí.

—¿Crees que me gusta tenerte por aquí? Me debes esto y ahora estoy hasta el cuello. Pero márchate, sí. Mejor que te largues cuanto antes.

Nicolás abandonó el distribuidor y Román se contuvo para no arrepentirse. No quería marcharse a malas con su hermano, pero necesitaba poner tierra entre los dos de una vez por todas. El último mes junto a él había resultado extenuante y ni el incentivo de estar con sus sobrinos o con Bárbara era suficiente como para haber aguantado estar a su servicio. Primero con el asesoramiento, después con el proyecto y, al final, con la ejecución de la obra. Había dejado de lado demasiados encargos por ayudarlo a salir del agujero.

Ya no aguantaba aquel lugar: la habitación alquilada y pagada por él en un hostal en el que percibió la hostilidad en cuanto firmó con su apellido; los antiguos compañeros de clase a los que se había encontrado borrachos en la puerta y le habían costado una ristra de insultos y casi una pelea; lidiar con una cuadrilla que había desatendido sus órdenes de forma recurrente.

Haber recurrido a su padre para que, por medio de su grupo de colegas, le buscara un trabajo ya había minado lo que le quedaba de orgullo y esa debilidad lo había vuelto vulnerable y susceptible. No pondría en riesgo a nadie más, y los sentimientos dormidos por Bárbara que comenzaban a aflorar le advertían de que era el momento de marcharse para siempre. Había creído conveniente aceptar la invitación al almuerzo, que había demorado demasiado tiempo, porque sus sobrinos merecían una despedida antes de partir rumbo a Suecia.

Salió a tomar aire y se extrañó al ver a Eloy caminando con muletas. Parecía maldecir todo a su paso.

—¿Qué te ha pasado?

Su sobrino nunca se había mostrado demasiado abierto con él, pero por su lenguaje corporal supo que algo le rondaba la cabeza.

—¿No lo sabías?

Eloy le mintió sobre su caída y pasó por el tema de soslayo.

—¿Y cómo lo llevas? Estar aquí. ¿Es tan malo como parece?

La pregunta le arrancó una sonrisa y le relajó el rictus. Eloy le contó que había hecho amistad con una pandilla del pueblo y que entre todos preparaban los festejos para la noche de San Juan.

—Sí, conozco la fiesta. Tu padre y yo nos escondíamos tras los salientes de las rocas, justo por ahí arriba y, en cuanto aparecía el fantoche, pinchábamos las bolas con unos cayados que se usaban para aguijonear a las bestias, las metíamos en alcohol y les prendíamos fuego con el mechero de mi padre.

—¿Cómo os dejaban hacer eso a los niños? Yo flipo.

—Eran otros tiempos. Todos tenemos alguna que otra marca de quemadura de aquel entonces —dijo Román, remangándose e inspeccionando la piel de su antebrazo—. Supongo que ahora lo harán de otra forma más segura. O eso espero, porque esta gente es un poco salvaje.

—Me han ofrecido participar como boleador y, con la oferta de entretenimiento que hay por aquí, me lo estoy planteando.

—Sería curioso. Recuerdo que tu abuelo Eduardo siempre intentaba impedir el paso de la comitiva por el sendero, pero esas no eran sus tierras.

—¿Cómo era mi abuelo? —preguntó Eloy, cambiando el tono de la conversación.

—Bueno… Tu madre podrá contártelo mejor que yo, porque no llegué a tratarlo mucho.

—Mi madre no habla nunca de mi abuelo —dijo Eloy con una risotada.

—Él se encerró en esta casa después de…

—Sí, de la explosión. Eso sí lo sé, pero poco más. Igual que sobre mi otro abuelo o de vuestra familia. Aquí nadie habla de nada.

—Tienes una familia complicada.

La pickup blanca irrumpió por la cancela y aparcó junto a la casa. De ella descendieron Bárbara y Jonás, seguidos de Nacho, que los ayudó a descargar varias bolsas de la compra.

—¿Te quedas hoy a comer, tío Román?

Román asintió con una mezcla de escalofrío y orgullo al escuchar que lo llamaba así. Pocas veces, desde que ya no era un niño, se refería a él como «tío». Sabía que era culpa suya, por su distanciamiento, a veces debido a su descuido y otras por imposición propia.

A Eloy le extrañó ver a Nacho en la cocina ayudando a Jonás a organizar la compra. No dijo nada. No quería parecer impertinente con cualquier pregunta que le aclarara lo que hacía allí a esas horas, pero le incomodaba su presencia.

—¿Qué os parece si comemos fuera, en el porche? —preguntó Bárbara prestando especial atención a la reacción de Nacho.

En la comida hablaron de forma distendida y relajada, sin la prisa de un día normal. Aprovecharon la presencia de Román y Nacho para ofrecer la mejor versión de cada uno, como cuando se sonríe en una foto que va a quedar para la posteridad.

—Eloy, ¿sabes que Nacho y tú cumplís años el mismo día? —indicó Jonás tras una pausa en la conversación sobre todas las especies de insectos que había descubierto en la colina.

Bárbara los miró y distrajo la atención tras ofrecerles un corte de helado a cada uno.

Tras el último sorbo del café, Román los sorprendió con el anuncio de su marcha a Estocolmo. Habló de los nuevos proyectos profesionales que lo esperaban allí y de que era hora de asentarse en un lugar que le ofreciera cierta estabilidad económica.

Bárbara lo escuchó en silencio. Asintió y mostró la vieja y ensayada sonrisa que siempre usaba para simular que se alegraba por él. A pesar del poco contacto que ambos mantenían, Román era una constante a la que recurría en los momentos en que tocaba fondo. La decisión de su amigo puso de manifiesto todas sus indecisiones pasadas y se sintió decepcionada.

Nicolás, que apenas había comido, también permaneció en silencio y más ausente de lo habitual. Decidió limitarse a observar. Aún no se había quitado de la cabeza la conversación que habían mantenido poco antes.

Jonás rompió a llorar y se abalanzó sobre su tío, sorprendiendo a todos.

—Tranquilo, ballenato, vendré a veros. Convenceré a vuestros padres para que os pongan internet de una vez —dijo mirando a Eloy— y que podamos saludarnos de vez en cuando, ¿de acuerdo? Y, chicos, no hagáis caso nunca a vuestros padres. —Miró directamente a Bárbara, sin deshacerse del abrazo de Jonás—. Os echaré mucho de menos a todos.

Bárbara desvió la mirada y comprobó que Nicolás estaba pendiente de su reacción.

—¿Y ya está? Te vas, sin más.

—Eloy… —masculló Bárbara tras poner la mano sobre su pierna.

—¿Por eso has estado hablando conmigo antes haciéndote el tío guay? No tienes que simular nada con nosotros, ¿sabes? No eres nuestro tío, te puedes largar sin remordimientos. No pasa nada.

—Eloy, ya vale…

—Ya nos quedamos nosotros aquí jugando a la familia feliz. Pero esto es una mierda, ¿sabes? A nadie le importa nadie aquí. Estamos juntos porque no tenemos otro sitio donde ir.

—Te estás pasando, Eloy —dijo Nicolás.

—¿Yo me estoy pasando? Si estamos en esta situación, es por ti.

Nicolas le dio una bofetada.

Todos se quedaron inmóviles.

Eloy se levantó, avergonzado. Nacho trataba de no cruzar la mirada con él. Miró a Nicolás con furia y se perdió colina arriba, caminando lo mas rápido que le permitieron sus muletas.

Bárbara fue tras él, pero desistió al segundo grito de su hijo.

Ya junto al Nissan 370Z, Román se acercó a su hermano y le dio un beso, a lo que este reaccionó con un abrazo que le permitió deshacerse

de la tensión acumulada.

—Cuídate mucho, hermano. Y siempre adelante —dijo Román.

Nicolás entró en la casa, tras la mirada esquiva de su mujer.

Bárbara y Román se quedaron solos junto al coche. Ambos dejaron que las lágrimas sesgaran de una vez la sonrisa impuesta que se habían obligado a mostrar. Román no pudo articular palabra. Le hubiera dicho muchas cosas en ese momento, pero no haría más que empeorar el día.

—¿Sabes lo que es un niño complejo? —preguntó, rompiendo la tensión del momento.

Bárbara lo miró extrañada y a los pocos segundos reaccionó con una sonrisa.

—Pues un niño con una madre real y un padre imaginario —respondió.

Ambos rieron el chiste y se abrazaron.

Bárbara cerró los ojos envuelta en aquel abrazo y con un nudo en la garganta. Aunque lo intentara, no podría expresar todo lo que hubiera deseado; explicarle que lo echaba de menos; que había fantaseado, una y otra vez, con eternas charlas en las que le pedía perdón por su distanciamiento. En las que le pedía disculpas por haberlo fastidiado todo en el pasado y no haber tenido el coraje de tomar las riendas y evitar que el tiempo convirtiera el sedimento, posado entre ambos, en una dura roca. Pero ya era tarde para charlas y explicaciones que no pudiera condensar en un simple adiós.

—Te echo de menos —le susurro Bárbara al oído—, amigo mío.

Román separó el abrazo y clavó sus ojos cristalinos en los de ella y a punto estuvo de echarlo todo por la borda.

Arrancó el coche y la miró por última vez. Parecía ausente y decidió no volver a hacerlo. Descendió por el camino del pueblo y desapareció entre los pinares.

Bárbara tocó impulsiva los bolsillos de su pantalón vaquero y buscó alguna mosca que revoleteara cerca.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Comenzó a chispear. Una nube había cubierto parcialmente el cielo, aunque no parecía que fuese a soltar una gran descarga de agua. Bárbara se quedó en el porche disfrutando del frescor y del aroma de la tierra húmeda y el olor a pino. El viento agitaba las agujas de los árboles y el rumor ayudó a que relajara la tensión de su pecho.

Le había quedado mucho por confesarle a Román y se convenció de que no era el momento y que algún día podrían hablar, sin la necesidad de que él entendiera sus motivos. No buscaba redención o cambiar las cosas a esas alturas de la vida, pero necesitaba explicarse. Quizás la distancia física, y no solo emocional, les vendría bien. Apenas se veían un par de veces al año, incluso viviendo en la misma

ciudad, así que el cambio no suponía una gran diferencia. Pero dolía que alguien se alejara de verdad, sobre todo cuando aún sentía un amor incondicional, que sabía que perduraría, pasase lo que pasase.

—Amar nos hace inmortales, aunque no haya una fórmula que lo demuestre —susurró Bárbara parafraseando uno de los escritos que Román le había dejado en su carpeta del instituto. Justo en el apartado de Matemáticas.

La lluvia apretó al oscurecerse el cielo que, durante su ausencia, y sin previo aviso, había encapotado todo con nubes grises.

Bárbara entró en la casa y comprobó que las ventanas de los cuartos estaban cerradas. Una corriente de aire provenía del despacho, y vio las ventanas abiertas y las cortinas que se mecían. Al cerrarlas se percató de que las cajas de cartón aún permanecían fuera, junto a la puerta de la carbonera.

Corrió para intentar salvarlas, pero al llegar estaban empapadas. Al ir a agarrar una, esta se deshizo y dejó caer el contenido sobre la tierra.

—No, joder… ¡Nico! —gritó—. ¡Nico! ¡Jonás! ¡Venid a echarme una mano!

Comprobó que el resto de las cajas llenas de minerales se habían abierto por los laterales, y las rocas envueltas en una pasta de papel y barro se perdían en el lodazal. No supo cuál de las cajas salvar primero y al coger, de forma instintiva, una de las que parecían menos afectadas por el agua, este se abrió por su base humedecida y las piedras y los minerales que contenía se desparramaron por el fangal del huerto.

—Mierda… ¡Nico! ¡Jonás! —gritó mientras intentaba, de nuevo y sin éxito, embestir la puerta de la carbonera para abrirla.

La lluvia remitió de repente y el cielo se despejó iluminando de nuevo el día, como si nada hubiera ocurrido.

Estaba empapada y se apoyó en la entrada. Sintió los molestos pinchazos de las lumbares y, tras comprobar el estropicio, pensó que tampoco era tan grave. No eran más que rocas.

El pelo le goteaba y tenía la camiseta y los vaqueros empapados. Se quitó los zapatos y los calcetines y, tras cambiarse, tomó un rollo de papel de cocina y volvió al despacho. Sentada en el suelo, empezó a secar todos y cada uno de los minerales, rocas y fósiles que había recuperado de entre el lodazal del huerto.

—¿Qué haces? —preguntó Jonás mientras observaba a su madre desde el pasillo.

—A buenas horas… ¿Dónde estabais? Os he estado llamando.

—Yo estaba en mi cuarto con Nacho y papá hablando por teléfono.

Jonás y Nacho se acercaron y se colocaron junto a ella.

Entre los tres secaron y limpiaron las rocas y los minerales con

delicadeza.

Bárbara observó a Nacho mientras este colocaba los minerales en la vitrina. No era su intención, pero dejó que lo hiciera al no tener otro lugar donde ponerlos.

—Pirita, malaquita, goethita, cuarzo… No, este más bien parece yeso.

Bárbara permaneció atenta a él mientras los enumeraba.

—¿Te sabes los nombres de todos? —preguntó asombrado Jonás.

—Bueno, de este no tengo ni idea —contestó Nacho con una roca que empezó a desmenuzarse entre sus dedos—. Este otro es cinabrio —continuó Nacho—, aragonito, andalucita… Podemos poner los fósiles en la vitrina de abajo y los minerales más delicados en la superior. Así los tenía Eduardo.

—Jo. No sabía que te flipaban tanto los minerales —dijo Jonás asombrado.

Nacho asintió y elevó los hombros.

—Eduardo me los enseñó todos.

—A mí me hubiese gustado que me los enseñara también.

Bárbara sintió un pellizco en su interior. Volvió al secado de los minerales e intentó contener una emoción que iba en aumento y no sabía si iba a poder canalizar. Bajo un legajo de papel de periódico, desenvolvió una pieza de cuarzo blanco. Se sorprendió al verlo y recordó que era uno de los pocos regalos que su padre le había hecho de niña, aunque nunca supo si realmente iba dirigido a ella o a otra versión de ella misma. Creyó recordar que había sido por su décimo aniversario. Su tía la había obligado a visitar a su padre ese día y encontraron un paquete que Bárbara no dudó en desenvolver. Se encontró dentro aquel trozo de cristal y una nota:

«Para Bárbara: para que te guíe siempre».

Ella lo había dejado caer sobre el firme de la mesa de madera provocando un gran estruendo. Su padre, que se hallaba con la mirada perdida en una esquina, se volvió hacia ella y entró en cólera, hasta el punto en que las echó de casa.

Bárbara agarró el cristal y se lo guardó en el bolsillo.

El cielo se había despejado por completo.

Jonás y Nacho pidieron permiso a su madre para ir hasta el pueblo y sacar a Zarzo a dar una vuelta por el pantano.

Bárbara accedió y, tras verlos descender por el camino, buscó a Nicolás, que no había dado señales de vida desde que su hermano se había marchado. Al cruzar por el pasillo distribuidor comprobó que el taquillón se hallaba algo retirado de la pared y que uno de los tablones se había inclinado. Le pareció escuchar la voz de Nicolás en su dormitorio y prestó atención a la conversación que mantenía por


teléfono.

28

Jaime Orcaray se colocó las gafas y deslizó con interés las fotografías que le acababa de enviar Nicolás; mientras, el párroco de la Iglesia de San Cristóbal pronunciaba una homilía dedicada al doctor Arturo Lacave, de cuerpo presente.

Eugenia, la viuda del doctor, y su hijo Damián lo observaron consternados, lo que no disuadió lo más mínimo a Jaime, que no disimulaba su acción desde la bancada en primera fila en la que se sentaba.

Cuando terminó, carraspeó y volvió a guardar las gafas en el bolsillo de su chaqueta, no sin observar antes a su alrededor con cierto aire de satisfacción. Lo que acababa de ver iba mucho más allá de sus expectativas.

El teléfono móvil vibró en su mano y lo alzó para comprobar si se trataba de Nicolás, expectante por obtener alguna reacción por su parte. Deseaba contestar el teléfono, pero le pareció poco decoroso abandonar el funeral en ese momento. Pensó en lo mucho que le gustaría a su amigo Arturo Lacave ver las fotografías que acababa de recibir y que confirmaba sus teorías sobre la Colina Hueca. Ya no había duda de que su viejo amigo Eduardo se había encargado de custodiar el enclave, apartando a quienes intentaban acercarse. Allí se hallaba, al fin, la respuesta a sus pesquisas sobre su poder. Jaime rechazó la llamada y meció su cuerpo tras entrelazar las manos a su espalda. Sonrió.

Damian Lacave lo observó extrañado, pero con la certidumbre de que lo que Jaime había recibido debía ser importante y de gran relevancia. La mirada que cruzaron se lo confirmó, y deseó que el funeral de su padre finalizase lo antes posible.

El doctor Arturo Lacave había sido director del Hospital de Triviana durante casi veinte años en los que había entablado una cordial amistad con Jaime, basada en intereses mutuos iniciados por la compra de unos terrenos colindantes al hospital. En aquellos terrenos, propiedad de la familia Orcaray, el doctor Lacave pretendía ubicar una residencia privada para dar cabida a la demanda de la, cada vez mayor, población envejecida de Triviana. Con el tiempo, ambos expusieron sus intereses en lo paranormal y el doctor Lacave lo invitó a participar en una de las reuniones que su grupo de aficionados a la investigación solía convocar. Se reunían un par de veces al año en diferentes enclaves alrededor del mundo: lugares que habían despertado interés en los miembros y que solían hallarse fuera de las rutas clásicas del turismo de lo desconocido. El grupo surgió durante

un viaje al Peñón de Guatapé, en Antioquía, y desde entonces se hacían llamar entre ellos los Batolitos, en referencia a la gran piedra monolítica que visitaron en su primera investigación. Su propósito siempre había sido descubrir enclaves que albergaran interés por su ubicación y su influencia en el entorno y la historia, y que no hubiesen sido demasiado explotados por investigadores mediáticos como Saúl Aranda. Jaime, que había sido de los últimos en llegar, se sentía aún en deuda con el grupo y siempre había visto en Villa Hulla una posible candidata. Ahora sabía que no se equivocaba. Tenía las pruebas y poseía la llave para adentrarse en ella. Nicolás siempre había mostrado mucho interés por formar parte y no pondría ningún impedimento.

—Buscaremos ayuda —dijo Jaime cuando el cura les permitió ir en paz—. Nadie debe enterarse de momento. Conozco a personas que nos pueden asesorar para que no perdáis la casa si el hallazgo se hace público.

—Y qué hacemos con la orden que ha llegado del Ayuntamiento.

—Nada, tú déjamelo a mí. Tengo amigos en Patrimonio que paralizarán la propuesta. Lo importante ahora es que no debe quedar constancia de ningún hallazgo. Habla con tu hermano y que esté presente en la visita para rebatir cualquier argumento que exponga el arquitecto municipal.

—Román ya se ha ido. Mañana se marcha a Estocolmo.

—Joder… ¿Y no puede retrasarlo? Esto es importante para vosotros —indicó Jaime, dorándole la píldora a su hijo.

—Lo he intentado…

—Llámale y se lo dices, yo intentaré contactar con mi colega para que contacte con los arquitectos suecos. Qué más les da una semana antes o después. Debe estar ahí.

—De acuerdo.

—Y Bárbara, ¿qué dice de esto?

—Aún no se lo he dicho.

—¿No lo ha visto?

—Sí, lo ha visto, pero no le he dicho lo de la expropiación.

—Pues díselo. La necesitamos de nuestra parte, Nicolás. Ella es la heredera de la casa. Es importante conservarla. Es vuestro futuro.

—Sí, hablaré con ella.

—Estoy deseando enseñárselo al resto. Pero primero me gustaría ir a verlo de primera mano. No sabes el valor de ese descubrimiento. El doctor Lacave acaba de fallecer y nos vendría bien a alguien que cubra su plaza y que aporte novedades, ¿qué te parece?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Nicolás, pero se cortó de golpe cuando vio a Bárbara, que lo observaba desde el umbral de la puerta entreabierta.

—Tengo que dejarte. Sí… Hablaré con él y estamos en contacto. Sí, te espero por aquí. Gracias por todo.

Siguió a Bárbara con la mirada mientras esta se sentaba en la cama y observaba la antigua habitación de su padre. Parecía contenida, pero se percibía su molestia y desasosiego.

Nicolás agarró los sobres que le había dejado Román y se los entregó. Ella leyó el contenido con gesto sereno y firme. No cambió el rictus en lo que duró la lectura y solo emitió un leve carraspeo cuando finalizó y volvió a introducir las cartas en sus sobres.

Bárbara reflexionó unos instantes sobre cuál debía ser su reacción. Aquella casa, de la que siempre había huido y a la que había tenido que volver en contadas ocasiones obligada por las circunstancias, parecía estar unida a su destino, tal y como siempre se había empeñado su padre. No era un lugar donde crecer, ni donde criar hijos, y su padre debía saberlo, pero era un lugar tan unido a ella como el dolor que había crecido junto a sus entrañas. Las nuevas e inexplicables experiencias que atravesaba tenían que ver con ese hueco del que aún asomaban lamentos pasados y que, estaba segura, habían hecho perder la cabeza a su padre. Bárbara no estaba dispuesta a que le sucediese lo mismo. Su primer pensamiento derivó en que la mejor opción era que les quitasen la casa y así eludir la responsabilidad de cargar con ella. Pero el instinto no funcionaba de esa manera y, tras analizar con ahínco sus sentimientos, descubrió que el que quisieran arrebatarle algo suyo lo hacía desearlo con un fervor inédito. Nadie de ese pueblo se quedaría con su casa. Antes de eso, prefería echarla abajo.

—¿Estás bien? —preguntó Nicolás, devolviéndola al dormitorio—. No quería decirte nada hasta no estar seguro de las opciones.

—¿De las opciones de cómo gestionar mi casa? ¿Y qué dice tu padre? ¿Cómo cree él que debo gestionarlo?

—Mi padre puede ayudarnos, tiene contactos.

Nicolás se sentó en la cama, junto a Bárbara e intentó cogerle la mano para mostrarle su apoyo y, quizás, un arrepentimiento del que nunca era consciente hasta que era demasiado tarde.

—Ya sabes que me dejo llevar por el ímpetu del momento y tomo las decisiones sin sentarme a reflexionarlas, pero nunca lo hago para poner en riesgo lo que tenemos.

—Pero lo pones —contestó Bárbara sin mirarlo.

Nicolás no fue capaz de tocarla.

—No quiero vivir en esta casa, aunque no quieras entender mis motivos y lo que supone para mí y mi salud mental. Pero no dejaré que me la quiten. Si estoy aquí es porque no tenemos ningún otro lugar donde vivir y criar a nuestros hijos. No voy a culparte a ti, porque también es responsabilidad mía haber llegado hasta este

punto. Que estemos aquí ahora los dos, en este momento, juntos… es por necesidad. Yo te necesito y tú necesitas esto. Pero nada más. Y si nos quitan la casa no habrá nada que nos obligue a permanecer unidos, y sé que lo sabes. Ni tan siquiera los niños podrían, porque nunca antes lo han hecho. Es la segunda vez que las circunstancias nos obligan. La primera vez lo acepté, cuando desperté y te vi en la habitación del hospital con Eloy en brazos, después de haber tomado la decisión más difícil de mi vida.

Nicolás escuchó atento sin que nada de lo que dijo lo sorprendiera, pero las palabras caían sobre sus hombros como una losa.

Bárbara se quitó la blusa, dejando al descubierto su piel quemada y agarró la mano de Nicolás para que la tocara. Se acercó a sus labios y los besó mientras lo acariciaba por encima de sus pantalones.

Hacía meses que no se tocaban los cuerpos y ambos se estremecieron entre lágrimas de aceptación y el anhelado deseo.

29

Tras el nacimiento de su nieta, Lucio había rebautizado su vieja barca de pesca como Alba I, muy a pesar del temor disfrazado de superchería del resto de su familia. Subió a bordo tras controlar el vaivén de las aguas que provocó su embarcación y logró mantener el equilibrio hasta que se sentó en el banquillo. Recogió la cuerda de amarre y la colocó a sus pies, tras lo que puso en marcha el motor. Se aseguró de que en el compartimento de los aperos de pesca le esperaba su fiel botella de aguardiente y puso rumbo hacia el centro del pantano. Agarró fuerte el timón con una mano, mientras con la boca arrancaba el corcho de la botella. Dio un gran trago que calmó su ansia y que lo alejó de los perturbadores pensamientos que arrastraba desde la mañana. No podía quitarse de la cabeza la reacción de la hija de Eduardo al ver la fotografía de su nieta en el poste. Algo en sus ojos delataba que no era la primera vez que la veía. Y es que mucho había escuchado sobre Villa Hulla como para pasarlo por alto. La misma mirada que Eduardo le mostraba cuando aún iba a visitarlo.

Era un secreto a voces que la aparición de Eduardo Alfaro tras la explosión de la mina había sido un milagro. Lucio había ayudado en su búsqueda, pero la misma cuadrilla de rescate había calificado como milagrosa su aparición. Pero Eduardo nunca reveló a nadie cómo había conseguido volver a su casa: ni a las autoridades, ni a la aseguradora, ni a la dirección de la mina o a los médicos que intentaron atenderlo. Ni tan siquiera a él o a su buen amigo Jaime Orcaray, que había salido de la propiedad con la promesa de llevarse un cañonazo. Él mismo había tenido que esquivar uno de esos cartuchos en más de una ocasión, y poco a poco la gente del pueblo dejó que el tiempo le devolviese el juicio.

Lucio entendía que el dolor y la culpa podrían haber hecho perder la cabeza al vigilante. Pero su forma de proteger aquel lugar, unido a su comportamiento, sus conversaciones y las especulaciones de la gente escondían algo más. Y así era. Armado con una botella, igual que la que sostenía en ese momento, Lucio se había colado en la finca de Eduardo y, escondido tras el porche, había sido testigo de las conversaciones lúcidas que el vigilante mantenía con su familia desaparecida. A veces solo parecía observar y sonreír, pero otras incluso discutía o reñía con el mismo aire. Lucio no pudo creer que una de las personas más sensatas que había conocido, hubiese perdido la cabeza de aquella manera. Eduardo se dedicaba a reparar la casa y levantar de nuevo los tabiques abatidos por la explosión, ajeno al dolor. Parecía incluso feliz, lo cual se le asemejó más un ardid del

demonio que una bendición. No podía imaginar el precio que había pagado Eduardo en las profundidades de la tierra para obtener aquel obsequio luciferino.

Cuando se dio cuenta de su presencia, Eduardo le apuntó a la frente con la escopeta. No era el mismo hombre que parecía disfrutar de una cena en familia. Y temiendo por su vida, Lucio no volvió.

En su trayecto con la barca, pasó junto al merendero y vio a los chavales practicando con el fantoche de tres caras. Deseaba que llegase la noche de Alban Heruin y que el fuego limpiase Triviana de los malos augurios, pero también de los fantasmas que se habían quedado allí varados. Sobre todo, el de su nieta.

Se sintió culpable por su pensamiento egoísta. Alba era la persona a la que más había querido en su vida, y su culpa era ya lo bastante inmensa como para pensar, además, que la pobre niña aún pudiera rondar por allí como un alma en pena. Ese pensamiento le partía el alma a diario, al recordarle su torpeza e imprudencia. Quizá fuese su penitencia divina, debía ser fuerte y que tenía que liberar a la inocente niña de semejante carga. El demonio no iba a quedarse con su alma y el fuego conseguiría purificarla de la influencia subterránea.

A veces, y cuando nadie lo observaba, no podía evitar susurrar algo por si ella estuviera cerca, aunque nunca fuese consciente de su presencia. Otras, deseaba verla igual que Eduardo veía a su familia. Pero iba en contra de cualquiera de los planes que Dios tenía en la tierra.

Solo había una manera de acabar con semejante aberración. Alba estaba muerta e incinerada y no podía soportar la idea de que esa mujer hubiera podido verla. Estaba convencido de que la casa sobre la colina no era más que una puerta al infierno y que les había estado enviando señales desde lo más profundo de sus entrañas. Y no solo una vez. La segunda explosión, en 2002, había conseguido limpiar el lugar de esas impurezas satánicas y Lucio sabía cómo volver a cribar a los vivos de los muertos. Debía encontrar la abertura por la que hubieran podido colarse aquellos posibles y volver a sellarla. Su trabajo siempre había consistido en controlar la furia subterránea y así seguiría siendo hasta su muerte.

Navegó entre las oxidadas vigas de la inundada torre metálica del Pozo de la Espiga. Colocó la barca justo en el centro del castillete y se estremeció al verse situado sobre el hueco por el que descendía la jaula hasta las galerías de la vieja mina de carbón, y de la que sacaron a sus compañeros carbonizados aquel malaventurado día. Junto al castillete se hallaba la boca de la vieja chimenea de ladrillo. El pozo de ventilación, de diámetro mayor que el que culminaba Colina Hueca, había logrado resistir a la inundación y las vibraciones de la tierra. Durante el invierno, la boca de ladrillo quedaba completamente

sumergida, pero la falta de lluvia de una primavera seca la habían dejado al descubierto. Puso en marcha la barca y se acercó para comprobar la abertura. Había convencido a la junta directiva del Consejo por la Conservación de la Memoria de la Vieja Triviana que era necesario sellarla para evitar desgracias y controlar las posibles emisiones de grisú, y él era el único encargado de su custodia.

Dio un trago a la botella y se puso de pie, intentando controlar la vertical, que ahora resultaba más difícil de mantener. Se agarró al remate de la chimenea y comprobó que se encontraba abierta. Agarró una de las pletinas que se habían colocado para la seguridad y la elevó, no sin dificultad, haciendo rechinar las bisagras, hasta dejarla caer sobre la oscura boca. Desplazó la barca hasta el lado opuesto de la circunferencia e hizo lo mismo con la otra pletina en forma de medialuna. Le pareció más pesada que la anterior y, al elevarla, el esfuerzo hizo tambalear la embarcación; a punto estuvo de caer al pantano, pero controló la posición y la pletina cayó a plomo sobre la abertura y cubrió por completo la salida.

Aquella salida de ventilación ya estaba controlada y lista para el ritual, ahora le faltaba comprobar el resto de los huecos que conectaban la superficie con el mundo subterráneo.

Puso en marcha el motor y guio la embarcación a Colina Hueca. Ya había caído la tarde, pero aún disponía de visibilidad suficiente para finalizar la tarea y repetirla con la chimenea que culminaba la elevación. Desde su visión privilegiada del pueblo, comprobó cómo surgía de entre los pinos aquella casa maldita, foco de todas las desgracias. Le invadió la mente, de nuevo, la reacción de la hija de Eduardo y tuvo una revelación.

30

Mientras esperaba a que las aguas volvieran a la calma, Jonás buscó nuevos cantos que cumplieran las condiciones aerodinámicas adecuadas para ganar a Nacho, que observaba a un hombre que, desde una embarcación, bloqueaba la abertura del canal de la chimenea que emergía en el centro del pantano. Tras su marcha, la barca se perdió tras el risco de Colina Hueca, dejando tras de sí un rastro de ondas sobre la superficie del.

Alertado por los ladridos de Zarzo, alzó la vista y observó que, por la orilla, se acercaba a ellos un grupo de jóvenes entre los que distinguió las muletas de Eloy. Agitaban una especie de muñeco cabezudo del que pendía una túnica que se mecía en su avance.

—Ahí está el friki ese —comentó Bruno después de intentar mojar a Olena.

—¡Quieres parar ya! —gritó ella entre risas—. Pareces gilipollas, Bruno.

—¿Quiénes son esos dos? —preguntó Fayna, que se había colgado al cuello las Converse, atadas por los cordones.

—Pues el deforme que vivía en Villa Hulla —indicó Salomón.

Aquel comentario llamó la atención de Eloy, que intentaba seguir el paso del resto.

—Ah, sí. Qué mal rollo me da. ¿Le habéis visto la cara de cerca? —apuntó Fayna con gesto de desagrado.

—¿Y quién es el otro? —preguntó Olena.

—Es mi hermano. —Eloy se sintió incómodo por los comentarios—. Bueno, no es mi verdadero hermano…

—Pues dile que tenga cuidado con el bicho raro ese, que le gusta mucho fisgonear en la vida de los demás.

—Me han dicho que la madre era la puta del pueblo —comentó Salomón.

—Todo el mundo lo sabe, Salomón. No te creas especial —señaló Fayna.

—¿Y qué hacía con tu abuelo? —preguntó Bruno con socarronería.

Eloy se encogió de hombros.

—Cuidaba de él, ¿no? —apuntó Fayna.

—¿Ah, sí? —reaccionó Bruno—. ¡Joder! Pues vaya cuidados que le hacía, porque el hombre la palmó al poco tiempo. Seguro que se lo zumbaba y lo dejó seco. Ya me gustaría que mi abuelo hubiera estirado la pata follándose a una zorra y no en la mina.

—Las calladitas son las peores… —apuntó Fayna.

—Lo dices por ti, ¿no? —indicó Salomón entre risas.

Fayna corrió tras Salomón, agarrándose la barriga y todos rieron la escena.

Eloy miró a Olena y no supo qué hacía con aquel grupo con el que no tenía nada que ver. No quería conformarse con ser parte de ese ambiente porque fuese lo único que ofrecía el pueblo. Aun así, en su voluntad pesaba más sentirse integrado que solo.

Bruno se agachó a coger una piedra y la lanzó en dirección a los chicos.

—¡Eh! Que le vas a dar a mi hermano.

Bruno se giró hacia él y con actitud chulesca cogió una piedra más grande. Se le acercó, piedra en mano, y se colocó a pocos centímetros de su cara.

—¿Me vas a decir lo que tengo que hacer? ¿Eh? Tullido… Tranquilo, que tengo muy buena puntería.

Bruno lanzó otra piedra que aterrizó a pocos metros de Nacho y que hizo que el cachorro saliera despavorido para luego regresar con un ladrido amenazante.

—Bruno. Déjalo ya. Que les vas a dar —reprochó Olena.

—Estoy diciendo que tengo buena puntería. Además, ¿qué coño le voy a hacer? Igual le arreglo la cara al monstruo ese.

Bruno agarró una piedra todavía más grande que encontró semihundida en el fango, y miró a Eloy mostrándosela, intimidador.

—¿A que no le das al perro? —animó Chambón, agitando el fantoche.

—Dejad que se vayan. —El temor hizo que apenas se escuchara su voz.

—¿Qué pasa, tullido? ¿Me vas a seguir dando órdenes?

—Me importa una mierda que le abras la cabeza al friki ese, pero no le des al perro. Y menos a mi hermano.

—¿Y qué hago entonces con esta piedra, cojito? A algo le tendré que dar, ¿no?

Chambón comenzó a reír.

—Bruno, déjalo ya… —Olena le tiraba del brazo—. Vamos a guardar el fantoche en la nave, anda.

Eloy vio cómo, a lo lejos, Jonás y Nacho corrían por la orilla y se perdían por el sendero del risco.

Bruno se separó de Eloy con una sonrisa desquiciada y lanzó furioso la piedra hacia el pantano. El impacto acertó en la torre metálica y resonó en todo el valle.

—¿Ves como tengo muy buena puntería?

Chambón puso rumbo de vuelta al merendero con el fantoche a cuestas y los demás lo siguieron.

Eloy permaneció apoyado unos segundos en su muleta. Respiró

hondo y calmó su frustración. Sofocó las ganas de partir la muleta en la cabeza a Bruno, porque, en cualquiera de los escenarios imaginados, sabía que no era una buena decisión.

Jonás y Nacho subieron por el sendero del risco de la colina y se detuvieron a descansar en el lugar exacto donde su madre había tirado la urna con los restos de su abuelo. Nacho intentó recuperar el resuello tras la carrera. Su respiración era irregular y el silbido de sus exhalaciones preocuparon al niño, pero, mediante un gesto, este le indicó que estaba bien.

Jonás se asomó al risco para ver la casa hundida del guarda, con la cautela de pisar en firme.

—Mi abuelo está ahí abajo.

Nacho miró extrañado a Jonás.

—¿Dónde?

Jonás señaló con el dedo hacia la estructura de piedra cubierta de agua.

—A Eduardo le hubiera gustado reposar en la mina.

—¿Sí?

Nacho asintió mientras se asomaba al risco con precaución.

—Me contó que le hubiera gustado volver a bajar y quedarse allí, reposando para siempre. Que ese era su lugar.

—¿En la mina?

Nacho se sentó en un saliente y respiró con la intensidad que le permitieron sus pulmones.

—¿Por qué sabes todo eso de mi abuelo?

—Él me lo contó.

—Yo he hablado muy poco con él. Alguna vez, por teléfono…

—Hay muchas cosas que no sabéis y que tus padres no os cuentan. Seguro que tu abuelo no le dijo a tu madre dónde quería que reposaran sus restos, pero estoy seguro de que no querría estar ahí, hundido en la casa del guarda.

Jonás se quedó pensativo.

—¿Quién es el guarda?

—El hombre que vimos antes en la barca.

—¿Y qué hacía?

Nacho indicó con un gesto que guardara silencio. Prestó atención y, tras el chirriar de una puerta metálica, comprobó que alguien rondaba la chimenea del alto de la colina. Allí divisó de nuevo a Lucio, que la cerraba con grandes pletinas metálicas.

—Vamos —susurró Nacho, poniéndose en pie.

Los dos ascendieron hasta la chimenea y esperaron a que el hombre descendiera por el camino en dirección al pueblo.

Nacho comprobó la puerta de acceso a la base del canal de

ventilación, cerrada con un candado.

—¿Está cerrada? —preguntó Jonás, intrigado.

—Siempre ha estado cerrada, pero algo ha hecho ahí dentro.

Nacho intentó ascender por las rocas adyacentes para ver la parte superior de la chimenea, pero no pudo.

Jonás, sin entender nada, lo observó mientras el joven parecía absorto en sus pensamientos.

—Tenemos que irnos ya.

Jonás siguió a Nacho camino abajo y a la altura de Villa Hulla se despidieron sin más palabras.

A Jonás le gustaba que Nacho le contara cosas de su abuelo. Tener abuelos era algo que siempre había envidiado cuando los veía en las películas, o cuando en clase de lengua le tocó leer *Manolito Gafotas*. Aquel abuelo vivía con la familia y, aunque les hacía imposible la convivencia, siempre estaba allí. Él no había tenido nunca esa figura en su vida. Ni siquiera en la nueva familia. Su abuelo Jaime era el único que quedaba vivo y siempre estaba de viaje y rara vez los visitaba, y cuando lo hacía nunca estaba pendiente de él.

Sabía que no vivía en una familia usual, con diez años ya era mayor como para no darse cuenta, pero cuando el orientador del colegio les dio la charla sobre diversidad familiar, entendió que ninguna se parecía a las que ilustraban el libro de Religión. Recordó que el librito que les habían dado en clases de catequesis para la primera comunión había entristecido a su amiga Beatriz, que tampoco tenía ni padre ni madre y vivía en casa de sus abuelos, que eran muy mayores.

Nacho había tenido la suerte de vivir con su abuelo durante unos meses y había aprendido cosas sobre ese lugar. A Jonás le hubiese gustado que alguien le contase más historias sobre él y por qué había vivido solo durante tanto tiempo. Pero sus padres no le contarían nada, porque para los padres proteger era no decir siempre la verdad.

Con la mirada perdida hacia el pantano, pensó que, de alguna manera, debía encontrar la manera de cumplir la última voluntad de su abuelo y permitir que reposase en las profundidades de la mina. Volvió de sus pensamientos cuando las gotas de lluvia impactaron en su cara. Observó un destello sobre el pantano que se reflejó en la enorme nube oscura que lo sobrevolaba. El trueno lo tomó desprevenido y corrió asustado hacia su casa.

31

La lluvia apretaba junto al pantano y todos huyeron para refugiarse en la nave. Agarraron el cabezudo y los materiales que reposaban en la mesa del merendero y corrieron cuesta arriba, sin mirar atrás.

Eloy se quedó rezagado. La lluvia caló en su ropa al aumentar la magnitud de las gotas. Avanzó a duras penas hasta llegar a la cuesta del polígono. El peso de la ropa mojada, unido al dolor de sus brazos por el esfuerzo hecho con las muletas, lo obligó detenerse y descansar. Se apartó el flequillo, que se pegaba a sus ojos, y la muleta, apoyada en su cuerpo, cayó al suelo. Al intentar agarrarla, se tambaleó y perdió el equilibrio, lo que lo obligó a apoyar la escayola en el firme. Al contacto con el asfalto y la escorrentía que bajaba por la cuesta, esta se deshizo como como un terrón de azúcar. Eloy se dejó caer al suelo mientras observaba cómo el yeso dejaba un reguero blanco en su descenso al pantano. Miró hacia la nave, pero todos se habían cobijado dentro sin reparar en él. Volvió la vista buscando un plan alternativo para resguardarse cuando vio que Olena se acercaba. Cubría su cabeza con un plástico.

Olena colocó la bolsa sobre la pierna de Eloy, aunque la escayola ya se había deshecho por completo y resultaba inútil. Alcanzó las muletas y lo ayudó a incorporarse. Ascendieron por la cuesta del polígono, pero pasaron de largo la nave de tapizados.

—Vamos a mi casa. Te pondré algo antes de ir al hospital.

Eloy accedió e intentó ignorar el intenso dolor que sentía en la pantorrilla.

Olena vivía en una perpendicular a la avenida, en una casa sobre un local comercial cerrado y que su madre tenía en alquiler. Subieron el tramo de escalera que daba acceso a la vivienda, armados de paciencia y descansando en cada rellano. Lo llevó a su dormitorio y le ofreció una toalla y una camiseta seca. Buscó vendas y esparadrapo en el botiquín del cuarto de baño. No era solución, pero no se le ocurría otra cosa.

—No tengo ni idea de lo que hago —dijo Olena con una risa nerviosa al darle varias vueltas con la venda a la pierna y oír cómo a Eloy se le escapaba un leve y disimulado quejido—. Creo que no valgo para enfermera.

—No te preocupes, estoy bien. Ahora llamaré a mi padre para que venga a recogerme y que me acerque al hospital.

Tras la frase, Eloy recordó la bofetada de su padre y no supo por qué había hecho referencia a él. Aún estaba cabreado. Al menos Olena había salido en su ayuda, y eso calmó la latente frustración de todo el

día.

—¿Tú tienes carné de conducir? —le preguntó Eloy.

—No. Quería sacármelo este verano, pero me parece que voy a tener repetir el EBAU.

—¿Has suspendido el exámen?

—No lo sé todavía, pero voy a intentar subir nota. Creo que no me va a dar para la carrera que quiero.

—¿Y qué quieres hacer?

—Igual no te lo imaginas.

—Enfermería seguro que no.

—No, esa no —contestó Olena entre risas—. Quiero ir a Madrid a estudiar Física.

—¿Física?

—Sí, ¿qué?

—No lo hubiera adivinado.

—Ya… ¿Por mi aspecto? ¿O porque vivo en un pueblo de mierda?

—No, porque te gusta todo ese rollo esotérico y demás.

—¿Y eso qué tiene que ver? ¿No me pueden interesar también otras cosas?

—Es verdad. Lo siento… No te conozco tanto.

—Pues no —indicó Olena con cierta indignación—. Además, quiero especializarme en Física Cuántica.

—Me has vuelto a sorprender.

Olena apretó la venda y Eloy soltó un quejido.

—Vale, vale. Es por meterme contigo. Yo no tengo ni idea aún de lo que quiero estudiar.

—Pues la física cuántica es una pasada.

—Yo no tengo ni idea de qué va.

—A mí me encanta. Se me ha dado siempre muy bien la física y luego he leído mucho por mi cuenta. Me gustaría dedicarme a investigar sobre el tema, la verdad.

—Eso va de átomos y demás, ¿no?

Olena dio una risotada y se sentó en la cama, junto a Eloy.

—Vaya con el chico de ciudad.

—Te estoy vacilando, perdona.

—¿Qué quieres, que te suelte alguna parrafada para que te creas que soy capaz de estudiar esa carrera?

—Perdona. A ver, ¿qué se estudia entonces?

—Pues el comportamiento de los átomos y el del resto de partículas subatómicas: electrones, fotones… A esa escala la realidad no funciona igual que la nuestra. Mola mucho.

Olena se quedó mirando hacia la ventana, con la vista perdida entre las gotas de lluvia que golpeaban el cristal.

—Sí. Parece interesante.

—Lo es. Por eso me interesan también otros temas que parecen supercherías y cuentos de viejas. Muchos de esos mitos tienen una base científica aún sin explicar. Este pueblo, por ejemplo, acumula muchas de esas historias. Este enclave tiene mucho que ver con corrientes telúricas y líneas que ya se conocían desde hace mucho. Nuestro problema es que nos creemos más inteligentes que los que se dedicaban a observar los fenómenos que nos rodean desde hace miles de años. ¿Quién se para hoy en día a observar? Nadie.

Eloy escuchó fascinado a Olena.

—Villa Hulla, la de tu abuelo, por ejemplo… Muchos dicen que hay algo en ella.

—¿Algo? ¿El qué? —preguntó Eloy, intrigado por lo que ella pudiera saber de lo que allí abajo se escondía.

—Dicen que está ubicada en uno de esos lugares de poder y que tu abuelo descubrió algo. Quizá le hizo perder la cabeza como dicen, pero igual le hizo abrir los ojos. La tragedia que se vivió aquel día en este pueblo, con la muerte de veintiún mineros, entre ellos mi abuelo, da pie a que la gente se aferre a las creencias que tiene a mano para superarlo. Como hizo tu abuelo. Todos dicen que siguió viviendo realidades paralelas por algo que descubrió bajo tierra. Algo que muchos otros han intentado encontrar sin éxito. Algunos lo atribuirán a demonios, porque se basan en lo que conocen.

—¿Y tú crees que eso es posible? ¿Que no sea más que un mecanismo de la mente para no aceptar la realidad? Mi abuelo estaba enfermo.

—Puede ser… Aun así, es fascinante que exista la posibilidad, ¿no? Pensar que convivimos con otras realidades.

—Eso te toca demostrarlo a ti algún día.

Olena miró a Eloy y sonrió. Se sentía cómoda hablando de aquellos temas con alguien que no pretendía continuamente que cerrara la boca.

—¿Has escuchado hablar sobre la inmortalidad cuántica? —preguntó Olena.

—¿La inmortalidad cuántica? Vas a tener que explicarme qué es eso.

—¿Y de la paradoja del suicidio cuántico?

—¿Qué? ¡No! ¿Qué es eso? Te estás vengando, diciéndome cosas random.

—El gato de Schrödinger sí te suena, ¿no?

—Ese sí.

—Vale, pues es una variación de eso. Te explico. El suicidio cuántico es un experimento en el que una persona está sentada y se apunta a sí misma con una pistola. El arma tiene un artilugio que hace que una partícula subatómica gire en el sentido de las agujas del reloj

o en el contrario. Si al apretar el gatillo la partícula gira en sentido horario, el arma se dispara, pero si lo hace al contrario, no. Y, espera, que aquí viene la paradoja: según la observación del experimento determinaríamos que, en cada ejecución, la persona tiene un 50 % de posibilidades de morir, ¿no?

—Sí.

—Pero según la teoría de universos múltiples, cada vez que la persona aprieta el gatillo el universo se divide y en uno la persona muere, pero en otro vive. Por lo que, después de varias ejecuciones, el universo se habrá dividido tanto como veces se apriete el gatillo. La persona siempre seguirá existiendo, porque siempre habrá un universo en el que viva. La clave es que, desde el punto de vista de esa persona, por mucho que apriete el gatillo, el arma nunca se dispara, ya que su consciencia existe siempre en uno de los universos generados. Y esto es lo que se denomina inmortalidad cuántica.

—Va a explotarme la cabeza ahora mismo.

—Perdona por la chapa, pero es que me vengo arriba —dijo Olena riendo.

—Entonces, según eso, somos inmortales.

—En nuestra conciencia actual, sí. Tú y yo ahora estamos aquí después de haber apretado innumerables veces el gatillo. Y siempre hemos sobrevivido.

—Pero la gente muere.

—Ya, pero en tu universo. No en el de ellos. Como los universos no pueden comunicarse entre sí, esa persona siempre sigue viva en su consciencia porque nunca es consciente de su muerte.

—Sería increíble, si fuese real.

—Es una teoría cuántica. Solo eso. A mí me gusta pensar que, de alguna forma, después de la explosión de la mina algo se dividió y que existe otra realidad en la que no se produjo la tragedia. A mi abuelo Silvestre lo obligaron a trabajar en la mina. Era tan solo un chaval y, aunque estuvo a punto de no ir porque no pudo pegar ojo la noche anterior, decidió sacar fuerzas porque tenía que mantener a mi madre, recién nacida. Fue su primer y último día en la mina. Las balas nos sobrevuelan constantemente y solo podemos esperar que estemos siempre en el universo correcto.

Eloy se quedó en silencio y observó a Olena con fascinación.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—Me estás mirando con cara de tonto y no estoy diciendo ninguna tontería.

—No. Solo pienso que, quizá, en algún otro universo… yo ahora te esté besando.

—Y quizá en otro universo yo te partiría la cara.

Eloy se giró para evitar el sonrojo. Nunca antes se había atrevido a decir algo así y se sintió ridículo.

—Perdona, no…

Olena lo besó y se tumbaron en la cama, ajenos al repicar de las gotas de lluvia en el cristal.

La luz de un relámpago lo alertó y abrió los ojos. Se asomó a la ventana y observó el agua correr avenida abajo hacia el pantano. Eloy puso su atención en el local de su padre, que podía verse en parte desde la ventana del dormitorio de Olena. El local estaba anegado y el agua salía a borbotones por debajo de la puerta acristalada.

—Joder, tengo que llamar a mi padre.

Un golpe en la cabeza lo dejó inconsciente.

32

Bajo la protección de la techumbre del porche y tras la cortina de agua que la separaba del exterior, observó como Nicolás se alejaba en la camioneta por la vereda en dirección al pueblo. La llamada de Eloy los había alertado, y aunque Nicolás había intentado ponerse en contacto con el jefe de obra, no había conseguido que ninguno de los operarios lo atendiera. Decidió acudir al local para comprobar por sí mismo los daños que la imprevista tormenta hubiese podido ocasionar.

Bárbara tuvo la extraña sensación de que, desde que había asistido a la misa por su padre aquella misma mañana, había transcurrido una eternidad y que se encontraba en un día diferente.

—¡Jonás! —El fragor del agua contra la tierra ahogó su voz.

Bárbara rodeó el porche y oteó el sendero del risco, pero no encontró rastro de su hijo pequeño.

Al ir a entrar a la casa por la puerta de la cocina, le pareció ver que alguien merodeaba alrededor de la carbonera. Cayó en la cuenta de que, de nuevo, había olvidado buscar la llave en el manojo de Nicolás. Decidió entrar y echar el cerrojo. Se dirigió rauda hacia la puerta principal para cerrarla, pero se detuvo a medio camino al escuchar el sonido de unos cristales rotos contra la solería. Bárbara se quedó inmóvil y palpó sus bolsillos en busca de su teléfono, pero recordó que lo había dejado en la mesilla de noche. Los fogonazos de los rayos la sobrecogieron. Aun así, se dirigió cauta hacia a la cocina para comprobar el origen de la rotura. Pulsó el interruptor de la luz sin resultado. A oscuras, se adentró con sigilo en la cocina para tener una visión completa de la puerta trasera. No había rastro de trozos de cristal en el suelo y ninguna corriente de aire delataba que hubiesen forzado alguna entrada. El cristal de la puerta trasera se hallaba intacto, así como los de las ventanas. Bárbara se acercó y comprobó que el cerrojo seguía echado.

Buscó en el último cajón del mueble de la cocina, pero no encontró la linterna. Se armó con un viejo mechero y se dirigió de nuevo a la puerta principal. Estaba abierta y el rellano se encontraba mojado por las salpicaduras del agua contra el paramento. Le pareció escuchar una voz en el salón, una susurro perdido entre el rumor de la lluvia, que reverberaba y dotaba a la estancia de una dimensión mayor de la que tenía. Se asomó al comedor y uno de los rayos la hizo vislumbrar a Eloy sentado en el sofá.

—Eloy, ¿qué haces aquí? Tu padre ha ido a buscarte.

La oscuridad había regresado tras el fogonazo. Bárbara, armada con

el mechero, se acercó al sofá, donde tan solo intuía la silueta de su hijo.

La llama del mechero comenzó a crepitar, su color se volvió de un verde intenso y Bárbara olió a gas.

El perfil difuso de Eloy se levantó del sofá y, ajeno a ella, se dirigió hacia el pasillo sin el menor atisbo de cojera. Bárbara observo el titilante deambular de su hijo por la casa y comprobó que la imagen se desvanecía tras acercarse a la llama del mechero. Se detuvo en seco, mientras otra proyección de Eloy entraba en su dormitorio y a la vez en el cuarto de baño. La brisa trajo de nuevo olor a gas. Bárbara, aún mojada, tembló. Reparó en las huellas de barro que se adentraban en la vivienda y que giraban en dirección al distribuidor. Las huellas eran reales, de eso no tenía duda. Miró hacia el fondo del pasillo y vio el taquillón separado de la pared.

—Eloy, ¿estás ahí? ¿Jonás? ¿Quién anda ahí? —preguntó a la vez que un trueno eclipsaba su demanda.

No obtuvo respuesta. Bárbara entró en el hueco de la pared y bajó los escalones. Llegó al pasillo de roca abovedado y vio la luz de una linterna. Intuyó la silueta de un hombre que, de espaldas a ella, observaba la inmensidad de la caverna. El olor a gas se hacía cada vez más intenso.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

El hombre se giró muy lentamente, no sin cierta dificultad, y se apoyó sobre la roca para no perder el equilibrio. Bárbara se acercó al extraño y reconoció al viejo guarda de la mina. Sus acuosos ojos se hallaban perdidos entre los párpados y las bolsas que parecían sostenerlos.

Bárbara se acercó a él, a la defensiva, armada con su mechero. Aunque estaba convencida, no podía asegurar que aquella imagen fuera real.

—Tienen que dejar que se vaya —dijo Lucio con congoja.

Bárbara se detuvo.

—¿A quién? —preguntó.

—A mi nieta. Tienen que dejarla marchar. —La fortaleza del hombre se quebró y rompió a llorar.

Bárbara se acercó lo suficiente como para mantener una conversación, pero con la distancia prudencial para reaccionar a cualquier respuesta imprevista del visitante. El olor a orujo lo delataba y, aunque parecía estar sufriendo una crisis y se lo veía vulnerable, no podía fiarse de esa intromisión en su propiedad.

—La ha visto, ¿verdad? —preguntó Lucio con temor.

Bárbara asintió, volviendo la vista hacia el oscuro pasillo que parecía no tener fin.

—Está sola y perdida. Tenemos que ayudarla.

—¿Cómo? —Bárbara lo preguntó con calma para aprovechar la situación y sacar algo en claro de todo aquello que no era capaz de entender.

—Ya sabe cómo… Su padre lo sabía y aun así lo consintió con su familia. Pero no con mi nieta. No puede quedarse en este limbo. ¡Hay que cerrarlo!

—¿Cerrarlo? ¿Por qué? —preguntó Bárbara con la intención de que ese hombre le aclarase lo que ella, desde niña, sospechaba que sucedía.

—Para que no se multipliquen. Los posibles. Usted también los ve, ¿verdad? —A Bárbara la tomó de imprevisto la pregunta—. Igual que los veía su padre. Cerró este lugar para que nadie lo encontrase… y poder controlarlo. Porque se vuelve incontrolable… Gas acumulado y tiempo, eso es lo que son. Por más que les parezca que son como nosotros… ¡Mi nieta está muerta! —La voz de Lucio reverberó en la inmensidad de la gruta—. ¡Fuego! No hay otra forma de acabar con ellos y empezar de nuevo. ¡Tiene que dejarlos marchar! ¡Tiene que dejar que se vayan! Ustedes tienen la culpa de que hayan vuelto y ahora solo hay una manera de arreglarlo.

Lucio se acercó amenazante a Bárbara, a medida que ella reculaba por el pasillo.

Bárbara elevó la llama de su mechero a modo de arma, pero lo apagó cuando comprobó que aquel hombre portaba un bidón en la mano.

—Conmigo no le servirá ese mechero. Solo con ellos.

«Mamá…».

Bárbara giró la cabeza hacia la voz que apareció como una ráfaga. Le pareció ver a Eloy, que se acercó a ellos y los atravesó, incorpóreo.

—No parará nunca… Con cada decisión, con cada movimiento…

—¿Y por qué? Usted lo ha visto antes, ¿verdad? No es la primera vez. Ha estado aquí antes y por eso sabe lo de mi padre.

—Sí, y casi me cuesta un balazo. Pero tenía que hacerlo entrar en razón. Esa familia con la que vivía, a la que observaba, a la que fue amando más y más… Los vi con mis propios ojos.

—¿A mi familia?

Lucio asintió.

—¿Y por qué he visto yo a su nieta?

—Porque al abrir el hueco ella tuvo una posibilidad de escapar, de seguir con vida. Como su familia con su padre. Pero no deje que la engañen o será tarde… Por eso necesitamos quemarlos.

—¿Como en la explosión de 2002? —preguntó Bárbara con cautela.

Lucio asintió mientras seguía acercándose a ella.

Bárbara dio varios pasos hacia atrás y logró alcanzar las escaleras. Subió lo más rápido posible y salió al pasillo.

—¿Mamá?

Ahora la voz era nítida y clara, sin ninguna extraña reverberación.

Bárbara se giró y vio a Jonás, que se acercaba a ella, extrañado.

—¿Qué pasa, mamá?

Por el hueco apareció Lucio, que se quedó paralizado al ver al niño.

Bárbara abrazó a Jonás.

—¡Váyase de mi casa!

El hombre alzó su mano libre en son de paz y se agarró al mueble para recuperar la vertical.

—Usted haga lo que le he pedido. Ciérrelo y yo me encargaré del resto.

Lucio se quedó con la mirada perdida hacia la puerta principal. Las lágrimas volvieron a sus enrojecidos ojos.

Bárbara miró hacia allí y vio a la niña. Su figura se materializaba, gracias a la brisa y el olor a gas, de una forma más vívida que nunca. Una niña perdida cuyo llanto resonaba como en una gruta y que le inundó las entrañas.

Lucio siguió a la imagen hasta que se perdió bajo el manto de agua.

La puerta se cerró de golpe por la corriente y Bárbara abrazó a Jonás, asustada. Miró a su alrededor y comprobó que no quedaba rastro de la brisa; ni de presencias, ni voces que perturbaran la calma.

33

Permaneció dentro de la camioneta, analizando la situación y decidiendo cuál sería el siguiente paso. A través del parabrisas, que emborronaba la poca visión que la incesante lluvia permitía, Nicolás observó cómo el agua trataba de salir por la puerta acristalada del local mientras los andamios se mecían sin control por los golpes de viento.

Se extrañó de que Eloy no estuviera allí. Hubiera deseado que esperara y aprovechar así para pedirle perdón. Abrió la puerta y corrió hasta el local, bajo el manto de agua que le caló hasta la piel. Se sintió pesado y torpe cuando sus pies quedaron inundados por la balsa retenida en los soportales. Observó la tromba de agua.

«Al final, todo acaba en el pantano», pensó mientras atinaba a encontrar la llave de la cancela metálica. El agua emergía sin cesar a través de la junta inferior de la puerta y, aunque se imaginaba el desastre, no quería ser consciente aún. Localizó la llave y se agachó para introducirla en la cerradura sumergida. Palpó bajo el agua el candado, sin ver nada debido las múltiples salpicaduras en sus gafas. Cuando localizó el bombín, la corriente le arrebató el manojo, arrastrándolo hasta el acerado. A punto estuvo de colarse por el desagüe, pero Nicolás tuvo los reflejos suficientes para pararlo con su zapato.

Consiguió meter la llave y elevar la verja. Se puso a cubierto en la pequeña entrada de seguridad y tomó aliento. Limpió las gafas y miró hacia el interior del local con el consabido estremecimiento que le produjo la visión.

Abrió la puerta y se liberó el agua contenida, que arrastró cartones, plásticos, papeles y trozos de yeso que no auguraban nada bueno. Nicolás dejó que el torrente siguiera su curso natural y se adentró en el establecimiento. Del techo manaba una cascada que había roto una de las placas del falso techo. Se acercó a la gotera y el agujero en el yeso dejó de manifiesto un hueco en el forjado por el que descendían varios tubos que procedían de las máquinas de aire acondicionado y que no habían sido sellados.

Se apoyó en la mesa de recepción y observó los archivadores, de los que manaban masas de papel blanco y húmedo que se deshacía al contacto con el chorro que caía del techo.

El jefe de obra no le había devuelto la llamada y ninguno de los operarios de confianza respondía a sus mensajes. Se encontró perdido y agotado, incapaz de reaccionar. No había conseguido la licencia de apertura y en aquellas condiciones solo quedaba invertir otra gran

suma de dinero que tendría que volver a pedir al banco, o a su padre. Por primera vez se preguntó si de verdad merecía la pena emprender algo en aquel pueblo.

Agarró el móvil y llamó a Bárbara, preocupado por la ausencia de Eloy y por que anduviera por ahí con la que estaba cayendo, pero ella no contestó. El andamio golpeaba el escaparate, mecido por las sacudidas del aire. Se acercó con el temor de que en uno de esos bandazos rompiera la luna.

Las luces de unos faros le pusieron en alerta. Alguien salía de un coche y se acercaba al local. La figura abrió la puerta y se quitó la capucha del chubasquero al entrar. Nicolás pensó que se trataba de una jugada de su mente hasta que su hermano se acercó a él y lo sacudió para hacerlo volver en sí.

Nicolás reaccionó con un abrazo que tomó por sorpresa a Román y que no finalizó hasta que este lo alertó de que debían arreglar la gotera cuanto antes para evitar daños mayores.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nicolás con la certeza de que nunca se había alegrado tanto de tener a su hermano cerca.

—Hay que subir a la azotea y tapar el hueco. Eso lo primero —dijo Román sin responder—. Ahí dentro tenemos plásticos de los embalajes y creo que son lo bastante grandes como para cubrir las máquinas, así que voy a subir.

—No, deja que suba yo.

—No, tú quédate aquí y me pasas unos trozos de poliespán que debe haber en el despacho. Los encajamos en el hueco y luego cubro las máquinas. Hay que achicar también el agua para que no se cargue la solería y los muebles. Busca una escoba, Nico. ¡Rápido!

Nicolás no pudo reaccionar a la batería de indicaciones y admiró la capacidad de decisión que siempre había tenido su hermano pequeño. Una fortaleza que a él lo hubiera salvado de todas las malas decisiones que había tomado en la vida. Se dirigió raudo al despacho, donde habían improvisado una pequeña despensa para guardar los útiles de limpieza.

Román agarró uno de los plásticos que flotaban y que se habían quedado varados junto a la puerta del local. Lo sacudió y se lo echó al hombro antes de salir.

Meció el andamiaje y comprobó la seguridad de la estructura antes de trepar por los tubos metálicos que dividían los diferentes niveles. El viento zarandeaba el armazón y la lluvia frontal dificultaba el ascenso. El pesado plástico se enganchó en los anclajes de la armadura. Román alcanzó la cubierta y dio un último tirón al plástico atorado, que se rompió y le hizo perder el equilibrio. Consiguió enderezarse y se dirigió con cautela hacia la pequeña azotea donde descansaban las

máquinas del aire. Toda el agua de la cubierta se había concentrado en aquella superficie plana y había formado una piscina que inundaba la maquinaria y se colaba por el hueco de las instalaciones, como en un embudo. Supo que le resultaría difícil colocar la pieza de poliespán en el hueco, por lo que rompió una de las tejas de pizarra de la cubierta, agarró un trozo del plástico que apoyaba en su hombro y lo colocó taponando el boquete. Tapó el plástico con la pieza de teja y rebozó la pieza con el chino blanco que cubría la azotea. Luego, extendió el plástico y cubrió las máquinas con esmero, sellando los extremos que ondeaban al viento.

Román se irguió y tomó aire. Se sofocó por el agua de aquella lluvia convectiva que se mezclaba con el bochorno de la humedad de la tarde primaveral y le sacudía en la cara. Aún no debía haber anochecido, y la luz plomiza que se colaba entre las densas nubes lo llevó en un viaje mental hasta Estocolmo. Aceptó el haber hecho caso a su instinto de regresar, aunque su plan no era ayudar a su hermano con una inesperada inundación. El local le tomaba de camino a la casa de la colina, donde esperaba poder hablar con Bárbara e insistirle que viajara con él hasta Suecia, de una vez por todas. Aquel era un alto en el camino de su huida, pero esta vez no estaba dispuesto a irse solo.

34

Alba se perdió entre la lluvia. Su imagen velada había desaparecido con el último relámpago. Lucio caminó hasta el borde del risco y observó, de rodillas, el bravío impacto del chaparrón contra la superficie del embalse. Los fogonazos de la tormenta eléctrica le permitieron ubicar la torre de la Espiga, así como la chimenea o su vieja casa hundida. Pero sus ojos se detuvieron en la orilla frente al merendero, allí donde habían aparecido los restos de su nieta.

Se inclinó, de forma involuntaria, y deseó un último trago. El aguacero golpeaba inclemente su espalda y quiso dejarse empujar por la tempestad. De repente, una luminaria lo alertó. Aquel destello no procedía del cielo, sino del interior mismo del pantano. Una deflagración ahogada bajo el agua que se reflejó en todo el embalse del Valle de la Espiga.

Una de esas explosiones submarinas se elevó hasta la superficie y produjo un orbe que se deflagró en contacto con el aire. Y Lucio vio un cuerpo tumbado en la orilla, junto al merendero. Una figura menuda que desapareció tras la pequeña explosión silenciosa.

Se puso en pie con dificultad y se agarró a un saliente de roca para no caer al agua. Todo le daba vueltas. Cuando consiguió estabilizarse, caminó tambaleante hasta su vieja camioneta, aparcada en el camino. Se concentró en no caer al intentar encontrar las llaves. Dentro, se aisló del continuo fragor de la tormenta. Empapó el asiento a la vez que buscaba entre las botellas, a los pies del asiento del copiloto, el remanente para un último trago.

Arrancó y centró su visión en el camino, que se abría paso en su incontrolado avance. No se percató de la velocidad a la que descendía hasta que la camioneta abandonó el camino y giró para incorporarse a la carretera secundaria en dirección al pueblo. Continuó conduciendo con la visibilidad que le permitían el aguacero y su mermada capacidad de reacción.

Observó el semáforo que controlaba el cruce de la carretera con la avenida principal de Triviana. Prestó atención y entendió que algo iba mal: el semáforo mostraba las tres luces encendidas a la vez. Lucio, lejos de hacer caso a la prudencia, decidió pasar sin disminuir la velocidad.

Un coche se cruzó en su camino, pero, tal y como había aparecido de la nada, se desvaneció al contacto con las luces largas. Lucio dio un volantazo, pero la proyección lo atravesó y siguió su ascenso por la carretera de la colina. Intentó frenar, pero ya era tarde para evitar la colisión con el andamiaje.

35

¿Y tu viaje? ¿Y tu trabajo en Estocolmo?

Todo está arreglado. ¿Dónde está Nicolás?

Está en el local. Eloy nos avisó de que se había inundado.

Voy a acercarme. Igual necesita mi ayuda.

¿Por qué has vuelto? ¿Por qué lo has hecho?

Ya sabes por qué. Por algo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Vente conmigo. Tú y los niños. Empezaremos de cero allí.

Pero, ¿de qué estás hablando? No puedo hacer eso.

Entonces, me quedaré. Pero nos iremos de este lugar. Tenéis que marcharos de aquí. En este pueblo nunca llegaréis a ser felices. Siento haber tardado tanto en tener esta conversación contigo.

El teléfono móvil vibró en la mesilla de noche, pero Bárbara no dejó de contemplar aquella visión que se configuraba a medida que los diálogos y las imágenes surgían delante de ella como mecidas por la suave corriente de aire procedente del pasillo. No quería que finalizase o se desvaneciera nunca.

El móvil volvió a iluminarse en mitad de una oscuridad solo rota por los destellos de la tormenta.

—¿Sí? —respondió con el escaso hilo de voz que le permitía su nudo en la garganta.

—Bárbara, es Román… —dijo Nicolás entre sollozos y sin poder continuar.

Bárbara no prestó atención. Lo atendió, pero sin dejar de observar la escena, que ahora se dividía ante sus ojos como una célula en pleno proceso de mitosis, para luego volatilizarse por completo. En una de las secuencias, Román abandonaba la habitación, y en otra besaba una proyección de ella misma, que se había lanzado a abrazarlo.

Había dejado de escuchar la voz de Nicolás, que ya no era más que un lamento.

—Está… muerto —irrumpió Nicolás mientras ella sentía suyas las manos, los labios y el cuerpo que abrazaban a Román en la penumbra.

No quiso entender lo que sucedía, guiada por la negación o la fantasía vívida que la hacía sentirse real por primera vez en mucho tiempo. La escena es falsa, pero lo que siente al verla si es real. Observó la escena que le pareció real, pero que percibió como si se tratase de un sueño en el que las hormonas y la dopamina se encargaban de hacerla creer que lo que veía y sentía era real.

—¿Estás ahí? —Nicolás esperó una respuesta que le ofreciera consuelo—. ¿Están los niños contigo?

Pero no hubo respuesta.

Bárbara fue, aún en shock, hasta la habitación de Eloy y lo contempló allí dormido, plácido y sereno.

Entonces, como al despertar de una caída en un sueño, fue consciente del motivo de la llamada de Nicolás. La imagen de Eloy en su cama se desvaneció tras el fulgurante resplandor que se había colado por la ventana.

SEGUNDA GRAN EXPLOSIÓN



Fuego

36

Los primeros días tras su regreso le resultó tarea imposible dominar la sucesión de escenas e imágenes que se multiplicaban solas al son de sus decisiones. Había encontrado la salida a lo que creyó una muerte segura bajo tierra, pero nada lo había preparado para lo que encontró a su retorno. La mina lo había vuelto a indultar, pero esta vez se había llevado su recompensa.

La imagen de su hija Bárbara, con el pequeño Eduardo en brazos, congeló el tiempo al final de aquel pasillo de piedra. Los observó afligido hasta que escuchó un llanto que no procedía de la escena que tenía ante sus ojos. No supo si la visión era real o formaba parte de las múltiples posibilidades que le costaba distinguir. Escuchó jaleo sobre su cabeza y prestó atención, como quien intenta despertar de una pesadilla. La visión lo había guiado hasta su casa. Observó a Bárbara, pero su atención se desvió hacia otra versión de sí mismo que pasaba de largo y ascendía por entre los cascotes de los cimientos. Decidió entonces seguir a esa proyección que lo había ayudado a sobrevivir y a la que debía fiar su voluntad.

Pasó absorto junto a la niña que lo llamaba. Se dejó guiar por las voces y lamentos que escuchaba en el nivel superior. Emergió por el hueco hasta el cuarto de juegos vacío. El bebé lloraba desconsolado dentro de la cuna, ubicada en el distribuidor. Trató de calmarlo, pero parecía ajeno a la presencia de su padre. Las niñas corrían hacia la cocina. Las siguió hasta el porche trasero y allí se abrazaron a su madre, que se mostraba aturdida. Pero las visiones se volatilizaban a su encuentro. Trató de recuperarlas, pero surgían nuevas escenas que no podía abarcar. Creyó ver a Rosalía tumbada sobre el porche, pero no se acercó. Buscó desesperado un nuevo rastro que lo llevara hasta ella y entonces la vio en el pasillo con el bebé en brazos, tras percibir de nuevo la brisa que se colaba por el hueco. Sintió el dolor intenso de su espalda y perdió el conocimiento.

Tras sanar sus heridas físicas, Eduardo decidió guardar reposo en su cama como un mero espectador de una vida en la que coexistían los llantos de hambre del bebé, las riñas de sus hijas y la presencia de Rosalía en su cama. Las imágenes le resultaban tan reales como lo había sido la de su propio cuerpo yaciente en las aguas subterráneas. En sus delirios de dolor visualizó el enorme cristal de cuarzo y percibió su poder. Había sido ofrecido a la deidad y no puso resistencia. Lo tomó como un regalo que le hacía para hacer más llevadero su duelo. Intentó comprender si las secuencias tenían alguna

otra finalidad que se le escapaban al entendimiento. Las visiones dentro de la enorme geoda las había achacado a la intoxicación por el gas grisú, pero en los momentos de lucidez no entendía qué estaba sucediendo en la superficie. Era consciente de que había incinerado a su mujer y a dos de sus hijos unos días antes. Cambió la aflicción por visiones que lo llenaban de consuelo, pero, con el paso de las jornadas, las supuestas realidades su superpusieron en su mente. Eduardo se dejó llevar por ellas frente a la angustia, el aturdimiento y la incomprensión que le ofrecía aquella casa vacía.

En ocasiones era consciente de la anomalía y, entonces, volvía la aflicción. Regresaba a su mente la imagen de Bárbara con el bebé en brazos, aceptaba su pena y esperaba que los efluvios de gas que manaban del hueco se dispersaran y desaparecieran para siempre. Pero nunca lo hicieron. Se multiplicaron de forma exponencial ante cada una de las variantes. Se dedicó a ver pasar las horas, escuchando las risas del pequeño Eduardo a medida que crecía y decía sus primeras palabras mientras sus hijas pasaban de jugar con juguetes a convertirse en dos mujeres que cada vez más se parecían a su madre. Rosalía corregía exámenes de lengua en clase y reforzaba la ortografía con Bárbara, y él y su hija mayor paseaban por Colina Hueca en busca de minerales para la colección.

Pero cada vez había más variantes y la calma se rompía ante cualquier nueva decisión. Permaneció días agazapado, vigilante e inmóvil para no alterar aún mas el entramado. Pero esa actitud también tenía consecuencias. Lo sumió en la apatía y las visiones se lo echaban en cara. Se sintió incapaz de explicarles las razones por las que había decidido casi dejar de existir. En uno de los hilos, Rosalía había decidido marcharse a casa de sus hermanas con los niños. Eduardo reaccionó sellando el cuarto de juegos y frenar así las variaciones que le eran desfavorables. Pero la cordura perdió la batalla ante la falta de control.

Dejó de atender las visitas de su hermana, que se vio obligada a criar a Bárbara a pesar de su inexperiencia y falta de instinto. Creó una alambrada que lo aisló de un mundo que no quería que perturbase la realidad que había levantado, un muro que tampoco permitía que aquella realidad saliese.

Sobrepasado por su insistencia, decidió llamar a Jaime para que, de una vez por todas, dejase de molestarlo. Se armó de valor, tras liquidar la primera botella de vino. No sabía si las decisiones saltaban también por el hilo telefónico, por lo que asumió su papel pasivo. Sabía que Jaime había rondado la finca y que no era la primera vez que intentaba acceder para hablar, pero Eduardo nunca le abría la puerta. Antes de llamar, ya se había ventilado la segunda botella y en la conversación, no supo cómo, accedió a una visita de su amigo.

Esperó arrepentido su llegada. Pensó que quizá sería sensato confesar por lo que estaba atravesando y lo que había encontrado en su huida de la mina. Su amigo era hombre de mundo y si alguien era capaz de entenderlo, era sin duda Jaime Orcaray.

Apareció puntual y Eduardo lo recibió en el porche. No quería que entrara en la casa y que su presencia alterara el universo existente al otro lado de la puerta. Se abrazaron y se acomodaron en los bancos de madera bajo la techumbre, con dos chatos de vino y queso para acompañar las nuevas. Después de las condolencias y los ánimos de su amigo, Eduardo se quedó con la mirada perdida hacia la puerta de su casa.

—Sé que te ha costado llamarme, pero te agradezco que lo hayas hecho —dijo Jaime, tratando de captar su atención—. No fue culpa tuya.

Eduardo miró a su amigo y se dispuso a confesar, pero se quedó en silencio y escuchó cómo lo hacía otra versión de él mismo.

Jaime comprobó que los ojos de Eduardo se movían a una velocidad antinatural y que balbuceaba algo. Estaba como ausente y pasó la mano frente a sus ojos para llamar su atención.

—¿Estás bien, Eduardo? —preguntó preocupado.

Eduardo presenció las consecuencias de su confesión, como en una epifanía, y aunque esperó que alguna de las reacciones de su amigo Jaime tuviera el propósito que esperaba, ninguna de ellas estuvo a la altura de sus expectativas. Ninguna llevaba a nada bueno, por lo que decidió cortar de raíz la intención de confesarle la verdad y consiguió volver en sí.

—Estoy bien —dijo al final, aún consternado por la revelación.

—Si necesitas ayuda, aquí me tienes. Para lo que te haga falta. Siento mucho la pérdida de Rosalía y de tu familia. No hay nada que pueda decirte para consolarte, amigo. Los designios del cosmos son insondables. Pero nada de esto es tu culpa. Así es la mina. Ni tú ni la empresa sois culpables de nada de lo sucedido.

Eduardo, ya centrado en la conversación, miró extrañado a su amigo.

—¿Vas a defender a la empresa? ¿Te han contratado?

Jaime se removió incómodo en su asiento y se bebió el chato de un trago.

—El fallo fue humano. Se trató de una cadena de errores…

—Yo soy parte de la cadena.

—Pero tenemos las declaraciones de que tú hiciste las mediciones y mandaste revisar el sistema de ventilación. Se lo dijiste al capataz y luego al guarda. Tú estás libre de responsabilidad, Eduardo. Alguien no hizo su trabajo, ya fueran los de mantenimiento o el mando…

—Esos hombres estaban bajo mi responsabilidad.

—Tú te ocupaste de velar por su seguridad, y yo ahora defiendo los intereses de la empresa, pero no haré nada para perjudicarte y menos en tu estado.

—Esto acabará con sus vidas. A esa gente no les queda nada, Jaime. Lo han perdido todo. Han perdido a sus familiares y el jornal que entraba en sus casas. ¿Cómo me dices que la empresa no tiene ninguna responsabilidad?

—Se ha decretado el valle como zona catastrófica y llegarán ayudas de la Junta y del Gobierno Central. La mayor parte del pueblo ya se ha inundado y la previsión es que el agua de la presa deje el valle completamente sumergido. Se está reubicando a todos los habitantes en los pueblos de los alrededores y de familiares cercanos. ¿Qué más quieren? Eso sería la ruina para la empresa, y si la mina no reabre, la comarca de la Espiga no tiene futuro.

—De cualquier forma, no hay futuro… No hay elección.

Eduardo se dio cuenta de que no había sido consciente de las consecuencias de la tragedia.

Jaime se echó hacia adelante y miró de cerca a Eduardo, que había vuelto a su ensimismamiento.

—Esta casa es lo único que queda del viejo pueblo —continuó Jaime—. Y a pesar de todo… debes sentirte afortunado. Conseguiste salir de ahí abajo. Todos te dieron por muerto y aquí estás. Nadie sabe cómo pudiste escapar de la bola de fuego que arrasó con todo y se llevó a diecisiete compañeros. No sé lo qué pasó, o si algún día podrás contármelo. Pero te tocó la fortuna, amigo. Te harán declarar. Habrá un juicio y tendrás que contar lo que pasó allí abajo. Pero yo puedo ayudarte. Solo tienes que confiar en mí. Estoy de tu lado.

Eduardo miró a su amigo y revivió el momento de la explosión. Deseó meterse en casa y volver a olvidar. Notó un hormigueo en sus brazos y su ansiedad creció. Quería que Jaime se fuese de allí y no supo si realmente lo había echado cuando volvió en sí. En cualquiera de las opciones, Jaime había desaparecido.

«El destino tiene tres puertas», pensó mientras cubría con ladrillo el hueco en la pared. Miró el enclave por última vez antes de clausurarlo y supo que nadie debía volver a acceder a él. Fue consciente de su poder y de lo que podría suponer en las mentes equivocadas.

37

Segunda gran explosión, Triviana, 2002

Se familiarizó con la muerte hasta el punto en que dejaron de afectarle las desgracias ajenas. A los veinte años ya arrastraba más despedidas de las que cualquiera podría soportar. No era cuestión de ser insensible a lo irremediable, sino una cuestión táctica y de pragmatismo matemático, así como de supervivencia emocional. Al final, todo se reducía a números y estadísticas.

Cuando la avisaron de la muerte de su tía Sabela, Bárbara se encontraba en un momento de cambio e intentaba retomar un control que había delegado demasiado en la arbitrariedad. Embarazada de siete meses, había decidido terminar su relación con Nicolás, sustentada en el conformismo y en la que cada paso no era más que la constatación de un fracaso tras otro. Había alargado la decisión, guiada por el azar, hasta que este estuvo de su parte.

La misma noche en la que le confesó que estaba embarazada le expresó su deseo de marcharse. Se sorprendió a sí misma por ser capaz de transmitir seguridad, cuando se lo había jugado a cara o cruz.

Ambos entendieron el silencio del otro como la aceptación de lo inevitable. Un acuerdo tácito que debería haberse tomado mucho tiempo atrás.

Aunque sabía que no era recomendable viajar sola, ni conducir en su avanzado estado de gestación, Bárbara se vio capaz de realizar el trayecto en coche hasta Triviana. Se lo tomaría con calma y haría tantas paradas como le obligara su vejiga. Le dio la noticia de la muerte de su tía a Nicolás y le mintió indicándole que viajaría en autobús. A pesar de su insistencia, Bárbara se negó a que la acompañase.

Hizo el equipaje con lo básico para pasar la noche. A pesar de haberse criado con ella, se había distanciado de su tía tras terminar la carrera y establecerse en Madrid. Guardaba poco espacio para la culpa y no se permitió sentirse mal por no haber estado presente en sus últimos momentos. La distancia tiene una sola dirección, pero dos sentidos, y las horas de terapia la habían convencido de que no somos más que lo que vivimos: lo que ofrecemos y lo que recibimos. Que todo lo concerniente a las circunstancias que había vivido de niña, y a la sensación de rechazo de aquella época, la habían convertido en la mujer infeliz que era ahora, alguien que no hacía más que arrastrar las horas navegando en el tiempo.

Era consciente de su mermado desarrollo emocional y de su escasa

habilidad familiar, y no fueron pocas las ocasiones en las que dudó de su capacidad para ser una buena madre. Pero no podía culparse por las decisiones que no había tomado.

Fue un funeral sencillo, pero al que acudió más gente del pueblo de la que esperaba. Tras arreglar los papeles en el tanatorio, se mantuvo al margen, alejada de las miradas y murmullos que tensaban aún más el ambiente. Se colocó en primera fila en la iglesia y acompañó a la comitiva, tal y como le correspondía. No pudo evitar que, al final, la tensión y el continuo análisis de sus sentimientos la quebraran, y se echó a llorar. Estaba segura de que Sabela lo había hecho lo mejor que había sabido.

Bárbara escuchó la misa con la mente puesta en su padre. Eduardo no había acudido al tanatorio, ni tampoco a la ceremonia, a pesar de que lo había llamado y le había dejado un mensaje en el contestador. Se dio cuenta de que gran parte la tensión acumulada se debía a la posibilidad de enfrentarse al momento de verlo. Pero él no estaba allí y, aunque se había prometido no subir hasta la casa de la colina, le pareció demasiado desalmado marcharse sin hacerle una visita. En el fondo, quería comprobar lo que Jaime Orcaray le relataba de la vida que llevaba su padre encerrado en aquella casa como un ermitaño y reviviendo sin cesar un pasado en el que nunca hubo sitio para ella.

Estaba fatigada y tenía ganas de descansar antes de poner rumbo de vuelta. Había anulado contratos y revisado las deudas. Lo poco que quedaba en las cuentas de ahorro lo usaría para hacer frente a los gastos de mantenimiento de la casa. Su tía era de las de guardar el dinero bajo el colchón, pero bajo el somier ya no quedaba nada. Se acarició la barriga, fantaseó con la nueva vida que se había propuesto y se dejó llevar por el sueño vespertino.

Cargó su maleta en el coche y puso rumbo a Villa Hulla. Sería una visita de cortesía con una previsión, según sus cálculos, de unos once minutos. Si decidía contarle a su padre que se había separado de Nicolás, la charla podría alargarse unos minutos, pero aún tendría tiempo para salir antes de que oscureciera del todo.

Aparcó delante de la cancela y observó la fachada pétrea y fría del caserón. Estaba cerrada con candado, pero escuchó cómo alguien trasteaba en la parte trasera. Rodeó la verja y vio a su padre salir de la carbonera con una carretilla hasta arriba de carbón. Parecía mantener una conversación. Aquel parloteo no era la expresión en voz alta de sus pensamientos, su padre mantenía verdaderos diálogos mientras hacía sus labores. Estaba acostumbrada a eso.

Lo observó, oculta tras el cerramiento, y comprobó que todo lo que Jaime le había contado era cierto. Ella lo había vivido multitud de veces, cuando era niña, en sus esporádicas visitas con Sabela, pero aquel delirio parecía haberlo consumido. Eduardo vivía por completo

en ese otro mundo que se había labrado en aquel lugar y al que no dejaba que nadie se acercase.

Sabela y Jaime se habían encargado de mirar por él en esos años de su ausencia. Le habían aconsejado que fuese a vivir a una residencia, pero Eduardo los amenazó, asegurándoles que, si lo sacaban de su casa y lo encerraban en otro lugar, se volaría la cabeza delante de ellos. Al final, lo dejaron vivir tranquilo en ese mundo en el que no hacía daño a nadie.

—¡Papá! —gritó Bárbara desde el otro lado de la alambrada, tras secarse las lágrimas que verlo tan desmejorado le habían producido.

Eduardo se quedó tieso y buscó la procedencia de la voz con aire perdido y confuso.

Bárbara le dedicó una sonrisa que disimuló su emoción mientras su padre se acercaba con torpeza a la verja que lo protegía del exterior.

—¿Cómo estás, papá? No has bajado al funeral.

Eduardo se acercó a su hija y la observó fascinado. Los ojos del hombre se encontraban repletos de derrames que daban un aspecto desquiciado a su mirada. Había perdido mucho peso y su andar era errático, así como la motricidad de sus gestos.

—¿La han quemado? —preguntó Eduardo tras volver en sí.

—Sí. Ya la incineraron.

—Bien…

Eduardo se quedó ausente y volvió a su tarea. Comenzó a seleccionar los restos de roca que se mezclaban con la hulla y a lanzarlos fuera de la carretilla.

—Papá. Ahora que no está la tía, ya no tienes a nadie más por aquí cerca. Creo que… deberías plantearte buscar una residencia o tener a alguien contigo y que te ayude con la casa.

Eduardo frenó en seco su quehacer y observó a su hija con una exagerada apertura de sus ojos.

—No me voy a ir y no quiero a nadie rondando por aquí. Esta es mi casa —dijo contundente mientras se acercaba de nuevo a la carbonera y comprobaba que el candado de la puerta estuviese bien cerrado—. Eso son cosas de Sabela y de Jaime. Seguro que él te ha metido eso en la cabeza.

—Se preocupan por ti.

Eduardo volvió a acercarse a la verja con una sonrisa burlona.

—Ese no se preocupa más que de lo suyo. Y si está preocupado por mí es porque ya me anda rondando de nuevo.

—¿De qué hablas, papá?

—Ni Jaime Orcaray ni nadie de este pueblo me van a sacar de aquí. ¡De mi casa! Que se les vaya quitando de la cabeza.

—Nadie te va a echar de tu casa.

Eduardo se quedó bloqueado unos instantes. Parecía observar una

escena que tenía lugar en el porche.

—Papá, tengo que contarte algo…

—¿Cómo está Eduardo? —preguntó el hombre tras volver a la realidad y ajeno a las palabras previas de su hija.

—¿Eduardo? —preguntó Bárbara extrañada—. ¿Qué Eduardo?

—Tu hijo.

—¿Mi hijo?

Eduardo miró la barriga de su hija y mantuvo la mirada perdida.

—Aún estoy embarazada, papá.

—¿Del hijo de Orcaray? Todo es cosa de Jaime. No sabía cómo quedarse con la casa y ahora lo intenta de esa manera.

—Papá, esto no tiene nada que ver con Jaime. Además, Nicolás y yo ya no estamos juntos.

Eduardo asintió tras escuchar la confesión de su hija. Hizo el amago de tocar su barriga a través de la alambrada, mientras sus pupilas se movían a un ritmo vertiginoso.

—Además, no le voy a poner Eduardo. ¿De dónde has sacado eso?

Su padre se quedó un instante confundido y cerró los ojos. Apretó los párpados y los volvió a abrir. Sonrió y simuló un lapsus mental.

Bárbara se quedó sorprendida por la reacción y miró con ternura y lástima a su padre.

—Me alegro de que no estés con él. Quiero que Jaime y su familia se alejen de esta casa. Quiero que tú te encargues de ella cuando yo no esté y que después se encargue ese hijo tuyo. Que nadie os la arrebate, ¿me escuchas? Alguien me vigila y quieren quedarse con ella, pero no lo voy a consentir. ¡No lo permitiré!

Los ojos de Eduardo casi se salieron de sus cuencas mientras agarraba con fuerza el brazo de su hija entre la malla metálica.

Bárbara se zafó y desestimó cualquier atisbo de cordura. Comprobó que nada lo sacaría del estado en el que convivía con fantasmas.

Eduardo se quedó inmóvil y dirigió la vista hacia el pinar. Tenía de nuevo la mirada perdida y entabló una conversación con otro estrato de la realidad al que, de nuevo, era ajena. Bárbara miró en la misma dirección y le pareció ver a un hombre rondar la vieja chimenea que culminaba el alto de la colina.

Una punzada en la barriga la hizo encorvarse unos instantes. Emitió un leve gemido. La barriga se le tensaba por momentos. Se apoyó en la alambrada mientras agarraba su vientre. Los dolores aumentaron y la tensión en el abdomen se hizo continua.

—Algo va mal —masculló entre dientes.

Eduardo se giró hacia ella y se acercó para entender lo que sucedía.

—Papá, necesito ir al hospital.

El hombre se quedó inmóvil y no reaccionó.

Bárbara lo miró mientras se deslizaba hasta encontrar el firme del

suelo. Las contracciones comenzaron a ser más fuertes y gritó de dolor.

—No puedo salir de aquí —anunció Eduardo, impávido y sin mover un músculo ante la imagen de su desamparada hija—. No puedo salir o ellos entrarán y me quitarán la casa.

Bárbara alzó la vista para comprobar que aquella reacción era auténtica. Respiró profundamente e intentó incorporarse, pero la presión de su barriga no se lo permitió. Lloró de rabia por verse tan dependiente e inútil. Sacó el móvil de la cazadora y marcó el número de Nicolás, pero no tenía cobertura.

Eduardo reaccionó al escuchar los lamentos.

Caminó hasta la casa. Se aseguró de que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Comprobó la puerta trasera de la verja y el candado de la carbonera. Se montó en su viejo cuatro latas y cerró la cancela principal a su paso. Rodeó el cerramiento hasta donde se encontraba su hija y la ayudó a tumbarse en el asiento trasero.

Durante el trayecto al hospital estuvo más pendiente del retrovisor y de la visión de la colina que de la propia carretera. Sus ojos no dejaban de moverse en una rápida oscilación que intentaba controlar varios escenarios a la vez.

Llegaron a urgencias y allí esperaron a que una camilla se llevase a Bárbara a la sala de monitores. Las contracciones eran cada vez más continuas e intensas. La gráfica reveló que el bebé había decidido adelantarse y echar por tierra la planificación de su llegada.

Ya en monitores, Bárbara agarró con fuerza la mano de su padre mientras lloraba de dolor y ante el temor de encontrarse en una situación que no podía controlar.

—Tranquila. Si tiene que ir bien, irá bien —le dijo Eduardo.

Bárbara no se tranquilizó. Apoyó su frente en el brazo tenso de su padre y le apretó la mano. Dedicó unos segundos a observarlo de cerca, consciente de lo poco que había agarrado aquellas manos. Sintió cierto pudor, impregnado de culpa. Miró sus manos ásperas llenas de surcos negros que tejían una red entre las grietas de la piel ajada, con el tinte perpetuo del paso del trabajo a través del tiempo y de la carne. Reparó en sus enrojecidos ojos y se enterneció. La arrolló la carga de la responsabilidad.

—Papá, tienes que ir al médico a que te vea esos derrames de los ojos. Que te mande un colirio o algo. No seas cabezota.

Ambos sonrieron cuando escucharon el llanto de un recién nacido. Bárbara inició una respiración controlada en cuanto comenzó a sentir otra contracción.

Eduardo, absorto en el llanto que procedía de la habitación contigua, permaneció con la mirada perdida y un rictus serio, preocupado, que no atendía ya a los sentidos que lo distraían de este

lado de la realidad.

Cuando la enfermera se la llevó para que el ginecólogo de guardia comprobase la dilatación y el estado de la bolsa, Bárbara supo, observando a su padre cada vez más intranquilo y errático mientras se alejaba en la camilla, que él ya no estaría allí a su regreso.

38

El pequeño se quedó dormido al momento de tomar el pecho. Bárbara se reclinó en la cama y lo meció con su propia respiración y sin poder dejar de mirarlo. Aquel ejercicio le sirvió para paliar la ansiedad que asomaba de vez en cuando, sobre todo en los momentos en los que la inundaba la incertidumbre de no tener ni idea de lo que vendría después. Las decisiones se elevaban al cuadrado y no tenía trazado ningún plan para afrontar su nueva realidad sola. Se calmó tras acariciar el frondoso pelo negro del bebé, que aún no tenía nombre.

Percibió el leve lamento del recién nacido que reposaba en el moisés junto a la cama de su compañera de habitación. Comprobó que la mujer seguía dormida debido a los efectos de la sedación tras su cesárea. Bárbara dio gracias a que el suyo hubiese sido un parto natural y poder valerse por sí misma, ya que, en otras circunstancias, no le habría quedado más remedio que llamar a Nicolás para que le echara una mano.

Las enfermeras estaban muy pendientes de ella y agradeció la profesionalidad con la que gestionaban la situación. Para ella, cualquier nimiedad como coger al bebé desde el moisés, cambiarle el pañal o saber si se agarraba bien al pecho suponía un colapso absoluto. En cambio, ellas realizaban las tareas con una naturalidad admirable. Mientras la enfermera más joven le enseñaba cómo sujetar la cabeza del bebé al cogerlo en brazos, Bárbara fue consciente de lo poco preparada que estaba y rompió a llorar.

—Tranquila. Nadie nace sabiendo y todo se aprende —le dijo otra enfermera más veterana y que manejaba al bebé como quien cogía un melón.

Su padre se había marchado sin despedirse. Sin dejar un mensaje. Sin indicar si tenía intención de volver a este lado de la realidad. No era el momento de culparlo. Eduardo nunca se lo había confesado, pero ella sabía que a su padre le resultaba difícil tenerla cerca, ya que su mera presencia dejaba de manifiesto una realidad que él se había encargado de corregir y encauzar a su antojo.

En el fondo, Bárbara sabía que él la culpaba de lo sucedido.

«Ay, la culpa… ¿Y la culpa es algo?».

Recordó la voz de su tía Sabela, que le repetía aquella frase en sus noches más oscuras.

El bebé de su compañera comenzó a berrear, desesperado. Bárbara dejó a su hijo, ya dormido, en el moisés y se incorporó para atenderlo.

La otra chica abrió los ojos y reaccionó al llanto con cara de

angustia. Alzó los brazos inquieta cuando vio a Bárbara con el niño. Era una chica portuguesa que se había trasladado a un pueblo colindante con Triviana. A su novio le habían ofrecido un puesto de trabajo como técnico de mantenimiento para la inminente reapertura de la mina de carbón y aunque había estado presente durante el parto, se había ausentado para arreglar los papeles del registro. Algo de lo que se tendría que ocupar ella en cuanto le dieran el alta, pensó.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Bárbara en cuanto colocó al bebé en los brazos de su madre.

—Eloy. Como *meu* padre —contestó la muchacha de ventipocos años—. ¿Y el tuyo? *¿É um menino também?* ¿Cómo se *chama*?

Bárbara se quedó pensativa y miró a su hijo dormido. Sintió la presión de no haberle puesto nombre todavía, sobrepasada por la responsabilidad. Decidir un nombre para toda su vida le provocaba un estado de ansiedad incontrolable. Se palpó los muslos en un acto reflejo.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

—Eduardo, como mi padre.

La enfermera entró en el cuarto y anunció que era la hora de darle un baño a los recién nacidos. Ambas se hallaban tumbadas en la cama, con los bebés sobre el pecho, charlando y disfrutando del momento de calma que les habían permitido sus demandas. Decidieron echar a suertes cuál de los dos sería el primero y, tras lanzar una moneda al aire, la enfermera se llevó a Eloy a su primer baño.

Bárbara observó aún incrédula al pequeño Eduardo y le pareció increíble y absurdo haberse decantado por ese nombre. Este le dedicó su primera sonrisa y ella lloró emocionada. Se sintió egoísta por ser la única testigo de su gesto y, tras mirar a su compañera, que ya se había vuelto a quedar dormida, se acercó a la frente de su bebé, le dio un beso y le susurró al oído:

—¿Te gusta tu nombre? Eduardo…

Decirlo en voz alta le resultó una de las cosas más extrañas de su vida, y contempló la idea de cambiarle el nombre antes de ir al registro. Tenía tiempo de decidirlo. Le pondría el primer nombre que viese en la televisión o que escuchase por la calle, a pesar del riesgo que eso suponía.

—¿Quieres que llamemos a papá?

El bebé volvió a sonreír y Bárbara lo interpretó como una afirmación.

La puerta estaba abierta y Bárbara miró hacia el pasillo. Una de las enfermeras salía de la habitación contigua con otro bebé. Supuso que era el que no había parado de llorar en toda la noche. Tras la enfermera apareció una chica joven y menuda, de pelo largo y negro

con la raya en medio, que parecía perdida. Ambas se observaron unos segundos y la joven fijo su vista en el bebé que ahora tomaba el pecho. Bárbara le sonrió y calculó que la muchacha era muy joven para ser madre.

La chica caminó hasta el fondo del pasillo y se perdió tras la esquina.

Notó una vibración en la cama y las barras metálicas tintinearon contra la mesa auxiliar donde había apoyado el biberón de agua, junto a su reloj, sus pendientes y su Nokia. Nicolás no le había devuelto aún la llamada y le resultó extraño. Se le pasó por la mente llamar a Román, pero no se sintió con la confianza suficiente para compartir aquel momento con él. No quería que lo entendiese como una obligación, sobre todo después de haber dejado a Nicolás.

El temblor no remitía y Bárbara se extrañó. Tras apagar el televisor y prestar atención un momento, creyó escuchar un rugido que provenía de los mismos cimientos del hospital. La vibración cesó, pero el movimiento había hecho saltar las alarmas de los coches aparcados tres plantas más abajo. Pensó en un terremoto y rodeó con firmeza a su hijo. Escuchó revuelo en el pasillo y comprobó que su compañera seguía dormida por los efectos de los calmantes.

Dio un beso en la frente a Eduardo y lo dejó en su cuna. Se acercó a la puerta y, al abrirla, observó el ir y venir de las enfermeras. El alboroto iba en aumento a medida que el resto de los pacientes y parturientas se asomaban a sus puertas para intentar descubrir lo que sucedía.

—Por favor, vuelvan a sus habitaciones —indicó la enfermera jefe.

—Pero, ¿qué ha pasado? —preguntó una mujer mayor, que paseaba con sus drenajes.

—No lo sabemos aún. Parece que ha sido en la mina y tenemos que cubrir las urgencias. Quédense en sus habitaciones, por favor.

—¿Y los bebés? —preguntó Bárbara tras volver la vista a su compañera de habitación—. Hay bebés en la sala-cuna.

—Allí están mis compañeras de neonatos. Por favor, no se alarmen.

Varias enfermeras corrieron por el pasillo y desaparecieron entre el barullo de la sala de espera de la planta.

Bárbara volvió a mirar a su compañera y comprobó que Eduardo se había quedado dormido. Salió de la habitación y cerró la puerta a su paso. Se dirigió con calma hacia el control de las enfermeras, pero allí no había nadie. Dio la vuelta al mostrador para comprobar si había alguien en la sala de descanso, pero también estaba vacía. La alarma de incendios saltó en ese momento y las pacientes del ala de Maternidad y Neonatología volvieron a salir de sus habitaciones alertadas y confusas.

Una enfermera joven salió de la sala-cuna arrastrando dos moisés y se dirigió hacia los montacargas del área de enfermería.

—¿A dónde se los llevan?

—No se preocupe, vamos a evacuarlos a otra planta —respondió la enfermera, molesta, tras cerrar con llave la sala.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

La enfermera entró en el montacargas con los dos moisés y presionó el pulsador sin responder.

—Ahora vendrán los de seguridad a desalojarlos, no se preocupe. —La enfermera jefe la guio de nuevo hasta la puerta de su habitación.

La anciana de los drenajes cayó al suelo y la enfermera jefe corrió hacia ella para atenderla.

La inquietud general iba en aumento. En su deambular por el pasillo, a Bárbara le llegó un olor a humo que la hizo detenerse. Se giró hacía la cristalera de la sala-cuna y comprobó que esta se llenaba de un humo negro que manaba de las rendijas de ventilación del techo. Prestó atención y le pareció escuchar un llanto. Se acercó a la cristalera, pero allí dentro ya no quedaba ningún moisés. El cuarto de baño donde se aseaba a los bebés estaba dentro de aquella sala y Bárbara comprobó que por la rendija inferior de la puerta salía humo.

Intentó abrir la puerta acristalada, pero se encontraba cerrada con llave. Miró en todas direcciones y, ante la ausencia de personal que la pudiese ayudar, embistió la puerta con fuerza.

—¡Ayuda! —gritó desesperada—. ¡Ayuda!

El fuego se propagaba sin control dentro de la sala de baño. Le pareció escuchar un llanto. Buscó desesperada algo que le permitiera romper el cristal de la puerta de acceso. Localizó un extintor junto a los montacargas y corrió en su busca. Lo lanzó contra el cristal y lo hizo añicos. El humo inundó el pasillo. Bárbara se cubrió la cara con la bata y entro en la sala-cuna. Atravesó la estancia y se acercó a la puerta del baño. Tocó el pomo y el contacto le quemó la palma de la mano. El calor atravesaba la puerta. Se envolvió la mano con la bata y agarró la manivela y, pesar del intenso dolor, consiguió que el picaporte cediera.

El humo escapó, intenso, y se esparció. Bárbara no veía nada y comenzó a toser. Escuchó un lamento y se guio con él.

«Un, dos.

Tres, cuatro.

Cinco, seis…».

Se colocó la colcha de una de las cunas sobre la cabeza y entró en el baño. Encontró a una enfermera en el suelo, inconsciente. El llanto se intensificó. Los armarios de toallas y pañales ardían al fondo. Bárbara se acercó al cambiador y vio a un bebé envuelto en una toalla humeante. Empapó otra bajo el grifo y rodeó al bebé, mientras su

propia barriga ardía al contacto con el sumidero metálico, que se encontraba al rojo vivo. El mueble de los pañales prendió por completo y sintió el calor en sus piernas. Percibió olor a carne quemada y esperó que tan solo fuese la suya. Tosió varias veces. Los ojos le lloraban al intentar abrirlos. Apretó la toalla húmeda contra su pecho y logró salir del baño con el bebé envuelto entre sus brazos. Había dejado de llorar, pero no tenía tiempo de hacerlo reaccionar.

El acceso principal de la sala-cuna estaba envuelto en llamas. Escuchó explosiones y cristales rotos. El edificio temblaba. Bárbara entornó los ojos para guiarse. El fuego avanzaba por el pasillo buscando nuevas fuentes de oxígeno. La gente corría de un lado a otro descontrolada, guiada por los guardas de seguridad, que intentaban mantener la calma. Debía tomar una decisión rápida porque no podían permanecer allí más tiempo o se desplomaría intoxicada por el humo negro. Miró a su alrededor, buscando una alternativa.

«Un, dos.

Tres, cuatro.

Cinco, seis…».

Bárbara se agachó todo lo que pudo para huir del humo e intentó orientarse, pero las llamas descontroladas los alcanzaron justo al encontrar los cristales hechos añicos de la entrada.

Se incorporó de nuevo e intentó respirar, pero notaba ya los efectos del humo en sus pulmones. Se adentró en el pasillo y corrió. Buscó desesperada y casi a ciegas su habitación. La ansiedad fue en aumento al comprobar que el fuego salía de cada una de las habitaciones. Siguió corriendo hasta el final del pasillo. Solo deseaba que alguien se hubiera encargado de desalojar a todo el mundo. A su bebé. A Eduardo. Se acomodó en esa idea porque no quiso permitirse pensar en otra alternativa. Al llegar a la puerta de su cuarto escuchó el crispar del fuego al otro lado y gritó desesperada. El pomo ardía y le abrasó la mano, pero consiguió abrir. Una bocanada de humo negro y fuego se precipitó sobre ella haciéndola caer de espaldas.

Bárbara permaneció en el suelo tumbada, con aquel bebé envuelto contra su pecho, hasta que perdió el conocimiento.

39

Volvió en sí y fue consciente de que observaba la cama vacía de Eloy. No había pegado ojo en toda la noche y sus únicos recuerdos se basaban en fragmentos inconexos del transcurso de la madrugada. Revivió el duelo abrazada a Nicolás: ambos sentados sobre su cama y ahogando una irreprimible aflicción. El recuerdo le pareció lejano y se mezcló con otras imágenes que creía haber vivido con Román aquella misma noche.

Nicolás se había duchado para ir a declarar a comisaría. Después debía sacar fuerzas para acudir al local y hablar con el perito del seguro, antes de tomar rumbo hacia Jálivas.

La ambulancia había trasladado el cuerpo sin vida de Román hasta el Hospital Comarcal de la Espiga y, de allí, tras la autopsia, lo habían trasladado a Jálivas para ser incinerado.

Decidieron que lo mejor sería que ella se quedara allí con los chicos. Eloy no había regresado a casa y su teléfono móvil no daba señal.

—Habla con la Guardia Civil y diles que Eloy no ha regresado —fue lo único que pudo decir Bárbara antes de que Nicolás subiera a la camioneta.

El cielo ya estaba en calma. El frescor de la brisa de la mañana y la ausencia de nubes auguraban un día despejado. Nicolás condujo guiado por el automatismo de sus sentidos. Su mente aún se encontraba bajo el aguacero, intentando reanimar a su hermano. Se aferró al volante al notar el temblor de sus manos y frenó hasta que su visión se tornó nítida de nuevo.

Accedió al menú de las llamadas emitidas y volvió a pulsar el número de su padre. Una vez más, lo atendió el buzón de voz. No quería dejar ningún mensaje. No sabía qué decir y no le parecía bien darle así la noticia.

Bárbara volvió a descubrirse con la mente perdida. Hizo un esfuerzo por comprender lo que le sucedía y, cuando fue consciente de que había sufrido un nuevo espacio en blanco, temió haber perdido el control de sus actos. Se sentía una mera observadora de lo que ocurría a su alrededor y el miedo se apoderó de su mente. Se quedó bloqueada, encerrada en un laberinto de posibles circunstancias. Las voces iban y venían como mecidas por la brisa, tan etéreas como las imágenes que brotaban tras su aparición.

Jonás tiró de la manga de su chaqueta y reclamó la atención que su

voz no había obtenido.

—¿Dónde está Eloy? —preguntó el niño, extrañado al encontrar a su madre junto a la cama de su hermano.

Bárbara se abrazó a Jonás y lanzó un quejido.

—¿Qué ha pasado, mamá? —insistió Jonás al observar la expresión perdida y consternada de su madre.

Todo le parecía sumido en una nebulosa que le hacía tener la sensación de que hubieran pasado varios días desde el accidente y la declaración ante la policía. Lejos quedaba el recuerdo de la ambulancia y de los paramédicos afanados en sacar del coche con vida a Lucio Sierra, atrapado entre los tubos del andamiaje que habían creado una jaula mortal de la que su hermano no había podido escapar. Lejos también quedaba la visita del juez y del perito que habían dictaminado el levantamiento del cuerpo, mientras los bomberos cortaban la maraña de hierro, sofocando sus centellas bajo el constante aguacero.

No quería dejarse llevar por el dolor. Quería mantener la mente fría y evitó pensar en el incierto futuro que los esperaba. Respiró junto al murmullo del agua que desprendía la fuente del patio central del tanatorio de Jálivas. Necesitaba unos minutos a solas para no desfallecer al ser consciente de que ya no volvería a ver a Román y que no podría agradecerle sus continuos rescates. Sintió la culpa que le provocaba que hubiera regresado, y se enfadó con él por haberlo hecho.

Jaime contestó a la tercera llamada, haciéndole saber que ya estaba al tanto gracias a su secretaria, que había recibido los papeles a primera hora de la mañana.

—No te preocupes por nada, todo lo cubrirá el seguro —le indicó su padre, como si se tratara de una transacción más, y sin dejar escapar el más mínimo atisbo de congoja.

—Yo estoy ya en el tanatorio. ¿Vendrás a la cremación? —preguntó Nicolás, que había dejado de escuchar las cuestiones legales unos minutos antes.

La pregunta tomó por sorpresa a Jaime, que se mantuvo en silencio unos segundos.

—No me va a dar tiempo, Nicolás. Estoy fuera de la ciudad y cojo el vuelo en media hora. Siento dejarte con todo esto, pero sé que puedes gestionarlo sin problema. Nos veremos en cuanto regrese y solucione el papeleo. ¿Cuándo tienes pensado volver a Triviana?

Ahora la pregunta lo había tomado por sorpresa a él.

—No lo sé.

—Ya no hay nada más que podamos hacer.

Nicolás permaneció en silencio, analizando aquella frase. Su padre

nunca había sido un hombre que mostrase sus sentimientos, pero había recibido más ánimos y apoyo del gestor de la aseguradora.

—Nicolás, ¿estás ahí?

—Sí —respondió tras su lapso.

—Todo sigue adelante.

Nicolás no pudo decir nada más y cortó la conversación al observar que se aproximaba el encargado de la funeraria.

40

Se quedó tumbada en la cama junto a Jonás tras explicarle lo ocurrido con su tío. Había tenido que concentrarse para evitar una nueva ausencia. Le costaba concentrarse y mantener una conversación coherente que consolara a su hijo, y se esforzó por mantenerse centrada y alentadora.

—Estas cosas son inevitables cuando uno crece.

Le hablaba de la muerte a un niño a quien, con poco más de tres años, le habían arrebatado a sus padres de la manera más cruel posible.

—Yo no quiero crecer.

Bárbara lo abrazó aún más y le besó el frondoso pelo.

Ella también se había negado a seguir creciendo durante la época más dura de su infancia. Ambos compartían ese vínculo que nadie más entendía. Para ambos, crecer no era más que una carrera de fondo en la que sabían de antemano que iban a perder. Un ejercicio de humildad donde el yo se iba diluyendo en capas que hacían aflorar las más profundas debilidades.

«Crecer es echar de menos cada vez a más gente».

No supo si lo había dicho en voz alta o solo lo había pensado.

Jonás se quedó dormido mientras Bárbara le atusaba el pelo. Se levantó con cuidado de la cama y deambuló perdida por la casa. La puerta del dormitorio de Eloy estaba abierta y, aunque prestó atención, no percibió su voz, ni distinguió imagen alguna de su presencia. La confusión la puso alerta. El recuerdo de cosas que no había vivido se mezcló con la ensoñación y la realidad, e intensificó la perturbación de sus sentidos. Observó los tablones que ocultaban el hueco del viejo cuarto de juegos y esperó, aunque no supo qué. Quizá una señal o reconfortarse con la imagen de Eloy o las palabras de Román. Pero, al parecer, el efecto de aquel lugar se potenciaba durante la noche; como la presencia de las estrellas en el cielo, que se hacían visibles sin la luz del sol.

—¿Ha vuelto ya Eloy? —preguntó Jonás al despertarse de su siesta.

Bárbara abrió los ojos y no reaccionó. En ese momento de aturdimiento dudó de si su hijo había regresado o no. Recordaba haberlo visto en su cama la noche anterior, pero a los pocos segundos supo que no había sido una imagen real. Le preocupó que, por unos instantes, lo hubiera sentido como tal. Respiró hondo y se convenció de que, ahora más que nunca, debía estar alerta.

—¡Zarzo! ¡Zarzo!

Ambos miraron por la ventana, alertados por las voces.

Vieron a Nacho a través de la ventana del dormitorio y Jonás salió a su encuentro.

Nacho les contó que Zarzo no estaba en su caseta cuando Cecilia había ido a rellenar el cuenco de pienso esa misma mañana. Les explicó angustiado que aquel comportamiento no era habitual en el cachorro, que siempre esperaba ansioso la primera ración del día.

—¿Lo habéis visto por aquí?

Jonás negó contundente y miró alarmado a su madre, que los observaba desde el umbral de la entrada.

—¿Has visto a Eloy? —le preguntó Bárbara.

Nacho titubeó y negó con la cabeza.

Jonás se acercó a su madre y le confesó que la última vez que habían visto a Eloy había sido con la pandilla que organizaba la fiesta del pelele. Que uno de ellos les había lanzado piedras a él y a Nacho y que Eloy se había ido con ellos.

Bárbara permaneció con la mirada perdida a medida que asimilaba la información.

Bajó por el sendero del risco hasta el pantano. El ambiente húmedo se mezclaba con el hedor de las aguas revueltas y el fango, que había aumentado tras la tormenta. Se acercó a la orilla hasta que sus zapatos se cubrieron de lodo y caminó por el margen hasta llegar al merendero. Atravesó las mesas sobre las que reposaban grandes ramas de chopos, rotas por el aguacero. Tenía la esperanza de encontrarse con alguien de la pandilla y que le diera alguna pista sobre el paradero de su hijo, pero allí no había nadie.

Se sentó en uno de los bancos de madera y la humedad le atravesó el pantalón y le refrescó los muslos. Respiró el aroma a tierra mojada y el mentolado frescor de los pinos. Observó el hospital, que se erguía al otro lado del pantano, y cayó en la cuenta de que Eloy podría encontrarse allí.

Escuchó una pequeña algarabía procedente de las naves industriales y se levantó para echar un vistazo.

Una chica de pelo rojizo montaba un armazón de alambre mientras otra, en visible estado, preparaba una pasta de papel en un cubo. Sobre un palo apoyado en la nave pendía lo que quedaba de una máscara con aspecto de caballo.

Su presencia alertó enseguida a los chavales, que detuvieron su charla y sus risas y la observaron con hostilidad.

Bárbara captó de inmediato la tensión. No sabía quienes eran, pero, por la reacción, supo que ellos sí que debían conocerla.

—Estoy buscando a Eloy.

Bárbara los examinó y pensó que nunca los hubiera relacionado con su hijo. A Eloy siempre le había costado relacionarse y no encajaba

bien en grupos de más de tres personas. En esos casos solía asumir un rol pasivo y observador que lo había llevado siempre a dejarse llevar por los demás. En eso había salido a ella, aunque lo referente a llevar sus obsesiones al extremo lo había heredado de Nicolás. Le pareció curioso que la herencia no requiriese de vínculos de sangre.

La chica de pelo rojizo cambió su rictus de preocupación por una sonrisa forzada y se acercó a ella tras dejar el armazón en el suelo.

—Hola, soy Olena.

—Eloy no volvió anoche a casa. ¿Lo habéis visto?

Olena miró al grupo y volvió a dirigirse a Bárbara, tomando la iniciativa.

—No.

—¿No estuvo ayer con vosotros?

—Sí. Ayer sí, pero hoy no.

Bárbara se centró en la chica.

—¿A qué hora lo visteis por última vez?

—Antes de la tormenta. —Olena bajó el volumen de su voz—. La tromba de agua nos pilló en el pantano y lo ayudé a subir la cuesta.

Bárbara la observó expectante.

—¿Y después?

Olena titubeó, miró al resto del grupo y se encogió de hombros.

—No lo sé.

—¿No viste por dónde se fue?

—No. ¿Han preguntado en el hospital?

—Señora —cortó Bruno—, ya le ha dicho que no lo sabe. ¿Por qué no habla con los municipales?

—Por supuesto que voy a ir a hablar con ellos.

—Pues mucha suerte, señora —respondió Bruno con sorna.

Bárbara se acercó a Bruno y lo miró, amenazante.

—Y no se os ocurra volver a lanzarle piedras a mis hijos.

Chambón apareció por la puerta de la nave y la miró de forma intimidante.

Bárbara apretó el gesto y ascendió por la cuesta que comunicaba el polígono con la avenida. Por el camino llamó al hospital y allí le confirmaron que no habían tenido ningún nuevo ingreso. Ningún joven había acudido a consultas o a urgencias. Aún así Bárbara pensó que sería buena idea acercarse en persona y comprobarlo antes de ir a la Guardia Civil.

Volvió a marcar el número de Eloy, pero la locución indicaba que la línea se hallaba apagada o fuera de cobertura.

Llegó a los soportales y analizó el entorno. La mayor parte de los comercios debían estar ya cerrados a la hora en que Eloy llamó a su padre. No encontró ningún bar desde el que alguien hubiera podido ser testigo de su marcha. Pensó que quizá algún vecino podría haberlo

visto desde una ventana, pero no contaba con su ayuda. Observó la bajada de la calle hasta el pantano e imaginó el torrente de agua que debía haber descendido tras el aguacero. La idea de que hubiera podido arrastrarlo hasta el pantano se apoderó de ella.

Continuó el recorrido hasta la gestoría. Rastreó cada portal que encontraba a su paso. Los vecinos volvían a colocar las banderolas y los carteles anunciadores de las fiestas.

En uno de los portales, Bárbara vio lo que quedaba de uno de los carteles que notificaban la desaparición de la pequeña Alba. Reculó ante la imagen y sintió que las miradas se clavaban en su nuca. Caminó diligente por los soportales hasta encontrarse con la maraña de hierros que atravesaba la luna, hecha añicos, de la gestoría. La zona estaba acordonada. La fuerza del agua había limpiado cualquier rastro de lo ocurrido, pero Bárbara se estremeció ante aquella imagen grotesca.

«Tienen que dejar que se vaya».

Creyó volver a escuchar la gutural voz de aquel hombre que, tras la visita a su casa, había sido responsable del accidente mortal de Román. La presión en el pecho, y el dolor que le produjo el nudo contenido de su garganta, le hizo romper a llorar en mitad de la calle. Caminó avergonzada mientras se secaba las mejillas e intentaba contener los hipidos. Sentía los estragos de la falta de sueño y de comida, un sudor frío se apoderó de ella y la obligó a detenerse antes de caer desplomada sobre la acera.

41

Se despertó sin ser consciente de dónde se hallaba. Sus ojos se adaptaron a la luz que provenía del ventanal, que le ofrecía una panorámica del embalse con el nuevo pueblo de Triviana al fondo. Miró hacia los pies de su cama e identificó a Cecilia que, de espaldas a ella, hablaba con alguien por teléfono. Al volver la vista al pantano, regresó a su memoria la primera vez que, en ese mismo edificio, había visto a su hijo Eduardo.

La imagen del recuerdo se diluyó en cuanto la enfermera irrumpió en la habitación y se acercó para atenderla. La auxiliar comprobó la vía y la tranquilizó tras informarle de que tan solo había sufrido un desvanecimiento provocado por la fatiga y la falta de sueño.

Cecilia se acercó a ella en cuanto la enfermera las dejó solas.

—¿Dónde está Jonás?

Cecilia le sonrió al tiempo que la cogía de la mano.

—Tranquila. Está en mi casa, con Nacho.

Cecilia le explicó que al salir del mercado encontró un grupo de vecinos rodeando a Bárbara. La ambulancia la había trasladado al hospital y ella había ido a su casa a recoger a los chicos.

—Tengo que ir a buscarlo… —dijo mientras se incorporaba— y tengo que ir al cuartel.

—Calma. Tiene que descansar. Es normal que su cuerpo se haya rendido después de todo lo que han pasado.

Llamó a la enfermera y solicitó que le quitaran la vía y que el médico le firmara el alta voluntaria. No podía perder el tiempo reposando en aquel lugar que le producía más angustia que calma.

Caminaron en dirección a las escaleras. Cecilia la agarraba del brazo, sirviéndole de apoyo, a pesar de su negativa. En uno de los pasillos anexos observaron que una de las habitaciones estaba custodiada por un policía local que en ese momento hablaba con un hombre trajeado y una mujer que reconoció como la mujer de Lucio Sierra.

Cecilia tiró de ella hacia el ascensor.

Bárbara tramitó la denuncia formal de la desaparición de Eloy en el cuartel a pesar de que aún no se habían cumplido ni veinticuatro horas desde el último contacto con el menor. Pero, dadas las circunstancias —la inesperada tormenta, que el chico estuviera impedido y la repentina muerte de su tío—, el sargento accedió a iniciar una investigación que comenzaría por tomar declaración a los jóvenes que, según la información que Bárbara misma les había

ofrecido, habían sido los últimos que habían tenido contacto con él. El sargento le aseguró que mandaría de inmediato una patrulla que peinaría todo el perímetro del pantano.

—¿Ocurrió algo que pudiera provocar su desaparición? —preguntó el cabo—. ¿Alguna discusión? A estas edades son bastante comunes. Y llegado el verano, bastante más de lo que pensamos.

Bárbara miró al cabo y recordó la comida de despedida de Román. Nunca había visto a Nicolás levantarle la mano a ninguno de los chicos. Ni siquiera en los peores momentos de sus crisis. Sabía que para Eloy había sido humillante, pero estaba segura de que no era el motivo de su marcha.

—Nunca se sabe, señora —respondió el cabo.

Bárbara se quedó extrañada porque no había sido consciente de que aquellas palabras hubiesen brotado finalmente de su boca.

Tras recoger a Jonás, Cecilia insistió en acercarlos hasta la casa de la colina, a lo que Bárbara se negó con la excusa de que le vendría bien tomar el aire. Su intención era dar una vuelta más por el pantano y subir por el sendero del risco.

—Seguro que Eloy vuelve pronto —comentó Jonás mientras ambos caminaban por los soportales—. A lo mejor ya está en casa.

Bárbara asintió mientras observaba cómo varios transeúntes los miraban con disimulo. Dos señoras que esperaban en la cola de la panadería fueron más descaradas y siguieron su avance. El cartero detuvo el carro del reparto frente a un portal y permaneció inmóvil unos segundos, vigilando su deambular. De uno de los zaguanes vio salir a Victoria Manso, la alcaldesa del pueblo, que cruzó la vía, apresurada, para perderse por los soportales. Madre e hijo descendieron hasta el camino del merendero.

Bárbara se volvió hacia Jonás y lo miró fijamente mientras le agarraba de la mano.

—Prométeme que tendrás siempre cuidado y que si notas, ves u oyes algo de alguien que pueda perjudicarte, saldrás corriendo. Eres un niño, no tienes que caerle bien a nadie. No tienes por qué agradar ni ser servicial con nadie, ni siquiera con los mayores. Puedes ser sincero, puedes hacer el gamberro y molestar a la gente… Que se aguanten. Desconfía de la gente, Jonás, porque solo los desconfiados sobreviven. Si te hace falta atención por nuestra parte, nos lo dices. Reclámala y te la daremos, y si no lo hacemos, insiste. Pero no la busques en ninguna otra parte, ¿comprendes?

Jonás asintió tras escuchar atento a su madre e intentar asimilar el confuso mensaje que estaba recibiendo.

—¿Me lo prometes?

Jonás volvió a asentir. Las palabras no lo tranquilizaron, y lo

invadió pensamiento de que a su hermano le podía haber sucedido algo malo.

—¿Pasó algo en el pantano entre Nacho y tu hermano? ¿Se dijeron algo?

Jonás se quedó desconcertado ante la pregunta. Se quedó pensativo un momento y negó con la cabeza sin mirarla a los ojos, con una falta de firmeza que no convenció a su madre.

Reanudaron la marcha hacia el pantano y Bárbara volvió de nuevo la vista hacia la calle principal. La gente seguía ya con sus propias vidas.

Caía la tarde y la Guardia Civil no le había ofrecido aún novedades del paradero de su hijo. El móvil de Eloy continuaba apagado y una angustia incontrolable se apoderó de ella. Nicolás la había llamado minutos antes para preguntar por su hijo y la había puesto al día tras la ceremonia de cremación de Román. El recuerdo de su cuñado avivó aún más su aflicción y los sentimientos afloraron con una facilidad que le resultó abrumadora. Prestó atención a su entorno. La voz de Nicolás comenzó a escucharse con eco, para luego desdoblarse y superponer palabras en una conversación que carecía de sentido. Estaba sucediendo de nuevo.

Bárbara notó la brisa en sus pantorrillas y volvieron los murmullos y las sombras. El corazón se le aceleró cuando escuchó la voz de Eloy procedente de la puerta. Y entonces lo vio. Eloy entró en casa con total naturalidad. Bárbara lo llamó sin obtener respuesta y dejó escapar un gemido que aguardaba en su pecho el momento de ser liberado. Esperó plantada en el pasillo cuando una imagen de sí misma salió proyectada y lo abrazó mientras ella observaba la escena. Se quedó prendida y dejó marchar su angustia al contemplar aquella visión.

Cuando volvió en sí no fue consciente del tiempo que llevaba de pie observando a la nada. Se giró y miró hacia el dormitorio de Nicolás. Otra versión de ella misma dormía plácidamente en la cama, junto a su marido. Volvió la vista hacia su hijo y la imagen de Eloy se aclaró ante la azulada luz de la luna que entraba por la ventana. El olor a metano trajo consigo más imágenes que, una vez asentado el gas y en calma, fueron cobrando cierta nitidez que las hizo parecer reales. Aprendió que lo mejor era no moverse de forma brusca para no hacerlas desaparecer.

Román y ella hablaban sentados a la mesa de la cocina. Él parecía apenado y cogía de la mano a otra versión de ella misma. Pensó que, si prestaba atención y entraba con sigilo, quizás fuese capaz de escuchar la conversación, pero le resultó imposible.

Se acordó de su padre y sus ausencias y se le aceleró el pulso.

Respiraba con dificultad. Al ser consciente de su acto de debilidad, salió por la puerta trasera hasta el porche, eliminando a su paso la visión de los posibles. Recordó el día en que, tras su recuperación de las quemaduras, volvió para contarle a su padre que había perdido a su hijo recién nacido.

Él salía de la carbonera, chamuscada por el incendio que había alcanzado el porche de madera de la casa. Sus ojos, inyectados en sangre, no repararon ni tan siquiera en ella hasta que la tuvo de frente.

—Se han ido… —le comunicó él, todavía ausente—. No tenía que haberme ido contigo. No tenía que haberte llevado. ¡Mira lo que han hecho! ¡Mira lo que me han hecho! ¡No debí dejar la casa sola!

Bárbara no daba crédito a aquellas palabras y supo que su padre necesitaba ayuda.

—Papá, ¿quiénes se han ido? —preguntó, forzando una situación que no podía demorarse más tiempo.

Eduardo la miró, devastado.

—Mi familia —contestó.

—Yo soy tu familia, papá.

—Tú nunca has formado parte de mi familia. —Eduardo se giró hacia la casa y la carbonera—. Tú no. Y el fuego se los ha llevado. No podré recuperarlos nunca. El fuego… Todos se han ido. ¿Qué vas a saber tú?

—¡Claro que lo sé! —dijo Bárbara enfurecida y al borde de las lágrimas—. ¡Lo he visto toda mi vida! Desde el mismo día que me alejaste de aquí, culpándome de lo que había pasado. ¿Crees que se le puede hacer eso a una niña de cinco años? ¿Eh? Alejarla de tu vida y vivir con fantasmas. —Eduardo la miró, colérico—. ¡No fue culpa mía, papá! ¡No fue mi culpa!

Recordó a su padre inmóvil, observándola frente a la carbonera, sin entenderla. Bárbara se marchó sin confesarle el verdadero motivo de su visita, no tuvo fuerzas. Lloró todo el camino de vuelta a Madrid y se prometió no regresar.

Volvió a la realidad y quiso alejar de su mente la posibilidad de que le estuviera sucediendo lo mismo que a su padre. Se produjo un conflicto en su interior ya que, por momentos, ella también había perdido el control de su voluntad. Pensaba que podría controlar aquel juego que calmaba su pena y tomaba decisiones por ella, pero fue consciente del peligro. Sabía que debía acabar con ello, aunque supusiera no volver a ver a su hijo o no volver a sentir lo que aquella versión de Román le había despertado de nuevo.

42

En el campus de la Universidad de Jálivas se celebraba la fiesta anual de la llegada del verano, cita obligada para quienes finalizaban los exámenes y daban por concluida la carrera. A Bárbara no le apetecía nada volver al pueblo con su tía Sabela y, aunque estaba agotada tras los intensos meses de estudio, sus compañeras no le permitieron perderse la gran despedida dedicada a los que ya no volverían a pisar aquel campus como estudiantes.

Dani y Zoraida no dejaban de darle cerveza mientras se movían al ritmo de *Lady Marmalade* o a la última de Ricky Martin, y tampoco le hicieron ascos al baile coral de Coyote Dax. Cada vez que se daba cuenta de que no tendría que estudiar al día siguiente le daba un vuelco en el corazón que la llevaba a dar otro trago a la cerveza. Esa noche sudaría sin remordimiento todo el alcohol que pudieran expulsar sus poros.

En una de sus visitas al WC químico, le pareció ver en la barra a Román, charlando con su hermano. Se quedó inmóvil y se le aceleró el corazón. No hablaba con él desde que habían coincidido por casualidad en la cola de la bocatería. La Escuela de Arquitectura se encontraba en el mismo campus que la Facultad de Matemáticas, pero los separaba la explanada de césped y varios edificios oficiales. Los de Arquitectura no solían cruzar la explanada porque tenían un campus propio, compartido con los edificios de ingeniería, pero aun así la sorprendió que no se hubieran topado en más ocasiones. Aquel encuentro había resultado frío y, en cierta medida, incómodo, ya que, aunque el distanciamiento no había sido deliberado, los dos se sintieron culpables por haber dejado que la situación hubiera alcanzado semejante punto glaciar.

Hacía tiempo que Román había salido de su cabeza, pero ese encuentro fugaz en la bocatería había removido viejos sentimientos anquilosados.

Ahora lo tenía delante y tuvo la suficiente valentía como para acercarse y proponerle quedar un día para hablar y ponerse al día. Él la había entendido siempre, como nadie más lo había hecho, y echaba de menos su compañía. Lo platónico de su relación con Román siempre la había hecho dudar de sus verdaderos sentimientos. Nadie la había hecho sentirse mejor que cuando estaban juntos, ni con más confianza. Había asumido que la intimidad de su amistad duraría siempre. Una noche de estudio le había confesado sus sentimientos, envueltos entre teoremas y ecuaciones. Había tomado la decisión tras

determinar que si X era impar, se lanzaría al fin. No obtuvo respuesta entonces y llegó a dudar de si su exposición había quedado clara o diluida entre las derivadas. Se culpó de que él decidiera estudiar otra carrera y, aunque le había asegurado que nada cambiaría en su amistad, todo cambió para siempre. Nadie la había preparado para la distancia y si no se lanzaba a descubrir lo ocurrido, nunca jamás lo sabría.

Pensó que igual era solo un tema platónico, pero si no se lanzaba, nunca lo sabría. Siempre creyó que confesarle sus sentimientos había sido un error y que aquello había provocado que él estudiase otra carrera. Román le había asegurado que nada cambiaría en su amistad, pero todo cambió para siempre.

—Tienen otros intereses en la vida y, aunque no lo parezca, Román es igual que su padre y su hermano. Lo llevan en la sangre —le dijo su tía Sabela cuando regresó a casa destrozada y avergonzada tras su confesión.

Aquel recuerdo, unido a la inaplazable demanda de su vejiga, frenó su impulso de acercarse.

«Si del WC sale un chico, me acerco, pero si sale una chica, me pongo de espaldas y espero en la cola», pensó Bárbara. Ni tan siquiera el alcohol había sido capaz de desinhibirla.

Se quedó pendiente de quien salía del urinario cuando observó a un grupo de personas que se acercaba a los hermanos Orcaray y los saludaban con efusividad. Una de las chicas besó a Román en los labios y le sacó una sonrisa y un cariñoso abrazo.

Bárbara optó por una tercera vía que no había previsto. Salió de la cola tan confundida que recibió varios empujones que casi la hicieron caer. Estaba mareada y tenía unas irremediables e incomprensibles ganas de llorar. No se sentía mal por el hecho en sí, sino porque fue consciente de que la vida se le seguía escapando delante de sus ojos y ella no tomaba una determinación al respecto.

Salió del campus y vomitó en una papelera con una facilidad que le resultó sorprendente. Agradeció llevar el pelo corto y haberse empeñado en ponerse pantalones a pesar de la insistencia de Zo. Se sentó en la acera, entre dos coches, y esperó a que se le pasara el mareo y aquel estúpido llanto que la hizo sentir como una niña. Las malas decisiones siempre habían sido parte de su condición y ya tenía asimilado que la acompañarían siempre.

—Perdona, tengo que mover el coche.

Bárbara alzó la vista y percibió una silueta que tapaba la luz de la farola.

—¿Quieres que te ayude a empujarlo o algo? —contestó Bárbara.

—No…

El extraño comenzó a reír y ella también, por empatía, aunque no

entendía el chiste.

—Que voy a arrancar y no quiero aplastarte los pies.

—Ah, perdona.

Bárbara intentó ponerse de pie, avergonzada tras darse cuenta de la situación.

El extraño la ayudó.

—¿Eres Bárbara? Bárbara Alfaro, ¿no?

Ella lo miró confundida. Y, sin pensar, lo agarró por los hombros y lo giró hasta que la luz de la farola le permitió ver sus facciones.

—¿Nicolás?

—Sí.

—¿Me llevas a mi casa? Por favor…

43

Nicolás la encontró dormida en el porche a su vuelta de Jálivas. Se acercó a ella y, al tocarle los brazos desnudos, comprobó que tenía la piel helada. Con sigilo, volvió a entrar en casa para buscar una colcha y cubrirla sin que se despertara. Reparó en el vaivén de su pecho al respirar y, tras un largo bostezo, alzó la vista hacia el pinar, coronado por la vieja chimenea de ventilación. Le extrañó la ausencia total de los sonidos que solían llenar las mañanas y que en ocasiones los despertaban. Ni el trinar de los pájaros o el repicar de las chicharras querían darle la bienvenida al verano. Daba la impresión de que el entorno los acompañaba en su duelo.

Desde que había dejado embarazada a Bárbara, sin apenas conocerse ni tener una relación formal, todo había sido un cúmulo de malas decisiones. Ella era una de las personas más importantes de la vida de su hermano y la noticia del embarazo, un vínculo que supuestamente debía acercarlos como familia, no fue más que el motor para que él y Román se separaran para siempre. Nicolás fue consciente entonces de que esa amistad iba mucho más allá, aunque su hermano y Bárbara fuesen incapaces de admitirlo.

Román nunca dijo nada tras su unión con Bárbara y el silencio se hizo ley. Ley para él y ley para Bárbara, que veía cómo su mejor amigo se alejaba poco a poco de ella, huyendo del dolor que le producía verlos juntos.

La pérdida del pequeño Eduardo los unió más de lo que deseaban. Se necesitaron un tiempo, pero el tiempo se acomodó entre ellos. Los acercó la esperanza de darle una segunda oportunidad al niño cuyo destino había quedado ligado al de Bárbara para siempre. El niño que ahora había desaparecido y que volvía a necesitarlos.

Tantas veces se había arrepentido de la pesada decisión de ser padre que hasta que no temió perderlo no se dio cuenta de lo que significaba. Miró la urna de Román y se regodeó en sus lágrimas y en el dolor de saberse vivo, de sentir, de amar y de ser capaz de perdonarse por sus malas decisiones.

Mientras preparaba café, llamó al cuartel y el agente de guardia lo puso al día, confirmándole que no tenían novedades. Una patrulla había rondado durante la madrugada, sin éxito. El cabo trató de calmarlo indicándole que no se preocuparan, que debía tratarse de una travesura típica de adolescentes para llamar la atención de sus padres. Aquel comentario lo puso de mala hostia. Nada podía resultar más desesperanzador que un investigador que tiraba de generalidades para llevar a cabo su trabajo.

—No quería despertarte —dijo Nicolás cuando Bárbara apareció por la puerta trasera.

—Anoche me quedé dormida ahí fuera sin darme cuenta. ¿Se han despertado ya los chicos?

Nicolás la miró extrañado mientras le ofrecía una taza. No quiso darle mayor importancia al comentario y lo atribuyó al recién despertar.

—Acabo de llamar al cuartel y me han dicho que no hay novedades.

Bárbara se quedó pensativa unos segundos hasta que reaccionó dando un sorbo al humeante café.

—¿Y… van a hacer algo hoy? —preguntó ella, aún confusa.

—Tienen previsto patrullar de nuevo por el pantano.

Bárbara volvió a mostrarse ausente.

—Vamos a desayunar y, después, podríamos dar una vuelta por la vega.

Bárbara no reaccionó hasta que el repicar de la gravilla del camino y el sonido del motor de un coche la devolvieron a la realidad.

Se miraron extrañados porque un vehículo se presentase a aquellas horas de la mañana y sus mentes volaron al tiempo hacia el más funesto de los motivos. El vehículo era una vieja y destartalada furgoneta Citroën, de la que bajó un hombre vestido de paisano. Se tranquilizaron al no tratarse de la Guardia Civil. De la bandolera que le cruzaba el pecho, sacó un sobre.

—¿Bárbara Alfaro Tena?

Ella cogió el sobre y, sin mediar palabra, el notificador volvió a montarse en su vehículo para desaparecer camino abajo.

Nicolás la observó inquieto mientras leía el contenido del documento.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Es por la casa?

Bárbara le entregó la carta y se sentó en uno de los escalones del porche.

—No entiendo nada de lo que pone. Está firmado por un juez —dijo ella sin mostrar emoción alguna.

—Es una orden de desahucio.

—No voy a consentir que nos quiten la casa —dijo Bárbara con la mirada extraviada—. Ya no. No se van a salir con la suya. Debe poder recurrirse en algún sitio. Iré a hablar con la alcaldesa. Está firmado también por ella y por el arquitecto municipal. Román podría ir de nuevo a hablar con él y…

—Bárbara…

—Puede convencerlos de que no se ha tocado ninguna parte estructural…

—Bárbara —repitió Nicolás, obligándola a mirarlo a los ojos.

Bárbara se dio cuenta de su equívoco y reaccionó con un sonrojo súbito. Apartó la mirada.

Nicolás se puso de rodillas frente a ella y le agarró la mano.

—¿Qué ocurre, Bárbara?

Se sintió avergonzada y sumida en pudor, consciente del caos interno por el que atravesaba.

—No quiero convertirme en mi padre —confesó.

—¿En tu padre? ¿Por qué?

Bárbara miró a Nicolás y quiso contarle la verdad. Explicarle lo que había experimentado tras la apertura del hueco y haber accedido a aquel lugar. Contarle lo que había vivido en esa casa de niña, y que no era la primera vez que bajaba. Hablarle de la visita de Lucio antes del accidente y que le había exigido que cerraran el hueco para liberar a su nieta muerta de su sufrimiento. Confesarle que había visto a Román esa misma noche, porque había decidido volver para tener con ella una conversación pendiente. Que había visto a Eloy regresar a casa después del aguacero y que se había acostado en su cama tras darse una ducha. Que lo había visto tan real como lo veía a él en ese momento. Quería contarle del origen de la supuesta locura de su padre y del miedo que sentía al verse arrastrada, igual que él, hacia algo que no era capaz de controlar.

Bárbara se quedó en silencio, pero escuchó con claridad como otra versión de ella misma se lo confesaba todo a Nicolás. Se quedó expectante. No estaba pronunciando las palabras, pero eran exactamente las que estaba pensando. Analizó la cara de su marido y esperó su reacción, pero Nicolás la seguía observando en silencio, mientras otra versión de él entraba en la casa y otra distinta caminaba hacia la camioneta.

—Bárbara, ¿estás bien?

Bárbara volvió a mirar al Nicolás que tenía frente a ella y entendió que no había dicho nada.

El paseo no les había aportado ninguna nueva pista sobre el paradero de Eloy, pero a Bárbara le sirvió para poner en orden sus pensamientos. Caminó tras Nicolás y Jonás; seguía sus pasos en estado semiautomático y echaba, de vez en cuando, la vista atrás, hacia la casa. Tenía la sensación de que cuanto más se alejaba, más aumentaba su ansiedad, acompañada de un temor irracional.

Observó la calma del pantano desde lo alto del risco. No había aire que meciera las agujas de los pinos. No había batidas de vuelo, ni gorjear matutino, ni el lejano estridor de las chicharras. No estaba acostumbrada a aquel sosiego.

Bajaron hasta el pueblo y se armaron de valor para preguntar a los vecinos con una fotografía de su hijo en la mano. No obtuvieron más

que palabras esquivas y desconfianza.

Bárbara entró en la Casa Consistorial y, sin preguntar a nadie, buscó el despacho de la alcaldesa. Un guarda trató de retenerla, pero en mitad del forcejeo apareció Victoria Manso tras una puerta y la hizo pasar.

Bárbara entró en el despacho. Junto a la mesa se hallaba la joven de pelo rojizo con la que había hablado el día anterior.

—¿Conoce a mi nieta Olena? Estábamos ultimando los preparativos para la fiesta de esta tarde.

A Bárbara, le pareció un comentario demasiado frívolo, dadas las circunstancias.

Olena recogió varias carpetas de la mesa y sonrió, por compromiso, a Bárbara antes de salir del despacho y cerrar la puerta.

—Sigo muy de cerca el caso de tu hijo y estoy al tanto de cualquier novedad. No creas que me olvido —indicó Victoria Manso con tono impostado y político—. Pero lo más probable es que vuelva cuando se le pase el enfado. Ya sabes cómo son los adolescentes y cómo reaccionan a la autoridad. ¿Quién no ha dado un bofetón a una criatura alguna vez por su bien?

Bárbara recordó las maneras que tenía aquella mujer de hacer cumplir la autoridad en las clases. Sintió repugnancia por esas palabras pasivo-agresivas y que solo pretendían echar un pulso con ella por el control de la situación.

—¿Cree que este es el momento para desahuciarnos? —espetó Bárbara tras sacar la carta de su bolso y con la intención de cambiar de tema.

—Esa notificación está emitida de antes de que todo esto sucediera. No soy tan mezquina, Bárbara. Siento mucho lo sucedido con su cuñado. Un accidente terrible. Pero la ley no sabe de momentos inoportunos.

—No van a quedarse con la casa.

La alcaldesa abandonó su sonrisa diplomática.

—La orden es clara. Se os advirtió de forma muy precisa de que no podíais hacer reformas o alterar el estado de la villa sin un permiso…

—No hemos hecho nada, ¿por qué han supuesto eso?

Ambas se miraron de forma intimidante.

Bárbara cayó en la cuenta de que Lucio Sierra podría haber testificado tras el accidente, pero la orden debía haberse emitido mucho antes. A parte de Lucio, solo habían estado en la casa Cecilia y su hijo Nacho.

—¿Por qué no lo hicieron con mi padre en vida? ¿Por qué ahora y no cuando Cecilia vivía con él? Hubiese sido mucho más fácil.

—De alguna forma… siempre se anticipaba. Se hicieron inspecciones, claro que sí. Pero la casa siempre estuvo en unas

condiciones perfectas. Legalmente no hubo forma. Y también disimuló muy bien cualquier otra debilidad mental. Su padre era muy testarudo y protegió esa casa con su vida.

—Yo también puedo protegerla.

—Mira, esa casa es parte del legado de nuestro pueblo minero. La única casa del viejo pueblo que sigue en pie y, por tanto, parte muy importante de nuestra historia. Y así queremos mantenerla. Sería un lugar perfecto para el recuerdo. Un santuario donde homenajear a los caídos y recuperar nuestra identidad.

—Mi padre nunca quiso eso para su casa y se encargó de manteneros alejados por algún motivo. La construyó con sus propias manos y allí es donde perdimos a nuestra familia. No es ningún santuario.

—En este pueblo, todos perdimos a alguien ese día. Cada familia lleva su muesca: madres y mujeres para las que la jornada también empezaba al escuchar la sirena de salida de los mineros. Mi hermano murió en su primer día de trabajo. Se llamaba Silvestre. No quería trabajar allí, pero no le quedó otra para sacar a su familia adelante. Tu padre debía enseñarle y custodiarlo. No era más que un crío y él… lo dejó allí, a su suerte, mientras huía como una rata. Nunca le dijo a nadie cómo logró escapar. Tampoco ayudó al equipo de salvamento a recuperar los cuerpos. En el juicio, alegó que no recordaba nada… Se encerró en su casa, pero no tardó en echarte a ti también. Así que no me vengas con este interés repentino por esa casa, porque tu intención inicial era vendérsela a cualquiera.

—Haré con mi casa lo que quiera.

—Sabes que no lo vamos a permitir. Esa casa no puede caer en malas manos. Jaime Orcaray lleva toda la vida empeñado en adueñarse de ella. No le bastó con dejarnos en la ruina y encargarse de que no nos pagasen las indemnizaciones que nos correspondían. No le bastó con adquirir todos los terrenos colindantes a precio de saldo, aprovechándose de la situación. Las tierras que habían pertenecido a nuestras familias por décadas. Le compró a tu tía Sabela su parte de la colina, pero no pudo con tu padre, que siempre lo echó de su finca. Meses antes del incendio del hospital, tu suegro había asegurado el terreno de pinares que lo rodeaba. Nadie lo ha investigado aún y seguimos esperando justicia. Arturo Lacave, el alcalde de entonces y director del hospital, no dudó en recalificarlo de inmediato. Así que no se confunda de bando y acepte lo inevitable lo antes posible.

Bárbara se quedó en silencio, aún abrumada por la confesión. Fue consciente de que la lucha por el control de la casa era mayor de lo que imaginaba. No había solo dos bandos, sino tres. Una guerra abierta desde hacía cuarenta años, con treguas y acuerdos, pero cuyas batallas no habían cesado y se habían llevado vidas inocentes por el

camino.

Bárbara salió del ayuntamiento y se dirigió al cuartel sin dejar de pensar en Cecilia y el verdadero motivo que la había llevado a cuidar de su padre. No supo quién se había puesto en contacto con ella y cómo fue capaz de hacer que su padre la dejase vivir allí. Él no dejaba entrar a nadie. ¿Por qué iba a permitir que viviesen allí aquella mujer y su hijo?

Recordó la llamada de Cecilia contándole que su padre había fallecido mientras dormía, en calma. Ella había visto una llamada perdida de su padre del día anterior y no se la había devuelto. Supo entonces que la había llamado para despedirse.

44

Cecilia se acercó al cuarto de Nacho y lo observó mientras se hacía el dormido. Se había ido a dormir la noche anterior sin probar un bocado de la cena.

—¿Quieres que te prepare el desayuno?

No obtuvo respuesta.

—Seguro que aparecerá. Le encanta escaparse por la colina y perseguir a los conejos. Ya verás como hoy lo encuentran arañando la puerta de Villa Hulla.

—Echo de menos vivir allí —masculló Nacho.

Cecilia le atusó el pelo y recordó la primera vez que había visitado aquella casa. Cuando subió la cuesta con Ignacio de la mano y se detuvieron a contemplarla hasta acumular la osadía suficiente para entrar y preguntar por una tal Bárbara Alfaro. Quería conocer a la mujer que había salvado la vida de su hijo y agradecérselo, al fin, en persona.

Bordeó la linde y observó a un hombre cargado con una carretilla de roca y carbón. Hablaba solo y parecía alterado. Ella se había acercado a la cancela para llamar, pero el hombre de mirada vacía no reparaba en ella.

Subió en varias ocasiones. Ya se había asentado en la vieja casa de sus padres y todos los días tenía la esperanza de que Eduardo le ofreciera alguna información sobre su hija. Nadie en el pueblo tenía sus señas y solo sabían que se había marchado a Madrid y que no había vuelto.

Una mañana lo encontró junto a la cancela. Recogía una caja que un repartidor había depositado. Ella cargaba a Ignacio en brazos y apretó el paso para forzar el encuentro.

Le explicó lo que había sucedido en el hospital dos años antes y le preguntó por su hija.

—Solo quería darle las gracias, ¿se las dará de mi parte si la ve?

El hombre se había quedado extrañado, en un lapsus del que volvió afirmando que, esa tal Bárbara por la que preguntaba, había muerto siendo niña.

Cecilia se dio cuenta de que él seguía con la cabeza perdida y no quiso alterarlo más con su presencia.

—Ya no queda nadie —comentó el hombre de manos negras—. Se han ido todos.

Aún no había cumplido el propósito que la había llevado a aquella casa. Pero el tiempo lo había puesto todo más difícil y encontrar el momento idóneo se había vuelto complicado.

Miró a Nacho y no supo cómo aliviar su desolación.

Quedarse embarazada el verano antes de comenzar el módulo de Auxiliar de Enfermería no era ni de lejos lo que tenía planeado para el año sabático que había arrancado lleno de nuevos proyectos y expectativas. Pero el inesperado cuelgue por Marcos la tomó completamente desprevenida y baja de defensas emocionales.

Su madre se había encargado de dejarle bien claro que no disponían del dinero para pagarle el módulo y que su padre iba a necesitar su ayuda en la pescadería hasta que el negocio despuntase y pudieran contratar a alguien que la sustituyera. Ninguno entendía su repentino empeño en cursar unos estudios tan vocacionales y por los que nunca había mostrado especial interés.

Al finalizar el instituto, a Cecilia no le quedó otra que tomarse aquel año como un puente para ahorrar y permitirse la matrícula del siguiente curso. Tendría satisfechos a sus padres y ella podría descansar la mente de los libros una temporada. Había hecho los cálculos de ingresos y gastos para hacer frente al monto de la matriculación y, aunque no le quedaba mucho para sus gastos ni comprarse ropa nueva, no le dio importancia, porque intuyó que no saldría mucho sin sus amigas, que sí que habían podido ir a estudiar fuera.

Llegó junio y comprobó que el presupuesto que tenía previsto para pasar los meses del curso en Santiago se le quedaba muy justo. Aún podría ahorrar algo durante el verano. Incluso sacarse un dinero extra cuidando niños o ancianos. Llegado el momento, ya pensaría cómo completar la mensualidad del alquiler y de dónde sacar para el día a día. No es que le entusiasmara el módulo, pero su amiga Elena se había matriculado el año anterior y, al parecer, les habían comentado que había una enorme demanda de auxiliares y que la mayoría terminaban colocadas.

Todo estaba preparado para el Alban Heruin. La tradición marcaba que los organizadores del año anterior debían nombrar a los portadores del candil y del fantoche al siguiente año. Cecilia no había sido muy popular durante la secundaria, pero la propuesta, en el último momento, de Elena, que la sugirió como su sustituta, la convirtió en portadora sin que hubiese margen ni opción a reacción.

Estaba nerviosa y emocionada aquella noche de San Juan en la que acompañaría al portador del fantoche desde el merendero del pantano hasta lo alto de Colina Hueca. Muchos ojos del pueblo estarían pendientes de ella y empezaba a sentir una inusitada angustia que no la hacía disfrutar de ese momento, tan deseado por el resto de las chicas del pueblo.

Marcos, el portador de ese año del pesado fantoche con la máscara

de tres cabezas, se acercó a ella y la tranquilizó. Todo era nuevo también para él. La manera en que le transmitió seguridad consiguió calmarla. Todo el mundo adoraba a Marcos desde que había quedado tercero en el Campeonato Autonómico sub-23 de Atletismo.

Ascendieron en procesión y, al llegar al sendero, comenzó la batalla de bolas de fuego. Los proyectiles de algodón en llamas le rozaron la túnica y el pelo, pero Cecilia se mostró impasible, tal y como se esperaba de la portadora.

Alcanzaron Villa Hulla y Cecilia observó con temor a Eduardo Alfaro, que había montado su habitual barricada en el camino de subida. La Guardia Civil intervino, como cada año, para que la comparsa pudiera seguir ascendiendo hasta la cumbre y llevar a cabo la ceremonia de purificación.

Marcos se mantenía firme a su lado, cargando el fantoche a sus espaldas y sin mostrar el mínimo atisbo de desfallecimiento. Sus brazos desnudos mostraban la tensión de sus músculos, e incluso con el peso del muñeco era capaz de esquivar los ataques, y sin dejar de custodiarla a ella, a la portadora, la representación misma de la diosa Hécate, guardiana de los cruces de caminos, surgida del caos y de la oscuridad, divinidad del inframundo, portadora de la luz y purificadora del fuego; diosa triple: del cielo, tierra e infierno; del nacimiento, la madurez y la muerte. Deidad capaz de borrar con su purificación a los espíritus que vagaban dentro de la tierra, perdidos aún por las galerías de la mina abandonada.

Las chimeneas de ventilación no habían vuelto a ponerse en marcha desde que una empresa mexicana había comprado el yacimiento para seguir con la explotación. Las labores de reacondicionamiento y de mantenimiento de la mina no habían permitido la celebración de la fiesta del fantoche, por lo que el ritual no se podía completar con el lanzamiento del pelele al interior de la colina. La nueva empresa contaba con un renovado equipo de mantenimiento que había llevado a cabo una revisión exhaustiva de las instalaciones y de recuperación de las galerías. Pero la decisión de mantener la celebración de la noche de San Juan fue unánime cuando se planteó en el Pleno del Ayuntamiento tras la propuesta de Victoria Manso, la actual delegada de festejos. Estaban dispuestos a aceptar los cambios para no poner en riesgo a los trabajadores, pero no consentirían que se perdiera una de las pocas tradiciones que les quedaban. Lo que había surgido como un entretenimiento improvisado de unos chavales, alrededor de las hogueras en una noche de verano, se convirtió en habitual, el hábito en tradición y, con ella, apareció el rito.

Las abuelas cocían los chorizos con los que preñaban los bollos que repartían a los participantes y a los vecinos del pueblo en un improvisado merendero, en lo alto de la colina. Se colocaban

alrededor del hueco de la vieja chimenea, donde culminaba el recorrido, y allí se completaba la ceremonia de purificación en una enorme hoguera.

Salvo alguna que otra quemadura leve, el ascenso de aquel año había resultado todo un éxito y el fantoche había sido prendido junto a la gran hoguera. Marcos clavó la silla que sostenía al muñeco ardiente en el centro de la pira y le colocó la máscara de tres cabezas. Cecilia depositó la llama del candil a los pies del muñeco relleno de paja y la combustión fue instantánea, gracias a la impregnación de queroseno del tejido de saco con el que estaba fabricado. La comitiva se agarró de las manos y observaron cómo el fantoche ardía, iluminando el enclave.

Marcos se acercó a ella aún con la túnica puesta y le ofreció una cerveza. Brindaron ante el resplandor de las chisporreteantes llamas que crujían con la resina desprendida de las ramas aún verdes de los pinos. La sonrisa de Marcos la desconcertaba, pero acompañaba al tonteo que ambos habían mostrado durante todo el verano en los baños en el pantano y las partidas de cartas en el merendero. Sabía que a su amiga Elena le gustaba mucho, pero Cecilia era capaz de percibir que algo había surgido en el crisol invisible que había mezclado la química de ambos.

Hablaron de cosas banales mientras bebían y alargaron el tonteo hasta que Marcos se inclinó para besarla. En ese momento, Cecilia se arrepintió de no haber aprovechado el verano besando aquellos labios y aquella cara que agarró con ambas manos para que no se alejara de ella. Ella sintió frío. Él tenía la mejilla izquierda caliente y ella pegó su moflete para calentarlo al contacto con su piel, mientras saboreaba los restos de cerveza de sus labios.

—Vámonos de aquí —dijo Cecilia cuando abrió los ojos y vio a Eduardo Alfaro observándolos en la oscuridad, iluminado únicamente por los restos de la cancela.

Se quitaron la ropa que llevaban bajo las túnicas y, lentamente, se acercaron el uno a la otra. La erección ya se intuía bajo la tela y ella se estremeció con el roce del tejido contra su piel. Él la besó de nuevo y ella permitió que él levantara su túnica hasta los pechos, para luego seguir besándole los labios, aún más excitado. Cecilia abrió los ojos y contempló la silueta de la chimenea. El resplandor definía su contorno y bailaba al son de las llamas. Permanecieron de pie, apoyados contra un tronco. Los dedos de él subieron por la parte interior de su muslo y se estremeció.

El fantoche continuaba ardiendo con su máscara de tres cabezas y los niños llevaban sus restos de un lado a otro entre la algarabía de los vecinos y el sonido de las flautas, tambores, gaitas y guitarras.

Cecilia se dejó llevar hasta un final que la sumió en un trance

infinito. Y quiso quedarse allí para siempre.

Sus padres decidieron darle la espalda tras el escándalo que supuso aquel embarazo para su fe, y no la acompañaron durante el parto. Tampoco estuvo Marcos, que había muerto dos meses antes al ser aplastado por la rueda de un camión de retirada de escombros de la mina. Ella se había quedado a vivir en el altillo de Marcos. Sobrevivió limpiando casas hasta que el peso de la barriga y los dolores de espalda se lo permitieron.

Poco recordaba de la noche que nació Ignacio. Rompió aguas mientras las campanas de la nueva capilla tocaba a muertos. Agarró el macuto de viaje y caminó envuelta en vergüenza hasta el Hospital Comarcal de la Espiga. Llegó casi pidiendo permiso para que le permitieran traer al mundo a una criatura a la que no sabía cómo iba a sacar adelante. Era la única parturienta en esa noche de finales de marzo. Las urgencias estaban tranquilas y el paseo la había hecho dilatar lo suficiente como para que la hora fuese corta, como decían las ancianas del pueblo. Cecilia solo quería que acabase cuanto antes y dejar de sentir aquella angustia.

El momento llegó, pero la ansiedad no había hecho más que ir en aumento. Sola en la habitación del hospital, observó al extraño que la reclamaba. Absorta, Cecilia no podía dejar de mirarlo, pero no reaccionó, como si el lloro funcionase a modo de mantra que le inmovilizara los músculos del cuerpo. Agarró la cruz dorada que colgaba de su cuello y se perdió en sus pensamientos hasta que el llanto desapareció por completo.

Cuando despertó de su trance, vagaba sin rumbo por el pantano, con los pies envueltos en barro y arañazos. La encontró Lucio, el viejo guarda, que dio parte a la Guardia Civil al ver que la muchacha no reaccionaba a sus llamadas. La acompañó hasta su furgoneta, aparcada junto al merendero. El suelo vibró. Una luminaria asustó al guarda que, al dirigir la vista hacia el origen del resplandor, observó varios orbes de luz que emergían de las profundidades del pantano y deflagraban al contacto con la superficie. Los fogonazos eran visibles a pesar de que aún no había llegado el ocaso. El terreno volvió a vibrar y el sonido sordo de una explosión subterránea reverberó en un valle que ya se hallaba en un absoluto silencio.

—¡Sube al coche! —demandó Lucio a la joven ataviada con un simple camisón de hospital y que se mantenía ajena a lo que la rodeaba.

Lucio abrió la puerta del copiloto y ayudó a la dolorida chica a sentarse. Al rodear la furgoneta vio el humo al otro lado del pantano y rezó mientras ponía en marcha el motor.

—Ignacio —reaccionó la joven mientras agarraba su vientre.

El pequeño Ignacio permaneció hospitalizado veintiún largos días tras las jornadas de observación en cuidados intensivos. Había sido trasladado al hospital de Jálivas y Cecilia permaneció a su lado en todo momento. Las quemaduras de segundo y tercer grado evolucionaban de forma favorable y ya no había peligro para el pequeño. Ignacio reaccionaba a los estímulos externos y se esforzaba por respirar con cierta normalidad.

Su amiga Elena le ofreció su casa el tiempo que necesitara y los acogió cuando le dieron el alta. Cecilia aún tenía parte de los ahorros que guardaba para su matrícula, pero Elena se negó a que le pagara por alojarlos o por la comida.

Cecilia no se planteó volver a Triviana, sumida en la vergüenza y la culpa por haber dejado solo a su hijo; en un acto inconsciente de abandono que no se perdonaría nunca. Ignacio había tenido suerte de que una desconocida lo hubiese rescatado de una muerte segura.

Por medio de Elena, supo que la desconocida era la hija del señor Alfaro, el viejo chiflado de Villa Hulla, y que había perdido a su propio bebé en el incendio. Cecilia se sintió en deuda y trató de localizarla para darle las gracias, pero Elena no fue capaz de dar con ella. Había desaparecido con el hijo de Jaime Orcaray y nadie sabía dónde atravesaba su duelo.

A Cecilia solo le había quedado la opción de acercarse a Villa Hulla y preguntar a aquel extraño hombre, que guardaba su casa de los intrusos. Pero no fue hasta años después, cuando Ignacio empezó a caminar sin necesidad de la máquina de oxígeno, que decidieron emprender el viaje.

—En aquel hospital naciste tú —le dijo Cecilia desde el mirador de Tres Caminos.

45

Román y ella almorzaban junto a los chicos en un baile de platos y menús sempiternos. Él animaba a los niños contando chistes y paradojas matemáticas, les hablaba del teorema del bocadillo de jamón, la bola peluda o el de los infinitos monos.

—¿Cuál es el teorema de los infinitos monos?, preguntaba Jonás con curiosidad.

—Pues es uno de los teoremas básicos de la matemática moderna, ¿verdad, Bárbara? Preguntadle a vuestra madre, que es la experta.

Bárbara se echo a reír.

—¿Cómo es ese teorema, mamá?, insistía ahora Eloy.

—Pues que si infinitos monos teclean aleatoriamente infinitas máquinas de escribir, entre los textos se podría encontrar cualquier obra ya escrita por un ser humano. Como por ejemplo la obra completa de Shakespeare, contestaba Bárbara aseverativa.

—O de Arturo Pérez Reverte, apuntaba Román.

La otra Bárbara volvía a reír tras dar un sorbo a su copa de vino.

La conversación parecía tan real que, poco a poco, la atrapó en sus tentáculos y ya no supo si se trataba de un recuerdo o una fantasía lúcida.

No podía imaginar lo fácil que era dejarse llevar cuando desaparecían las preocupaciones, cuando se era capaz de desechar lo que no le interesaba y seguir el hilo que llevaba hacia el propósito final: dentro de un caos algorítmico y exponencial que daba forma misma a la estructura infinita de los actos. Una fórmula tan compleja como el mismo universo y su proyección en la estructura atómica. Pero no era momento de divagar y perderse en la teoría. Decidió que aquel momento debía perdurar y ser el sentido de sus futuras decisiones, como en un fragmento de sueño en el que todo simulaba perfecto, sin aristas ni las contradicciones que surgían al despertar.

En una esquirla de lucidez, supo que el hueco del que brotaba la vida debía sellarse para que ese, y solo ese sueño lúcido, permaneciese junto a ella, arropándola con el crecimiento de su evanescente materia.

Y continuó multiplicándose, proyectada en decenas de actos que mantenían con total normalidad vidas superpuestas; pero era ahora capaz de filtrarlas y atenderlas todas, perdiendo incluso la conciencia de su supuesto yo.

Un yo al que ya no escuchaba.

Segregó escenas, pero en ninguna de ellas encontró el rastro de Nicolás en la secuencia de acontecimientos, lo que albergó una

sensación de calma y de tristeza al mismo tiempo.

Cuando volvía a tomar conciencia de ella misma, no quería regodearse en el discurso naif de lo que podía haber sucedido si las cosas fuesen distintas. Ese discurso manido y autocomplaciente siempre la había puesto enferma al observar a su padre, pero resultaba distinto cuando se cruzaba de la hipótesis a la práctica. No se trataba de un pensamiento infantil del qué podría haber sucedido con su vida si hubiera tomado otras decisiones. Tenía todo el espectro delante de ella. Pero como en un sueño, podía ser consciente de que soñaba, aunque no quisiera despertar nunca.

Una voz ajena a aquellos mundos la devolvió a la realidad de su cuerpo, que sintió magullado por dentro, y regresaron la aflicción y la ansiedad disimuladas. Las imágenes se perdieron y las lágrimas brotaron de nuevo, rasgando su cuello. Volvía a estar perdida, confundida y vacía.

Nicolás observó aturdido cómo su mujer mantenía varias conversaciones mientras sus ojos se movían a una velocidad imposible. La dejó sola en la mesa del comedor, sin entender lo que acababa de presenciar, y se acercó al hueco del pasillo. Olió el fuerte efluvio a gas que manaba tras los listones y se preocupó por cómo podía afectarles, si es que no lo había hecho ya.

46

Contaba con un recuerdo vago de la primera gran explosión de 1984, propio de la mente de un niño de siete años. Recordaba el miedo cuando su padre lo levantó a pulso de la cama y sintió la ingravidez, sumido en el sueño, y la incertidumbre de su destino al ir despertando. Se hallaba aún en duermevela cuando Jaime lo colocó en el asiento de atrás del coche, al lado de Román que, aunque era más pequeño, ya se había desvelado y observaba a su alrededor, inquieto y pendiente de los ruidos y del trajín de los vecinos, que corrían de un lado a otro al son de las sirenas de la mina. Su madre, cuyo rostro se sumía ya en el tapiz de la falta de memoria, colocó una manta sobre ambos. Nicolás se acurrucó con ella, buscando el calor de su pijama de franela. Román, de rodillas, miraba por el cristal posterior y buscaba una explicación a aquel revuelo.

Sonó un estruendo que los pilló por la carretera comarcal, que ascendía parelela al río Espiga hasta el paso de la presa. Recordaba el largo lapso de tiempo que pasaron detenidos tras una fila de coches que pretendían huir a través del cruce sobre el embalse. Un guardia civil se acercó al coche y, tras darle ciertas indicaciones a su padre, Jaime giró en el carril contrario para dar la vuelta. La enorme presa tenía abiertas sus compuertas y el agua brotaba con fuerza y golpeaba la superficie del río con un estruendo que le recordó a las cataratas del Niágara, que aparecían en la película de *Supermán*. Le había marcado la escena en la que un niño jugaba tras la barandilla y caía al vacío hasta que Supermán lo rescataba en el último momento. Nicolás pensó que nunca iría a esas cataratas, y desde entonces tenía pánico a las alturas y a las verjas.

Su mente había volado al recuerdo mientras organizaba los archivos que había rescatado de la inundación. Llegó a una de las carpetas con el apellido «Sierra». La rabia y dolor lo embargaron al leer el apellido del hombre que había provocado el accidente y, de repente, sintió que nada de lo ocurrido podía ser casual. ¿Por qué había ido a visitar a Bárbara aquella misma noche? Aún le daba vueltas a las conversaciones que su mujer mantenía con Román y con Eloy. Lo había asustado su ausencia absoluta. No atendía ni a sus llamadas, como si se hallara en otro lugar, mientras le hablaba con toda naturalidad a su hermano.

No quiso ahondar más en su sufrimiento. Colocó la carpeta junto a las demás, en el archivador donde guardaba el material de oficina rescatado, y vio la vieja grabadora que habían usado años atrás en las declaraciones. No sabía si el agua la había estropeado y comprobó que

aún conservaba una minicinta en su interior. Apretó el *play* y confirmó que la silicosis no había echado a perder las conexiones de la batería.

Una voz metálica surgió de la nada al reproducir la cinta. El sonido lo transportó hasta las tardes en las que se quedaba con su padre mientras este escuchaba y transcribía las consultas y reuniones conjuntas con los mineros. Charlas que daban testimonio de una negociación larga y compleja entre las compañías de seguros, los representantes de mineros y de los vecinos del pueblo de Triviana, que habían hecho frente a una denuncia colectiva por negligencia por parte de la empresa Carbones de la Espiga S.L. La empresa se declaró en bancarrota y era incapaz de afrontar las indemnizaciones a las familias de los trabajadores. A aquello se unía la responsabilidad civil de la constructora de la presa, que alegó las causas naturales para no hacer frente a las indemnizaciones por su parte.

Hubo ayudas, pero no suficientes. Se tomaron los terrenos aledaños del pueblo y se rectificaron mediante un plan parcial de urgencia para que se pudieran urbanizar con las ayudas del Estado y de la Junta, tras declarar el valle como zona catastrófica. El pueblo fue reubicado, con el drama humano que la pérdida de todas las pertenencias conllevaba. Hubo tiempo para la evacuación y, por suerte, no hubo ninguna pérdida humana más, pero las materiales resultaron incalculables, por lo que las compañías de seguros se declararon en concurso de acreedores. Fue un mal momento también para su familia, pero había sido mucho peor para los familiares de los mineros a los que se tardó meses en rescatar del pozo.

Sabía que su padre se había quedado tocado, aunque no lo demostrara. Había perdido mucho, pero, desde su segunda residencia de A Coruña, había ideado un plan para salir adelante. Tiró de amigos influyentes a los que les ofreció el negocio de sus vidas y los convenció de invertir en el futuro de un pueblo. Convirtió la desgracia en oportunidad.

Su padre le acababa de confirmar que iba de camino, dispuesto a participar de su descubrimiento —acompañado de nuevo de la desgracia ajena—. Olía la oportunidad desde su lugar seguro. No quiso hacerse el íntegro después de no haber parado hasta desentrañar el misterio de la casa. Y se preguntó si habría sido su padre el promotor de su obsesión, o si él mismo había plantado la semilla en su padre, dejando que creciera hasta convertirla en una obsesión compartida.

Observó la pared, con la grabadora en mano, y pensó si ese era el verdadero motivo por el que había estado todos aquellos años junto a una mujer que sabía que no lo quería.

El lugar que se había empeñado en reconstruir para empezar una nueva vida ahora estaba plagado de fantasmas que lo volvían a dejar en segundo plano. Era un mero espectador, incapaz de vivir la

experiencia como propia y con el despecho de verse fracasar como marido, padre e hijo.

O hermano.

Apartó de su mente el remordimiento. Román había regresado por voluntad propia y ahora dudaba de sus verdaderas intenciones. Se adentró en el hueco y descendió. Anheló ser testigo también de lo extraordinario de aquel lugar que parecía empeñarse en darle de lado.

47

Tras el almuerzo, Bárbara se tomó un lorazepam, al que recurría durante sus crisis lumbares. En esta ocasión, intentaba aislarse por completo y descansar la mente. Se sentía agotada. Las visiones superpuestas le atravesaban el córtex cerebral como finas agujas. Las voces no cesaban y se multiplicaban a su alrededor. Por más que quisiera prestar atención, no era capaz de seguirlas y se perdía en las conversaciones. Se apretó las sienes, incapaz de discernir cuáles procedían de un lado u otro de la realidad. Se dejó llevar por el letargo y dejó de preocuparse por sus ya escasos momentos de lucidez.

Nicolás se sentó en el sofá junto a Jonás y se dejó caer contra el respaldo con los ojos cerrados. No sería capaz de dormir, pero necesitaba reposo. Comprobó el móvil una última vez y lo dejó sobre la mesa auxiliar.

Jonás encendió la televisión para distraerse y zapeó varios minutos hasta que le llamó la atención una vieja película en la que un grupo de exploradores se adentraban en las profundidades de la tierra. Los efectos especiales le hicieron mucha gracia por lo cutre que resultaban en plena era digital, pero aun así le enganchó la historia y descubrió al instante que se trataba de una adaptación del libro de Julio Verne que habían leído el año anterior en clase de lengua.

Alec, te dábamos por perdido, pero estás vivo, muchacho. Estas vivo.

Nicolás abrió los ojos y, aún aletargado, contempló la película junto a su hijo, que parecía ensimismado. Se quedó pensativo y la mirada se le desvió hacia el pasillo.

Hemos recorrido noventa y dos kilómetros más. La temperatura ha bajado siete grados. Hace más frío del que esperábamos y la oscuridad se cierne sobre nosotros. Puede que sea la última anotación.

Nicolás aprovechó el momento de calma para adentrarse en el hueco y retirar la grabadora. Minimizó el efecto del chasquido de la tecla sin dejar de observar la puerta del dormitorio donde reposaba Bárbara. Se sentó en uno de los escalones de la cavidad, sacó unos auriculares enmarañados de su bolsillo y los conectó al puerto mientras rebobinaba la cinta.

No escuchó nada: minutos de silencio en los que no apreció más que el sonido de los engranajes de la máquina. Se sintió estúpido ante su ocurrencia de que podría llegar a ser testigo de algo extraordinario. La constatación le puso de manifiesto que quizás Bárbara hubiera, simplemente, empezado a perder la cabeza como su padre. Lanzó la grabadora contra la roca y esta se hizo añicos en la oscuridad.

Se adentró en el dolmen y recorrió la galería hasta la cámara final. Se asomó a la oscuridad infinita del hueco y lo invadió una extraña calma. Sobrepasado por sus expectativas, entendió que era hora de sellar aquel lugar para siempre. Prestó atención a sus pensamientos, pero estos se disiparon cuando escuchó un rumor vibrante que procedía de lo más profundo de la tierra.

Jonás apagó el televisor y le extrañó el silencio de la casa. Eloy no solía ser muy ruidoso, pero echaba de menos su presencia. Vio el tablero de parchís apoyado sobre el viejo reproductor de DVD y se dirigió hacia el despacho. Su madre que reposaba tumbada sobre el sofá-cama, pero tenía los ojos abiertos. Se acercó a ella y vio que los ojos se le movían a gran velocidad y que hablaba entre dientes.

—¿Mamá?

Bárbara balbuceaba palabras que no era capaz de comprender mientras que los ojos aumentaban su actividad.

—¿Mamá? ¿Estas bien?

Jonás se coloco frente a ella y la zarandeó por el hombro.

Ella no reaccionó.

Jonás la observó preocupado y dejó caer el tablero y las fichas al suelo.

—¡Mamá! —La agitó con más fuerza y comenzó a llorar de impotencia—. ¡Papá!

Nicolás apareció por la puerta del despacho y se acercó a Jonás. Reparó en el estado de Bárbara e intentó que reaccionara.

—Bárbara, ¡Bárbara!

Nicolás vio el bote de lorazepam sobre la vitrina. Buscó su teléfono, pero no lo localizó en sus bolsillos.

—Jonás, tráeme el móvil, que está en la mesa del salón, por favor. Tranquilo…

El niño salió corriendo y Nicolás volvió a observar a Bárbara, que ahora lo miraba extrañada.

—¿Qué pasa? —preguntó Bárbara.

—¿Estás bien?

—Sí. Estaba descansando un rato. ¿Qué ha pasado? ¿Qué estás escuchando?

Nicolás se quedó intrigado ante la pregunta. Bárbara alzó la mano y le tocó los auriculares. Nicolás no se había dado cuenta de que aún los llevaba puestos y se los arrancó, impasible.

Jonás apareció con el móvil en la mano.

—Gracias, Jonás. Mamá está bien. No pasa nada.

—Sí, cariño. Solo estaba descansando —dijo Bárbara tras percatarse de que Nicolás había mirado de soslayo el bote de lorazepam.

Bárbara simuló la mejor de sus sonrisas y se excuso en que estaba

teniendo una pesadilla con los ojos abiertos. Jonás salió del despacho más tranquilo.

—¿En serio has pensado eso? —preguntó Bárbara una vez se encontraron a solas.

—¿Y qué esperabas? No has visto cómo se ha puesto tu hijo al verte así.

—¿Así, cómo?

—¡Completamente ida!! ¡Mirando a no sé qué! ¡Sin reaccionar!

Bárbara se incorporó y apartó el peló de su cara. Miró a Nicolás y trató de centrarse en la conversación.

—A veces… no puedo evitar ver y escuchar cosas.

—Pero sabes que no es real, ¿verdad? —dijo Nicolás abatido.

Bárbara se llevó las manos a la cara y se frotó los ojos.

—Para mí lo es…

Nicolás se ajustó las gafas y trató de encajar la respuesta.

—Lo que es real es tu hijo Jonás, que espera que hables con él para tranquilizarlo. Lo real es que Eloy no aparece y no sé si es por mi culpa. Lo que es real es que mi hermano está muerto. ¡Eso es lo real! Por más que creas que puede ser de otra manera. ¡Lo demás solo es real en tu cabeza! En esta casa no hay nadie más.

Bárbara permaneció con la mirada perdida hacia la puerta.

—¿Los estás viendo ahora? —preguntó Nicolás con prudencia—. ¿A Eloy? ¿A Román?

Bárbara asintió sin pensar. Se sintió expuesta ante aquella pregunta, pero, de alguna forma, liberada por su confesión.

Nicolás dio un puñetazo a la vitrina que hizo caer el bote de pastillas y el vaso de agua.

—Ojalá mi hermano hubiese pasado de largo del local y hacer lo que tenía pensado. Pero no. Me vio y decidió parar. Y a ayudar. Ojalá no lo hubiera obligado a subir a la azotea. Debería haber sido yo, pero lo dejé subir a él. Porque Román lo arreglaría sin dudar. Me alegré tanto al verlo allí, de que hubiese vuelto… Y ahora tendré que vivir con eso el resto de mi vida. Como he tenido que aceptar otras muchas cosas. Pero lo asumo. Es mi responsabilidad y es la realidad. No hay un universo paralelo en el que yo no sea responsable, en el que él siga vivo. No hay otra realidad que me haga sentirme mejor conmigo mismo. Ojalá existiera, pero no existe. No puedes dejar que este sitio te convierta en tu padre. No puedes cometer ese mismo error. Por tus hijos… Tenemos que centrarnos en encontrar a Eloy y en conservar la casa…

Bárbara le quitó las gafas a Nicolás y le limpió las lágrimas de la mejilla. Le podría haber dicho que estaba manteniendo varias conversaciones con él a la vez y que sabía cómo terminaba cada una de ellas y las reacciones que él tendría. Sabía que solo existían en su

cabeza, pero las sentía tan reales que no le importaba. Él no podía entenderlo porque no lo estaba viviendo. Sería como si ella le dijera que la conversación que estaban teniendo no era real. O como si le confesara que había una variable en la que ella estaba afligida porque Román no había regresado y Nicolás había subido a aquel andamio. Todo eso se aglutinaba en su mente con sus consecuentes emociones. Percibir que Eloy se encontraba ahora mismo jugando al parchís con Jonás aliviaba gran parte de su pena, y quién era ella para asumir que eso no era real. Si de algo sabía la mente, era de evitar el dolor innecesario.

—Ya es hora de tomar decisiones. —Nicolás la devolvió al presente.

Bárbara agarró su mano e intentó tirar del hilo de aquella realidad. Fue consciente de que necesitaba ayuda y de su debilidad, la misma que había mostrado su padre y por la que ahora no podía culparlo. Pero lanzar un dado o una moneda al aire no la eximia de las responsabilidades del resultado. Al final, era su elección.

«Un, dos.

Tres, cuatro.

Cinco, seis.

Cara, cruz…».

Había decisiones que debería haber tomado mucho tiempo atrás, y otras que debería tomar a partir de ese momento.

48

Se aisló de las voces y se concentró en darle de comer a las hormigas. Observó las larvas y la revolución que provocaba su intromisión, pero Jonás sabía que aquellos insectos nunca serían conscientes de su presencia ni entenderían la naturaleza de esta. Nada de lo que ocurriera a su alrededor tendría una explicación lógica para ellas, ni se pararían nunca a encontrarla. Deseó ser como una de esas hormigas y no escuchar la discusión de sus padres.

Cuando todo quedó en silencio, Jonás se asomó a la habitación de su hermano con la esperanza de encontrarlo allí con su habitual gesto ceñudo. Acababan de cumplirse cuatro años desde que había llegado a la familia, y aunque a ambos les unía el mismo hilo del desamparo, nunca había conseguido congeniar con Eloy. Sabía, por sus compañeros del colegio con hermanos mayores, que la convivencia con un adolescente podía llegar a ser insoportable, pero era peor la indiferencia. Muchos de sus compañeros exponían el odio hacia sus hermanos sin ningún tipo de edulcorante. Su amigo Rubén le había confesado que deseaba ser hijo único y que esperaba despertarse una mañana y que su hermano, cinco años mayor que él y con el que compartía dormitorio, desapareciera sin dejar rastro. Sin dramas, como si nunca hubiese existido. Jonás se dio cuenta de que Rubén no tenía ni idea de lo que hablaba.

Eloy aparecería, siempre lo hacía, pero sintió pena porque no podría volver a ver a su tío Román. Le había cogido cariño, a pesar de haberlo visto en muy pocas ocasiones. Le gustaba porque era una de las pocas personas que le hablaba de forma natural, sin intentar ser simpático o con la intención de agradarle. Disfrutaba de su presencia y el vínculo existía y le importaba. Sabía que los lazos se creaban y se hacían fuertes con el tiempo, según lo que les repetía Mercedes Larame, su tutora del hospicio que le enseñó el origen de su nombre.

—Es importante saber lo que significan nuestros nombres porque los vamos a llevar toda la vida. Deben definirnos y hasta pueden llegar a marcarnos. A mí me encanta tu nombre, Jonás. Significa «paloma», del latín *Ionas*. ¿Sabes que viene de un personaje del Antiguo Testamento y que estuvo cautivo en el vientre de una ballena durante tres días? Así que cuidado y aléjate de las ballenas.

Jonás no conocía la historia y deseó que hubiese sido su verdadera madre la que le hubiese explicado por qué le puso ese nombre. Le encantaban las ballenas y también los pájaros, aunque no tanto como los insectos, a pesar de que ignorara el origen de su afición por estos últimos. De alguna manera sabía que la decisión de su madre había

marcado sus preferencias.

Mercedes, a la que había considerado su primera segunda madre, le enseñó a proyectar sus inseguridades, su dolor y su sensación de abandono con la técnica de hablarle a su yo del futuro. Ahora era un niño roto, pero el hombre del futuro en el que se convertiría construiría fortalezas con sus cicatrices para entender el significado de lo que era estar vivos.

Jonás volvió al terrario, colocado en la ventana de su dormitorio, y vio que Nacho subía por el sendero en dirección a la chimenea. Salió de la casa y corrió hacia él.

Nacho sacó un manojo de llaves de la mochila e intentó abrir la puerta oxidada.

—¿Has encontrado a Zarzo? —preguntó Jonás, sin aliento. Nacho negó—. ¿Has mirado donde las piedras?

—Sí. Están todos los huecos tapados.

—¿Y qué haces? ¿Tienes la llave de la chimenea?

A Nacho se le cayó el manojo al suelo tras intentar introducir una de las llaves en la cerradura.

—No va ninguna —contestó apesadumbrado mientras se sentaba en una roca para recuperar su respiración.

Jonás recogió el manojo y se lo entregó. Se sentó a su lado sin dejar de mirar a su alrededor.

—¡Zarzo! —gritó.

—¿Ha vuelto Eloy?

Jonás negó con la cabeza.

—¿Crees que le habrán hecho algo? —Nacho no respondió—. Seguro que Zarzo se ha metido por algún agujero mientras perseguía conejos. ¿Quieres que los revisemos otra vez?

—Ya lo he hecho yo, te lo acabo de decir —dijo Nacho molesto.

—¿Y quién te ha dado esas llaves?

Nacho se quedó unos segundos en silencio, madurando su respuesta.

—Tu abuelo.

—¿Y por qué las tienes tú?

Nacho respiró con dificultad y esperó a que el pitido de su aliento cesara.

—Me encargó cuidar de la finca, pero alguien ha cambiado los candados.

—¿Por qué? ¿Y por qué tienes que cuidar de la finca?

—Para que no haya más explosiones. La colina se tiene que ventilar. Me contó que por culpa de una mala ventilación tuvo lugar la explosión de la mina.

—¿Y por qué sabes todas esas cosas?

—Porque él me las contó. Ya te lo he dicho muchas veces, Jonás.

¿Sabes, que tu abuelo se quedó atrapado bajo tierra tras la explosión? Pensó que se moriría allí, pero encontró una salida. Nadie más pudo escapar, solo él. Encontró algo bajo tierra.

—¿El qué?

—No lo sé. No me lo dijo. Pero le hacía ver cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que podían pasar.

—¿El futuro?

Nacho se encogió de hombros.

—Decía que todas nuestras decisiones pueden llevarnos mejorar, empeorar o seguir igual; y que había un lugar escondido bajo tierra que te dejaba verlo, pero que no había podido volver. Había perdido las visiones y no pudo volver a encontrarlo. Decía que debía hacerlo para recuperar a su familia.

Jonás temió que el cachorro se hubiese colado en la casa y hubiese podido entrar por el hueco que sus padres guardaban con tanto celo. Eloy había entrado allí y se había roto la pierna. Trazó un plan mientras ambos caminaban hacia la casa. Le sería difícil entrar mientras Bárbara y Nicolás rondaran por allí. Su padre no había parado de trastear en todo el día, entrando y saliendo de aquel hueco. Jonás no había escuchado ningún ladrido dentro de la vivienda, ni el rascar en las puertas que delataba la presencia de Zarzo, por lo que le pareció improbable que se hubiera colado por el hueco, pero no imposible. Igual su hermano también estaba allí.

Los chicos volvieron al pantano para dar otra batida. El merendero ya estaba colmado de gente. Sonaba la charanga de flautas y tambores. Una fogata junto a la orilla convocaba al grupo de vecinos que esperaban impacientes la llegada de la comitiva con el fantoche. Los niños preparaban las bolas de algodón impregnado en queroseno, ataviados con tela de paño que cubría sus brazos, manos y cuello. Unos gorros de gamuza adornados con seis ojos protegían sus cabellos.

—Vámonos de aquí —advirtió Nacho, agarrando del brazo a Jonás.

Jonás vio a un hombre mayor sentado en uno de los bancos. Miraba hacia el pantano mientras fumaba un cigarrillo con las piernas cruzadas. Vestía traje y zapatos brillantes. Los chicos pasaron delante de él y el hombre los observó con detenimiento.

—Eres Jonás, ¿verdad?

El niño se quedó quieto al escuchar su nombre y observó al extraño con desconfianza.

—¿Sabes quién soy? —preguntó el hombre.

—Eres mi abuelo.

Jaime Orcaray sonrió y observó al chico que se había quedado rezagado, buscando piedras en la orilla. Dio una calada y miró su

reloj.

—¿Está tu padre en casa?

Jonás asintió y observó a su abuelo alejarse por el camino, entre los chopos. Se montó en un coche y desapareció en dirección a Colina Hueca.

49

Los chicos entraron en la finca por la cancela trasera y Nacho cerró el candado a su paso. Varios vecinos montaban mesas plegables en la explanada junto a la chimenea. De una camioneta descargaban barras refrigerantes y cajas de bebida.

Por más que le daba vueltas, Jonás no veía la forma de entrar en el hueco del pasillo sin que lo vieran. Su plan solo ofrecía la posibilidad de esperar a que todos estuvieran dormidos. Descubrir lo que ocultaba aquel lugar lo tenía obsesionado. Pensaba que su hermano podía encontrarse allí abajo y que Zarzo, tal vez, hubiera seguido su rastro.

Llegaron a la altura de la carbonera y observaron la vieja camioneta de los organizadores de la fiesta, que bajaba de nuevo por el camino del pueblo. El sol desaparecía ya entre las copas de los pinos y les sobrevino la pesadumbre. Jonás observó a Nacho cuando este volvió a respirar con dificultad.

Se fijó en que la tomatera del huerto estaba arrancada. Siguió el rastro de los vestigios de la planta y comprobó que los restos se perdían por la parte posterior a la carbonera. Entre las zarzas que crecían salvajes contra el cerramiento de madera, observó que la tierra se encontraba removida. Jonás se agachó y comprobó que entre los cimientos y el paramento había marcas de arañazos y un hueco.

Nacho buscó la llave en su manojo. Había entrado alguna vez con Eduardo para ayudarlo a cargar el carbón o cuando le pedía un leño para avivar el fuego de la chimenea; recordaba que solo había hollín y telarañas.

Entraron y Nacho enganchó el candado por la parte interior. La luz del sol aún se colaba por las rendijas de los tablones, pero Jonás encendió la linterna de su móvil. Era un lugar angosto y estrecho. Un viejo mueble de madera cubría el lateral izquierdo, una alacena con una vitrina superior con los cristales rotos y varias cajoneras en la base. En el testero se amontonaban varias cajas junto a restos de carbón que aún se encontraban en el suelo. Una pala permanecía apoyada en una esquina, bajo el resto de las herramientas. Todo tenía una pátina oscura que les tiznaba la ropa y los dedos.

Una de las cajas menos deterioradas reposaba sobre una mesa de trabajo. Se podían distinguir los surcos que había dejado su reciente manipulación. Dentro, Jonás encontró una linterna y papeles, entre los que se hallaban planos de la mina y sus galerías. En un cuaderno escrito a mano rezaban indicaciones sobre la ventilación de los pozos, con dibujos de las chimeneas, cortes del terreno y bocetos de un enorme hueco que parecía adentrarse en las entrañas de la tierra.

Jonás debía tomar una decisión. De lo más profundo de aquella colina había visto salir un gran pájaro. Nacho lo había salvado, al igual que lo salvó a él. Y ahora era el momento de buscar la manera de salvar a su hermano. Sabía que si conseguía salvarlo, podría conseguir lo que se propusiera.

Zarzo había entrado allí por algún motivo, pero no había ni rastro del perro.

Nacho se acercó al hueco que había abierto el cachorro y vio las señales de arañazos en uno de los tablones del piso. Apartó los restos de carbón que los cubrían y comprobó que había una abrazadera de cuerda forrada con cinta aislante.

No tuvo más que tirar un poco de ella para notar la brisa, que inundó toda la estancia.

50

Se repitió a sí misma, como en un mantra, que las escenas que se presentaban ante ella no eran reales, pero su aflicción disminuía en cuanto aparecían y escuchaba, con total claridad, la voz de su hijo.

Cerró los ojos y se esforzó en no hacerles caso. Evocó el hilo inicial que la había llevado hasta el momento de la realidad en la que se encontraba. Hizo un repaso mental de lo sucedido desde su llegada a la casa: la decisión de tirar la urna de su padre al pantano, la organización de las cajas, descubrir el enclave bajo la casa, la rotura de la pierna de Eloy, el papel rasgado de las paredes, la comida de despedida de Román; organizar los minerales junto a Nacho, la tormenta de verano y la visita de Lucio pidiéndole que dejara marchar a su nieta, como si ella la estuviera reteniendo contra su voluntad; la niña saliendo de aquel hueco y perdiéndose entre los pinos (descartó esa imagen como real).

Fue consciente de la futilidad del resto de recuerdos que mantenía y volvió a la tarde en la que Eloy los había llamado para comunicarles que el local se estaba inundando, la última vez que tuvo contacto real con él; verlo esa noche en su cama… Esa imagen ya no era real y paró ahí los demás retales de recuerdos que se superponían en su memoria. Bárbara miró hacia la vitrina de los minerales y observó la urna con los restos de Román. Tocó el recipiente y el frío metal la trasladó a la mosca en la camioneta y a la sensación de la urna de su padre mientras golpeaba sus tobillos. La impresión de aquel recuerdo era mucho más vívida que el que tenía de los últimos días, que se mezclaban de forma vaga y sin dejar un auténtico poso en su memoria. El sentimiento que le recorrió al pensar en Román le dejó claro la naturaleza de aquella reminiscencia. Su mente descartó los recuerdos indefinidos y logró desarrollar una composición de lugar que la ubicó, provocándole un llanto súbito.

Alguien llamó a la puerta y la arrancó de su trance.

Cecilia esperaba al otro lado del umbral. Agarraba su colgante, su crucifijo dorado, el mismo que su madre le había regalado por la primera comunión con la intención de que nunca abandonara a Dios. La misma madre que la había abandonado al dar a luz a Ignacio; el nacido del fuego. Miraba, atemorizada, a su alrededor. Tardaría mucho tiempo en quitarse de la mente la visión de Zarzo abierto en canal en el zaguán de su casa. Sabía de lo que eran capaces los más fanáticos del pueblo, pero aquello iba más allá de los vetustos rituales en los que se unía sangre y roca. Era una amenaza, como las que

habían lanzado a Eduardo Alfaro. Animales inocentes que habían tenido la desgracia de cruzarse con alguno de los desalmados del pueblo. Esos que, basándose en un odio inculcado de años hacia las familias Alfaro y Orcaray, no tenían reparos en sacrificar todo lo que se cruzase en su camino para reclamar la sangre vertida bajo tierra. Cecilia había retirado decenas de pájaros y demás fauna de los límites de la finca de Villa Hulla, pero ninguno del umbral de su propia casa. Sabía que era hora de marcharse de ese lugar al que ya no le debía nada. Ya había cumplido con su propósito de enmienda y la expiación de su culpa.

Bárbara esperó al otro lado de la puerta y deseó que Cecilia se marchara. Se quedó quieta para no perturbar la calma momentánea que le mostraba la casa. Se sentía débil y sin ánimo de hablar con nadie. No dejaría que esa mujer volviese a entrar en su casa.

—¿Bárbara? ¿Está ahí Nacho? Tengo que encontrarlo.

Cecilia insistió, aporreando la puerta.

—Perdona que te moleste —dijo—. No ha vuelto a casa aún y no quiero que ande por ahí esta noche. Necesito llevármelo.

Bárbara se sintió aturdida y se centró en lo que demandaba aquella mujer. No sabía aún cuáles habían sido sus verdaderas intenciones con ella, con su padre o con la casa.

—Nacho no está aquí. No lo he visto —dijo Bárbara sin abrir—. Cecilia, me gustaría que dejaseis de rondar por la finca.

Cecilia asintió afligida sin que nadie pudiese observarla.

Sonó el cerrojo y tras la hendedura apareció Bárbara, con gesto agotado.

—Mi padre no dejaba entrar a nadie en esta casa. Ni siquiera a mí. ¿Cómo conseguiste convencerlo? ¿Qué te prometió? ¿La casa? ¿No llegasteis a tiempo de cambiar el testamento? Yo no quería esta casa. Nunca la quise. Me hubieses ahorrado mucho sufrimiento si no hubiera vuelto. Mi hijo estaría ahora conmigo, y también estaría…

Una debilidad fulminante la obligó a sentarse.

Cecilia se acercó a ella y se percató del movimiento acelerado de sus ojos.

—Bárbara, mírame. Concéntrate en mí. No hay nadie más aquí.

Miró a Cecilia y buscó refugio en su expresión de calma.

—Eso, es. Tranquila. —Cecilia le agarró las manos—. Tienes que dejarlo ir. Suprime todo lo demás. Céntrate en mí.

—No quiero que desaparezcan.

—Lo sé. Lo sé. Mírame. Respira hondo.

Bárbara controló la respiración y centró su mirada en los ojos de la mujer.

—No va a ser fácil, pero serás capaz de vivir sin ellos. Este lugar

intentará confundirte, por eso es importante entregarle nuestra ofrenda y hacer que el fuego nos purifique. Hay que hacer que se duerma de nuevo, porque ansía sentir lo que sentimos y nos ofrece este regalo envuelto en un bonito papel de dicha y felicidad. Pero solo se protege a sí mismo, mientras más se expande, es más capaz de sentir.

Cecilia entró decidida en el despacho y de uno de los cajones de la mesa de escritorio sacó una vela y un mechero. Prendió la vela y se la acercó a Bárbara.

—Ahora no te ves capaz, pero podrás seguir adelante sin ellos, sin los posibles. Tu padre lo hizo. Lo consiguió al final. Y tú también puedes dejarlos marchar.

Cecilia meció la vela alrededor de ellas y esta comenzó a crepitar.

—Nos van a quitar la casa.

—Nadie os la va a quitar. Es la misma amenaza de siempre, pero no pueden. Hay que cerrar ese hueco y luchar por ella. Para seguir guardándola y que no caiga en malas manos. Tu padre quería que tú la protegieses. Vivió arrepentido por lo que te hizo, Bárbara. Fue débil y no fue consciente del daño que te hacía. Al final de sus días me confesó que había admirado tu valentía. Que hubieses sido capaz de formar tu propia familia, a pesar de los obstáculos. Ya no le importaba que te hubieses casado con un Orcaray. Él sabía que tú cuidarías bien de ella.

Bárbara miró confundida a Cecilia. Se arrepintió de no haber contestado esa última llamada.

—Te debo tanto, Bárbara. Llevo tanto tiempo queriendo darte las gracias por lo que hiciste por mí y por mi hijo el día del incendio… Fui débil y no hay día que no me avergüence de lo que hice. Lo abandoné y, si no hubiese sido por ti, mi hijo ahora estaría muerto. Cuidar de tu padre, y de esta casa, era lo mínimo que podía hacer.

Cecilia agarró las manos de Bárbara y colocó su frente sobre ellas.

—No soy una mala madre. —Cecilia lloraba desconsolada—. Y desde aquel día me he volcado en Nacho. Lo juro. Nunca me he separado de él desde entonces.

Bárbara dejó de escuchar las voces a su alrededor y observó aturdida a la mujer arrodillada frente a ella. Revivió la explosión, el fuego y el olor a carne quemada. Las cicatrices de su cuerpo se tensaron y percibió el olor a humo. La carne del bebé se derretía contra su pecho, envuelto en toallas húmedas y llantos.

—Vine a buscarte, cuando me vi con fuerzas de volver a este lugar, para darte las gracias y que él te conociera. Estaba llena de remordimiento y rencor hacia mí misma por el dolor que te había ocasionado.

»Cuando conocí a tu padre, me dijo que habías muerto siendo una

niña y entendí que algo no iba bien. Me echó de aquí las primeras veces. Pero tuve paciencia. No tuve más que esperar a que me viese como una cara familiar. Día a día. Al principio llegó a creer que Nacho era su verdadero nieto. Lo siento. Fui egoísta de nuevo y no lo corregí, pero no había otra forma de cuidar de él. La posibilidad se convirtió en algo real en su cabeza y lo aceptó. Pero le conté la verdad de lo que habías hecho.

»Cuando tu padre ya no pudo valerse por sí mismo nos abrió las puertas. Dejó atrás las visiones y quiso encontrar a la familia que había perdido tras el incendio de la segunda explosión. El fuego de aquel día eliminó todo rastro de ellos… Ya sabes. Quiso contactar contigo, pero mucho debía haberte dolido lo que te dijera para que no quisieras volver. Jamás te juzgué por no querer saber de él. La señora Victoria me contó lo que había pasado cuando eras niña. Tuvo que ser muy duro y por eso… Te admiré más aún. Te he admirado siempre por tu decisión y quiero darte las gracias. Gracias.

—Lo eché a suertes —dijo Bárbara volviendo en sí tras asimilar las palabras de Cecilia y recordar a la joven que deambulaba perdida por el pasillo del hospital—. Si te dijera que no hubiera preferido otro resultado, mentiría. Pienso en ello todos los días de mi vida.

Cecilia apretó las manos de Bárbara y asintió.

—La muerte es un puente de cristal infinito.

Bárbara se puso de pie y miró a su alrededor. Se concentró en las voces y las imágenes que la rodeaban, filtrando y organizando los hilos que brotaban como explosiones de tinta. Observó una visión de Román que se acercaba a ella y se desvanecía al contacto con la llama de la vela.

—Tengo que encontrar a mi hijo.

Salió de la casa y observó a su alrededor. Se aisló y se centró en encontrar la hebra que la llevara a su encuentro. Se vio a sí misma salir de casa y tomar dos caminos. Una de sus versiones bajaba por el sendero del risco y la otra se acercaba a la carbonera.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Vio la puerta de la carbonera entreabierta. Se acercó y volvió a mirar hacia el sendero. La proyección ya había desaparecido entre las rocas. Las luces, a lo lejos, iluminaban al gentío en el merendero. El sol se estaba poniendo y se guio por su determinación.

En la carbonera no había nada más que cajas y viejos trastos. Aguzó el oído y escuchó una fuerte respiración. Bárbara se agachó y vio la trampilla. Al abrirla, encontró allí a Nacho. Estaba empapado y echaba mano a su cuello en un acto desesperado por respirar. Bárbara lo agarró por la ropa y lo sacó a pulso.

—¡Cecilia!

La mujer entró en la carbonera, alertada, y se lanzó a socorrer a su

hijo. Trató de calmarlo con su voz y el tacto de sus manos.

—¿Dónde está Jonás?

Bárbara no necesitó más que ver la expresión del chico para saber lo que ocurría.

TERCERA GRAN EXPLOSIÓN



Antracita

51

Observó el túnel en la roca, que se mostraba infinito ante ella. Se concentró en la oscuridad del descenso, pero no le mostró ninguna imagen que la guiara. Visualizó su dado de la suerte metido en su bolsa negra de terciopelo, guardado en el bolsillo del neceser. La imagen la tranquilizó, como siempre hacía. Jugueteó mentalmente con los dados y esperó.

«Uno, dos.

Tres, cuatro.

Cinco, seis».

Cecilia había conseguido que Nacho se calmara y recuperara al fin una respiración rítmica y pausada. Escuchaba preocupada los silbidos ahogados de unos pulmones a su máximo rendimiento.

—Jonás… —había conseguido decir Nacho con un hilo quebrado de voz.

Aquella fue la única palabra que pudo pronunciar antes de que un súbito ataque de tos lo derrotara.

Bárbara había mirado a Cecilia y, sin pensarlo más, se adentró en el hueco, armada con la linterna del móvil. Se dio un golpe en la frente y calibró la altura del angosto pasadizo que descendía entre salientes de roca fría que rasgaban su ropa.

El descenso fue abrupto. Resbaló en varias ocasiones y se golpeó las lumbares. El dolor de ciática regresó. Bajar la pendiente cargó sus rodillas y tobillos. El túnel de roca se fue cubriendo de capas negras brillantes que pasaban de la turba al lignito y de la hulla brillante a la antracita. Materia orgánica que, cuanto mayor presión soportaba, mejor carbón ofrecía. Recordó aquella máxima de los mineros que repetían que nada merecía la pena si no había sido capaz de soportar la presión suficiente sin romperse, durante el tiempo preciso y en el espacio correcto. Circunstancias concretas que daban como resultado el mineral de mejor calidad.

El canal se hizo más irregular y a sus costados aparecieron grandes huecos que generaban grutas. Vacíos que obligaban a concentrarse en el descenso.

La presión cambiaba en el ambiente y su respiración se hacía más forzada. La humedad llenó sus zapatillas. El resto del túnel se encontraba anegado. Observó un gran hueco que se abría en uno de los laterales. A Bárbara le pareció que bajo el agua, negra por el reflejo de la luz y la roca, el túnel continuaba, pero no fue capaz de verificarlo a simple vista, pues no distinguía los límites. Miró a su alrededor, pero no localizó otro camino.

«Jonás», escuchó en su mente, y se alegró de que solo fuese un recuerdo.

Dio pequeños pasos que la sumergieron en el agua. Sabía que Jonás había seguido ese camino.

—¡Jonás!

El gritó se ahogó absorbido por la porosidad de la roca y reverberó al colarse por el hueco que se perdía bajo la gruta de la colina.

Colocó el móvil boca abajo sobre un saliente para iluminar la bóveda. Ya con el agua al cuello, Bárbara se zambulló y palpó a ciegas el entorno. Abrió los ojos sin distinguir por dónde continuaba el pasaje. Se angustió ante la idea de que Jonás se hubiera sumergido en aquel pozo.

Salió a la superficie para tomar aire y volvió a bucear. Dio varias brazadas que le permitieron descender y, agarrada a la roca, notó una corriente. Avanzó sin perder de vista la referencia de la luz, pero tras atravesar por un hueco solo vio oscuridad. Viró para ascender, pero había perdido la referencia luminosa. Braceó para alcanzar la superficie, pero se topó con piedra. Palpó la superficie y con los dedos buscó un hueco por el que salir a respirar. Comenzó a angustiarse. No tenía ninguna referencia en la oscuridad de aquella poza subterránea. Volvió a golpearse la cabeza al girar la y tragó agua. El dolor de su espalda recorrió su sistema nervioso con un calambre. Trató de mantener la calma, a pesar de que ya le faltaba el oxígeno.

Una parte de ella no cesó de buscar un hueco, ante el riesgo de morir allí abajo ahogada, mientras otra se dejó llevar por la comodidad de unos recuerdos que se hacían más presentes. Deseó volver a su casa y comer con los chicos y con Román.

«¿He comido de verdad con ellos?», se preguntó con una duda tan real como su falta de oxígeno. Recordó la anécdota del teorema de los infinitos monos y no le cupo ninguna duda. Tenía que ser real. Tuvo la seguridad de que Eloy no había desaparecido y de que Román estaba con ellos.

Cerró los ojos para centrarse y se dejó guiar por la pequeña corriente. El agua parecía agitarse ante ella y avanzó hasta que se golpeó las rodillas contra una roca inclinada que le permitió ascender y tomar una gran bocanada de aire.

Se tumbó y recuperó el ritmo normal de su respiración. Miró a su alrededor, pero había perdido la referencia de la luz del móvil.

—¡Jonás!

Decir el nombre de su hijo en voz alta la inundó de angustia. El dolor volvió a presentarse, consciente de que Eloy no había aparecido y Román no volvería a comer con ellos. No volvería a verlo, ni a tener una conversación, ni la posibilidad de tomar una decisión para lanzarse y salir de esa cola en los urinarios del campus y decirle lo que

sentía por él. Lo bueno y lo malo. Lo mucho que lo amaba y lo poco que ambos habían luchado. Quería pedirle perdón.

Lloró tumbada en la roca mientras se concentraba en lo que hacía allí abajo. Aún debía encontrar a Jonás.

Su mente recreó una melodía. Le pareció escuchar una canción de Aute. De niña solía jugar a un juego que consistía en concentrarse mucho en una canción y, tras varios segundos, hacerla sonar en su cabeza, pero no como un recuerdo, sino con total claridad. Había desarrollado la técnica con el tiempo y no le fue difícil que en ese momento resonara la última que había escuchado en el tocadiscos de su padre.

Si te dijera amor mío, que temo a la madrugada…

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Dime que estrellas son esas, que brillan como amenazas…

Buscó una variable en la fría y absoluta oscuridad que se había apoderado de ella. Exhausta, física y mentalmente, recordó la imagen de su padre que aparecía en una oscuridad como aquella, cuarenta años antes. Ella cargaba con su hermano muerto en brazos y buscaba una salida subterránea. Dudó de si el recuerdo era real o estaba contaminado por la pátina de los años y las recreaciones de su tía Sabela.

Su dolor siempre había estado unido a tener una vida indefensa entre sus brazos, fruto de sus malas decisiones, por lo que tenía que encontrar a Jonás. No podía perderlo. El niño había confiado en ella. Le prometió protegerlo y amarlo para siempre. Nada de aquello la hacía ser especial. Cualquiera hubiera hecho lo mismo. Había sido la decisión más fácil y satisfactoria de su vida, pero no probaba nada ni la exculpaba de las malas decisiones del pasado. Ahora estaba perdida. Allí abajo no había tiempo de juegos ni escenarios alternativos que la hicieran sentir mejor con ella misma.

Presiento que tras la noche, vendrá una noche más larga. Quiero que no me abandones, amor mío, al alba.

La brisa fresca se agudizó al contacto con su ropa húmeda. El olor a metano era notable. No supo si se había dormido. Alzó la cabeza y se incorporó al escuchar el llanto de una niña. Siguió el sonido de unos pasos y la corriente de aire viciado. A ciegas. Descendió agarrada a las paredes de roca. Tropezó con salientes que se clavaron en sus pantorrillas. Percibió la humedad de la tierra y la presión de la quietud subterránea. Atravesó grutas que intuyó descomunales. Se adentró en huecos angostos y se sumergió en nuevas aguas subterráneas. Creyó ver a su padre, sentado ante un cristal de roca, pero allí no había nadie.

El llanto resonó en la gruta infinita y Bárbara aguzó los sentidos. Dirigió su vista hacia el foco del sonido. Ya no era un llanto fluctuante

perdido en la corriente y lo reconoció en seguida. Un llanto acompañado por una leve luz que provenía de unos grandes cristales perdidos en ese escondite subterráneo, a cientos de metros de donde estaba ella.

52

Distinguió el porte de su padre, plantado frente a la cancela de la finca. Había otro hombre dentro del coche, de quien no pudo distinguir las facciones. Esperaba la visita de su padre, pero la compañía lo dejó fuera de juego. En cualquier otra circunstancia no le habría importado conocer a alguno de sus colegas y escuchar sus historias, pero era la primera vez que lo veía desde la muerte de Román y esperaba algo de intimidad. Nicolás no supo si la compañía era más un escudo que un apoyo.

El abrazo entre ambos duró más que ningún otro. En otras circunstancias le hubiera resultado reconfortante a nivel emocional y de respaldo, pero Nicolás se sentía exhausto y deseó que acabara lo antes posible.

—¿Se sabe algo de Eloy? —preguntó Jaime, muy solemne mientras le agarraba os hombros con ambas manos.

Nicolás negó con la cabeza y dirigió la vista hacia su invitado.

—Te presento a Damián Lacave. Es el hijo del doctor…

—Sí, ya nos conocemos. —Damián alzó la mano para estrechársela.

—Damián es un magnífico abogado y nos puede echar una mano con el tema del desahucio y del seguro del local.

Nicolás abrió la cancela y los invitó a pasar.

Jaime atravesó la linde y observó la finca mientras caminaba hacia la entrada. Hacía ya muchos años que no accedía a aquel lugar y se sintió emocionado con la visita. Atravesó el umbral. Era la primera vez que pisaba la casa tras la tragedia de la mina. Cuántas otras veces antes había comido y bebido en ese salón. Recordó la empanada de Rosalía y el olor a pimentón del pulpo.

—¿Dónde está? —preguntó.

Nicolás se quedó mirando a su padre, con la intención de que fuese más específico. Ante la falta de respuesta, Nicolás entró en el despacho y entregó la urna de Román a Jaime, que lo había seguido hasta la vitrina de los minerales.

—Te referías a mi hermano, ¿no?

Jaime la agarró ante la mirada inquisitiva de su hijo. Se sintió mezquino y no pudo alzar la vista. Nicolás lo juzgaba con la mirada más intimidatoria que jamás le había ofrecido nadie, ni tan siquiera Eduardo. Se sintió pequeño y vulnerable por primera vez en mucho tiempo, y no le gustó.

—No sabía a quién llamar —dijo Nicolás, rompiendo el incómodo momento.

—¿A quién llamar? Ya te dije que yo me encargaría.

—No. Para avisar de lo de Román.

Jaime miró extrañado a su hijo mientras colocaba la urna de nuevo sobre la vitrina.

—A quién llamar para decirles lo que ha pasado —prosiguió Nicolás—. No sabía si tenía alguna relación ahora mismo, o si vivía con alguien. Quiénes eran sus amigos… No se lo pregunté. No hablé con él de nada de eso.

—Era muy reservado.

—No creo que fuese por eso —dijo Nicolás con una risotada nerviosa—. Se iba a marchar a Estocolmo, pero volvió. No sé por qué. Iba a empezar una nueva vida gracias a ti. Sé que no volvió por mí o para quedarse más tiempo y ayudarme a terminar con el local. Estaba harto. Eso lo sé.

—Supongo que tomó una mala decisión.

Nicolás miró a su padre y su pesadumbre creció cuando volvió a dirigir su mirada hacia la urna.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Jaime.

La pregunta tomó por sorpresa a Nicolás, sobrecogido porque había dado por hecho que ese podría ser un buen lugar para que descansaran los restos de su hermano. Recordó a Bárbara tomando la repentina decisión de lanzar la urna de Eduardo al pantano. Le quedó claro que su padre no tenía intención de llevarse a Román, aunque tampoco lo hubiera permitido. Pensó en que los gestos nos definían más que una palabra, que el dinero o las ganas de formar parte de un grupo exclusivo donde la aprobación paterna no era más que una quimera. Damián Lacave no había tenido ningún problema a la hora de entrar a formar parte de él. Su propio padre lo había incluido porque le gustaba compartir tiempo con él. Tan sencillo como eso.

Jaime y Damián disimularon su ansia observando las rarezas de un despacho colmado de los recuerdos de quien había sido su mejor amigo, pero Nicolás no vislumbró ni un ápice de emoción. Supuso que la coraza seguía aplacando el odio, las amenazas y la ambición que habían acompañado a su familia durante años. De repente, se sintió ligero.

Nicolás dio una palmada y caminó decidido hacia el distribuidor. Retiró el mueble y dejó al descubierto el hueco. Un intenso olor a gas inundó la estancia.

Jaime siguió a Nicolás con la emoción de un niño al descubrir los regalos de los Reyes Magos. Observó la habitación estanca, cuyo suelo se abría en dos con una enorme grieta que se perdía en la oscuridad. Bajó por la escalera de piedra, guiado por la linterna de su hijo y contempló el pasaje abovedado de roca y cristal que destilaba eones tectónicos. Damián los siguió, abrumado.

Se detuvieron frente a los restos dolménicos que culminaban la

primera gruta abovedada.

Nicolás encontró su vieja grabadora, rota en el suelo, y se detuvo. Aquel lugar ya no le provocaba ningún tipo de fascinación, salvo los recientes recuerdos. Rememoró la angustia al pensar que había perdido a Eloy allí. Pensó en el día en que conoció a los dos chicos, sus hijos, y se preguntó dónde estarían ahora Bárbara y Jonás. Necesitaba salir a peinar la colina y sentirse útil en la búsqueda de su hijo. Había sido muy duro con Bárbara y ella no lo merecía.

—Lo que has descubierto en esta casa… —dijo Jaime—. Sabes que lo puede cambiar todo, ¿verdad? ¿Has notado alguna cosa extraña aquí abajo?

Nicolás permaneció en silencio y decidió ser cauto. Ese lugar no había querido mostrarle un poder que, por alguna razón, solo había sido capaz de percibir Bárbara.

—Los miembros del grupo se van a quedar entusiasmados con este descubrimiento —dijo Damián Lacave tras tocar la imponente piedra megalítica que los sobrevolaba—. Sería la aportación más increíble que se ha hecho al grupo. Debes estar orgulloso, Nicolás.

—Todo depende.

—¿De qué? —preguntó Jaime ante la impulsividad de su hijo.

—De las decisiones que tomemos a partir de ahora. Es lo que solías decirme, papá. El destino tiene tres puertas, ¿no? Siento que no he abierto la correcta desde hace muchos años y ya es hora.

—Esta es la correcta, hijo. No os pueden quitar la casa. Es tu casa. Ahora ya sé por qué Eduardo guardó este lugar como un tesoro. Sabía que había descubierto una salida y que algo… Aquí abajo hay algo que le permitía ver más allá. Anticiparse a cualquier amenaza.

—Anticiparse a ti —concluyó Nicolás.

Jaime miró a Nicolás, contrariado.

—A tus ansias de quedarte con su casa. A tu obsesión por poseerla, y que me transmitiste a mí hasta el punto en que la antepuse a cualquier otra necesidad en mi vida. Por querer demostrarte siempre algo.

—¿Me vas a culpar a mí ahora?

Nicolás miró airado a su padre y desvió la vista hacia el abismo que se abría ante ellos. Rememoró cómo su impulso lo había llevado a bajar por la roca hasta encontrar al niño al que le costó amar por lo que suponía su existencia. Se asomó al abismo y la brisa recorrió su rostro. De repente, le pareció ver una figura que se materializaba a su lado. Ya no se trataba de un recuerdo. La figura adquirió el cuerpo y el rostro de su hermano Román, que parecía hablarle a otra versión de sí mismo. Ambos charlaban en el dolmen. Nicolás observó la escena envuelto en lágrimas. Disfrutó del dolor que le producía ser consciente de aquel fenómeno efímero, y dio las gracias por ser testigo.

—¿Qué ocurre, Nicolás? —preguntó Jaime, extrañado por su reacción.

—Largaos de aquí. Fuera de la casa.

Nicolás volvió a concentrarse en la imagen de Román, que parecía desvanecerse tras su reacción. Miró a su alrededor, desesperado por volver a verlo. La culpa y el remordimiento por haberle permitido subir al andamio se apoderó de él y deseó con todas sus fuerzas que su hermano hubiera pasado de largo aquella noche y que se hubiera dirigido al lugar que había escogido en primera instancia. Ahora estaría vivo y ocuparía el lugar que merecía. Un lugar dónde él no tenía cabida, por más que se empeñara en arrastrar a todos hacia otra creencia infundada de falsas promesas y futuros sostenidos en el aire.

Jaime lo miró, afligido, e intentó calmarlo, pero Nicolás lo apartó y salió de allí sintiéndose más vivo que nunca.

53

Debía ser la tercera vez que Jaime se atrevía a subir por el sendero del risco hasta Villa Hulla desde la primera explosión. No sería el primero —ni el último— que salía de allí despavorido ante las amenazas del antiguo vigilante, por lo que optó por ser cauto y dejar aparcado el Mercedes en el merendero. Sus piernas ya no eran las de antes, y los zapatos tampoco eran los adecuados para adherirse a la resbaladiza roca que acumulaba la humedad del invierno. Hizo un pequeño descanso y se apoyó en el saliente de una roca para tomar resuello. Observó el pantano y trató de ubicar su antigua casa, como siempre hacía al quedarse con la mirada perdida hacia la chimenea de ventilación del Pozo de la Espiga. Para muchos seguía siendo «el forastero», pero Jaime había nacido allí abajo, como el resto de los autóctonos. Casi veinte años más tarde, era el dueño de la mayor parte del nuevo pueblo de Triviana. Poseía gran parte de la colina, pero aún se le resistía Villa Hulla, en la que su viejo amigo pasaba los días como un ermitaño. No había vuelto a hablar con él desde el último intento de compra y la última amenaza, pero ahora volvía con una nueva oferta y un par de ases en la manga.

Lo observó cortar leña de los troncos de pino amontonados junto a la carbonera, pero no parecía hablar solo, como la última vez. Se acercó con sigilo hasta la verja trasera de la linde y lo espió hasta que, en uno de sus viajes a la caseta, Eduardo se percató de su presencia.

Eduardo lo miró, estático, pero sin el rictus amenazante con el que solía recibir a sus visitas antes de la segunda explosión y del incendio que había asolado la colina y que casi había arrasado la vieja casa.

Se acercó a él y Jaime alzó las manos en pretendido son de paz.

Eduardo se detuvo ante la verja y comprobó que el candado estuviera bien echado, para luego mirar a los ojos a su visitante y aguardar.

—¿Preparando para el invierno? —Jaime apuntó con el dedo hacia la hacina de leña.

—¿Qué haces aquí?

A pesar de la distancia, Jaime percibió el aliento a orujo y café. Encontró a Eduardo envejecido, con la piel curtida e infestada de capilares. Sus ojos enrojecidos por los derrames lo miraban casi ausentes y febriles.

—Ya sabes a lo que vengo.

—Pues ya puedes dar media vuelta.

Eduardo se giró con la intención de volver a sus quehaceres.

—Veo que has arreglado la carbonera tras el incendio.

—Lárgate, Jaime. No hay más opciones.

A Jaime le sorprendió lo centrado de sus respuestas y la falta de ausencias.

—Sé lo que te pasa, Eduardo. El doctor Lacave me ha contado lo de tus pulmones. —Eduardo se volvió hacia él, con lentitud y disimulando el dolor de su pecho—. Sé que no te queda mucho, ¿qué tienes pensado hacer?

—¿Ya estás orquestando? —contestó Eduardo con una risotada.

—Solo quiero lo mejor para la casa, no quiero que caiga en malas manos.

—Tranquilo, la casa se quedará en la familia. Ya te has encargado bien de ello.

—Tu hija no la quiere y sabes que la acabará vendiendo.

—Tú ocúpate de tus propiedades que ya me ocupo yo de lo poco que me queda. Mi hermana ya te vendió toda esa parte de la colina, así que date por satisfecho. Cuando el nieto recién nacido lo herede todo, igual ya no estamos aquí ninguno de los dos.

—Sabes que murió en el incendio, ¿verdad?

Eduardo se quedó inmóvil y analizó la expresión de Jaime.

—¿Quién?

—Nuestro nieto.

Conocía muy bien a Jaime y jugar con aquello le pareció rastrero.

—¿No te lo ha contado Bárbara?

Eduardo la había echado de su casa y la había culpado de haber perdido a su familia por segunda vez. Se centró en recuperar las visiones y no le había preguntado por su hijo. Ahora que su mente se solapaba con la realidad, era más consciente de la vida que se había negado a vivir.

—Van a adoptar a uno de los niños que se quedaron huérfanos en el incendio. Nicolás y Bárbara ya están gestionando el papeleo. —Eduardo permaneció en silencio y volvió a sus tareas—. La gente de este pueblo no parará hasta conseguir la casa y ya sabes que son capaces de todo para que nuestra familia desaparezca. Nunca me perdonaron lo de las indemnizaciones, Eduardo. Y ahora temo por mis hijos; por nuestros hijos y nuestros nietos. Yo puedo ayudarte.

—Ahora mismo tienes dos opciones, Jaime: largarte y no volver, o entrar aquí y matarme de una puta vez para quedarte con la casa.

—Siempre hay una tercera opción…

—Sí, quedarte ahí y que sea yo el que descargue los cartuchos de mi escopeta en esa cara falsa que tienes.

—¿Y qué pasaría en cada uno de esos casos? ¿O es que después del incendio perdiste tus facultades?

Eduardo dejó la carretilla y agarró la escopeta que descansaba tras la puerta de la carbonera. Se acercó a Jaime y la alzó sin miramientos.

—¿Quién te habló de eso?

—¿Es verdad, entonces?

Eduardo escuchó el crujir de una rama y se giró hacia el alto de la colina. Allí vio la silueta de alguien que portaba otra escopeta. Se giró hacia Jaime y bajó el arma.

—Eso es lo que te ha consumido por dentro todo este tiempo. No saber qué me pasó ahí abajo, ¿no? Nunca lo sabrás, Jaime. Jamás verás lo que yo vi. Y lo he protegido todo este tiempo de gente como tú, porque miedo me da lo que hubieses hecho con lo que yo he tenido delante de mis ojos.

—Hubiera hecho lo mejor para mi familia.

—¿Cuándo te ha importado a ti la familia? ¿Cuándo te has preocupado tú por alguien? ¿Por la vida de las familias de los mineros que lo perdieron todo por tu culpa? ¿Cuándo te ha importado a ti otra cosa que no sea especular? Y ahora nosotros pagamos las consecuencias. Aquí no hay dos bandos, Jaime. Están ellos y nosotros dos, pero no voy a unirme a ti en esta cruzada. Si mi hija adopta a una criatura, la enseñaré a cuidar de la casa y a mantener alejados a los indeseables, a adelantarse a los acontecimientos y prevenir desgracias. Porque eso es lo que hace este lugar, Jaime. Y sí, sabía cuáles serían las consecuencias de cada una de las opciones. Por eso jamás te conté nada ni te permití que pisases esta finca. Yo perdí mi vida hace mucho, pero, ahora que se me acaba de verdad, me doy cuenta de mis errores y me arrepiento. Yo no tengo nada que perder, así que si te veo otra vez por aquí rondando, vaciaré estos cartuchos sin miramientos como ya he hecho antes. Ahora estás advertido.

Jaime se detuvo junto al risco y observó el pantano y el terreno quemado junto al hospital. No pudo paliar la culpa.

Las negligencias que se habían producido el día del incendio eran innumerables. Habían encontrado a Bárbara tirada en el suelo, medio asfixiada y con un bebé en brazos. El personal había dado por supuesto que se trataba de su hijo. «¿De quién, si no?», habían presumido.

Bárbara y el bebé fueron trasladados a la unidad de quemados del Hospital Universitario de Jálivas. Al despertar, ella dio testimonio de lo sucedido, tirando por tierra el informe de los peritos. El forense había hallado restos de otro bebé en la habitación de la mujer portuguesa, por lo que se había dado por supuesto que era su hijo.

Bárbara negó aquel informe y explicó lo sucedido, con el detalle que le permitió su estado. Salud Mental se encargó de tomar la declaración y ayudar a paliar el trauma. En primera instancia se creyó que la declaración de Bárbara dejaba de manifiesto algún tipo de perturbación causada por el *shock*, pero el informe forense no dejó

dudas. El hijo de la portuguesa había sido evacuado desde la sala-cuna y el bebé de la habitación era el hijo de Bárbara.

El doctor Lacave se puso en contacto con Jaime para que se encargase del apartado legal y paliar el escándalo, tanto por su experiencia como por su implicación personal en el caso.

Triviana fue declarada, de nuevo, zona catastrófica tras el colapso de la galería en la que se retomaban las labores de mantenimiento y en la que murieron tres operarios que se sumaron a la trágica lista negra de almas ofrecidas al yacimiento. La aprobación de ayudas para el plan de recuperación de la cuenca minera de la Espiga había dado esperanza para una futura reapertura de la mina, pero el enclave parecía empeñado en no hacer prosperar a una población hastiada y a una juventud condenada.

54

El silbido de su pecho se fue atenuando y su respiración alcanzó el ritmo al que estaban acostumbrados sus maltrechos pulmones.

Cecilia permaneció a su lado y alentó esa calma que funcionaba como la mejor de las medicinas. Conocía a la perfección las sibilancias: su cadencia, el ritmo, cuándo se encontraban en el punto más álgido y cuándo pasaban de ser preocupantes a un mero estridor. Nunca llegó a ser enfermera, pero Nacho había sido su escuela. En cuanto se encontrara con fuerzas, lo sacaría de la carbonera para llevarlo al hospital y que le hicieran un reconocimiento.

Escucharon el sonido de los tambores y las flautas que el viento traía del pantano. Cecilia se asomó por la rendija de la puerta de la caseta y comprobó que la algarabía se debía a que los primeros vecinos se iban concentrando al otro lado de la linde, a lo largo del sendero que ascendía hasta la chimenea. Los niños portaban ya sus cubos con bolas de algodón impregnadas. Sonaban campanas y el sol comenzaba a desaparecer por la colina, al otro lado del valle de la Espiga.

—No quiero salir —dijo Nacho, haciendo un gran esfuerzo entre palabras—. No quiero que… me vean.

Cecilia lo mandó callar con un gesto.

—Tenemos que ir al hospital. Le pediremos a alguien que nos lleve…

—¡No! —Nacho se sumió en un ataque de tos que inflamó las venas de su cuello y frente—. Me harán daño…

—¿Quiénes? ¿Quién quiere hacerte daño?

Él se quedó en silencio, observando a su madre. Había conseguido controlar el ataque.

—Me dijeron que harían daño a Zarzo, que se lo llevarían y que le abrirían el pecho y lo llenarían de piedras para lanzarlo al pantano. Que allí es dónde debía estar yo. Y tú…

—¿Y por qué te iban a hacer daño?

—Por que los vi llevárselo.

—¿A quién?

—A Eloy. La noche de la tormenta.

Cecilia percibió el temor en los ojos de su hijo y lo abrazó, sumida en el desasosiego que le había producido la confesión.

—Tranquilo. Nadie te hará daño.

Cecilia miró por la rendija de la puerta y vio a Nicolás salir de la casa. La charanga se escuchaba ya cercana. Se puso de pie y salió de la carbonera para seguirlo en su descenso por el camino hacia el pueblo.

Tenía que advertirle.

Nicolás sorteaba errático a los niños armados, animados por sus orgullosos padres, sin parar de mirar de un lado para otro, buscando a su familia entre el tumulto. Vio a la portadora del candil que abría paso a la comitiva. Tras ella, los portadores de las tres antorchas, el maese de la llave, los boleadores y, por último, el pelele, sentado en su trono, a la espalda Chambón, con sus tres cabezas de animal.

Las bolas de fuego no se hicieron esperar y los niños comenzaron la batalla para quemar al muñeco antes de que alcanzara la cima de la colina. Chambón, ayudado por los boleadores, intentaba esquivarlas. Se acercaba a los niños y los amenazaba con su cabeza de serpiente para luego salir corriendo y esconderse entre los pinos y los riscos del sendero. Las bolas de fuego iluminaban la tarde como ráfagas de estrellas. Las que caían al suelo eran apagadas, de forma inmediata, por los voluntarios. Las risas se entremezclaban con el jolgorio, las tonadas y los golpes de tambor que marcaban el paso.

Cecilia se concentró en el pelele. Algo no iba bien. El muñeco cedía de un lado a otro. Le pareció que pesaba demasiado, cuando se lo suponía relleno de paja y pasto seco. En ese trono, y bajo la túnica de tela de saco impregnada, había algo más. Chambón sudaba por el esfuerzo y, en cada quiebro, debía mantener el equilibrio y estabilizar al muñeco que cedía en su vertical. Los boleadores lo ayudaban a recolocarlo, pero este parecía demasiado pesado como para aguantar el ascenso. Cecilia se percató de la tensión entre los muchachos. Uno ajustó la cuerda que sostenía el cuerpo contra el trono, apretándola para estabilizarlo. Lo que hubiera bajo la túnica se enderezó como un resorte.

Cecilia se acercó hasta la verja de la linde para observar con mayor precisión. Y vio cómo una mano sobresalía por una de las costuras.

Nicolás fue sorteando al público del camino sin dejar de buscar el rostro de su hijo. Sabía que había colaborado con el grupo que organizaba la procesión y que, con toda probabilidad, no se lo perdería. Casi chocó con la portadora del candil, que pasó a su lado sin mirarlo. Nicolás se introdujo en la comitiva y rastreó a los participantes envueltos en túnicas. Se encontró de frente con el pelele y observó su cabeza de perro. Una de las bolas rozó su camisa. Un policía local lo agarró del brazo y lo apartó del recorrido cuando el resto de las bolas de fuego surcaron el cielo.

Nicolás, agotado, observó a la comitiva ascender hasta la chimenea de ventilación; a Lucio, que subía ayudado de una muleta y con el apoyo de su mujer. Cruzaron una mirada que no duró ni un segundo por parte del hombre que portaba el manojo de llaves.

La alcaldesa y el arquitecto municipal cerraban la comitiva,

envueltos en un aura engallada y rodeados de los funcionarios.

Comenzaron los llantos de algunos niños, que corrían hacia sus padres señalándose las quemaduras. Padres y madres que reían y alzaban orgullosos a sus criaturas.

El pelele llegó hasta la chimenea, donde esperaba el merendero, adornado con luces colgantes. El grupo local de folk comenzó a tocar. Cesaron las bolas de fuego y, en silencio, Lucio se acercó a la escalera que se había colocado para salvar el nivel hasta la boca de la chimenea. Su mujer intentó persuadirlo, pero él la apartó y, solo ayudado por las muletas, subió para abrir los tres candados y desplegar la pletina que cubría el hueco del pozo de ventilación.

El tambor comenzó a tocar y los asistentes cantaron el himno de los mineros. La portadora del candil esperó a que Lucio bajara y comenzó su ascenso, seguida de Chambón con el pelele y las tres antorchas portadas por Bruno, Fayna y Salomón.

—¡Ahí dentro hay alguien! ¡Hay alguien!

Los asistentes pararon su cántico y miraron, intentando localizar la procedencia de los gritos.

Cecilia corría entre la multitud.

Nicolás escuchó el grito y corrió camino arriba, apartando a todos a su paso, hasta que alcanzó a ver a Cecilia, que intentaba subir por la estructura metálica, retenida por varios chavales de la comitiva.

—¡No lo pueden lanzar! ¡Ahí bajo el pelele hay alguien! —volvió a gritar Cecilia casi sin resuello—. Y allí abajo hay gente. ¡Suéltenme!

Chambón siguió ascendiendo sin hacer caso a la mujer. Los vecinos murmuraban.

—Hay que lanzarlo —susurró enfurecido Lucio mirando a Cecilia.

—Eloy está ahí —dijo una voz rota entre la multitud.

Todos observaron a Nacho, que se acercaba a la chimenea, apuntando con el dedo hacia el pelele.

—¿Qué estás diciendo, deforme? —Bruno alzó la antorcha y la acercó al muñeco.

Nicolás irrumpió en la estructura metálica y apartó de un empujón a Bruno, que cayó al suelo desde la altura de dos metros.

Chambón se dio la vuelta y se puso cara a Nicolás, impidiendo su ascenso. Se enfrascaron en una pelea que hizo pendular el pelele sentado a su espalda. Chambón agarró del cuello a Nicolás ante la algarabía de los vecinos. Apretó con todas sus fuerzas hasta que sintió el fuego de la antorcha en su cara. Olena se la había arrebatado a Salomón.

Nicolás aprovechó para darle la vuelta y rasgar la túnica del muñeco.

Allí dentro, envuelto en paño y pasto, se hallaba Eloy, tan inerte como la misma máscara de tres rostros que le cubría la cabeza. Nicolás

desató las cuerdas y cargó a su hijo hasta el terreno para examinarlo. No respondía a los estímulos. Nicolás lo zarandeó. Trató de mantener la calma y pensar en cómo socorrerlo. Apoyó la cabeza sobre el pecho de su hijo y notó un leve movimiento. Aún respiraba. Nicolás rompió en lágrimas y liberó la tensión acumulada.

Olena, desde el borde de la chimenea, observó a Eloy. Se quedó en estado de *shock*, a la vez que el candil que portaba en la mano derramaba el aceite ardiente sobre el hueco del pozo.

Cecilia observó a Olena y, aprovechando la confusión, se desprendió de sus apresadores. Subió por la escalera, sorteando a Chambón, que daba alaridos de dolor tendido en la plataforma.

—¡Hay gente allí abajo! ¡Bárbara y Jonás están ahí abajo! —advirtió Cecilia al ver cómo el aceite ardiendo caía por la chimenea.

Nicolás alzó la vista, extrañado.

Lucio, con las llaves en la mano, observaba en trance el espectáculo. El recuerdo de su nieta Alba pareció cobrar vida ante él.

Cecilia alcanzó a Olena y le arrebató el candil de forma tan abrupta que el aceite incandescente cayó sobre su rebeca. La ropa de la mujer prendió en cuestión de segundos.

Chambón trató de ponerse en pie, aún con el trono atado a su espalda. Su rostro no era más que un amasijo de carne quemada y sus ojos habían desaparecido entre ampollas. Al girarse, el trono empujó a Cecilia, que intentaba sofocar el fuego de su pecho. Perdió el equilibrio y se agarró al trono para no caer, pero la falta de estabilidad de Chambón, y lo imprevisto del repentino peso, lo hizo perder también la vertical y tropezar con su pie. Ambos cayeron sin remedio, envueltos en llamas, hacia la oscuridad del pozo.

55

Bárbara atribuyó la familiaridad del lugar a la confusión de recuerdos y vivencias que habían barrenado su memoria. Se concentró en el hilo que la había llevado hasta allí y se ubicó de nuevo en la realidad que perseguía. Siguió la tenue luz que había percibido al fondo de aquella oscuridad infinita y su intensidad le permitió tomar consciencia. La luminaria le mostró grandes cristales de cuarzo. Desde su distancia resultaba complicado definir sus dimensiones, pero, a medida que se acercaba, tomó conciencia de su extraordinaria magnitud.

—¡Jonás! —gritó de nuevo al percatarse de que la luz se comenzaba a mover. El haz proyectado producía un efecto en los cristales que dificultaba ubicar el foco, pero que irradiaba un fulgor ambiental que le permitía visualizar su avance.

Escuchó el murmullo de un arroyo y se mareó. Ya no percibía el fuerte olor a metano y supuso que su olfato se había acostumbrado a él. Siguió la corriente de aguas subterráneas hasta que los cristales aumentaron, de forma exponencial, su tamaño. Recordó el trozo de cristal de cuarzo que había encontrado en la colección de su padre, el que le había regalado en alguno de sus cumpleaños y cuyo tamaño no tenía nada que ver con los que la rodeaban. Pensó que, de alguna manera, estaba vinculada a ese lugar, que su padre ya había estado allí antes y que, alguna vez, le había hablado de ese sitio. Bárbara continuó su periplo entre unos cristales que ya alcanzaban su altura. Vislumbró un enorme cristal de roca que sobresalía en el bosque de cuarzo y se acercó a él, atraída por una fuerza casi magnética. Tocó su superficie fría y húmeda. Percibió su energía, que pareció atravesar su cuerpo y tratarlo como un mero conductor. Un haz de luz atravesó la translucidez de su composición silícea y Bárbara percibió una figura que parecía observarla al otro lado del cristal.

«Mamá».

—¿Jonás?

Bárbara rodeó la estructura, pero no encontró a nadie. Siguió la luz que emanaba tras una de las rocas y, tumbado en el suelo, encontró a Jonás con los ojos abiertos, mirando al infinito. Lo abrazó e intentó que volviera de su estado catatónico, pero su cuerpo no reaccionaba. Estaba frío y temblaba. Sus brazos caían flácidos mientras que sus ojos se mantenían firmes, mirando la oscuridad, con un movimiento acelerado y errático que le recordó a los de su padre. Bárbara lo apretó contra el pecho y friccionó su espalda para devolverle algo de calor.

—Tranquilo. Tranquilo…

Percibió un llanto cuyo eco se dividió de forma fractal por toda la caverna. Bárbara miró a los lados, pero no vio nada. El llanto apareció junto a ella con más definición cuando una leve brisa se coló entre sus tobillos.

—¿Alba?

La visión de la niña se hizo tan nítida como los mismos cristales que las rodeaban. Y tan rápido como apareció, volvió a marcharse con un intenso olor a gas y humedad.

Bárbara permaneció quieta; paralizada por el temor y la indecisión. Su único movimiento automático era el zamarreo a su hijo, que parecía reaccionar a las sacudidas.

El niño se agarró a ella y apretó su abrazo. Emitió un murmullo gutural.

Bárbara pensó en levantarse y buscar una salida, pero su intención fue más veloz que ella misma y se vio proyectada en una visión clara que se desgajaba de su propio cuerpo y avanzaba hacia la oscuridad. Se quedó quieta y Jonás gimió.

—Tranquilo. Nada de esto es real. Somos tú y yo. No hay nadie más.

Jonás cerró lo ojos para no ser testigo de las cientos de proyecciones de sí mismo que lo rodeaban. Visiones que abarcaban todo un espectro de posibilidades, a cuál menos halagüeña.

—No he encontrado a Eloy. Ni a Zarzo.

—Cierra lo ojos.

Bárbara ya lo había hecho para concentrarse y no perderse entre las visiones. No quería pensar nada más. Cualquier intención hacía que las visiones se multiplicaran de forma exponencial. Algunas de ellas les auguraban el peor de los destinos. Con los ojos cerrados, se concentró en la hebra que la había llevado hasta ese momento. Se levantó con mucha lentitud, con Jonás en brazos, y, armada con la luz del móvil de su hijo, caminó guiada por la brisa que rozaba sus tobillos. Una visión de ella misma la precedía y la llevó a los grandes cristales que coronaban el infinito espacio subterráneo. Miró el cristal, que se volvía a imponer ante ella, y pensó en su padre. Él había estado allí. Ahora lo sabía. Había logrado escapar de la muerte en la mina y la intuición lo había guiado por ese lugar perdido. Deseó haberlo visto a su lado. Supo que, al igual que a ella, una de las visiones lo había guiado hasta la casa. Y le tranquilizó pensar que alguna de las proyecciones, de las que ahora era testigo, llegaría a la superficie. Aunque no fuese la realidad de la hebra que había decidido seguir. Envidió a la Bárbara que habría podido seguir enseñando los números a su hermana Clara. La que había sido testigo del encuentro entre su padre, que volvía de entre los muertos, y que lo abrazaba. La que

pudo ir a clase con Rosalía y llegó a ser geóloga.

Bárbara se preguntó si el resto de las realidades tendrían conciencia de ella, o de las demás. Si tenían conciencia de esa Bárbara que los echaba de menos. Pensó que era tan complejo de entender que no debía más que tratarse de una intoxicación de la mente generada por aquel lugar.

Miró el enorme cristal que se imponía en el paisaje y sintió su llamada.

Jonás apretó las manos contra ella y le flaquearon las fuerzas. No por el peso, sino porque era el momento de tomar una decisión. Fuera la que fuese. Porque nunca habría una decisión correcta, al menos para ella.

Crecer no podía ser solo echar de menos cada vez a más gente. Debía ser anhelar poder conocer a los que aún no habían llegado.

Miró a su alrededor y se concentró en las visiones y en los múltiples murmullos que minaban sus intenciones. Pero entonces la distrajo una enorme luminaria que apareció en la cúspide de aquella gruta, enterrada a cientos de metros. Una bola de fuego caía inundando con su fulgor la inabarcable oscuridad. En su caída, se sucedían pequeñas deflagraciones. El espectáculo la hipnotizó por la belleza que dejaba de manifiesto en el descenso. Una gruta de maravillas jamás explorada. La luz del orbe, cada vez más intensa y cercana, eliminó a los posibles que se encontraba a su paso, borrándolos con un crepitar de realidad.

Al alba, al alba…

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

Corrió guiada por la intensa brisa que huía ante la amenaza de ser consumida. Tropezó, golpeándose la pantorrilla contra un cristal que desgarró su carne. Los cristales querían atraparlos para hacerlos desaparecer, como a los otros. Pero Bárbara se concentró en su hilo. Se levantó y continuó su huida, siguiendo la corriente de agua subterránea.

El fragor se hizo más intenso y el crepitar de las pequeñas explosiones parecían los chispazos eléctricos de una inminente tormenta. Miró hacia el espectáculo luminoso y no llegó a divisar el origen del cuerpo incandescente que caía, atraído hacia el cristal.

Entonces, sintió el calor de la gran explosión.

La caverna se iluminó y expuso las miles de formaciones de cristales que apuntaban, amenazantes, en todas direcciones y que rodeaban aquella geoda de dimensiones imposibles. Las visiones desaparecieron y Bárbara se encontró perdida mientras las llamas de la deflagración se acercaban a ella y su hijo.

Vio a Alba. Apareció como una llama y se escondió en una grieta, en la roca que frenaba su escapada. La visión de la niña chisporreteó y

se perdió cuando el fuego estuvo a punto de alcanzarlos.

«Toma una maldita decisión, Bárbara».

56

La colina se estremeció como un ser vivo. Su temblor alertó a los vecinos congregados en torno a la chimenea y que comenzaron a correr colina abajo, acompañados del crepitar de la roca. La música había cesado ante los gritos y llantos de confusión tras la caída del pelele.

Nicolás agarró en brazos a Eloy y dio un grito para alertar a Nacho, que miraba el interior de la chimenea.

—Nacho, ¡tenemos que irnos!

El muchacho lo miró impasible y se recreó en el espectáculo que se producía ante sus ojos. Contempló cómo la llama se perdía en la oscuridad hasta convertirse en una deflagración que ascendía y se multiplicaba de forma exponencial a medida que consumía sus recursos. Una espiral de fuego que iluminó las profundidades. Sintió el calor de aquel sol en su rostro cicatrizado y clavó las uñas en el verdín que crecía en la cara interior de la boca. Dio un alarido que reverberó en el conducto hasta perderse en el amanecer subterráneo.

Nicolás tiró de su brazo y lo hizo reaccionar al zarandearlo.

Aún aturdido, relajó los dedos y lo miró. El calor aumentaba y la deflagración interior ya iluminaba la noche. Le dio la mano a Nicolás, descendieron de la plataforma y corrieron hacia la camioneta.

La tierra parecía oscilar durante su huida y los troncos de los pinos crujían con estruendo sobre la loma.

Nacho se giró y contempló la columna de fuego que Colina Hueca expulsaba de sus entrañas. Las rocas de pizarra estallaban por toda su superficie. Villa Hulla ardía a su paso y los pinos se mecían como llevados por su instinto de supervivencia.

Acababan de alcanzar la carretera del pueblo cuando escucharon la explosión.

Jaime contempló absorto el espectáculo natural. Observó la caída de los cuerpos incandescentes desde su enclave privilegiado. Pensó en los ritos ancestrales y los sacrificios que nuestros antepasados habrían ofrecido a la tierra desde ese mismo lugar en el que se encontraba. Un espectador privilegiado de ceremoniales atávicos ahora en comunión con las fuerzas que allí se estaban desatando. Admiró la esfera de fuego que convirtió la oscuridad en día y se resistió a oír las advertencias de su acompañante.

—Tenemos que irnos —dijo Damián, tirando de su brazo.

La roca vibró y los cascotes de piedra se desprendieron de aquel dolmen que parecía a punto de colapsar.

Jaime miró a Damián con calma y volvió su vista hacia las maravillas que la luz del fuego le mostraba en su ascenso. Vio los cristales de las profundidades de la imponente geoda y calculó sus dimensiones imposibles.

Miró hacia el pasillo del dolmen. Damián ya había desaparecido, en su lugar, vio a Nicolás, que se acercaba a él y le tendía la mano.

«Vamos. Salgamos de aquí», creyó entender Jaime. Y se vio marchándose con su hijo en una proyección astral que se perdió entre el pasadizo de rocas milenarias. Se quedó quieto, sin ser consciente de si aún permanecía en ese lugar o se había ido con su hijo.

La enorme explosión lo hizo volverse hacia el abismo y observó como el fuego ascendía por la chimenea natural. La detonación fue tan intensa que creyó que la misma Colina Hueca se venía abajo. Jaime se acercó aún más al borde de la roca y no dejó de contemplar el espectáculo. Tenía delante de sus ojos el enclave más impresionante de todos los que había visitado en su vida, el único que lo había hecho sentir completo. Sabía que el destino tenía tres puertas y decidió que se quedaría allí, su decisión sería tan solo el final de uno de los caminos.

El fuego emergió imperioso desde la chimenea de ventilación. Las copas de los pinos se impregnaron de virutas de luz que consumieron su verdor hasta dejar tras de sí el esqueleto de sus frondas. Pequeñas explosiones en la superficie de la colina consumían las condensaciones de gas extraviado, purificando los excesos del grisú.

Lucio observó desde lo alto del risco los fuegos fatuos que emergían de las profundidades del pantano. Destellos submarinos que mostraban en ráfagas las estructuras hundidas del antiguo pueblo. Centellas que se afanaban en encontrar la superficie y detonar al contacto con la noche. La colina volvió a vibrar y los salientes de roca comenzaron a hundirse a su lado. En una de aquellas luminarias le pareció ver una figura que también observaba el pantano en su misma dirección. La visión crepitó al contacto con el fuego que se expandía como un manto purificador.

Lucio sonrió tranquilo para, después, lanzarse al agua. Mientras se hundía entre las paredes de la que fue su casa, recordó a sus compañeros mineros y, a medida que le faltaba el oxígeno, expió su culpa.

Una vez puestos a salvo a todos los miembros de la comitiva con la ayuda de los voluntarios de Protección Civil, Victoria Manso, acompañada de Félix Álvarez, contempló desde el merendero cómo el fuego cubría Colina Hueca por completo. Por la chimenea de ventilación aún manaban ráfagas que crepitaban al contacto con la superficie. La colina rugió y por la techumbre de Villa Hulla emergió

una bocanada de fuego que hizo estallar los cristales de puertas y ventanas.

Victoria contempló afligida el espectáculo que significaba el fin de una era y de su empeño en dedicar aquel lugar a la memoria de su hermano Silvestre y de todos los mineros engullidos por la tierra. Un santuario para quienes habían sacrificado sus vidas en pos de la prosperidad del pueblo, sin miedo a los peligros a los que la profanación de la tierra podría someterlos.

Alguien de entre la multitud gritó algo ininteligible. Volvió en sí, tras dejarse atrapar por el baile hipnótico del fuego y prestó atención a lo que se murmuraba a su alrededor. Todos miraban hacia el pantano y se acercó para descubrir la causa del revuelo.

La orilla se había alejado varios metros del merendero y las explosiones dejaron de manifiesto el perfil del viejo pueblo de Triviana, que parecía emerger de las profundidades del valle. Distinguió los viejos muros de piedra de lo que restaba de la antigua iglesia de San Juan, así como los esqueletos podridos de los cipreses del viejo cementerio y las paredes sobrevivientes de su colegio. La chimenea de la mina y el Pozo de la Espiga completaban la postal de un pueblo que no se mostraba así desde hacía casi cuarenta años. Un horizonte de recuerdos que la dejó sumida en un emocional letargo.

Olena descendió la colina sin tener conciencia de su cuerpo, guiada por su instinto de supervivencia y la omisión de la culpa.

Recordó la tarde en la que Eloy y ella se habían besado. Él le había dejado escrito que le encantaría irse con ella a Santiago y estudiar Física si alguien se la explicaba como ella, que lo había hecho entender la física cuántica con tan solo una clase. «Como si fuese tan fácil», pensó al leer la nota.

Se dio asco a sí misma al recordar la tarde en la que Bruno irrumpió en su habitación y la agarró del cuello. Los ojos de él manaban la furia que sus músculos intentaban apaciguar. Con la otra mano, había golpeado la pared con tanta intensidad que la dejó marcada con la sangre de sus nudillos.

—Llévatelo de aquí —le ordenó a Chambón, que apretaba el pecho tendido de Eloy con su rodilla.

El grandullón lo agarró de la camiseta y lo levantó casi sin esfuerzo.

Eloy intentó soltarse cuando vio la mano de Bruno presionando a Olena por el pescuezo.

Chambón lo agarró por los brazos y tiró de ellos hacia atrás, haciendo crujir sus articulaciones como las de un pollo desollado y Eloy cayó al suelo por el intenso dolor.

—¿Con un Orcaray? ¿En serio?

—El… no es… Orcar… —intentó articular Olena.

—¡Me importa una puta mierda! Lo ha criado un Orcaray. ¡Esa familia es el puto mal! ¡Me cago en mi puta vida! Tu abuelo. ¡Mi abuelo, joder! Lo perdimos todo por esa gente ¿y ahora te lo ibas a follar?

Olena intentó negar con la cabeza, pero no pudo.

—Por… favor, Bruno… —sollozó.

—¿Qué crees? ¿Que es mejor que nosotros? ¿Eh? ¿Eso crees? —la increpó Bruno a escasos centímetros.

Volvió a descargar su furia contra la pared.

Eloy intentó ponerse en pie dando un alarido al apoyar su pierna rota, de la que sobresalía ya la protuberancia de hueso y músculo contra la piel.

Chambón lo agarró del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás, y Bruno le propinó una patada en la garganta que lo dejó tumbado boca arriba.

Olena dio un grito que le desgarró la garganta por la presión de los dedos.

Eloy se echó las manos al cuello al tiempo que balbuceaba y emitía sonidos guturales.

—Suélta… me, por… favor.

Bruno miró a Olena y acercó la boca a sus labios. Olió sus mejillas y relajó la tensión de sus dedos contra el cuello marcado.

Olena tosió e intentó recuperar la respiración, mientras observaba a Eloy.

—Parece que no respira —dijo Chambón sin perder su mueca.

—Hay que… llevarlo al… hospital, Bruno —rogó Olena.

Con un movimiento de cabeza, Bruno ordenó a Chambón que cargara con el muchacho, que yacía inerte en el suelo, y se lo echó a la espalda como a un muñeco de trapo.

Bruno miró los libros que cubrían la mesa de estudio de Olena. La lluvia repicaba con violencia contra el cristal y los relámpagos lo distrajeron. No había encontrado aún el modo de convencerla de que se quedara en Triviana y temía perderla durante los años de estudio en Santiago de Compostela.

Sin ella no le quedaría ya nada en aquel pueblo sin pasado ni intención de futuro. Solo el taller de su padre, hasta que la cirrosis se lo llevara como había hecho con él meses antes. «La culpa es de los Orcaray», le repetía cada noche su padre antes de darle una hostia, con suerte, solo con la palma de la mano. Sin mina, sin tierras, sin indemnizaciones ni inversión de los Fondos Europeos, que se habían ido al carajo en 2002 con el intento de reapertura de la mina y la explosión al instalar el cableado eléctrico. Un agujero aún más negro que el Pozo de la Espiga del que ni los supervivientes ni su descendencia escaparían nunca. Una maldición rodeada de riqueza

subterránea y promesas de prosperidad que unos pocos habían utilizado para su lucro. «La culpa es siempre de los mismos», resonaba la voz cazallera de su padre. Tras la palabra culpa siempre llegaba un golpe que podía dejarlo inconsciente y la voz de su madre, que lo atendía sin interponerse, tal y como tenía bien aprendido. «La culpa… ¿Y la culpa es algo?», contestaba su madre entre lloros y lamentos.

—Llevadlo al hospital, Bruno —repitió Olena, ya incorporada. Su garganta se intuía púrpura, pero relegó el dolor para cuando estuviera sola y pudiera mostrarse vulnerable.

Se acercó a él e hizo de nuevo el teatro de besarlo para calmar aquel carácter que la había atrapado desde niños.

Pero la trampa ya estaba llegando a su fin. Solo un verano la separaba de su sueño de ir a estudiar a Santiago. Su tía abuela Victoria le pagaría los estudios y le permitiría salir de aquel agujero y respirar un aire sin carga de culpa ni polvo de carbón. Solo tres meses la separaban de la muerte metafórica de sus ilusiones y de la literal de sus magulladuras. Nada podía ponerlo en riesgo. Nada debía arrebatarle su derecho. Debía esquivar esa bala como fuera.

—Llevadlo a un hospital ya, por favor.

Algo debió llevar implícita la frase, que intentaba salvarle la vida al Orcaray, que provocó que la furia volviese a sus ojos. Esa vez no hubo golpe, pero su precipitada marcha no anunciaba nada bueno.

—Ni una palabra de esto a nadie. Lo dejaremos en la puerta del hospital, y si hablas de esto te aseguro que te puedes ir olvidando de ir a estudiar a ninguna parte. No saldrás de aquí porque esto es culpa tuya.

Olena regresó de sus pensamientos y aterrizó en la colina por la que huía. Observó el fuego que la rodeaba y que cubría las copas de los pinos, que se deshacían ante sus ojos como algodones de carbón y azúcar. Las briznas de fuego se elevaban hacia el cielo y se perdían mezclándose con las estrellas. Y supo que nunca saldría de aquel lugar.

57

El fuego rozó su espalda y el calor desgarró su camiseta. Escuchó un rugido estremecedor sobre su cabeza, escondida en aquella grieta enclavada en la roca. Jonás se aferraba a ella. Intentó no llorar por el dolor de las quemaduras, pero no pudo evitar los quejidos. Recordaba perfectamente esa sensación y el olor a piel quemada, pero descubrió que se hallaba inmunizada por las secuelas de su propósito. Las llamas no tocarían a su hijo. No esta vez. Le costó permanecer centrada en que nada era consecuencia de sus actos o decisiones, sino al revés. Desde niña no había hecho más que responder a la furia que la tierra le había mostrado, arrebatándoselo todo. Pensó que todos perdían, que era parte del sentido humano, como el niño al que ahora abrazaba haciéndole de escudo y al que le habían arrebatado todo demasiado pronto.

Se preguntó qué sucedía en la superficie y si todos estaban bien. Por un momento, visualizó a su familia esperándolos en la casa y olvidó que Eloy aún no había aparecido y que no volvería a ver a Román. No sabía lo que encontrarían si salían de allí, pero solo tener ese pensamiento le pareció demasiado optimista. Su padre había logrado escapar para encontrarse con Rosalía y sus hijos. Lo percibió como una posibilidad remota, aunque lo que se encontraran en la superficie hubiera cambiado para siempre la realidad que conocían.

Se adentró aún más en la grieta, guiada por la brisa que refrescó su brazo, y caminó a oscuras siguiendo un instinto que la mantuvo consciente. «Nada te mantiene más despierto que el dolor», escuchó. Allí solo estaban ella y Jonás, pero sintió una fuerza, como si alguien tirara de ella. Escuchó el murmullo del agua subterránea y se adentró en ella. Observó las luminarias que procedían de las profundidades y contempló unos raíles.

—Es hora de bucear.

Jonás asintió, recuperado de su trance.

Se sumergieron en el agua sin dudarlo. Recorrieron las vías, sorteando las vagonetas ancladas entre las rocas. Siguieron las luces que se apagaban al final del túnel. Las brazadas parecían no hacerlos avanzar. Tras un tremor subterráneo, la corriente de agua los arrastró a las profundidades. Ya no les quedaban fuerzas. Jonás se agarró a uno de los arcos metálicos que sostenían la bóveda, para recuperarse.

Bárbara recobró fuerzas a su lado y se abrazaron, resistiéndose a la fuerza de la corriente que parecía obligarlos a seguir su curso.

Bárbara recorrió la galería y buscó una balsa de aire donde respirar. No quería alejarse porque en la oscuridad de las aguas podía perder la

ubicación de su hijo. Palpó la parte superior. Estaba completamente anegada. Ni rastro de un resquicio donde reponer oxígeno. Volvió junto a Jonás y lo sacudió para que la siguiera. Tiró de él tras notar cómo sus músculos se volvían flácidos y lo agarró contra ella. Miró en todas direcciones y pensó en volver al rellano de los raíles por el que se habían introducido.

Bárbara, indecisa y agarrada a una viga, sintió un frescor en su cuero cabelludo. Percibió que el nivel del agua descendía hasta su nariz y pudo inhalar una mezcla de aire y agua que la hizo toser.

El nivel siguió bajando hasta que sus cabezas sobresalieron y pudieron dar una bocanada de aire que llenó sus pulmones.

Agarrados a la estructura, avanzaron hasta la boca del túnel. Contemplaron el castillete del Pozo de la Espiga que emergía sobre ellos. Atravesaron nadando la nave de oficinas y los vestuarios de los mineros, que aún mantenían los platos colgados de las vigas y las ropas de calle ondeando como fantasmas. Llegaron hasta la casa del guarda en su posición privilegiada a las faldas de Colina hueca.

Alcanzaron la orilla del pantano, agotados, y se tumbaron boca arriba, observando las virutas de fuego que les sobrevolaban. Bárbara agarró la mano de Jonás y lloró de alegría. El agua alivió el dolor latiente de las quemaduras de su espalda y decidió quedarse allí hasta recuperar las fuerzas y la normalidad de su respiración.

Jonás se incorporó y observó la casa, ahora expuesta. Caminó entre el fango y se acercó a sus muros, algo le había llamado la atención. Se adentró en lo que quedaba de la estructura y retiró el barro que cubría parte de la urna metálica. Jonás sonrió y la rescató.

Su hijo regresó cargado con su descubrimiento. Ella seguía tumbada sobre el fango, tratando de calmar su dolor.

Jonás le ofreció la urna y Bárbara la apretó contra su pecho. Notó el alivio del frío metal contra su piel y cerró los ojos.

Carbón

58

Se saltó el precinto, que advertía del supuesto peligro, y se adentró entre las oscuras paredes cubiertas de carbonilla. Caminó desde el recibidor hacia el pasillo distribuidor. Observó los restos quemados de los marcos de las puertas y reparó en la ausencia de muebles de las habitaciones. Todo estaba carbonizado. Allí donde una vez estuvo el cuarto de juegos, en el que había encerrado a sus hermanos, ya no quedaba más que una losa de hormigón que cegaba el hueco por completo. Contempló el cielo a través de las vigas de madera que aún sujetaban parte del tejado de pizarra y escuchó el trinar de los pájaros.

Ni rastro de voces. Ni de visiones, a pesar de su concentración. Ya no había abismo ante ella que le devolviera el rumor de otra realidad más que esa. El fuego había hecho su trabajo y la casa estaba vacía.

Se adentró en el viejo despacho y los fragmentos de cristal crujieron a su paso. La explosión había hecho estallar las vitrinas, pero comprobó que las rocas y los minerales habían resistido al fuego. Apartó las esquirlas de entre la colección que yacía esparcida por el cuarto y, bajo uno de los listones cubiertos por aquella pátina negra, encontró el trozo de cuarzo blanco que su padre le había regalado a otra versión de ella misma por su cumpleaños. Lo cogió y rozó su pulida superficie con los dedos. Le quitó la capa de tizne, que dejó de manifiesto la belleza de su cristalización.

Le fascinó pensar cómo era posible que, compartiendo la mayoría de los elementos químicos que se encontraban repartidos por la superficie del planeta, aquellos hubiesen sido capaces de darle forma a algo así.

«Química y tiempo, no hay más», resonó en su cabeza la voz de su padre. Pero solo era un recuerdo sonoro de los que aún era capaz de reproducir.

La decisión ahora era qué hacer con la casa. El desahucio se había detenido ante la falta de pruebas que evidenciara que su estructura había sido manipulada por sus dueños. Bárbara sabía que era hora de tirarla abajo y cubrir para siempre con sus restos el cuarto de juegos.

Salió y bordeó la finca por el sendero del risco. Ya no había rastro de la chimenea. Otra enorme losa de hormigón, provista de una gran rejilla, sellaba el hueco que había generado la explosión. Contempló desde el risco el pueblo, que había emergido tras cuarenta años bajo las aguas del embalse. Vio los muros del antiguo colegio, desde la misma posición en la que su padre había visto a su madre en el tejado cuando huía de la inundación de aquel río salvaje. Contempló la entrada de la mina y la casa del guarda, que ya no parecía gran cosa

sin el misterio que había rodeado siempre su ubicación.

Observó Nueva Triviana, enclavada en la colina opuesta. Pocos vecinos quedaban ya viviendo en aquellas casas sin alma tras la última explosión. Algunos habían sido víctimas de su furia. Otros no habían tenido más remedio que dar cuentas ante la ley, y los demás habían decidido abandonarlo de forma voluntaria, llevándose sus supercherías a otros lares y haciéndolas crecer adaptadas a nuevas orografías. Habían huido tras entender que no había forma de calmar a esa deidad subterránea que no cesaría en su empeño de hacerlos desaparecer por perturbar su descanso.

Contempló el local de la gestoría, ahora en venta, como el resto de las propiedades de los Orcaray. Las rentas les habían permitido ir tirando hasta encontrar estabilidad en Madrid. A Bárbara la habían llamado para una sustitución como profesora de Matemáticas en el ICMAT y la confirmación de su puesto tras la jubilación de uno de sus compañeros fue el impulso para que ella y Nicolás tomaran la decisión que tanto tiempo habían postergado. Se dieron cuenta de que la fuerza centrípeta en la que se había convertido su relación había aumentado la carga en lugar de aliviarla. Ambos fueron honestos como nunca antes lo habían sido, como a ella le hubiese gustado ser siempre, aun a riesgo de equivocarse. Había aprendido a considerar sus errores como un derecho. Nicolás se dedicó en exclusiva a la gestión inmobiliaria, pero no renunció a viajar por su cuenta en busca de lugares de poder que saciaran sus nuevas obsesiones.

Bárbara descendió hasta el merendero y alzó la mano para avisar a los chicos. Jonás corrió hacia ella, mientras Nacho empujaba la silla de ruedas de Eloy. Se habían tomado un año sabático, necesario para poner en orden sus mentes tras la tragedia.

Los cuatro caminaron por lo que hacía menos de un año se hallaba cubierto por las aguas. Alcanzaron la entrada de la galería de la ladera por la que Jonás y Bárbara habían logrado escapar. Se adentraron en ella tras abrir la alambrada que la custodiaba. Aún quedaban restos de las aguas negras sobre los viejos raíles, y leves vetas de carbón que brillaban al contacto de las linternas de los móviles. Llegaron al imponente Pozo de la Espiga, cuya estructura oxidada había resistido a las tres grandes explosiones. La jaula no había corrido la misma suerte. Su base quebrada dejaba ver el enorme hueco que se perdía en las profundidades de la tierra, aquel por el que tantos mineros habían descendido sin volver a ver el día.

Ahora la mina estaba en calma. No se reabriría para su explotación, ni se perturbaría su imponente quietud. Estaba en paz.

Bárbara se acercó a la silla de ruedas y, de la mochila que colgaba de las agarraderas, sacó una urna. Acercó la silla hasta el borde. Los cuatro se observaron y prestaron atención al vacío que tenían delante.

Todo estaba en silencio.

Bárbara no necesitó invocar al azar para tomar la decisión. Ni dados, ni monedas, ni moscas… Ni gestos involuntarios para encontrar sus tótems, ni visualización de la bolsita de terciopelo negra en la que, de niña, guardaba sus amuletos. La bolsa que su tía le había escondido y que nunca más había visto desde entonces, salvo en su conciencia.

Lanzó las cenizas al vacío y estas fueron absorbidas por la oscuridad, sin dejar rastro. Dejó caer también el cristal de cuarzo, que desapareció acompañado de lo que le pareció un alarido que emergía de las profundidades de la tierra.

«Presión y tiempo», recordó Bárbara. Las cenizas pasarían a formar parte del mundo subterráneo, que seguiría su proceso de transformación ajeno a nuestra finitud.

—¿Quién sabría decirme qué es el cálculo integral? —preguntó Bárbara mientras regresaban al merendero.

—Yo lo sé —contestó Jonás sin entusiasmo—. Es como el normal, pero más sano. El tío Román nos lo ha contado mil veces.

Escuchar su nombre invocó su voz en su mente. No era más que un recuerdo.

«Presión y tiempo».

NOTAS & AGRADECIMIENTOS

Mi principal agradecimiento va para los lectores de mi primera novela, *Una casa sin reflejos*, que se atrevieron a confiar sus horas de lectura a un escritor novel, desconocido y autopublicado. Gracias a esa valentía que demostraron estoy escribiendo estas palabras. Su apoyo, por medio de comentarios y reseñas, y su ánimo, tanto en persona como de forma virtual, me impulsaron a decidirme a escribir esta nueva historia que me rondaba desde hacía mucho tiempo.

Con *El alba subterránea* me he alejado parcialmente del terror porque la trama así me lo pedía. Quería contar una historia en la que el temor estuviese presente y latente, ya fuese bajo tierra o encarnado en nuestros semejantes, pero siendo lo sobrenatural lo que nos hiciera conscientes de nuestra naturaleza frágil e indecisa. Lo desconocido puede encontrarse tanto en una geoda subterránea como en la mente, ya que, una vez atravesadas las cavernas de nuestra memoria, podemos encontrarnos frente a un abismo capaz de derrumbar nuestra percepción del mundo.

El libro está dedicado a **mi padre**, a quien todos en su tierra conocen como **Pato** (el apellido de mi abuela Chelo). Le doy las gracias por haberme contado la anécdota que ha sido el germen de esta historia.

Cuando era jefe de la planta del lavadero de la mina en la que trabajaba, mi padre cometió la imprudencia de, una vez solo, adentrarse en una de las galerías abandonadas en busca de minerales nuevos para su colección. Portaba únicamente un candil de aceite que le servía de guía. El éxito en su recolección lo animó a seguir saciando su curiosidad, por lo que continuó adentrándose, esta vez entre los tajos y las grietas que encontró en la roca. Incauto, se introdujo en una en la que se topó con la maravilla: una geoda repleta de cristales de cuarzo de gran tamaño. Se quedó allí, contemplándola en silencio, disfrutando, consciente de lo temerario de su acción y de lo privilegiado de ese momento. Le entraron ganas de fumar, pero tuvo la suficiente lucidez como para no hacerlo. Miró su candil y supo que si aquella llama de aceite se apagaba, quizás no sería capaz de regresar a la superficie.

Gracias por no haberte fumado ese cigarrillo a pesar de tus irremediables ganas. Gracias al candil por no apagarse y permitirte regresar con tus tesoros en forma de mineral y experiencia. Tu vida ha estado unida a la mina desde siempre. Yo la he conocido y observado a través de tu trabajo, tus turnos, tus historias y tu gran colección de minerales. Cristales y rocas expuestos en las vitrinas de casa, que me ayudaron a entender la futilidad del tiempo y las maravillas escondidas bajo tierra.

Por suerte, no hemos vividos desgracias como las narradas en la novela, pero mi intención es homenajear a esos mineros que no tuvieron alternativa ni capacidad de decisión. A ellos y a sus familias, a los pueblos mineros a los que el progreso y el futuro han pasado por alto.

«Presión y tiempo». Así termina la novela en homenaje a las historias que quedan por contar. Historias que requieren tiempo, asentamiento y la presión suficiente para trabajarlas y sacar lo mejor de ellas. Desde la turba, pasando por el lignito, la hulla y hasta la antracita, el carbón de más pureza. Cada historia necesita de ese tiempo y esa presión, y es imprudente pensar lo contrario.

Gracias a **L. M. Mateo** por su corrección y por pulir la historia. Por enseñarme a conocer mi forma de escribir e instruirme en mis errores, vicios y carencias.

Gracias a **Héctor R. Asperilla** por una ilustración que me enamoró desde que la vi. Por haber plasmado de forma tan magistral el concepto y la esencia de la novela.

Gracias a **Mari Luz**, amiga y lectora cero, por ayudarme siempre que se lo pido y hacer que todo mejore.

A **Mari** por compartir conmigo las horas que arrastramos navegando en el tiempo. Por su apoyo incondicional, por su lectura apasionada y su emoción sempiterna.

Y, por supuesto, gracias a **mi madre, Pepi**. Por difundir, por cualquier medio posible, ese orgullo que siempre me hace sentir. Tengo claro que eres la mejor de las *community manager*.

SOBRE EL AUTOR

Nací en la comarca de El Bierzo (León), tierra de mis padres y donde aún conservo mis raíces. A los dos años de edad se trasladaron, por motivos de trabajo, a Sanlúcar la Mayor, un pueblo del Aljarafe sevillano, donde crecí y formé mi propia familia.

Estudié arquitectura en la Universidad de Sevilla, combinando la formación con otras de mis pasiones como el cine o la escritura.
Empecé a escribir en la adolescencia: historias, cuentos y relatos que dieron paso a guiones de cortometrajes y obras de teatro. En 2019 decidí autopublicar mi primera novela *Una casa sin reflejos.*

He publicado diversos relatos entre los que se encuentran *Hijo Biológico*, publicado en el Nº 16 de la revista digital Círculo de Lovecraft, o *La huida del viajero*, incluido en la antología Grandes Héroes.

El *alba subterránea* es mi segunda novela.

CONTACTO

Puedes suscribirte a mi lista de distribución para estar al día de novedades, promociones y regalos exclusivos para suscriptores:



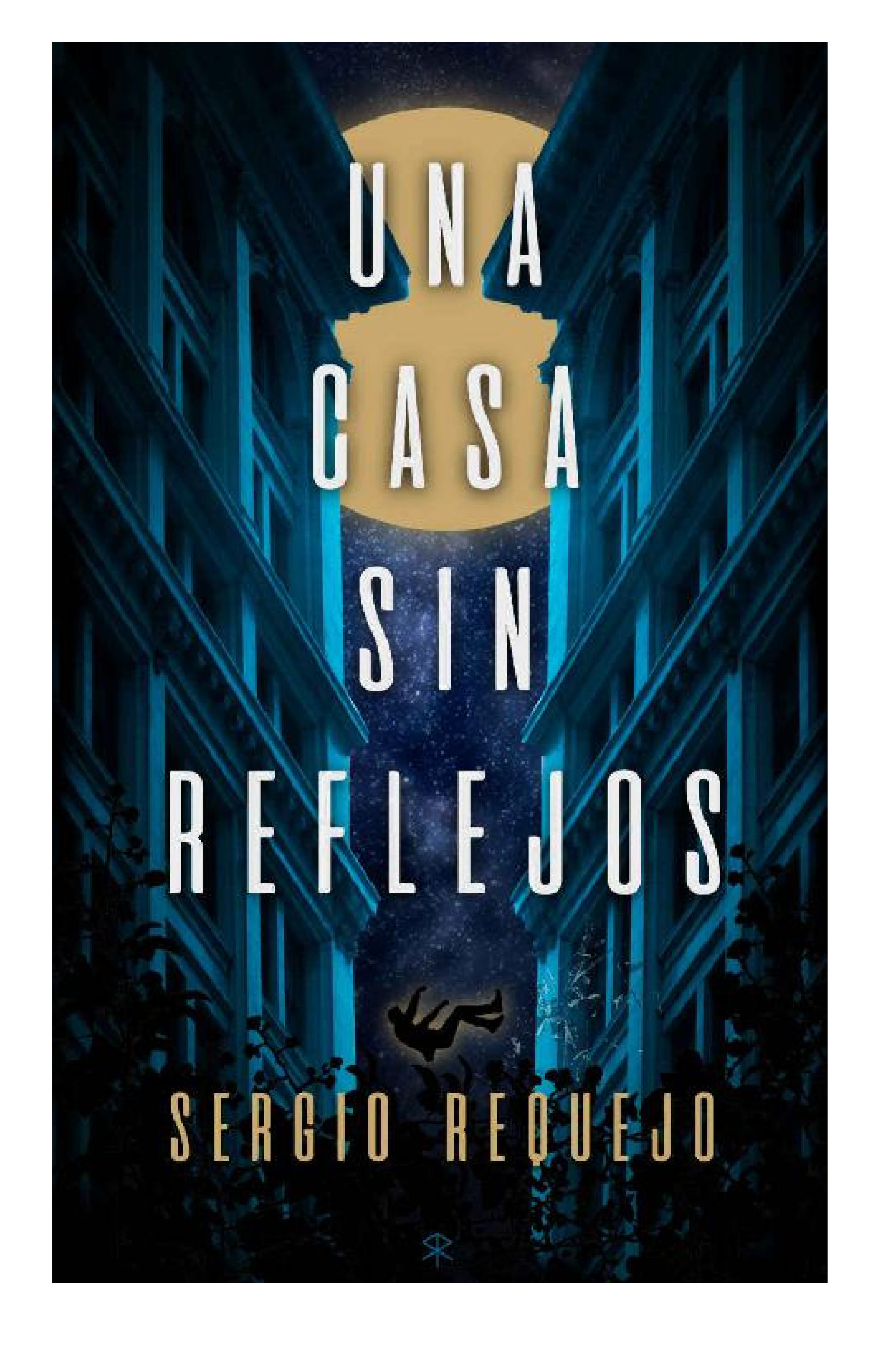
Si quieres ponerte en contacto conmigo, puedes hacerlo a través de:
Email: sergiorequejoescritor@gmail.com
Blog: https://sergiorequejo.wordpress.com
Facebook: https://www.facebook.com/sergiorequejoescritor
Twitter: @sergiorequejo_
Instagram: @sergiorequejo_

Si te ha gustado la novela agradecería mucho que dejases tu opinión y tu valoración en la plataforma donde adquiriste el libro. Sería muy importante para poder continuar contándote historias.

Muchas gracias y un fuerte abrazo.

Sergio Requejo.

OTRAS OBRAS DEL AUTOR


UNA
CASA
SIN
REFLEJOS
SERGIO REQUEJO

¿Y si descubrieras que una antigua leyenda urbana está inspirada en el pasado de tu familia?

Jota, un joven investigador, averigua el verdadero pasado de su familia al acudir a unas jornadas del misterio. Allí comenzará a recordar pasajes olvidados de su infancia y descubrirá el psicomanteum: un enigmático método de contacto con los muertos a través del espejo que le conducirá a descubrir una verdad que había borrado de su memoria.

¿Qué ocurre cuando un inocente juego delante del espejo, unido a las historias contadas en una noche de verano y una trágica muerte, se mezclan en la mente de unos niños?

UNA CASA SIN REFLEJOS es un thriller de terror psicológico que ahonda en los huecos más profundos de la mente de Jota, en su empeño de descubrir una verdad que se le ha intentado ocultar por todos los medios.

No hay mayor temor para unos padres que los miedos de sus propios hijos.